

Germán Espinosa

**Los cortejos
del diablo**



Lectulandia

Pocas ciudades en América fueron tan ricas en brujería, magia negra y artes diabólicas, como Cartagena y Tolú en tiempos de la Colonia. Faltaba el gran novelista que penetrara en ese mundo, «infierno retórico y culto», como lo llama el crítico Eligio García, uno de los primeros que entendió la extraordinaria importancia de «Los Cortejos del diablo», la novela de Germán Espinosa que nos abre las puertas de una historia desconocida y diabólica, no tanto por los demonios del averno, como por los que entran o salen del Palacio de la Inquisición o se rebullen en las entrañas siniestras del Santo Oficio. La aparición de los «Los Cortejos del diablo» marcó un hito en la novela, y en el «Corriere de la Sera» de Milán, uno de los diarios más prestigiosos de Europa, el crítico Mario Luzi la calificó como «una obra de formal conciencia barroca, que merece un lugar muy relevante en la edad estructural de la novela».

Lectulandia

Germán Espinosa

Los cortejos del diablo

balada de tiempos de brujas

ePub r1.0

oronet 27.05.2018

Título original: *Los cortejos del diablo*
Germán Espinosa, 1970
Diseño de cubierta: Benhur Sánchez

Editor digital: oronet
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Hernando y Patricia Chaves

A la vera de los de Lara o los de Salas, de don Gaiferos, de Renart de Nouvel o Renart le Contrafoit, y sus hermanos el zorro y el lobo Isengrin, a la vera del Rey don Pedro y el Conde Fernán González; a la de Ruy Díaz, pongo a los hombres que vinieron a mi tierra y a los que en ella moraban y a los que fueran traídos a disgusto suyo.

Y el romancerista alza su canto branco, en una noche de alas desplegadas donde se bebe “oro fundido en sólida plata”.

Que un vaso de ese oro calme la sed del ciego.

El tiempo consumado es tenebroso como las
espesas del sueño:
Tenebroso es el pasado; ninguno en la vigilia
lo transita
Ni pueden los hombres vivientes beber de esas
aguas...

.....
¿Qué significan los muertos para nosotros en el
prodigio del mundo?
¿Por qué (y otra vez ahora) en sus playas umbrosas
Vertiendo ante ellos la sangre lenta dolorida
Regresamos para obligarlos a que hablen la verdad
Gritando como becardones a lo largo de las arenas
borrascosas
V nos detenemos; y según se llena la oscura zanja
les imploramos
(Extendiendo sobre el césped sus frágiles manos)
Qué nos hablen?

ARCHIBALD MAC LEISH
Conquistador

LOS CORTEJOS DEL DIABLO

¡No hay en el campo sino pedruscos! ruge la jácara cándida y, desde el mirador del Santo Oficio, el andana Juan de Mañozga oía aletear las parejas de brujas cuyos balidos de chivato confirmaban, a la mente senil del Inquisidor, sus calenturientas presunciones: aquellos extraños seres bailaban de noche alrededor de un cabrón, le besaban el culo almizcoso, recibían su helado semen y luego lo diseminaban, volando con candelillas diabólicas en las manos, sobre el haz de la Tierra. ¡Es lo que me he ganado par venirme a las Indias, esta Iglesia de alzados y de follones! ¡Es lo que mi codicia me ha deparado, zopenco de mí, que un día me vi en sueños confesor de sus cristianísimas majestades! ¡Oveja y abeja y piedra que trebeja y péndola tras oreja y partes en la iglesia deseaba a su hijo la vieja! ¡Zopenco, palurdo, mentecato de mí que me he labrado mi propio infierno!

¡Madre, qué calor! *¡Mueren los bueyes de tanta peste!*, y es epidemia de brujos, multiplicación, proliferación gigantesca y monstruosa de brujos batiendo sobre los tejados alas membranosas, alas de murciélago, de vampiro, alas horribles, alas negras y felpudas, sobre el convento de San Diego, el de Santa Teresa, el de Santa Clara, el de la Merced, sobre los legados de doña Catalina de Cabrera, sobre el Colegio de la Compañía, sobre las Casas Reales y la de la Moneda, sobre los fuertes de los Icacos y el de la Punta del Judío, sobre los novísimos bastiones enjalbegados de sangre de esclavos, sobre Santa Cruz, ay, sobre la misma santa cruz.

¡Brujos saltaparedes, saltabancos y saltabardales, brujas besadoras del salvohonor de Buziraco, brujos y brujas venidos de Tolú, tierra del bálsamo, y metidos como salamandras en los mismos braserillos de benjuí que debían purificarnos de su pestilencia! ¡Todo desde aquel día infausto en que yo, Juan de Mañozga, Inquisidor del Santo Oficio, quemé públicamente, por insinuación del difunto fray Alonso de la Cruz Paredes, al avieso jeque Luis Andrea, creador del culto del cabrón negro, el merdoso Buziraco, mal rayo me parta, y ahora el Papa Urbano, el mismísimo Santo Padre, condena por estúpidas bulas el comercio de esclavos...! En la mente enferma del Inquisidor se plasmaba, como pintada por Miguel Ángel, la imagen de Maffeo Barberini conducido, por entre una hilera de arcabuceros y trompeteros, a la hoguera.

Mas, ¿no fui yo mismo. Dios del cielo, quien regó la pólvora, quien libró a los brujos de su prisión de siete sellos, por mi ambición asesina, por mis aspiraciones purpurientas, por querer imprimirle a la villa rango toledano? ¡Dios Buziraco, dios patuleco, ahogado mueras en el estero! ¡Es como si, a cada azote mío, hubieras estallado y rótote en mil pedazos, en mil diablillos zumbadores como zancudos, voladores como corujas! ¡Bruja coruja de alma de agujal! ¿No fue mi culpa? ¿No fue la culpa de este Juan de Mañozga, gordo y carraco, escocido por la próstata, que aliara, desnudo de la cintura para arriba y estigmatizado de la cintura para abajo, desde el mirador de la casona que sirve de palacio inquisitorial (porque los atrasos en los pagos de las Casas Reales no han permitido alzar el terrífico monumento que soñé, que ya no sueño) mira en la noche hacia el poniente, hacia el mar, único punto inviolado hasta el momento por los seres que aletean allá arriba? *Confiteor! Mea*

culpa! Accusatio! Confessio! Mea maxima culpa! Indulgentia! Indulgetiaaaa...!

¡Eres más brujo que los mismos brujos! Y brujo protobrujo Mañozga, ¿qué hice de mis encomiendas? Todos estos brujos que aletean en mi cabeza, que surcan aladadamente el cielo nocturno, ¿no son los mismos que hice quemar, con la pompa que exornaba entonces estos autos de fe, en la Plaza Mayor, cuando todavía soñaba con el capelo y la birreta, cuando aún creía poder cebarme alguna vez en los festines del Sacro Colegio? Y, ahora, no hay en el campo sino pedruscos en mi espíritu no hay sino cascajos... Y mis padecimientos glandulares; mi prostatismo, mi respiración de asmático; mis grandes tribulaciones corporales, ¿no son la comidilla del pueblo, el regodeo de la villa, donde se me ve a la postre como yo sueño a Urbano VIII. en el potro del tormento?

Tantos, tantos nombres de brujos brujuleados en mi cerebro, apañuscados, felpudos como murciélagos de convento, y yo, Mañozga, trepado en este mirador, escrutando la noche oceánica, ay, la noche oceánica que se tragó al Adelantado, en desquite de sus orgías y malandanzas, y sabedor, si, sabedor de que, al mover la Vista, encontraré la pululante bandada baladora, baladrante, con las malditas candelillas recorriendo los cuerpos macerados por ungüentos de tripa de sapo. Es la vejez, Mañozga, es la vejez el infierno, es la vejez la Caína, y yo me la labré de antemano con venirme a estas tierras de Belcebú, donde el sol no se sacia te chupa la sangre y te la saca hecha agua de borrajas. Es la vejez el infierno.

Y luego haber consumido una vida con estas fútiles esperanzas, entre el perfume opresivo de las glandes matronas alcorzadas, la zalema de los señorones temerosos de ser mal interpretados por mi sarcasmo, y la hedentina de las mazmorras cuando no el deprimente espectáculo de la carne socarrada. ¡Zopenco, palurdo de mi, que he escogido una profesión de demonio: la de condenar, y al fin y al cabo he terminado condenándome yo mismo!

Ahora tendré que resignarme a verlos surcar el firmamento, noche tras noche, sabiéndome inmune a sus sortilegios, pero con el son de la jácara adherido, sin querer despegarse de mis orejas. *¡No hay en el campo tino pedruscos, mueren los bueyes de tanta peste! ¡Venga la lluvia tras el estío, cerdeen tos montes y crezca el río!...* Me parece contemplarlos alzando el vuelo desde los árboles de bálsamo, de aroma mucho más opresivo que el de las alcorzadas matronas cartageneras, recorridos por los malditos gusanos de luz, halando como chivatos, empinados sobre el cielo nocturno para adivinar los futuros contingentes y casos ocultos, entrabando los sexos de las mujeres, haciéndoles copia de hechizos, tullendo y mancando mancebos, ahogando criaturas, talando y destruyendo los frutos de la tierra e impidiendo la saca del oro... Cortejos de brujos y brujas, corujos y corujas, a lo somormujo y a lo somormuja, diseminando el helado semen del diablo. Y yo impedido, yo carraco, escocido por la próstata, desde esta azotea caliente de día y caliente de noche, soltando a la imaginación élitros de saltamonte, empapado en sudor —que es hielo de la Caína—, viendo parpadear a lo lejos los velones de sebo que van marginando las callejuelas

toledanas, como velas de entierro, como cirios de difunto, en la ciudad hechizada y solitaria que se va tornando marasmática al golleteo del agua podrida.

—Su Señoría, se congela el condumio —dijo el medio racionero, aguaitando más que asomado por la garita de la azotea.

Pero se topó con el rostro desencajado de Mañozga, perlado de un frío sudor, y creyó ver brujos y espantos. Desnudo de la cintura para arriba, el Inquisidor dejaba al descubierto una senilidad grotesca y adiposa. Bolsas flácidas colgaban de su vientre y la espalda despellejada hacía pensar en las bubas de los réprobos. El rostro, transfigurado por la fiebre, era el de un Mañozga endiablado que el recadero tomó por algún diablo enmañozgado.

—¿Me quieres hacer creer que algo puede congelarse aquí?

Y se quedo mirándolo, con el gesto envarado y los labios temblones, en una tiesa actitud que hizo pensar al prebendado, “¿Lo habrán tullido los brujos?”. Mañozga, por cuya mente atravesaban escalofriantes presentimientos, daba la impresión de un gigantesco Prometeo impotente. El medio racionero no quería repetir lo ya dicho.

—Es el señor Fernández de Amaya, que os manda llamar...

—¿Y quién le delegó al viejo cabro eso poder? Aquí nadie sino yo, cono, puede hacer llamar a alguien. ¿No lo sabías? ¡Que me cuelguen si no voy a matarte!

Se esfumó el prebendado, a quien el solo tono autoritario del Inquisidor le había humedecido la braga, y Mañozga alzó otra vez la vista al firmamento y creyó divisar, entro nubes de formas malsanas, la trulla de las brujas ululantes, bululantes, pululantes, cernidas sobre la haz de la Tierra para esparcir la semilla de Buziraco. ¡Si no fuera por la perlesía, maldito calor tropical, velaría detrás de vosotras, brujas granujas, hasta enchiqueraros! ¡Yo, Juan de Mañozga, aquí, impedido, y vosotras desplegadas por el firmamento! Ah, rabia, rabia. ¿Cuándo, Dios mío, se me ocurrió dejar a España a bordo de aquel galeón repleto de pólvora, mosquetes, gallinas, herejes, pescado seco y horribles garnachas, persuadido de merecer ante sus cristianísimas majestades si rué sacrificaba por la fe? ¡Zopenco, cabrito de mí! Ni siquiera conseguí jamás del rey Felipe el fuerte donativo que esperábamos... ¿Y cómo, cómo detener esta proliferación mayúscula de hechiceros, este sobrevolar de lechuzas, este balar cada vez mayor de chivatos, esta locura cernida sobre la muy noble villa a despecho de mi... fiereza, en las barbas del Santo Oficio, de Fernández de Amaya, cío estos gotosos colegas míos...? ¡Y pensar que, al comienzo, todo fue tan fácil! Enchiquerar negras y zambas, de aquellas que vaticinaban el futuro con suertes de habas y maíz; torcerles el pescuezo como a gallinas cluecas, todo era coser y cantar. Y luego los matrimonios de encomenderos... Mañozga, tú sabías darte maña. Pero es la vejez el infierno, ¡y es de verse cómo zumban ahora, las muy ladinas, aprovechadas de mis impedimentos, carcajeadas como mazorcas sin farfolla, brujas granujas, salidas de los palos de bálsamo, brujas vegetales, animales y minerales, enseñoreadas de la comarca, cuya capital es ahora Tolú, enseñoreadas, haciendo mofa del Santo Oficio, de mí, de mis canonjías, sueltas —ay— de madrina,

espolonas, cornudas, cachidiabras, las brujas, las brujas, las brujas!

¿Por qué me viene a venir, soñando con falsos boatos y virreinales embaucos, del lugar donde me correspondía estar y medrar, las Cortes, cono, las Cortes, allí donde se forjan en un parpadeo eminencias y las togas se cruzan con el filo de las espadas? ¿Por qué me vine a venir a una tierra —tierra de Belcebú— que nos hiela de calor, que nos sofoca de frío; a una tierra —tierra de Lucifer— esterilizada por el semen de Buziraco, puro exuberante y pasmosa en su misma esterilidad, tierra —en fin— que devora o vomita, según vengamos a sombrar o a recoger? ¡Ahora soy un esputo de soldados, una resaca, una bazofia de río almacenada en sus bocas de dragón! ¡Ahora soy un desecho de estas tierras malditas del Señor, tierras que, en vez de conquistarlas, me han conquistado o, mejor, succionado, chupado, fosilizado, hasta arraigarme como cizaña diabólica en lo más profundo de sus entrañas! Mañozga escuchaba la carcajada helada de las brujas que voloteaban arriba, famélicas y vengativas, y un estremecimiento le recorría la espina dorsal.

—Mañozga, viejo cabro, ¿quieres explicarme lo que te acaece?

La voz sonó decrepita y estridente en sus oídos, irritándolos, castigándolos como con estolones rastrosos. Por un instante, el Inquisidor imaginó una broma maléfica de alguna súbdita de la cohorte voloteante. Pero reconoció el tono atufado y enconoso de su Alcaide, Fernández de Amaya, y estuvo a punto de estallar en cólera.

—Vete de aquí, imbécil. Eres un feo estropajo de alguacil. ¿No ves lo que pasa allá, en el cielo? Míralas cómo se revuelven; me han macerado el lomo con la leche de su demonio. Estoy acabado. Mira cómo sudo. Y ellas son puro sofión allá en lo alto. ¿Entiendes? Esfúmate, viejo bergante.

Y, sin embargo, los capuchones del Santo Oficio, como en un anticipo de futuras carnestolendas, emergieron tras el Alcaide, sonreídos y expectantes.

—Mañozga, viejo cabro, venimos por ti. Debes descansar o acabarás apostatando de tu fe. ¿No ves que es tu fantasía, viejo imbécil?

—No es mi fantasía, Fernández de Amaya. A lo sumo será mi conciencia, pero hace tres noches que vienen puntuales a carcajearse, recorridas por esos cocuyos, tan pronto los velones se encienden y aun cuando se han apagado.

—Pamplinas. Te mandé decir con el Orlando que el condumio se hiela.

—Nada puede helarse en este infierno.

—Blasfemas, viejo cabro.

Dos capuchones se le aproximaron y empezaron a arrastrarlo, con mezcla de desprecio y delicadeza, hacia la escalera de caracol.

—Te lo prohíbo, Alcaide. Quiero estarme aquí noches y noches, viéndolas desplegarse sobre la ciudad. ¿No las oyes que balan, aúllan, crotoran y hasta rebuznan, viejo bergante? Se quema una y es como si el muerto abonara el terreno: proliferan de un endemoniado modo, y creo que van a colmar de bote en bote la creación. ¿Por qué, Fernández de Amaya, por qué permite Dios que haya brujas?

—Va sabes que es tu fantasía. Nunca el diablo se repitió en brujos de verdad.

—Serán de mentirijillas, pero ¡ay, cómo abundan!

—En tu cabeza.

—En mi cabeza, viejo bergante, y en la de tu polla. ¿Olvidas cuántas brujas han desfilado por la punta de tu polla?

Finalmente fue arrastrado. Protestó, se revolvió, pero sólo le respondieron las carcajadas siniestras del Alcaide, un ji-ji-ji muy agudo que rivalizaba con los eructos de las brujas. Escaleras abajo, Mañozga se comprendía grasiento y febril. De sólo recordar los graznidos escuchados allá en el cielo, tuvo una erección senecta y pasajera. Estaba liquidado y nadie mejor que él lo sabía, Aquel ambiente de mazmorra, donde se creyera estar siempre rodeado de excrementos humanos, le oprimía el pecho y se le pegaba sin remedio a las fosas nasales. Era la mierda de Buziraco que lo perseguía.

Un lóbrego pasadizo conducía a las habitaciones del Inquisidor: dos celdas húmedas y cochambrosas que servían la una de despacho, la otra de dormitorio. Fue llevado en vilo hasta el camastro y depositado como un fardo, sin mayores miramientos. Fernández de Amaya cambió entonces el diapasón de su risa, en un intento conciliador. Le conservaba cierta admiración o Mañozga. ¡Ah, si toda hubiera resultado como ellos lo quisieron!

—Ya lo ves, viejo cabro, tu comida está fría como nariz de perro. Tienes que descansar porque, a la postre, todavía daremos brega un tiempo. ¿A quién le importan los brujos? ¡Son todos esos cochinos feligreses con alma de herejes los que nos tienen desacreditados ante el poder civil! ¿Te pondrás en condiciones de recibir?

—¿A quién?

—Una denunciante.

—¿Sobre un hereje?

—Algún judigüelo, ya lo sabes. Pero, diablo, come primero que hablar. Come, que se te pone ese condumio como esperma de diablo. Algún judigüelo, te digo, es un barbero y no creo que pueda sacársele mucho.

—¿A qué hora?

Mañozga se sabía postrado. Fernández de Amaya se le diluía en una nube de vapor verdoso. Por el tragaluz de la celda le llegó todavía a los oídos el aleteo de una bruja, que rozó el muro exterior del palacio.

—Al amanecer. Es una beata de Gimaní que espera hacerlo todo dentro del mayor secreto.

—Y ¿cuánto habrá que darle?

—Unos diez castellanos.

—¿Diez castellanos por delator a un barbero? Me cago en su madre. Alcaide.

—Qué diablo. Confiscaremos la barbería. Vale unos cinco mil pesos de oro limpio.

—Está bien, pero ¿qué hacen aquí todavía estos follones? Marchaos, hideputas. Os estáis divirtiendo conmigo y a fe que todavía puedo recordaros quién soy.

Los encapuchados se desbandaron, ante el fantasma del poder mañozguiano, pero volvieron a congregarse, como si hubiesen recapacitado y comprendieran que el Inquisidor no era más que un cascarón, en espera de la orden final del Alcaide. Aquellos goleros conocían el olor de la desgracia. Fernández de Amaya hizo el gesto de escupirlos a la cara.

—No te inquietes, viejo cabro. Déjalos hacer. Se sueñan en tu lugar y quieren copiarte la bilis.

—Que los desuellen^[1]. ¿Qué horas son?

—Pasada la medianoche. Mejor duermes, que la soplona va a ser muy puntual.

Estoy liquidado. El rostro de Fernández de Amaya no es ahora más que una delgada columna de humo intentando adherirse ni techo. Mejor así. Idos. Y a pesar de estos gruesos muros, ¿no oigo todavía, afuera, el bullicio de la cohorte infernal? ¡Dios Buziraco, dios chiribico, quemado mueras en el hornillo! Todo empezó con aquel fraile bujarrón, con su vara florecida. Me cago en los agustinos. Ay, ¿cuándo se me ocurrió enfrentarme al todopoderoso Buziraco? Fue mi desgracia. Dios es impotente ante esta proliferación de demonios. Pero, qué digo, estoy blasfemando. Me pudriré en el cuartel de los porquerones, Si antes no me pudre este calor, diablo, no me pudre en vida. Allá me lo digan de misas. Cuerno.

Dos,
tres,
cuatro de la madrugada

Tumbado en el camastro, Mañozga oía sus propios estertores sibilantes como si procedieran de la cohorte infernal que presentía más allá del tragaluz defendido por una rejilla de hierro. Sobre cuya cartela se erigía la ventana de rejas voladas de madera, sin repisa de albañilería. Tras la cual se encontraba a su vez, en la segunda planta, el despacho del santo tribunal. Un barroco desorden de modillones, triglifos, frisos y vitrales se entremezclaba en su imaginación al aullido de las brujas y a sus propios accesos bronquiales. Sus expelibles, que apenas le daban alivio, resonaban por todo el edificio y hacían recordar a los habitantes del menesteroso palacio las ventosidades celebérrimas de cierto maestro Pienso, cada una de las cuales dedicaba en voz alta a un funcionario del Santo Oficio y que casi dieron con él en la hoguera. Mañozga no podía pensar sino en las brujas y en sí mismo. Se sabía un escombrosillo, una suda piltrafa a punto de ser barrida por el viento. Entonces la asamblea de brujas cargaría con él y lo conduciría a Tolú, tierra del bálsamo, donde Buziraco —el espíritu de Luis Andrea— estaría esperándolo, bajo la forma de un cabrón, para obligarlo a besar su salvohonor hediondo.

¡Elí, Elí, *lamma sabachtani!* *Lamma sabachtani* a tu súbdito fiel, que tan buenas ordalías celebró por tu causa, que tantas víctimas te propició, y lo dejas sin un maravedí, tirado en este camastro, asfixiado por el asma, escocido por la próstata, baldado por la perlesía, a merced de conjuros y bebedizos, con su pasado a cuestras como una pirámide faraónica. ¿Así pagas y pegas a quien bien te sirve? Y saber que, en otros tiempos, hace muy poco, mis autos de fe eran algarada y novelaría de la villa —los toros de Mañozga, como los llamaban—, y era yo como un rondeño toreando al minotauro de Creta Pero mi ruina empezó recién venido a la ciudad, cuando aquel frailuco bujarrón me persuadió de poner en la hoguera al jeque maldito, a Luis Andrea, príncipe de los cimarrones y oficiante del cabrón negro. Allí empezó mi ruina, y yo, Juan de Mañozga. Inquisidor del Santo Oficio, ora me veo tullido y carraco, en este catre de tijera, después de haber vendido hasta las preseas y ornamentos de mi dignidad.

¡Andrea, feudatario del Tártaro, réprobo de Dite, jeque maldito! ¿Cómo fue que, mientras marchabas hacia la hoguera, llegaste a inspirarme compasión? ¡Ah, bodoque de mi, del Mañozga de entonces, seguro de estar haciendo méritos ante sus cristianísimas majestades para el pronto ascenso a la silla purpurienta! ¡Porrón, pachorrudo, zamacuco de mí, hidemil veces zopenco, haciendo la pelotilla al Sacro Colegio! Aún te veo, meado y cagado en las bragas, avanzar entre una doble hilera de arcabuceros, hacia la pira crepitante que, por primera vez en estas tierras de Belcebú, habíamos avivado en medio de la plaza, entre el bullicio de los curiosos, el sudor de la muchedumbre sedienta de sangre, el frufú de las basquiñas mujeriles, los bastonazos de la guardia y el trotecillo de los pencos, casi sobre cuyos ijares los

alguaciles trataban de replegar a la gentuza —con golpes de las pulimentadas conteras en que rematan sus cortos bastones de caña de Indias— hacia la contigua Plaza de la Mar y las callejuelas que desembocan en el convento de Santo Domingo. Aún te veo, Luis Andrea; aún te oigo lanzar aquellos alaridos que parecían salir de la propia jeta de Satanás, jeque cobarde, mientras yo, plantado en mitad de la plaza, revestido de todos mis atuendos, leía el veredicto del Santo Oficio y tomaba la jura a aquella plebe mugrienta y greñuda. Aún recuerdo cómo la muchedumbre alzó la mano sin rechistar, balbuceó un juramento hipócrita y siguió con lela atención la lectura de la epístola a los gálatas. *Oh insensati Galate quis vos festinavit...* Te veo, Luis Andrea, parado ante la hoguera bañado —como ahora yo— en frío sudor que es hielo de la Caína, calzando como los nazarenos el cónico cucurucho de penitente y ciñendo las insignias diabólicas, buziráquicas, recibir entre aullidos de brujo la lluvia de cascajo, legumbres y naranjas podridas con que te bautizaba, *in articulo mortis*, la muchedumbre. Y zumbaban las jácaras de los jóvenes que, amedrentados por tu estampa greñuda y salvaje de hechicero cimarrón, trataban de infundirse valor con coplas y regodeos:

—¡Zúrrale al jeque, que ya voló lengua! ¡Lenguas de fuego tendrán su cabeza! ¡Ora el que quiera andarse con plantas se verá en trapos de cucarachaaa...!

La verdad es que todos, Luís Andrea, todos menos yo, Juan de Mañozga, te temían. Temían tus agüeros y maleficios; temían el poder fabuloso de tu demonio. Por eso las coplas eran osadas e incisivas:

—¡Dios Buziraco, dios patuleco, ahogado mueras en el~ estero! ¡De tus criadillas harán sahumo para las misas de los difuntos!

Y, no obstante, fui yo, Juan de Mañozga, quien por debilidad inexplicable, por incomprensible claudicación de su carácter —ceñudo o sañado, como te pete—, se dio a las evocaciones, a esas tontas evocaciones que —he debido intuirlo— valían mucho menos que las tuyas satánicas. Sí, Luis Andrea, fue quizás porque, recién llegado a estas tierras de Lucifer, yo vivía obsesionado por la idea de haberme labrado mi propio infierno; fue por eso que, en el instante supremo, me dejé rodear por aquella nebulosa de recuerdos, nebulosa presidida por la imagen del frailuco bujarrón y agustino, fray Alonso de la Cruz Paredes, el mismo que vino a verme a este palacio que ahora se derrumba, para exponerme sus prolijos motivos, sus extensas razones, los motivos y las razones por los cuales creía deber del Santo Oficio iniciar la guerra contra los brujos. Él pedía guerra a muerte, lucha sin cuartel. La verdad era que necesitaba un milagro. El cuento de la vara florecida nadie lo tomó muy en serio y, si acaso, alguna que otra beata —como la que esta madrugada tendrá que sobreponerse a su pacatería para instaurar en este tribunal una demanda— arrastraba sus madreñas hasta el convento para comprobar la autenticidad del prodigio. Las propias monjas clarisas estaban inclinadas a reírse en las barbas del frailuco. (Y cádate que son tan relamidas como los agustinos).

Yo recordaba estas ocurrencias, Luis Andrea, justo en momentos en que tú,

húmeda y maloliente la braga, avanzabas a empujones de los arcabuceros hacia la hoguera. Tu imagen se me difamaba en un retablo de añoranzas penosas e irremediables. Mi llegada a la villa, a bordo de aquel galeón —en cuyo puente me hallaba cuando entramos a la bahía y, bordeando la isleta de Codega, singlamos paralelamente a la punta de los Icacos para anclar en seguro—, no fue tan gloriosa como la imaginara. Largos meses habían sido de navegación. Y maldita mi vida si alguna vez, con anterioridad a este confuso desembarco entre una negrería sanguinolenta y bubónica, sentí calor mis ateneante, asateante, atosigante que este que se me prendía a las espaldas como la zarpa de una bestia mitológica. Y luego esta plebe de rucios y roñosos aventureros, esta grey de alzados, esta punta de malandrines diseminada por el casco de la población, como hueste maléfica, como romería de maldicientes... No cabía duda, la ambición es asesina y yo me había labrado mi propio infierno al venirme a este refugio de desesperados adonde nadie me llamó y de donde —lo comprendí desde aquel momento— jamás volvería a España con el capelo cardenalicio, lo cual era, en últimas, el único motivo de mi desplazamiento a estas tierras que holló la pata de Satán.

Lo pienso, Luis Andrea, y me amosco de estar elevándote una plegaria, jeque maldito, réprobo de Dite. Ahora mis inferiores, mis corchetes y verguetas, creen que estoy chiflado, y cuán lúcidas mis entendederas en el instante de verte avanzar hacia el reclamo capnomante de las llamas —¡lenguas de fuego tendrán tu cabeza!—, desesperado, almizcoso como tu cabro demonio, y en el instante de volver, sobre los hechos que de esta guisa culminaban, con tan peregrina clarividencia.

Cuán lúcidas mis entendederas al recordar los modosos modales del frailuco agustino, instalado ante mí en una silla de vaqueta, con la expresión beatífica del rostro, gesticulando con aquellas manos pías e inmaculadas, como un santo de pajares, y con su perenne estribillo *-mater gloriosa et benedicta-*, el estribillo con el cual quería ponerme de presente su exagerado culto de hiperdulía y persuadirme de la historia que, sobre un cañamazo de mentira, había bordado para él el prior de la comunidad. Esa leyenda se refería —todavía sonrío entre mis tribulaciones al recordarlo— a la milagrosa aparición de la Virgen de la Candelaria, de la *mater gloriosa et benedicta* al bujarrón agustino que, en la celda de su convento santafereño debía estar pensando más en la lechuga picada de su bocadillo nocturnal que en hágase el milagro y hágalo el diablo.

Enseñoreada sobre un escabel de nubes, rodeada de serafines cuyos inflados carrillos sacaban de las trompetas aires celestiales, la *mater gloriosa* ordenó a fray Alonso emprender camino a Cartagena de Indias y erigirle, en el sitio mis alto de la ciudad, un templo. La historia del prior, que yo no acertaba a descifrar en sus intenciones últimas, añadía que fray Alonso, enmudecido de fervor, sólo hubtu atinado a balbucear, entro eructos y sonrojos: —¡Oh, ahogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordia sos!, frase desprovista de sentido, magüer entresacada de la *Salve*, porque la aparición tenía en él clavada su mirada celeste,

según debe colegirse del apremio con que lo acuciaba a ejecutar sus deseos.

Si fray Alonso de la Cruz Paredes hubiera comenzado por el principio, harto fácil me hubiera sido comprender sus propósitos. Pero se enzarzó en una madeja de consideraciones teológicas, hurtadas en su mayor parte a las obras del *Doctor de la gracia*, como él llamaba a San Agustín antes de meterse de lleno en la cuestión de Buziraco y el imperio maligno que sus oficiantes habían apretado como un cingulo en torno de la villa.

Quién lo creyera, tú, Andrea, feudatario del Tártaro, nos tenías rodeados, oprimidos, sofocados, a ignorandas nuestras, mientras aumentaba cada día el número de esclavos, escapadas de sus cepos domésticos, que iban a sumarse a tus huestes malditas. Y hete que el sitio más alto de la ciudad, el sitio donde la *mater gloriosa* deseaba ver erigido su templo, era la Galera —así llamada por su forma de galera cubierta—, o sea, justo la colina en la que tú y tus endiablados cimarrones concertábais cita todas las noches para invocar, a través del cabro Urí, al espíritu de Buziraco, que en vuestro lenguaje de brujos y mojarías no era otro que el diablo cristiano.

Pero eso no fue sino el comienzo, Andrea, jeque maldito.

Cinco,
cinco y media de la madrugada.

Crujieron los goznes y asomó un prebendado para anunciar la presencia de la denunciante. Mañozga pensó que iba a reventar Supuso a Fernández de Amaya, ya en el despacho contiguo, madrugador y fresco como una begonia, frotándose las manos de codicia y riendo con su agudo ji-ji-ji. Él no había podido dormir, coño de tu madre. Pero recordó que, hacia un año -dos?, tres?, cuatro?, cinco?—, los calabozos estaban vacíos y precia haber en la villa una conjura para cercar por hambre al Santo Oficio. Así que se incorporó débilmente. Diablo de calor. ¿Cómo no las oís? ¿Cómo no oís a las brujas balando afuera, en gran trulla? ¡Y pensar que con esas bocas, con esas mismas bocas que tú, Fernández de Amaya, besaste en las mazmorras, ellas han osculado el salvohonor del cabrón negro! ¿Está ahí la beata, eh? Es la primera denuncia en un año —dos?, tres, cuatro, cinco?—, viejo cabro. Incorporáte, vamos, la perlesía no es ilusión, madre, me crujen los huesos, ¿y si caigo muerto y bajo a la Antenoría antes de embargar esa barbería? Así, así, poco a poco, viejo tuno. Ay, es la vejez el infierno.

—Su Señoría, Dios le bendiga la madrugada.

¡Su abuela, qué espantapájaros! Y, ahora que tanto pienso en Buziraco, el culo me pica, ¿estaré volviéndome bujarrón al cabo de la vejez?, el culo me pica y quién se lo rasca delante de una beata. Buenas, buenas.

—Buenas. Perdonad si estoy casi impedido, pero así paga Dios a quien bien le sirve.

La beata avanzaba hacia él, trenzadas las manos y sobre ascuas el gesto fervoroso.

-Inquisidor, si se os ve primaveral. Permitid que os bese las manos.

—Atrás, atrás. —A cualquiera hubiese dado la impresión de que Mañozga exageraba su decrepitud: —Para eso os han nombrado un Obispo con calandrajos que besar. Atrás.

Sólo entonces vio a Fernández de Amaya, que ocupaba el centro de la habitación rodeado de una verdadera legión de tonsurados, regulares, clérigos, canónigos, eclesiásticos de misa y olla, sacristanes, racioneros, medios racioneros y toda laya de dominguillos frailunos. Espesaba el ambiente un dulzón hedor de clerecía.

—Esto parece mi funeral —dijo.

Pero no imaginaba la satisfacción que sus palabras produjeron en el auditorio.

—Y quizá lo es en cierto modo —añadió por fin, mientras en vano procuraba alcanzar, por el bobillo de los callones, el punto donde deseaba conducir las uñas—. Pero, veamos, ¿es un barbero el pobre hombre que os ha hecho daño?

Sin saber por qué, la beata sintió como si los ojos del Inquisidor estuvieran atravesándole la carne y buscando la carroña misma del corazón. Se preguntaba cómo pudo este hombre envejecer tan lo en tan corto tiempo. Mañozga parecía su propia caricatura, pero su mirada guardaba un rescoldo del fuego que, en otros días, fulminó a las miradas más altaneras.

—No digo que a mí solamente —se defendió la mujeruca—. Ese hombre es la encarnación del mismo demonio.

-En todo hombre se encarna algún demonio interrumpió el anciano, hastiado de oír canturrear acusaciones cortadas, por la misma tijera y fastidiado, además, de estar al cabo de tantos años representando la consabida pantomima.

-Pero en este zaragozano debe haberse encamado el príncipe de los demonios —se apresuró a argumentar la denunciante, cuyo rostro no era tan viejo y demacrado como su atuendo y ademanes lo hacían parecer—. ¿De qué otro modo se explican sus habladurías disparatadas, que si les da crédito tendría que convenir en que este bar fiero fue, en otras vidas, Alejandro, Julio César y hasta el mismísimo Pilatos?

Mañozga desistió de la ardua operación que efectuaba por el bolsillo de los calzones y la realizó abiertamente por el fundillo. Las revelaciones de la beata habían causado un pequeño revuelo entre la concurrencia. Algunos frailes tosían alborotadamente para no reírse, El Inquisidor los silenció con los ojos.

—Acabaréis de explicaros —instó con una sonrisa condescendiente, pero dolorosa en su rostro agrietado y caduco.

—Como estáis oyéndola. Vuestras Señorías -generalizó entonces la mujer, envalentonada por el impacto que sus palabras parecían haber producido—. No sólo afirma haber él mismo sido César y Pilatos, sino que pretende haber volado en escobas, sacado agua de las piedras, arrojado llamas por el hocico en forma de dragón y ordenado, como Nerón, el incendio de Roma.

—Coño —opinó Mañozga.

—Con otro bujo nos las habernos -ironizó el Alcaide, escrutando a su socio con la mirada.

Mañozga parecía encalabrinado. Un brujo, crica de tu madre, y zaragozano por más señas. ¿Pero es que definitivamente me persiguen y soy yo quien debe quedar encadenado a ellos, por vida de mi polla?

—¿Cómo se llama el barbero? —preguntó.

—Orestes Cariñena.

El Inquisidor hizo saltar de un lado a otro los ojos grises y apagados, dando la sensación de una fiera acabada de enjaular.

—Fernández de Amaya, me parece haberte dicho que no quiero volver a saber de brujos. Me habías hablado de un judigüelo.

—Se os sirve un brujo en un plato —terció un clérigo que parecía querer esconder la risa bajo la sotana de sus superiores jerárquicos.

—¿No es suficiente —adujo Mañozga, urgido de guardar las apariencias pero sofocado por el esfuerzo que hacía— el escarmiento que hemos hecho tomar a los brujos? ¿No hemos quemado a una docena de ellos con toda la pompa del rito cristiano? ¿No nos pidió expresamente la feligresía suspender la persecución y no llegaron al extremo de afirmar que yo era más brujo que todos los brujos?

Aquí la beata empezó a ver en timbilimbas sus diez castellanos y,

sobreponiéndose a la mal disimulada cólera encaró al Inquisidor.

—Orestes Cariñena afirma, además, que ha encarnado hasta en el mismo rey de España, y en alguna ocasión, dijo haber sitio él mismo su propio abuelo. ¿Va a hacer el papa moscas la Inquisición y permitir semejante escándalo? Ladre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...

—Los brujos me tienen hasta el pescuezo —insistió el Inquisidor, ya con una mirada desafiante.

La mujeruca, erguida sobre sus botines, increpó esta vez al anciano con un fervor que la hubiera puesto a temblar de no mediar, en su imaginación, el retintín del oro.

—¿Y no es deber del Santo Oficio exterminar a la brujería? ¿O vais a permitir que ese sacamuelas se os ría en vuestras narices? Si será verdad lo que dicen por ahí...

Luego, en vista de que nadie le pedía aclaraciones:

—Dicen que el Santo Oficio les ha cogido miedo a los brujos.

Estaba congestionada y vociferante, con lo que hacía mucho más risible su estampa disecada de doncellueca.

Fernández de Amaya había agachado la cabeza y escuchaba lleno de ira el cuchicheo de satisfacción que las palabras de la denunciante habían suscitado entre las sotanas presentes.

—Ni qué hablar más —gruñó Mañozga, a quien el prebendado había echado un jubón Sobre la espalda y ahora se asfixiaba de calor—. He dicho y repito que no quiero saber de brujos. Vos —y señaló con el dedo a la beata, que ya empezaba a amilanarse, pasado el primer sofoco— podéis si así os viene en gana entablar la demanda ante el santo tribunal. ¡Demandadme a mí, qué cuerno, si eso os satisface! Pero lo que es Juan de Mañozga tiene cancelado su pleito con los brujos, y cuando dos voluntades están conformes, de poco sirven revolvedores. Marchaos y ni un pedo más.

—Poco ha de costar la barbería del susodicho —se atrevió a comentar jocosamente, entre el montón de eclesiásticos, algún clérigo, de esos que comparaban con gorriones. Mañozga lo fulminó coa la mirada. En aquel momento, seguía haciendo alarde de gran energía; pero para Fernández de Amaya no era un secreto que toda esa trifulca redundaría en una recaída y empeoramiento de las condiciones físicas del anciano juez eclesiástico. Mañozga era un escombros, y todo el ardor puesto en rechazar las pretensiones de la beata sólo servía para confirmar su decadencia. En otros tiempos, el Inquisidor habría saltado de alegría y, en menos que canta un gallo, el barbero habría ido a madurarse a los calabozos del Santo Oficio.

En esto un prebendado, después de abrir tímidamente la puerta y cruzar con menos timidez por entre el Inquisidor y la beata, se aproximó al Alcaide y le susurró algo al oído.

—¿Estás seguro, leche?

Fernández de Amaya se abrió paso entre el tupido matorral de sotanas y se

deslizó hasta el sitio donde su achacoso colega resistía la última acometida de la beata, la cual, repuesta del inicial abatimiento, ahora juraba no descansar hasta ver a Orestes Cariñena en la hoguera.

—Viejo cabro —le dijo en un susurro—, me parece que nos llegó tocino a la olla. ¿A que no adivinas quién nos cae del cielo y nada menos, diablo, que para formular una acusación? Cáete de espaldas. Cítete, viejo cabro.

El Inquisidor no lograba poner todos sus sentidos, al tiempo, en su Alcaide y en la mujeruca que empezaba a batirse en retirada amenazando con acudir al Obispo si el Santo Oficio no escuchaba, con toda minucia, sus quejas contra el barbero prodigioso, en realidad estaba despechada y el calor la hacía delirar un poco.

—¿Quién? —preguntó al fin Mañozga.

—Catalina de Alcántara —dijo el otro con una suerte de victoriosa malicia en la mirada.

—¿Estás burlándote de mi, Alcaide? —El anciano alzo la vista sin poder remediarlo y esto colocó sobre alerta a la chusma de tonsurados.

El otro lo hizo señas de que fuera discreta.

—Está esperándonos en el refectorio.

Mañozga inclinó la cabeza y trató de entrever el designio que así le llovía de lo alto. Porque Catalina de Alcántara era, después de él mismo quizás, el ser más original, controvertido y extraordinario que hubiese conocido jamás la villa. Nadie la hubiera concebido entablado una querrela ante el Santo Oficio y, la verdad, el Inquisidor se olía una trampa, un embeleco, algo que de todas formas tendría su aspecto de birlibirloque. No en balde tantos años la viuda alucinó a la ciudad con las extravagancias de Mardoqueo Crisoberilo, las fábulas de su riqueza incontable, sus exigencias sobre el Santo Grial y los remordimientos que alojó en la conciencia de un honrado Obispo. Viendo que la chusma tonsurada intentaba seguirlos cuando traspusieron la puerta claveteada de la celda, dejó ir las palabras más por desprecio que por disimulo:

—¡Atrás, hideputas tonsurados intonsos, atrás, que me hartó de bisbiseos en esta asfixia de calóndrigos...!

Arranque senil que contrastó, al llegar ambos al refectorio, con la frase serena que, para hacer de lado todo preámbulo, la sorpresiva querellante puso a flotar, como un conjuro, en el ambiente:

—Vengo a denunciar a un portugués por prácticas hebraicas.

Historias múltiples y diversas tejía la villa en torno a la enigmática personalidad de Catalina de Alcántara. Aunque a vista de todos aparecía como viuda, los menos discretos aseguraban que nunca fue casada y que su viudez era sólo una impostura con la cual pretendía tender un lienzo sobre su vida desorbitada y orgiástica. La verdad es que nadie pudo establecer jamás la identidad de su difunto o presunto esposo, del cual ella misma se limitaba a asegurar que murió a consecuencia de ciertos extraños delirios, en cuyas crisis creía identificarse borrosamente con el mitológico rey Candaulos en momentos en que el monarca legendario era engañado, merced al don de la invisibilidad, por el artero Giges. Por supuesto, nadie tornó en serio esta broma, que la viuda contaba entre risas y sorbitos de vino seco.

Con su fantasía rivalizaba la del pueblo raso. No bien, se supo que alimentaba en su mansión una jauría de podencos españoles, empezó a recelarse que la propietaria sostuviera comercio carnal con los animales. Jamás se pudo demostrar nada concreto a este respecto, pero un negro escapado de casa de la viuda afirmaba que, en las noches de luna llena, la vampiresa se untaba de carne molida los muslos y las entrepiernas y ponía a los perros a lamerlos horas enteras, todo lo que ella demorase en obtener una progresiva y delirante satisfacción.

Estas consejas ayudaban a rodearla de un halo de quimera, que al fin terminó por sembrar el desconcierto y reforzar la aparente invulnerabilidad de la ricahembra.

En lo único que todos se ponían de acuerdo era en la cegadora belleza de la mujer, cuya desnudez según decires, era la misma de la reina Nisia en alguna popularizada alegoría del pintor flamenco Jacobo jordaens, de la cual la viuda conservaba, en su mansión de la Calle del Pozo, un primor boceto al carboncillo mucho más perfecto y provocativo que el original. Sobre las relaciones entre el artista y la modelo circulaban las más entabadas versiones, una de las cuales la hacía fugarse de España con Rubens para ir a parar, bañada en lágrimas y celosa de Elena Fourment, en brazos del pintor de Amberes. También existía general acuerdo sobre las buenas migas habidas entre Catalina y el clero, lo cual explicaba el que esta bruja maligna no hubiese sido ajusticiada y quemada por el Santo Oficio. En alguna ocasión, se rumoró la existencia de relaciones escandalosas entre Catalina y el anciano Obispo Luis Honquillo de Córdoba, razón por la cual —en opinión de Lis malas lenguas— el prelado, supliciado por la conciencia y asediado a toda hora del día y la noche por las exuberancias de la sirena, embarcó misteriosamente al favor de la oscuridad y fue a templar a su monasterio español, sin haber obtenido licencia de los reyes para el imprevisto viaje. Más tarde pudo comprobarse, sin embargo, la falsedad y maléfica perfidia de esta anécdota, de cuyo origen jamás se tuvo noticia cierta.

Catalina había llegado a la villa siete años atrás, cuando se celebraba el centenario de la Fundación, viuda ya y sin nada que prestigiara su pasado conyugal, había viajado en el camarote principal de un barco negrero y esto parecía aclarar el raro estado de lasitud corpórea que acusaba el capitán al descender por la pasarela. La

ciudad empezó a hacerse lenguas cuando, una semana más tarde, el oficial regaló a la viuda catorce esclavos africanos del lote traído en la galera, herrados de antemano con una extraño marca que nadie pudo descifrar, pero que era al fin y al cabo la marca de Catalina, así gruñeran las autoridades civiles que esperaban hallar, sobre el lomo de los negros, las iniciales de la propietaria. Se trataba, sin embargo, y conforme a la explicación dada por la mujer al ser interrogada por los alguaciles, de un diagrama místico de su familia, semejante a la cruz de Calatrava, sin otra diferencia que tener en el escudete del crucero un peral de color verde. La mujer se hizo construir, con dineros que traía de España, una singular mansión en la Calle del pozo, cuyo vecindario tenía fama de ser el más austero de la villa. Se dijo que, para pegar los adobes, había utilizado una mezcla de la que formaban parte tripas de cucaracha, pestañas de paloma torcaz y extremidades de tiburón. Pero el Santo Oficio no dio crédito a la especie, circunstancia que movió a la ciudadanía a pensar que la viuda de Alcántara era una enviada del Papado cuya misión consistía en exorcizar, con encantamientos cristianos, a los brujos que, a la sazón, tenían en jaque a la ciudad. Ésta fue, sin embargo, la primera constancia de que la forastera mantenía excelentes relaciones con la Iglesia.

El capitán de la galeota negrera la visitó en dos ocasiones, al desembarcar en Cartagena. En una de ellas, los vecinos aseguraron haber oído aullidos de bacanal en la mansión de la Calle del Pozo, pero las autoridades se abstuvieron de intervenir. Después llegó la nueva del naufragio de la galeota en altamar, lo cual fue sólo confirmación de lo entrevisto por los brujos dentro de sus lebrillos llenos de agua, y Catalina recibió la mala noticia sin alterarse y, por el contrario, bromeando a cada palabra sobre la impericia del oficial, que también estuvo a punto de hacerlos naufragar durante la travesía que la trajo a ella de España. Aún así, la imaginación popular insistió siempre en que ella amaba al capitán y en que la causa del desastre náutico estuvo en lo zurumbático que lo dejó después de tres noches de salvaje amor entre sus brazos.

La casa de la Calle del Pozo era, para quienes habían tenido el privilegio de conocerla por dentro, un dechado de extravagancias. Las malas lenguas no dejaban de preguntarse de dónde sacaba la viuda los fabulosos caudales dilapidados en su sostenimiento. Lo cierto es que, tras aquellas paredes, los ojos pacatos de los visitantes creían haber visto maravillas miliunanochescas tales como tapices que pertenecieron a la XVIII dinastía egipcia; iluminaciones palatinas y divanes que fueron en otros tiempos del príncipe Korustcha; mecanismos melódicos que narraban musicalmente la historia del pájaro que habla, el árbol que omite y el agua de oro; el mapa de la luna trazado por Sarpi, el dorado escudo mágico del rey de los Homanis; bandejas de oro macizo y alfanjes con empuñadura del mismo metal que alguna vez hicieron parte del tesoro de Aladino; arañas de cientos de luces hurtadas por los bucaneros al dux de Venecia; búcaros de caolín que databan de una antiquísima dinastía china; un broche que estuvo sobre el busto de Cleopatra; la lámpara de

Diógenes y vasos griegos que representaban toda suerte de escenas mitológicas; mosaicos etruscos invaluable por su rareza; la ubre disecada de la loba romana; la espada de Aristodemón c! Manderecha; el eje de la Tierra, la trompeta del Juicio Final, y un cúmulo innumerable de variados y portentosos objetos entre los cuales la viuda de Alcántara se movía con una indiferencia que hubiese hecho rabiar a un erudito. Ninguno, por supuesto, que conociera el humor negro de Catalina se hubiese tragado la fábula según la cual la túnica que esperaba en el baño a sus huéspedes era la túnica inconsútil. Después de todo, Catalina era una bromista redomada.

A oídos del Santo Oficio llegó la especie de que era musulmana. Tampoco en aquella oportunidad los hábiles esbirros de Mañozga movieron un dedo contra esta sultana de exotismo cuyo único desorden no era, sin embargo, el imaginativo. Fernández de Amaya acariciaba la secreta obsesión de poseerla. Pero ello estaba fuera de los cálculos propiamente inquisitoriales. Si aquí jugaba un poco la iniciativa personal, en los contenidos deseos del Alcaide obraban no menos las crecientes leyendas sobre los poderes mágicos de Catalina. Las hechiceras eran la debilidad del dominico y se hablaba de la existencia de cierto espejo donde, al mirarse, la viuda se veía convertida en una horripilante bruja.

Para los habitantes de la Calle del Pozo, la estrambótica señora llegó a constituirse, no ya en una amenaza pública, sino en una amenaza metafísica. Su cortejo de esclavos raras veces salía, y las provisiones eran depositadas frente a la puerta cochera, donde permanecía un recadero a veces horas enteras hasta cuando la dueña de casa se apersonaba y dirigía el traslado de las cajas, tambores, garrafas y envoltorios. Era tal, no obstante, la afluencia de viveros, gollerías y damajuanas a aquel lugar, que el vecindario tuvo por fuerza que imaginar unas orgías tumultuosas. Alguien aseguraba que, al recibir a sus amistades, la viuda de Alcántara aparecía siempre completamente desnuda, en una bañera chapeada de malaquita.

La historia de sus amores con el Obispo Ronquillo de Córdoba postulaba que, cierta vez, hallándose a manteles con la viuda, el santo prelado dejó ir las palabras y expresó su deseo ferviente de ver, antes de morir, una ninfa: una de aquellas graciosas doncellas que, según las evocaciones teológicas del alto jerarca, formaban parte del séquito de Dionysos, Artemisa la cazadora y Afrodita. Una de aquellas vírgenes prodigiosas —así lo dijo el ingenuo pastor— que hilaban, tejían o cantaban a las orillas de las fuentes, en los bosques o en las islas desiertas. Entonces Catalina fraguó un plan y, una tarde en que el Obispo, como solía hacerlo, inspeccionaba a solas, apoyado en su bastón de campando, las haciendas recientemente adquiridas por el clero en cercanías de la Galera, una visión lo encegueció de pronto; sumergida a medias en el estero, exprimiendo los cabellos negros y sonriéndole como una alegoría de Jacobo Jordaens, una mujer casi irreal doraba al sol una desnudez digna de lechos principescos. El prelado, cautivo del extraño encantamiento, corrió hacia la visión creyéndola un espejismo de su propia edad crítica, una Fata Morgana próxima a desaparecer, y cuál no sería su alborozo cuando oyó la voz de Catalina decirle: “Aquí

tienes a tu ninfa, pero de carne y hueso Ven, obispo, y prueba bocado de cardenal”, y sintió los brazos de la nereida que lo recibían como tizones líquidos de lujuria. Esta historia era sólo conocida de los varones —todos los cuales anhelaban para su capote un encuentro semejante— y, aunque su autenticidad era puesta en tela de juicio por los envidiosos, nadie supo jamás hasta qué punto influyó en la desaparición del santo prelado.

Versiones menos atravesadas reducían a su mínima expresión los chismes urdidos a costillas de la viuda. Suponían, por ejemplo, que el capitán era su marido legítimo y que algún pleito familiar lo movió a trasladar a su mujer a las Indias, para evitarle percances desagradables. Podía creerse que la madre del oficial se había vuelto loca y, en su delirio, jurado una enconada persecución contra la nuera, bajo acusación de haberle escamoteado su hijo. Estas versiones sugerían que, al enterarse del naufragio de su esposo, Catalina vertió una solitaria lágrima que, con la elocuencia y pureza acendradas en una perla, condensó el dolor que otras hubieran despilfarrado en un mar de mocos. Huelga decir que, muerto el capitán, la mujer seguía escudándose en el anonimato de las furias de la suegra loca.

Para los menos suspicaces, el cuento del cuadro del flamenco era un cuento chino y Catalina sólo había posado, en realidad, para la púdica Santa Inés del *Españoleto*, que algunos habían admirado en la corte del duque de Osuna. Cuando se les dijo que la modelo de este cuadro había sido María Rosa, la hija del pintor, seducida más tarde por don Juan de Austria, los más imaginativos no dudaron ni por una fracción de segundo que Catalina fuera la propia hija de Ribera. En tal caso, se hallaría voluntariamente desterrada en las Indias, para purgar el fogoso pecado cometido en brazos de su amante. Nadie cayó en cuenta del anacronismo candoroso de la hipótesis. Estos bienpensados defensores de la viuda se resistían a creer en las exóticas maravillas que su mansión cobijaba. A lo sumo, decían, tendrá algunas de esas cosas, pero no todas. Una hija de Ribera podría haber coleccionado parte del tesoro de Marco Polo. Negaban a ultranza la posibilidad de que Catalina poseyera mosaicas etruscos ni la espada de Aristodemón el Manderecha. En cambio, aceptaban de buen grado la idea de que en la mansión estuvieran el eje de la Tierra y la trompeta del Juicio Final, Por lo demás, no querían oír mencionar las historias de ninfas ni las orgías celebradas de noche por la mítica mujer, todos cuyos defensores y detractores habrían quedado perplejos de saber que Catalina de Alcántara acababa de denunciar, por prácticas hebraicas, ante la Inquisición, a un comerciante portugués.

Instalada junto a la caja de música cuyas notas seductoramente narraban la fábula del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro, la propietaria de tan delicioso mecanismo estaba muy lejos de pensar en la denuncia que, aquella misma madrugada, sus labios pronunciaron ante ese escombros senil del antiguo Juan de Mañozga y las risitas socarronas de ni Alcaide. En realidad, la increíble riqueza imaginativa de Catalina de Alcántara la preservaba, en cierto modo, de pensar en cosas desagradables. Su vida era como un rosario de apólogos y, aparte las nunca confirmadas historietas que a su costa fraguaba la imaginación popular, la viuda tenía a su haber una nada despreciable colección de hechos cumplidos a la faz pública. El primero de ellos databa ya de un lustro y tomó comienzo cuando aquel alquimista excéntrico llegó a la ciudad. Hacia casi dos años que habitaba Catalina su mansión de la Calle del Pozo, y ya los vecinos renegaban de sus presuntas locuras y las escandalosas relaciones sostenidas con el capitán de la galera. Entonces, un buen día, el alquimista se encaramó en un adobe en la Plaza de Armas, frente a la Catedral, e inició un discurso disparatado y herético, par solo del que mucho más tarde diría ante el tribunal del Santo Oficio la centenaria hechicera Rosaura García, discurso que sembró el pánico y el temor de Dios entre las beatas, los santurriones y las gentes sencillas. Empezó hablando de Thot, el dios egipcio de cabeza de ibis, personificación de la razón y la inteligencia de los dioses, autocreado y surgido con *Ra al principio de los tiempos*, inventor de las artes y las ciencias. Prueba de su poder: en tiempos de la reina Hatshepsuf, durante un ritual, la estatua de Amón bajó de su pedestal y recorrió el templo para acabar deteniéndose auspiciosamente ante el que sería más tarde Tuthmosis III. Thot, Path y Khnum integraron el *ka* de Hermes Trismegisto, personaje y gran maestro del siglo xx a. de C., por medio de cuyas recetas es posible purificar el plomo, convertir en plata el estaño, blanquear el cobre, doblar el oro y fabricar el asemón entabando el alumbre y la sal de Capadocia. Estas instrucciones se encuentran en la tabla de esmeralda, hallada por Meriamón Aleksandres en las profundidades de la Gran Pirámide de Gizeh. Trismegisto tenía las tres partes de la filosofía del mundo, cuyo espejo es la piedra filosofal: quien la posee es tan sabio como Aristóteles. La piedra hace bueno lo malo y despoja al hombre de gloria vana, temor o esperanza. Es la salamandra ardiente. Se consigue mediante

la purga,
la sublimación,
la calcinación,
la exuberación,
la fijación,
la solución,
la putrefacción,
la separación,
la conjunción,

la multiplicación
y la fermentación en el elixir.

Azores y atanores, alambiques simples y acoplados, son los medies físicos. El único medio espiritual, *la llama interior que todo lo abrasa*. En la Gran Obra, en el metal perfecto, está la síntesis de los elementos machos y hembras de la naturaleza. De allí la imagen bicéfala alquimista. Habló luego de su peregrinación a la tumba mágica de Miguel Escoto, che veramente *delle magique frode seppe il giocco*. Mencionó a Guido de Montefeltro. Arnaldo de Vilanova y Alberto Magno. Ilustró sus disquisiciones con la Eva Celeste. *Ex sulphure et mercurio ut natura sic ars potest facere metalla*, enunció por último para terminar afirmando que la transmutación de los metales había sido un extravío de sus antecesores, pues siendo la alquimia una ciencia divina, debía fundarse por fuerza en la búsqueda de Dios y no en la de bienes materiales. Expuesto lo cual, sacó de la mochila una piedra de visos rosados y verdosos, semejante al cristal de turmalina, y la frotó repetidamente sobre otra que parecía cuarzo ahumado, hasta producir una obispa gigantesca que, elevándose como una pieza de artefacto, se detuvo un instante sobre la Catedral y luego irruyó hacia el firmamento a una velocidad pasmosa, precipitando en su trayectoria una lluvia menuda y cenicienta de polvo de hulla, la cual, según el alquimista, era espíritu chamuscado de la uña del dedo gordo del pie de Dios.

La inquisición no tardó en actuar, pero en el momento en que cuatro alguaciles marchaban escoltando al hereje hacia las dependencias del Santo Oficio, Catalina irrumpió en la Plaza y protestó alegando que el alquimista era protegido suyo. Los esbirros no hicieron ningún caso de la viuda, mas una vez llegados al tribunal, una orden misteriosa puso en libertad al acusado, quien desde aquel día se convirtió en huésped de la mansión de la Calle del Pozo. La única explicación dada por el Santo Oficio se cifró en proclamar que el hombre en cuestión era miembro de la secta esenia y que, habiendo sido esenio Nuestro Señor, como parecían comprobarlo algunos textos, la Inquisición mal podía tocarle un pelo a un adepto. Oc esa comunidad de los antiguos judíos.

La opinión pública no quedó satisfecha con esta explicación tardía y rebuscada. No obstante, el alquimista —que decía llamarse Mardoqueo Crisoberilo— continuó viviendo sin molestias en casa de Catalina de Alcántara, repujado en cuyo portón relumbraba el diagrama místico de la familia.

Así pasaron unas semanas, al cabo de las cuales, una noche, ciertas explosiones sordas sacudieron a la Calle del Pozo. Las autoridades municipales y el Santo Oficio acudieron sin lar danza, pero, salvo los vecinos que corrían en camisón de un punto a otro presas de terror, la calleja daba la impresión de hallarse en completo orden. Todos coincidieron en afirmar que los mirlos habían provenido de casa de la viuda —la única de donde nadie salió en el momento de la alarma—, lo cual animó a los alguaciles a hacer sonar la aldaba del portón, pese a la desconfianza que el signo

repujado les inspiraba. Sólo al cabo de mucho rato acudió a abrir un esclavo, provisto de una palmatoria. Los esbirros esperaron en un recibo, donde tuvieron ocasión de admirar por más de media hora la espada de Aristodemón el Manderecha, colocada en una panoplia sobre la cual se destacaba además, el sable de Alí Babá. Cuando Catalina estuvo en condiciones de recibir, los alguaciles fueron conducidos directamente a sus alcobas, y allí encontraron a la sirena ataviada con una bellísima camisa de dormir que traslucía, celadamente, su silueta. Se dice que los esbirros experimentaron tanta turbación a la sola sugerencia de aquellas curvas casi angélicas o casi diabólicas, que sus preguntas fueron torpes y carentes de sindéresis. No obstante, pudo sacarse en limpio que Mardoqueo Crisoberilo había estado agarrando a Dios, con su propia mano y durante algunos minutos, por el dedo gordo del pie, lo cual explicaba aquellas sordas quejumbres brotadas de labios del Creador, ante la idea de haber sido mordido por un alacrán ponzoñoso. Esta reacción del Divino Hacedor la explicaba Catalina con un argumento que, al mismo tiempo, justificaba la presencia del estrafalario alquimista en la villa. Las experiencias de los sabios habían demostrado de tiempo atrás que, por caprichos de la Creación, un pie de Dios había quedado, en su ubicuidad cósmica, suspendido sobre Cartagena de Indias. Este miembro del Señor, al librar sobre la ciudad una cantidad imponderable de flujo magnético, era a su vez responsable de la abundancia de brujos dotados de poderes sobrenaturales en esta región del mundo. Al mismo tiempo, ciertas veleidades del carácter divino, expuestas y reconocidas a la luz de la teología, bailaban excusa en el hecho de verse el Señor constantemente hostigado por los alacranes, garrapatas, chinches, zancudos, jejenes y miles de bichos que pululaban en esta latitud tropical y que, enterados talvez por sus innumerables y diminutas ommatidias, su complejo tejido conjuntivo, sus óculos compuestos de artrópodos, de la presencia o cercanía de este miembro del todo absoluto, solían chupado la sangre a modo de vino espiritual o espirituoso, con el mismo apetito con que, como quien dice, las beatas comulgaban para poseer su carne. A despecho de su autoridad, los alguaciles no lograron que el alquimista se luciera presente y relatará de primera mano los hechos. Catalina explicó que el venerable sabio dormía inalterablemente ahora, como solía hacerlo cada vez que obtenía uno de estos triunfos sobresalientes. Aun agregó, para terminar de anonadar a los representantes de la autoridad, una frase en latín de cuya humildad se asombró horas después el mismísimo Juan de Mañozga: *Rari Haec —dijo— ui hominibus Est Ars: ita raro in lucem prodit: laudatur Deus in aeternum, qui partem suae infinitas potentiae nobis suis abjectis simis creaturis communicat.* Las denuncias entablarlas más tarde, no ya por brujería —pues el prodigio pretendido sobrepujaba todas las cábalas—, sino por alteración de la tranquilidad ciudadana, tampoco hallaron eco en los oídos adustos del Santo Oficio, y desde entonces comenzó a rumorarse que los inquisidores habían cogido miedo a los brujos.

Otras sorpresas deparaba, a la ciudad Mardoqueo Crisoberilo.

La más exorbitante de las que se recuerden dio principio cuando el alquimista

anunció públicamente su propósito de cortar la uña del dedo gordo del pie de Dios. No hablan pasado seis meses desde el incidente de la Calle del Pozo y el esenio empezaba a tomarse, bajo el patrocinio de la invulnerable viuda, libertades realmente insólitas. La artillería y la caballería españolas, que acostumbraban realizar sus ejercicios militares en las playas de Santo Domingo y el Cabrero, se topaban a menudo con el hombrecito casi diminuto que frotaba y frotaba sus piedras hasta conseguir que lloviera sobre él un chubasco de cenizas azules o, a veces, de pedruscos con raras formas geométricas o de insectos muertos. Los alguaciles se mordían los labios al verlo pasearse, cargado de toda suerte de cilindros y hornillos de atañor, por los extramuros. Llevaba colgado del cuello un pergamino donde, con jugo de gran consuelda, se habían trazado siete expresiones separadas entre sí por siete cruces: *Dixit Dominus* + + + + + + + *Crescite* + + + + + + + *uthihot* + + + + + + + *et multiplicamini* + + + + + + + *thabechai* + + + + + + + *et replete* *terram* + + + + + + + *amath* + + + + + + +. No faltó quien dijera que, urgido de gozar a la bella con la cual habitaba, recurría a este procedimiento contra la impotencia, prescripto por un tal Gilberto de Inglaterra. Su presencia constituía una provocación constante al Santo Oficio, aunque jamás volvieron a tomar la palabra en público hasta el día que, de nuevo en la plaza de Armas, hizo el solemne anuncio de que cortaría a Dios la uña del dedo gordo del pie, como culminación de sus experimentos teofísicos.

Como lo interrogaran sobre la utilidad de su experimento, que en cambio podría acarrear quién sabe qué desdichas al género humano, Mardoqueo Crisoberilo aclaró que, por el contrario, una uña de Dios sería el único amuleto propiamente universal en poder del hombre, en oposición a esos fragmentarios amuletos, un poco idólatras, de que se servían las religiones. No es lo mismo, encarecía, un trozo de madera de la cruz de Cristo o un rizo de Santa María Egipcíaca, que una uña del dedo gordo del pie de Dios Nuestro Señor. Por lo demás —expuso cuando alguien preguntó si aquello no desataría las iras del Altísimo—, a nadie molesta que le corten una uña del pie y, al contrario, es favor que se le hace. No es lo mismo cercenar una uña que la cabeza u otra parte realmente importante del organismo. Todos nos cortamos a menudo las uñas y vivimos tan contentos. Mal puede hacerte falta a Dios un apéndice córneo que nos estorba a los hombres.

Lo que más llamó la atención y preocupó a la ciudad fue el silencio que guardó la Inquisición respecto de esta inusitada maniobra. Juan de Mañozga —que por esos días muy poco se dejaba ver ya en público— exageró su reclusión hasta lo imposible y llegó al extremo de incumplir una cita perentoria que, por razones no del todo conocidas, el Obispo le había impuesto. Algunas personas estaban literalmente aterrorizadas ante las consecuencias que el terrible sacrilegio pudiera desatar sobre el universo. Sólo Catalina de Alcántara parecía ignorar el hecho y, cuando alguien mencionaba el asunto en su presencia, se limitaba a soltar una retahíla de conclusas lucubraciones que algo tenían que ver con la oratoria de San Gregorio Niseno, la historiografía de Eusebio y Procopio y los dulces versos de Romano el Melódico.

La fecha en que debía cumplirse la prueba de pruebas fue fijada con bastante anterioridad. Mardoqueo Crisoberilo se dio el lujo de mandar a imprimir tinajas especies de bandos en los que aleccionaba a la población sobre el modo como debía comportarse durante el extraordinario acontecimiento. Se fijaron en los muros y el mismo Alcalde de Cartagena —que, a la sazón, alimentaba la chismografía popular con su nueva costumbre de tomar el caldo de los mediodías en una pequeña caldereta— tuvo que envidiar los bonitos caracteres gráficos de la impresión, que por aquellos años sólo era posible en México y en esta villa del Nuevo Reino.

Conforme a las instrucciones del alquimista, una vez llegado el gran día, la muchedumbre, incapaz de vencer la curiosidad y no obstante el pavor que las pretensiones del experimento le inspiraban, se aglomeró en el cascarón del antiguo baluarte de San Matías, en el extremo de la punta de los Icacos. La fortificación fue una de las primeras que se construyeron para defensa de la valla, pero con materiales tan precarios que a la vuelta de medio siglo no era sino un hacinamiento de ruinas en cuyo emplazamiento los alarifes encargados de la reconstrucción habían optado por proyectar un nuevo castillo. Mardoqueo Crisoberilo utilizó aquellos escombros a guisa de coliseo y, mientras los curiosos se acomodaban como mejor podían entre las garitas y las piedras sueltas, él se instaló a cierta distancia, en la playa, con la mochila terciada y la vista perdida en la extensión marina. Catalina de Alcántara llegó en una especie de palanquín, llevado en andas por seis esclavos que tuvieron que apresurarse por entre la coriácea espesura de los icacos y bajo el ventalle gigante de los chaguaramos —testigos en otro tiempo de las misas negras de Luis Andrea—, para no perder el espectáculo.

La multitud encaramada sobre las ruinas del bastión estaba formada en su mayor parte de hombres, entre los cuales se distinguían uno que o bu uniforme oficial, y alguna insignia de la jineta. Las mujeres prefirieron refugiarse en los templos, ante la idea de una súbita ira de Dios, y las que podían verse mezcladas en el gentío eran de dos clases: hembras de espíritu libre como Catalina de Alcántara, aunque sin su aparente inmunidad ante las maquinaciones de la mojigatería, y basiliscos salidos de la muy Frecuentada Calle de las Damas. A estas últimas se las distinguía por el delirio cromático de las vueludas faldas de bayeta, flotantes sobre las naguas, y por el gorjeo de avecitas canoras con que festejaban a los huérfanos de amor qué, con toses y opiniones repentinas sobre el magnífico estado del tiempo, esquivaban el saludo.

Mardoqueo Crisoberilo, plantado en medio del arenal calcáreo resuelto de conchas, caparzones y caracolejo, había asumido una actitud mística. Daba la espalda a la multitud y se decía que elevaba una plegaria. Su estampa chiquitina^[2] estaba a la altura del prodigio anunciado. No obstante, se dio vuelta de repente y, acallando el rumor del gentío con un ademán de ambos brazos, extrajo de la mochila dos grandes piedras azulencas que frotó repetidamente sin que ningún milagro se operara. Empezaba a cundir la decepción en el público cuando una cimpia sanguinolenta surgió del roce de las piedras y produjo algo así como un rayo de

trayectoria inversa que, perdiéndose en el firmamento calmoso y azul claro, desató una mollizna casi insignificante de sílice anhídrica, entre cuya precipitación pudo verse un puntito luminoso que descendía hasta el sitio donde el alquimista daba la impresión de hallarse en trance. El esenio dejó que el gusanillo de luz se posara en la palma de su mano derecha, lo sopló para apagarlo, luego lo sacudió y extendió el brazo para mostrar al público algo que, por su irrisoria pequeñez, el público no alcanzaba a distinguir.

—Aquí tenemos —dijo— la uña del dedo gordo del pie de Dios.

La reacción de protesta fue instantánea. Oficiales, pelanduscas, curiosos y huérfanos de amor iniciaron una rechifla que se encendió todavía más cuando Mardoqueo Crisoberilo, con la mano en alto como si en ella llevara el más preciado trofeo de todos los tiempos, avanzó hacia el fortín con una sonrisa y un gesto tan decididos que todos creyeron estar siendo víctimas de una burla. El alquimista se mezcló con la muchedumbre y, a uno por uno, fue mostrándoles lo que traía en la mano. El objeto era tan diminuto que más parecía la uña del dedo meñique del pie de un recién nacido que la uña del dedo gordo del pie de Dios. No obstante, hubo un momento de estupefacción al comprobarse que era como un topacio del Brasil tallado en forma de minúscula luna menguante o de peine minúsculo. Por muy bello que lucra, sin embargo, aquello podría ser la octava maravilla del mundo pero jamás la uña del dedo gordo del pie de la Divina Providencia.

Mardoqueo Crisoberilo seguía ufanándose de la hazaña, sin advertir probablemente la indignación cada vez mayor del gentío. Decía que, de ahora en adelante, el hombre podría preciarse legítimamente de poseer el verdadero talismán de la felicidad. Se paseaba entre la muchedumbre con la sonrisa flotándole en las comisuras y, de vez en cuando, ensayaba en el aire una cabriola de maromero. Catalina de Alcántara le hizo una seña para que se aproximara y, cuando tuvo al esenio delante suyo, le ordenó hacerle entrega de la reliquia.

—No gastes —le dijo— tus perlas ante los puercos. Esta gentuza no comprende la trascendencia de la hazaña que acaba de presenciar.

Sin soltar la uñita de topacio, el alquimista explicó en voz alta que las dimensiones de Dios no tenían por qué estar sujetas a las de los hombres y que mal podían esperar las personas allí presentes que la uña de Su dedo gordo tuviera las mismas proporciones que las del dedo gordo del Obispo o el Inquisidor Mañozga. “No me hubiera sorprendido —dijo— que este fragmento del cuerpo divino hubiese sido tan grande que no cupiera en la villa, como no me sorprende que haya resultado tan minúsculo. En realidad, todo dependía del estado de ánimo en que el Altísimo se encontrara en el momento de realizar el experimento”. Ninguna de estas explicaciones halagó los oídos de la concurrencia, y empezaron a oírse voces que pedían la pena capital para el embaucador. Mardoqueo Crisoberilo no se hizo repetir la insinuación que, en aquel momento, la viuda le deslizó al oído, y trepó de un salto al palanquín, cuyos acarreadores salieron a escape por entre la fronda húmeda, de

icacos y chaguaramos, por donde habían venido. Se sucedió una alucinante persecución. Los negros de Catalina tuvieron que sudar petróleo para no ser alcanzados por la colérica muchedumbre. En un recodo de la espesura, el palanquín se ocultó a fin de dejar pasar a los perseguidores. Allí permanecieron sus ocupantes hasta bien entrada la noche, cuando lograron, por fin, regresar a la ciudad escoltados por una tropilla de arcabuceros municipales.

Mardoqueo Crisoberilo murió poco después a consecuencia de un uñero que, tras gangrena ríe el dedo gordo del pie derecho, dejó introducir al organismo el microbio del tétanos, contra el cual no valieron ni sus propios procedimientos alquímicos ni las curas a base de manzanillo intentadas por los médicos locales. Su cadáver, exhibido públicamente antes de ser arrojado al mar, tenía una expresión sardónica que la imaginación popular interpretó como el último desafío lanzado por el esenio al Inquisidor Juan de Mañozga, la desidia de cuyas actitudes, con ocasión de la temporada de alquimia que vivió la ciudad, desdecía con mucho de su antigua fama de escalpador de brujos y fue objeto de más de un comentario de parte de quienes, en una u otra forma, pedían una acción más enérgica del Santo Oficio en punto a encantamientos.

La minúscula luna menguante de topacio del Drasil que el alquimista expuso a la avidez ciudadana en el demudo fortín de San Matías, pasó a formar parte de la colección de objetos raros de Catalina cuyas extravagancias, sin embargo, no pararon allí.

La muerte de Mardoqueo Crisoberilo afectó a la viuda de un modo tan concluyente como no consiguió hacerlo la del capitán. En un largo memorial, reprochó al Cabildo el haber expuesto al escarnio público el cadáver de sabio tan eminente y a las autoridades eclesiásticas el no haber permitido su sepultura en camposanto. Vistió de luto su casa y fletó una embarcación para ir a arrojar flores en el sitio del océano donde fue sumergido el féretro del alquimista. Estas actividades no hubieran promovido mayor escándalo de no haber proclamado Catalina, a renglón seguido, que repetiría la hazaña de lady Godiva.

A estas alturas, los ciudadanos más respetables empezaban a preguntarse si se la habían con una hereje o con algo mucho más simple: una loca malcriada. Cuentan que el Obispo Ronquillo de Córdova estuvo siete horas enteras desternillado de la risa al enterarse del propósito de su amiga. Fue tal el estado de postración en que dejaron al anciano aquellos estremecimientos gelásticos, que fue preciso apelar a un masajista que readaptara los músculos de su cara al gesto benévolo y ceremonial que solía caracterizarla, Aun así, la decisión de la viuda de Alcántara se fundaba en muy serias motivaciones. El memorial que había elevado ante el Cabildo y las autoridades eclesiásticas estaba empezando a acarrearle desagradables consecuencias económicas. Como la viuda afirmara en el documento la legitimidad de la prueba de Mardoqueo Crisoberilo (cuando pretendió haber cortado a Dios la uña del dedo gordo del pie), tanto la Iglesia como el poder civil aspiraban ahora a cobrarle una gabela desmesurada por la posesión de un amuleto que era, para los cabildantes, patrimonio de las Españas, y reliquia sagrada para el clero. A Catalina le hubiera resultado apenas sencillo donar el increíble talismán a la ciudad y sentarse a ver cómo se lo disputaban el Obispo y el Alcalde; pero ella aborrecía las soluciones simples y prefería conservar para sí misma un objeto que, hubiera o no dudas sobre su origen divino, mantendría despierta en tomo suyo la curiosidad pública.

Aunque de sobra sabían que era perfectamente capaz de cumplir la promesa, ni el clero ni el poder civil dieron el brazo a torcer, y se limitaron a advertir a la viuda que, de insistir en la idea de recorrer desnuda la ciudad, apelarían a todos los recursos de la autoridad para impedir que el escándalo se consumara. A Catalina se lo dio un pito de estas advertencias y fijó para la noche del viernes siguiente el paseo de locura que se proponía verificar a la grupa de un espléndido ejemplar árabe de trote. Lo más grave fue que, al contrario de su precursora sajona, se abstuvo de pedir discreción a la ciudadanía. Anunció con varios días de anticipación que, durante su recorrido nudista, podría ser admirada por todo aquel que tuviera deseos de hacerlo, siempre y cuando se limitara a una reverente contemplación y no osara aproximarse a la cabalgadura. Hizo saber, por lo demás, que no se contentaría con recorrer la ciudadela sino que haría extensiva su correría a los barrios pobres y suburbanos, hasta no quedar calle que no la hubiese visto pasar.

Aquella noche, Fernández de Amaya —alcaide de la inquisición— cenó temprano contra su costumbre y fue a instalarse, en medio de una serie de rituales en los que no se escatimaban las alojias y pisolabis, frente a la puerta de la accesoria frontera a la ventana de las confidencias. Su avidez experimentó, sin embargo, una larga frustración, pues despuntó el día y, aunque se cuidó mucho de no dejarse vencer por el sueño, sus ojos no vieron desfilar por la Plaza Mayor la maravillosa imagen que había entorpecido sus noches anteriores.

Sólo siete horas más tarde logró ponerse al corriente de las peripecias que impidieron a la bella Catalina cumplir su promesa de pasearse desnuda por todo Cartagena.

La viuda se encontraba, a las siete de la noche, desnuda sobre el caballo árabe que habría de transportarla a través de la ciudad y dispuesta a salir por la puerta cocheé de su casa. Dos esclavos tenían a la bestia de la brida y Catalina impartía las últimas instrucciones enderezadas a evitar incidentes enojosos a causa de la libido de los exaltados. En aquel momento un grupo de cabildantes y familiares del Obispo Ronquillo de Córdoba irrumpió en el patio y, con gritos y ademanes, pidió a la mujer que desmontara de la cabalgadura. Cuando la tuvieron a su lado radiante en su incomparable desnudez, los emisarios, que apenas podían hilar frase ante el cuadro prodigioso de la hembra que parecía alzarse como una deidad pagana ante sus ojos, explicaron como pudieron, entre todos, que tan el Obispo como el poder civil habían decidido pactar con ella, a condición de que no llevara adelante lo locura estaba a punto de cometer. Anularían los gravámenes que por orden del rey de España, le habían impuesto para castigar sus presunciones sacrílegas y permitirían que siguiera jactándose de tener en su colección privada una uña del dedo gordo del pie del Sumo Hacedor. Catalina respondió que, al extremo que habían llegado las cosas, aquello no era suficiente y sólo se declararía satisfecha si el señor Obispo accedía a procurarle de alguna manera, para su colección de objetos raros, el Santo Grial. Lo que nunca pudo la ciudad explicarse fue la mansedumbre con que Ronquillo de Córdoba se

sometió a esta absurda condición y la agotadora diligencia que desarrolló posteriormente para satisfacer los deseos de la sirena. Se dice que se enfrascó en la lectura de todos los libros de caballería de que aún se disponía en la ciudad y llegó a celebrar ritos espiritistas en la obispalía para invocar el espíritu del mago Merlín. Alguna vez, pronunciando un sermón, afirmó que José de Arimatea era el inventor de la piedra filosofal, y en otra ocasión dijo que la Última Cena se había realizado alrededor de la Tabla Redonda y con asistencia de los caballeros del rey Artús. En su obsesión, aseguraban los malhablados que llegó al extremo de celebrar una misa negra en honor del dios babilónico de la vegetación.

Todas estas atenciones y galanterías hacia la heresiarca de la Calle del Pozo indignaban a los buenos ciudadanos, que recordaban cómo, en otros tiempos, Mañozga le hubiera cortado el cuero cabelludo y la habría descascarado en una sartén en plena plaza pública.

Instalada, en cambio, junto a la caja de música cuyas notas embriagadoras narraban la fábula del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro, la mujer que aquella misma madrugada denunció, ante el escombros senil del antiguo Juan de Mañozga y las risitas disimuladas de su Alcaide, a un portugués por prácticas hebraicas, estaba muy lejos de pensar en ninguna de estas cosas. Pensaba en el reemplazante del buen Ronquillo de Córdoba, llegado hacía muy poco a la ciudad, y en los escollos con que estaría tropezando en su flamante ministerio.

El Obispo apartó la mirada del frailetín que tenía delante y volvió a clavarla, gris y diminuta, en la armadura mudéjar de la nave central. ¡Qué decepción! No estaba nervioso, no, no, rió, pero su impaciencia, manifiesta en el temblor de las manos un poco escuálidas, parecía complacer a fray Antolín, y esto le restaba una dosis de autoridad que él no estaba dispuesto a sacrificar. Se lo habían dicho bastante claro y, otrosí, el corita Zamora parecía muy convencido: “*Un edificio de tonta grandeza, que es uno de los mejores que hay en las Indias*”. No discutía la última parte; al fin y al cabo, ignoraba cómo serían las otras catedrales. Pero, ¿dónde hallar la *grandeza*, me cago en la...? ¿Dónde hallar la *grandeza*, así se hablara del tamaño físico de la obra? ¿A quién rábanos se le ocurrió que él, Cristóbal Pérez de Lazarraga, iba a aceptar el obispado a sabiendas de que se trataba de una diócesis mendicante? Me engañaron, tengo que reconocerlo, me engañaron los hidesumalamadre, perdón Señor, y ese dominico es un asno. No hay más que hablar o, mejor pensado, ahora con esta virtuosidad de birlibirloque cundida por la diócesis, qué va a haber que hablar. Volvió a pensar en los pasadizos secretos que había descubierto en la obispaba y maldijo, sin proponérselo, a su antecesor, a fray Luis Ronquillo de Córdoba, pazguato prelado, saber cómo marchaban las cosas y salir en volandas todo fue uno. Bien, muy bien, Guardemos la compostura delante de este frailetín de pipirijaina.

Pero lo que soy yo muerdo blando hasta tentar el bocado. La diócesis es importante, voto a mis elidimos, Y be visto a uno que otro portugués de nariz ganchuda, con lo que la Inquisición ha de estar haciendo aquí su agosto, lo que digo:

hay que aprestigiar este negocio con un tris de apariencia y, lo que ha de hacer el tiempo, hágalo el seso. Cuerno. Pensar que he hallado aquí mismo, en la obispalía, un pasadizo subterráneo, que Cristo sabe dónde va a parar. Y ¿cómo, diablo, con mi investidura, atravesarlo a ignorandas de lo que pueda estar aguardándome al otro extremo? Cornudo señor Ronquillo de Córdova, aunque no sé lo que me digo, es un santo varón, un viro santón achacoso y fugitivo. Allá él y su conciencia. Si no se observan los preceptos, si se montan todos por cima de la jerarquía, nos lleva el memo. Miren que comiendo los clérigos en la vajilla del Obispo. Más no faltaba. Qué me digo, si dura otro año aquí el señor Ronquillo de Córdova se le trepan a él por las posas. Cojones.

—¿Su Ilustrísima quiere volver a examinar el presbiterio?

El Obispo rehusó la invitación con un mohín que era mezcla de disgusto y desconfianza, y fray Antolín tuvo que reprimir una risita. El diácono y el bastón pastoral marchaban bajo el tramo de crucero y se perdían por entre las columnas de fuste liso y cilíndrico. *Suaviter in modo, fortiter in re*, he allí la política que voy a seguir. Al irse a España sin licencia y embarcándose a medianoche, cuando nadie podía detenerlo, mi antecesor reconoció su debilidad, Esta grey está podrida y los feligreses se huelen a leguas lo que hiede en la obispalía. ¿Cómo no vamos a estar arruinados? Y luego el tal Mayozga, quemando brujulitas de algodón. Bien le está a fray Luis Ronquillo su celda ibérica. Que se pudra haciendo penitencia. Yo soy de otro jaspe, *Suaviter in modo, fortiter in re*, así será. Y beatas y viudas y desposeídas se dejan para mí esparavel. Más no faltaba.

El prelado tuvo, a su turno, que ocultar el brillo asomado a sus ojos. Le gustaban sus ojos como todos los conocían: pequeños, grises, macilentos, reservando energías para las oportunas amonestaciones. Por algo han enviado aquí a un cisterciense, nosotros sabemos más de triquiñuelas frailunas que los mismos jesuitas, ¿de dónde salieron todas las reformas que nos tienen divididos y cabizbajos? Mano recia, voz suave. Y soy doctor de varias borlas, fray Antolín.

-Fray Antolín...

—¿Ilustrísima?

—¿Dices que los pasadizos están allí desde antes del derrumbe?

—A fe mía. Yo pienso que fue cosa de los mismos alarifes.

—¿Querrás decir que fray Dionisio de Sanctis, el santo varón que regentaba la diócesis cuando se aprobaron las trazas de Simón González, convino en la construcción de esos pasadizos inexplicables? Dilo.

—Dios me libre, Ilustrísima.

—Entonces, ¿de quién hostias partió una idea tan peregrina? ¿A los alarifes qué demonios podía interesarles la construcción de pasadizos secretos en la obispalía?

Se había puesto súbitamente congestionado. La verdad, desconfiaba por completo de este fraile pequeñín y perfumado que, bien visto, pudiera haber transitado no poco por los pasadizos. Fray Antolín guardó silencio, pero no pudo apartar de las

comisuras la sonrisa flotante, que parecía sello y divisa suyos. El Obispo volvió al ataque.

—¿Qué asunto fue ese del derrumbe? ¿Cómo pudo una construcción tan maciza venirse a tierra a menos de veinticinco años de ser erigida?

—No lo sé, Ilustrísima, —Fray Antolin marchaba ahora con la cabeza gacha, pero la risita seguía jugueteándole a flor de comisuras—. El desastre ocurrió sin que nadie lo previera. Fue la noche del 7 de agosto, hará pronto cuarenta años de ello. Noche tranquila, sin huracanes ni terremoto. La nave mayor y una lateral se desplomaron. Entonces el Cabildo entabló querrela contra Simón González por juzgarlo, como constructor de la Catedral, responsable del desastre. Él se defendió alegando que el corsario Draques la había dejado malparada, unos seis años atrás, al atacarla y dar por tierra con tres columnas y cuatro arcos. ¿Lo ve? El proceso quedó empantanado. Nada pudo probarse contra el maestro González. Los maestros canteros y albañiles calcularon en veinte mil ducados el costo de la reedificación y el rey concedió un donativo de dos mil. Se cubrieron provisoriamente las naves con palma de iraca y sólo en 1607 se dio comienzo a la reedificación.

—¿Y nunca se conoció la causa del desastre?

—Nunca.

—Y ¿qué de los pasadizos?

Por una vez, la sonrisa abandonó el rostro de fray Antolín.

—Absolutamente nada, Ilustrísima. Vucencia me ha preguntado, yo he respondido. Estaría pequeñín, pero muy bien recuerdo los decires que corrieron por la villa después del derrumbe.

A fray Cristóbal Pérez de Lazarraga se le había revuelto la curiosidad y esto lo sembraba de enojo.

—Dilo de una vez. ¿Qué decires eran esos?

El frailetín se relamía de gusto y lo rubricaba paseándose la lengua por encima del labio superior.

—No lo sé, pero decían que el desastre era premonición de otro que acaecería a las Españas, en igual Fecha, muchos años adelante.

—¿Y acaeció? —El Obispo se devanaba inútilmente en su erudición salmantina.

—No, hasta el momento, Pero pudiera acaecer, uno, dos siglos arriba.

—¿En siete de agosto?

—Así parece.

Fray Cristóbal estaba a punto de estallar en cólera.

—¿Qué te traes conmigo, frailuco? ¿Prestando oídos a consejas de negros? Condenado calor. Y, a todas éstas, sin saber nada de los pasadizos.

El diácono volvió a sonreírse. Diabli, se le ha metido entre ceja y ceja que soy un calóndrigo bonachón, y a esto le pondré coto, por vida de Agrajes. De todo esto, lo que queda en limpio es que aquí faltan calzones. Se las van a ver conmigo. Mire que pasadizos secretos en la obispalía, qué exuberancia, y los muy rufianes con que nada

sallen. Como no vayan a dar esos callejones a algún conventillo de monjas, me cago en ellas, y con esto estaríamos listos. Repasó en la mente los nombres de todos sus antecesores, bien aprendidos en su reclusión bernardina, y se sintió impotente ante tanta inconfundible santidad. ¿Y si propiciara un *cessatio a divinis*...? No cuerno. Qué tontera me coge Yo mismo me internaré por el túnel y si acaba en lugar sospechoso, por mis guedejas que armo la de Dios es Cristo y les arranco la confesión. Más no faltaba.

—Me sorprende que Su Ilustrísima ignore los achaques de Indias —habló por fin el diácono—. Estamos en el dominio de la brujería. Vucencia sabrá si me cree, pero han ocurrido verdaderos prodigios, que Dios me libre de comparar con prodigios bíblicos, pero que mucho se acercan...

El Obispo sintió renacer en él el buen humor.

—¿Te estás buscando una excomunión, penco de calóndrigo? —dijo de muy buen talante. Fray Antolín anadeaba al caminar, cantando-las-tres-ánades-madre, y con él anadeaban sus palabras, en un créeme-no-me-creas- digno de mejor causa. Pérez de Lazarraga se moría por conocer las historias de negros y ahora se felicitaba de tener junto suyo a este frailuco perfumado.

—Dios me libre, Ilustrísima. Yo repito lo que oigo y ahí está Mañozga de testigo, que ha quemado a más de una docena de brujos.

—¿Mañozga?

-El mismo que viste y calza.

—Tendré que conocerlo. Me habían exagerado sus proezas. Tenía entendido que los brujos quemados se contaban por centenares.

Fray Antolín soltó una risita casi imperceptible.

Y hubieran llegado al centenar, Ilustrísima, hubieran llegado...

Dejó la frase gravitando entre los dos.

—¿A no ser...? —preguntó finalmente el Obispo, con una pizca de ira.

—A no ser por lo que dicen...

Fray Cristóbal no acababa de acostumbrarse a estos rodeos, Lo hacían tener la sensación de que se deterioraba su autoridad.

—Acaba, leche, ¿y qué demonios dicen?

—Dicen que el Santo Oficio les ha cogido miedo a los brujos.

Sería de verse —acabó carcajeándose el Obispo—. ¿Qué han hecho los brujos para infundir ese terror?

—Mucho —se limitó a informar enigmáticamente el diácono.

—¿Por ejemplo?

El prelado no sabía si encolerizarse o sonreír para preservar la dignidad de su jerarquía. Fray Antolín lo desarmaba con sus circunloquios y frases sin terminar. Habían llegado al pórtico de la Catedral y, entre la curiosidad plebeya, se detuvieron un momento bajo las dobles columnas cuyo encuadre se distendía hacia lo alto en basamentos de pirámides rematadas en esferas. En realidad, la obra arquitectónica no

era tan mediocre como, a primera vista, la juzgó fray Cristóbal. Una plebe de esclavos,

lacayos,
esportilleros

y mozos de silla se espesaba en la Plaza Mayor, hacia el Portal de los Escribanos y el ala derecha del Santo Oficio. Frente al templo, la gente cobriza mercaba huevos de iguana, colgados de las carretas en sartal amarillento y viscoso.

—Toda la región dijo por fin el fraile padece una sequía que es obra de los brujos.

—Designio divino, querrás decir.

—Piénselo así, Su Ilustrísima.

—¿De qué otro modo podría pensarlo?

—A veces Dios se asombra de lo que puede el diablo.

—Acaba, leche.

—Todo empezó el día en que Mañozga quemó en la Plaza a Luis Andrea, el mohán de los adoradores de Buziraco.

—¿Qué fue lo que empezó?

—La multiplicación incesante de los brujos.

—¿Y Mañozga se dejó asustar por esas supercherías?

Fray Antolín hizo malévola su sonrisa, acudió el cuello como un ave de corral y miró al Obispo de hito en hito.

—Al contrario. Persiguió a los brujos hasta sus más ocultos escondrijos, los hizo encerrar en las mazmorras más fétidas, los azotó sin piedad, los atormentó hasta el delirio y los coció finalmente en la hoguera.

A fray Critóbal Pérez de Lazarraga se le antojó demasiado chillona la voz del diácono en aquellos momentos, pero penaba por conocer las peripecias del Inquisidor legendario, el émulo de Torquemada, y acució al frailetín con una tirada de manga.

—Fue como si por cada brujo muerto nacieran mil.

El Obispo había extraviado la mirada entre los portales adintelados de madera que enmarcaban la Plaza Mayor y su vista fue a posarse al descuido en los sombríos caserones del extremo occidental. En aquel momento, sin saber por qué, pensó con nostalgia en su monasterio de la península, viejo, apacible y recubierto de verdín en todo su exterior de inconfundible aspecto cisterciense. Sintió el calor como un peso muerto en su espalda.

Fray Antolín continuó después de una pausa.

—Entonces la Inquisición comprendió que era impotente. El culto de Buziraco se fortaleció en Tolú, donde hay una escuela de hechicería, y la región se volvió estéril como entraña de abadesa. Ahora, de noche, los brujos surgen de los palos de bálsamo y vuelan por la comarca regando la leche de su demonio...

Pérez de Lazarraga dejó que se pintara una sonrisa en su rostro buido y severo. Diablos de fray Antolín, nunca podría hacerse respetar de él. Entraña de abadesa, diablo, ¿adónde podrán conducir esos pasadizos que parten de la misma obispalía?

Pero, por mis dídimos que impongo la disciplina, así me gane la ojeriza de media laya sacerdotal. *Suaviter in modo, fortiter in re*. Que con vinagre se coman los escabeches cuaresmales, pero ¿pretensiones de manducar manjar da Obispo? Más no faltaba. No voy a aguantarme rebeldías. Si se relajan, que se relajen a mí.

—¿Y quién se traga todos esos infundios?

—No lo sé, ilustrísima.

—¿Tú?

—Dios me libre. Los digiero, Ilustrísima En cada legua hay un pedazo de mal camino.

—¿Y te gusta hacer el tuyo a trompicones?

—Él que tropieza y no cae, adelanta terreno, a fe mia. No; uu hay que inetetse coa los brujos.

—¿Y si ocurre al revés?

No ocurre, Ilustrísima. Ellos echan sus suertes y hacen sus hechizos Dejarlos hacer. ¿A quién molestan, como no fuera a Mañozga, que aspiraba a ser confesor de los reyes?

—¿Mañozga?

—El mismo que viste y calza.

Cuerno. Me sirve, me sirve este frailuco. Está al corriente de los chismes de La villa. Sabrá Dios lo que vale y si puedo fiarme de él. Ya me advirtieron que es criollo este diácono. Y dicen que, aunque sean hijos de españoles, heredan la malicia del indio.

—Ahora, que no todos los brujos son frutos de la tierra —añadía fray Antolín, alargando hacia el Obispo su cuello de ganso—. Los hay que llegan en las galeras y los hay también que llegan en los galeones. Los hay del río de la Calera y los hay de la ráfaga de la galerna. Los hay de azabache y los hay de leche y miel.

—Explícate, diablo, déjate de hacer jeroglíficos.

—Quiero decir que hay brujos indios, brujos negros y brujos blancos.

—Y me lo dices.

Fray Cristóbal pensaba en los aquelarres de la Vendée. El diácono rió ladinamente.

—Pero los brujos españoles disfrutaban de ciertos privilegios.

—¿No estarás insinuándome que el propio Mañozga es un brujo?

—No.

El prelado sacó de la sotana un pañuelo morado y empezó a secarse el sudor de la frente. A medida que el mediodía se aproximaba, iba acentuándose en todo su organismo esta sensación de soponcio. Acezó para respirar, con un gesto de perro sitibundo, y miró de reojo a su acompañante.

—Cuéntame.

El frailetín hizo sorda su risa, en íntimo regocijo.

—Los brujos españoles —dijo— gozan a veces de la protección de los Obispos.

Pérez de Lazarraga pasó sin transición del desmayo canicular que lo envolvía a un estado de congestión que lo ruborizó hasta el cogote y puso a latir aceleradamente sus sienes. Se limitó, sin embargo, a dirigir al inferior una mirada indecible, en la que trató de concentrar toda la fuerza de su poderío jerárquico. El otro no pareció inmutarse y añadió, sin una pizca de desaliento:

Desde luego, no lo digo por Su Ilustrísima.

El Obispo trató de respirar profundamente, pero bailó a sus pulmones, en aquellas circunstancias, incapaces de llenarse. Fray Antolín se apresuró a coronar su malevolencia.

—Lo digo por otros Obispos.

La pregunta estuvo a punto de naufragar en labios del prelado:

—¿Lo dices por el Obispo Luis Ronquillo de Cordova? Acuérdate, por si lo has olvidado, de que es un santo varón y, si huyó a medianoche de la villa, fue porque lo escandalizaron las costumbres perniciosas de vosotros, los clérigos míseros y miseros que no sabéis llevar con dignidad vuestro sacramento. ¿Quieres verme las corajinas, fray Antolín?

—Dios me libre, Ilustrísima.

El diácono reía ahora únicamente parí su capole. Fray Cristóbal sintió como una comezón en todo el cuerpo y deslizó las palabras;

—¿De dónde has sacado que fray Luis Ronquillo protegiera brujos?

—De ninguna parte, Ilustrísima. Son cosas que llegaron a ser *vox populi*. ¿De qué otro modo se hubiera explicado la tolerancia que hubo hacia esa bruja, la viuda de Alcántara, que ahora debe estar penando de pensar que con el nuevo Obispo no podrá hacer las mismas gracias?

—¿Qué gracias?

—Tener en casa a un alquimista que pretendía haber amputado un pie a Nuestro Señor, conservar el pie en vinagre como si fuera un encurtido, negarse a pagar diezmos y tributos, celebrar unas saturnales que estremecían a la ciudad, amenazar con pasearse desnuda por las calles si no se le conseguía el Santo Grial... ¡Válganle los demonios!

—Tú mismo has dicho que la Inquisición les cogió miedo a los brujos. ¿Qué velas tiene fray Luis Ronquillo en ese entierro?

—No lo sé, Ilustrísima, pero el Santo Oficio tomó cartas en el asunto como era su deber. Fue el Obispo Ronquillo de Córdoba quien echó tierra a los expedientes y prohibió que a la bruja se le tocara un pelo.

Fray Cristóbal vio a una pareja de gallinazos planear en el cielo y se felicitó de los ribetes morados de su sotana.

Alguna razón tendría el santo Obispo —dijo.

—Eso es precisamente lo que se runrunea por ahí —agregó maliciosamente el diácono.

Habían llegado a la obispalía y esto bastó para que en la imaginación de fray

Cristóbal revivieran los pasadizos secretos y empezara a preguntarse si no habría sitio Iray Luis Ronquillo su constructor. Diablo de antecesor mío. ¿Cómo pudo engañarnos a todos con su ancianidad y buenas maneras? Pero qué me digo, si Ronquillo de Córdova es un alma de Dios, un pastor que a todo lo largo de la vida no vio en la mujer sino a la oveja que os preciso mantener en el redil. Mal ha podido, al cabo de la vejez, alzarse la sotana de esa manera. Maldito fray Antolín, me estás haciendo desvariar. ¡Y esos pasadizos, por vida de Agrajes! En fin, lo importante es restablecer el orden. Si de un manso cordero como fray Luis Ronquillo despotrican de esta forma, ¿qué van a decir, Dios mío, de un pecador desconsolado como este siervo tuyo? Nada de eso. Conmigo se juega de otra forma. Tendré que conocer a esa viuda (si aun fuera como la adelfa Azucena) y, de ser tan caprichosa como se pretende, sabré cómo arreglármelas con ella. Más no faltaba. Y móndrigos y calondrigos que se contenten con mis sobras. Y con mis obras convengan. Cojones. Un viaje tan largo y penoso, para encontrar en el otro extremo del mundo a un diácono indiano que se permite comentarios sobre la forma de vida del Obispo. Calzones, era eso lo que faltaba. ¡Calor de toda la mierda!

—Esperan a Su Ilustrísima —anunció un prebendado que había venido al encuentro del Obispo.

—¿Quiénes?

—Casi toda la jerarquía de orden —dijo el otro con una sonrisa.

—Demonios —dijo el Obispo, dirigiéndose vagamente a fray Antolín—. Algo gordo se traen. No les había dado cita. Pero esto conviene a nuestros propósitos. No estaría mal anticiparles el zaherío que les tenía reservado.

—Nada se pierde —se limitó a comentar el predicador.

—Que Dios os bendiga —murmuró el prelado repetidamente durante el besamanos. Luego se acomodó en la silla de caderas y dio a su mano derecha un ademán nunca configurado de bendecir—: ¿A qué debo el alegrón? ¿A quién debo agradecer que el colegio de los apóstoles haya decidido reunirse otra vez en torno de Cristo? Y hacía guiños a los presentes, tratando de conquistarlos.

Un presbítero, que parecía llevar la voz cantante, dijo:

—Nos duele, pero tenemos quejas que traer a Su Ilustrísima.

—¿Quejas? —casi se carcajeó el Obispo—. ¿Cuáles quejas son esas?

—Es sobre la Inquisición, señor.

—Más no faltaba. ¿Qué mal os han hecho los dominicos?

—Quizá Su Ilustrísima —intervino otro sacerdote— sea el único capaz de ponerles coto a los desafueros que el Inquisidor Mañozga se permite con el clero.

Fray Cristóbal se revolvió en la silla de caderas y luego exhaló mi escéptico suspiro. ¡La Inquisición, cojones! Más no faltaba, recién llegado a la ciudad y enredarme en pleitos con el Santo Oficio.

—Crea Su Ilustrísima que esto nos mortifica —agregó el primer orador.

¡Figuraos, va era hora de que os conociera alguna mortificación! Pero qué me digo, dejemos que terminen.

—¿Cuáles son los desafueros?

Un zumbido de abejorro se desplegó por la sala.

—Esta misma madrugada, Ilustrísima...

—Sí, esta misma madrugada...

—Sólo queríamos enterarnos del estado de salud del Inquisidor... .

—Sólo eso, Ilustrísima...

—Y el Inquisidor nos echó a la calle y nos nombró la madre...

—La madre, Ilustrísima...

—Todo porque les tiene pánico a los brujos...

—Sí, pánico...

—Desde cuando su fantasía le hace ver brujos revoloteando sobre la villa...

—Eso es, sí...

—Todo porque les tiene ese pánico y los ve revolotear sobre la ciudad y una timorata de Dios fue a denunciar a cierto barbero...

—Un barbero que dice haber sido Pilatos...

—Y Julio César...

—¡Y el rey de España...!

—Y hasta su propio abuelo...

—Y el inquisidor fue incapaz de ordenar su arresto...

—Como no ha ordenado ninguno en mucho tiempo...

—Y nosotros nos permitimos algunos comentarios...

—Entonces nos echó y nos nombró la madre, Ilustrísima...

¡Yújule y qué buena ficha ha de ser ese Mañozga! Que yo, con mis vestiduras y

ornamentos, no me atrevo a cometer semejante sacrilegio. Como no le dé a ese dominico, un día de estos, por incinerar curas en vez de brujos. Fray Cristóbal intentaba penetrar con la mirada aquellas frentes estrechas de aragoneses, aquellas cabezas mondas de vascuences, aquellas sotanas españolas bajo las cuales se escondía el secreto de los pasadizos.

—Yo veo —fue lo único que dijo y apoyó la cabeza en la mano que antes sostenía en el aire como en un comienzo de bendición. Quería parecer pensativo, aunque en realidad, aguardaba a que los propios acusadores aportasen otra luz al sumario.

—Como Su Ilustrísima tiene que comprenderlo —volvió a hablar el presbítero que parecía llevar la voz cantante, este desacato a personas sagradas no puede o no debe quedar impune. Mañozga en ningún momento es jerárquicamente superior a nosotros.

—Ajá —dijo el Obispo.

—Además —dijo otro clérigo—, es hora de que Su Ilustrísima y los dominicos piensen en proveer el reemplazo de Mañozga. Mañozga pudo haber sido en otros tiempos el más feroz de los Inquisidores de todas las Españas, pero hoy es una ruina humana. Se ha vuelto supersticioso y empieza a atacarlo la perlesía. Tiene delirios, cree ver fantasmas. ¿Qué clase de Inquisidor es ese?

—Y es hora también —interrumpió el Obispo de que empecemos a fijarnos en otras cosas. Por ejemplo, en la observancia de la disciplina. ¿Qué decís vosotros de la observancia de la disciplina?

Ninguno de los presentes pareció hallarle sentido a la pregunta. El presbítero de marras prefirió pasarla por alto.

—Nos parece —dijo— que Su Ilustrísima, en quien recae en primer grado la obligación de perseguir a los herejes, debería apersonarse del asunto y, si es el caso, tomar las disposiciones necesarias de común acuerdo con el Maestre General de la Orden.

¡Por los dídimos de Alberto Magno! ¡Hasta que punto dejó fray Luis Ronquillo relajarse la disciplina que ahora estos cuervos pretenden indicarme, con pelos y señales, lo que debo hacer! A ver, a ver, volvamos las cosas id derecho...

Pero el orador no perdía tan fácilmente el hilo de su discurso.

—Si Su Ilustrísima se entera bien, Mañozga ha quebrantado desde el comienzo todas las reglas de la comunidad y en presencia nuestra dijo esta madrugada tener cancelado su pleito con los brujos. ¿De qué nos sirve este Inquisidor que tiembla ante los herejes, lleva una vida casi primitiva en su atroz encierro y ni siquiera viste ya los hábitos de la Orden?

Fray Cristóbal se dispuso por fin a hablar. Volvió a levantar la mano, con otro impreciso gesto de bendición, e impuso suavemente el silencio.

—No olvidéis —tanteó preliminarmente— que el Santo Oficio en las Españas no es, en rigor, una dependencia eclesiástica y que su cometido, más que perseguir

brujos, es el de exterminar a los asesinos de Cristo. ¿Podéis probarme que Mañozga ha descuidado la persecución de judíos?

Casi podríamos asegurarlo —repuso el presbítero rápidamente—. Bastaría citar el caso de un alquimista esenio que...

—¿Qué cortó a Nuestro Señor el dedo gordo del pie? —interrumpió el Obispo, fastidiado—. ¿Qué clase de broma es esa?

—Matarlo primero, luego cortarle el dedo... —bromeó fray Antolín.

En qué mundo me he metido, diablo. Si me descuido, iré a parar yo en la hoguera. ¡El dedo gordo del pie de Nuestro Señor! Va no me queda nada por oír.

—Me parece que hay cierta inexactitud —terció un clérigo de voz afinada como un clavicémbalo de infinitos recursos—. No fue el dedo gordo sino la uña del dedo gordo del pie lo que Mardoqueo Crisoberilo cortó a Nuestro Señor.

—¡El dedo gordo o la uña del dedo gorda! —casi bramó el prelado, en un arranque del que se arrepintió en seguida—. ¿Queréis volverme loco o estáis locos todos vosotros? ¿Quién hostias es Mardoqueo Crisoberilo?

Fray Antolín creyó oportuno meter baza a estas alturas del diálogo.

—El alquimista de quien hablé hace un rato a Su Ilustrísima y el cual hizo y deshizo en la villa bajo la protección de la viuda de Alcántara.

El Obispo se esforzaba, de modo ostensible, por recobrar la serenidad.

—En ese caso —dijo—, ¿no resulta evidente que fue la viuda y no el Santo Oficio la que estuvo protegiéndolo, mientras a su vez la viuda, según las hablillas que me han llegado, era protegida del Obispo Ronquillo de Córdoba, mi antecesor? Pongamos en orden la historia o no hablemos más.

—Esa es la versión más autorizada —dijo jactanciosamente fray Antolín.

Lo que quiere decir —musitó el prelado casi en un canturreo mientras trataba de apaciguarse entornando los ojos— que la culpa de todo la tiene mi antecesor porque permitió que se relajara la disciplina, a propósito de lo cual yo os preguntaba hace un momento qué opinabais vosotros de la observancia de la disciplina...

El presbítero que llevaba la voz cantante interrumpió en forma muy viva, como si un peso estuviera incubándosele en la conciencia.

—Me parece que no estoy de acuerdo con todo eso. Si lo que se trata de insinuar es que existían ambiguas rotaciones entre el Obispo Ronquillo y la viuda de Alcántara, debo advertir que aquel pastor es un verdadero santo, a quien jamás se halló en falta alguna a despecho de las habladurías de ciertos diáconos que debieran pensar mejor en su propia salvación.

Fray Antolín recibió la indirecta sacudiendo el cuello como un ave de corral, pero sin alterar la sonrisa que iluminaba su rostro plácido.

—Sois vosotros mismos los que me enredáis en chismes —se lamentó el Obispo, que veía su autoridad por los suelos y sentía la bilis exaltársele en lo hondo del organismo—. Desde que estoy aquí no he oído sino enredos y murmuraciones. Si no existían relaciones misteriosas entre mi antecesor y la dichosa viuda, ¿cómo se

explica que un pastor tan virtuoso estuviera protegiendo, como lo hizo, a esa señora que por todas las trazas es un diablo en persona?

El presbítero inclinó la cabeza en un gesto de perplejidad, para regocijo de fray Antolín, que ahora se paseaba de un lado a otro del recinto y deslizaba comentarios festivos en las orejas de los clérigos.

—Mientras esto no se ponga en claro —dictaminó por último fray Critóbal Pérez de Laxarraga, como si reasumiera una autoridad que estuvo a punto de quedar convertida en piltrafas—, tendremos que inclinarnos a creer que el Santo Oficio se limitó a cumplir órdenes del superior jerárquico. Mi respeto por fray Luis Ronquillo, que debo conservar no obstante su insólita y extravagante fuga de la villa, me cohibe para entrar en averiguaciones con el propio Mañozga. Lo único que está en mis manos es escribir a mi antecesor a su monasterio español e inquirir muy respetuosamente los motivos que tuvo para proteger a la viuda de Alcántara, que ha de ser la viuda de Agrajes por lo que me huelo, en todos sus arrebatos y despropósitos.

Y, menos convencido de lo que aparentaba:

—Me parece, caballeros, que por hoy es suficiente.

—Pero queda sin resolver —se apresuró a intervenir el sacerdote ventrudo cuya voz de clavicémbalo había impresionado antes al Obispo— la cuestión de los desafueros de Mañozga para con la jerarquía de orden y el miedo que, de un tiempo a esta parte, les tiene a los brujos. Su Ilustrísima debería averiguar las razones que lo movieron a desatender la terrible denuncia de una timorata de Dios que ponía en conocimiento de la Inquisición las brujerías de cierto barbero...

“Su Ilustrísima debería...” Es lo único que no se cansan de observar. ¿Pero es que se figuran que voy a convertirme en instrumento de sus pequeñeces? “Su Ilustrísima debería...” Cuerno, ¿qué he venido a buscar a estas tierras que parecen fecundadas por un dios de los gentiles? Qué me digo. Con lo fácil que imaginé la vida de los Obispos. *Nada en la Iglesia sin el Obispo... Nada en la Iglesia sin el Obispo...* Era la frase de San Ignacio Mártir que nos repetían en Salamanca. El culto, la doctrina, la disciplina de la comunidad cristiana se concretaban al Obispo. Su institución era divina. Él era la cabera. Pero diablo. Soy Cristo rodeado de mis apóstoles. Me forman corona estos presbíteros glotones y aquellos diáconos grasientos Sí. Estoy en la plenitud del sacerdocio. Tengo el poder de conferir a otros el sacerdocio mismo. Mi nombre se incluye en el canon de la misa después del de Urbano VIII Por mi se hacen oraciones en el oficio divino. ¡Y estas aves de mal agüero vienen a trazarme pautas, a malquistarme con el Santo Oficio, a enredarme con sus habladurías, a desviar la conversación cuando les hablo de la disciplina! Más no faltaba. Pero qué me digo. Estos gallinazos me tienen atado. ¿Cuál es su especialidad? Escribir cartas a España, Son unos soplones. Estoy rodeado de fariseos.

—Os repito —dijo— que los intereses de la Iglesia y el rey de España no están, de momento, en la persecución de hechiceros, sino en hacer cumplir la expulsión de

los judíos. Vosotros no habéis expuesto aquí nada que demuestre la desidia de Mañozga en lo tocante a los asesinos de Cristo. Ahora me gustaría conocer vuestra opinión acerca de la observancia de la disciplina. Es algo que...

—¿Quiere decir —objetó otro clérigo— que hay épocas de tolerancia con la brujería? ¿Que hoy la Iglesia canonizaría a Juana de Arco? ¿Qué se da una tregua a los adoradores del diablo? A mi se me antoja Ilustrísima, que los jeques de Buziraco o ese barbero zaragozano de que hablaba la timorato de Dios ofrecen mayor peligro que los caballeros del Temple, cuya misión era asegurar los caminos a quienes fueran a peregrinar a los Santos Lugares, y a quienes el Papa Clemente siguió un proceso bajo acusación de hacer aparecer un gato en sus asambleas y adorar una cabeza de plata que predecía el porvenir.

—Es algo que...

—Hace lo menos un año —volvió a interrumpir el clérigo de la voz recursiva— que están vacíos los calabozos del Santo Oficio. Su ilustrísima sabrá perdonarnos si somos de opinión que, en la villa, el Santo Oficio ya no tiene oficio...

El Obispo inclinó de nuevo la cabeza. Sepulcros blanqueados, eso es lo que sois. Pero, diablo, ¿cómo voy a imponeros la disciplina si me enredáis en esta madeja sin cuenda? Está bien, hagámoos una concesión; una sola.

—Está bien —musitó con ira contenida—, hablaré con Mañozga. Pero —agregó, como si todavía sintiera, deteriorarse más su autoridad con esta merced— hablaré con Mañozga si, pasado cierto tiempo, compruebo plenamente la Indolencia del Santo Oficio. No se trata de que los calabozos estén colmados. Se trata de cumplir, ante todo, los deseos del Santo Padre y los del rey de España.

—Amén —zumbó el coto de abejorros.

Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga hizo entonces el ademán de abandonar la silla de caderas, pero, en un gesto estudiado de antemano, se quedó a medio incorporarse y clavó la vista en el presbítero que antes llevó la voz cantante.

—Padre Montero —lo requirió de improviso— ¿habéis oído hablar de curas libidinosos que no respetan madre ajena, ni aún a las mismas esposas de Jesús?

El presbítero experimentó una especie de sacudida.

—No creo que mi erudición llegue a tanto —respondió—. Aunque los hay que celebran festines al lado de las vinajeras, con lo que a la hora de misa escasea la sangre del Señor.

—Entonces consagran con cualquier judiego y ponen diabético a Cristo —apuntó entre risitas fray Antolín.

—Eso he oído —añadió el padre Montero, un poco amoscado.

—Me asombra vuestra erudición —dijo irónicamente el Obispo—. Aunque ciertos teólogos de bodega aseguran que, siendo Jesús todo dulzura, diabético ha de ser.

—Ignorancia es, todo a tropel, aseverar o temer —rió fray Antolín.

—¿Sois de esos curas, padre Montero? —preguntó fray Cristóbal, con inesperada

gravedad.

—No bebo nunca —replicó el otro, que no alcanzaba a explicarse la razón de este súbito interrogatorio—. Salvo en la misa, que no es beber.

—Os pregunto si sois de esos curas libidinosos que no respetan madre ajena, ni aún a las mismas esposas del Señor.

—Dios me libre.

—Entonces, ¿queréis acompañarme esta noche en una misión secreta?

Vos, vos os meteréis conmigo por los pasadizos y, si es necesario, pondréis a cubierto mi dignidad. ¡Por los dídimos del Santo de Aquino!

—Si así lo ordena Su Ilustrísima —balbuceó el padre Montero, que por primera vez veía al nuevo prelado, por espejismos de la sorpresa que sus demandas le cansaban, en la cima de la jerarquía.

—Os espero en punto de las ocho en la obispalía —se limitó a agregar el Obispo.

Fray Antolín disimuló —una risita. Los ensotanados salieron rumiando, para su colete, la venganza y el escarmiento que habría de padecer Juan de Mañozga, pero iban a cruzar el umbral del palacio cuando un revuelo que avanzaba desde la Calle del Estanco del Tabaco acabó por enredárseles en los pies y la imaginación y sólo entonces se dieron cuenta clara de lo que, ante sus narices, ocurría.

—La Inquisición ha ordenado una requisitoria —gritaron varias voces.

—¿Quién? —tartamudeó el clérigo de la voz de clavicémbalo, que veía derrumbarse el edificio de intrigas alzado ante el Obispo.

—Lorenzo Spinoza —contestó algún rufián—, el portugués que fabrica cristales para lentes en la Calle del Estanco. Ha sido denunciado por prácticas hebraicas.

Sólo al padre Montero, intrigado todavía por las palabras de fray Cristóbal Pérez, se le escapó la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

—¡Lorenzo Spinoza, llora tu fortuna!
—¡Van a escaldarte como a una bruja!
—¡Ya te escocerán!
—¡Y flagelarán!
—¡Y caldearán!
—¡Y desollarán!
—¡Lorenzo Spinoza!

—Y, por ende, el dicho señor Rey, por cumplir la voluntad de Nuestro Señor y guardar las leyes de su Reino que en este hecho hablan, manda y defiende firmemente que, de aquí en adelante, personas algunas, de cualquier estado, ley o condición, no sean osados de celebrar tales prácticas. Y porque mejor sea guardado, mando a los Alcaldes y justicias de cualquier ciudad, villa o lugar, doquier hallaren a tales malhechores que de aquí en adelante celebraren tales prácticas, que los maten, una vez les sean los cargos probados por testigos o por confesión de ellos mismos...

—¡Todo en alabanza del Sumo Creador!
—¡Lorenzo Spinoza!
—¡Todo en desagravio del Sumo Hacedor!
—¡Lorenzo Spinoza!
—¡Todo para bien de Nuestro Señor!

Una apretujada turbamulta de mitayos,
cipayos,
lacayos,
vasallos libres del rey,
mandingas,
zambos,
mulatas,
mestizos,
bribones,
ladrones,
porrones,
picaños,
cultipicaños,
bisoños,
gazmoños,
ñoños
niños,
barbilampiños,
garduños,
pedigüeños,
mauleros,
hidnlgtielos,

aguadores,
esportilleros,
espadachines,
espoliques

y mozos de mulas, se apelmazaba en la Plaza Mayor, mientras el portugués encorizado trasponía los umbrales del Santo Oficio.

Fernández de Amaya se frotaba las manos ante la ventana de rejas voladas y por las dependencias y recovecos del menesteroso paludo se advertía una agitación especial, como si súbitamente a todos sus habitantes se les hubieran enredado los pies en el ruedo de los sayales. Varios legos dominicos, cogidos de sorpresa, se habían dado a la tarea de barrer la sala del tribunal. Era tal la rareza con que se la frecuentaba ahora, que se había llenado de telarañas y cucarachas. Otros trataban de concentrar a la fuerza en las mazmorras, para servicio exclusivo del reo de judaísmo, a la verdadera epidemia de ratas que, con el tiempo, y en vista de la progresiva despoblación de los calabozos, había acabado por invadir el caserón a lo largo y ancho. Y otros profesos del *Ordinis Praedicatorum* remendaban los ornamentos inquisitoriales, en un plausible esfuerzo por renovar, en estos tiempos de menoscabo, los viejos esplendores. Mañozga, con unos calzones angostos que le cubrían desde la cintura hasta el arranque de las piernas (cuyas costuras daban la impresión de estar haciéndole llagas) y un jubón echado sobre los hombros, iba desvariando de un lado a otro del edificio, repartiendo órdenes impertinentes y estorbando dondequiera que algo importante se hacía.

Un reo, crica de tu madre, un reo al que poder esquilmar en estos días de indigencia. Y pensar que nos lo ha servido en bandeja de plata esa vedova protegida de Ronquillo de Córdoba, que tantas veces me hizo poner los pelos de punta. Así quiere congraciarse la muy taimada con el nuevo Obispo, de quien seguramente espera protección. ¡Allá y la protejan todos los santos en sus puterías con tal que siga trayéndonos carne de hoguera! Pero anda, viejo cabro, ayuda. Todavía sirves, Hay que dejar esto como para una coronación. Cuando me vean salir al patio con mi antigua boga, entonces no dirán: “Mañozga, viejo cabro”, sino que se postrarán, con el *Credo* a flor de labios, a mis pies. Ah si, ¿qué se habían creído?, todavía voy a dar brega un tiempo y cuerpo, cuerpo, que Dios Jara paño. ¡Maldita perlesía que me jode las piernas! Pero ya veremos.

La agitación llegó al paroxismo cuando, entre las jácaras y los regodeos de la gentuza, el portugués traspuso los umbrales del Santo Oficio. Fernández de Amaya bajó precipitadamente las escaleras y estuvo a punto de llevarse por delante a la timorata de Dios que, desde aquella madrugada, había estado dando vueltas por el palacio y entrometiéndose en todo lo que no le concernía, en la esperanza de dar con alguien que oyera sus quejas contra el barbero prodigioso. La mujer intento detenerlo, pero el Alcaide iba a las volandas para darse el gusto de ser el primero en increpar al réprobo. Entonces se introdujo en la cocina, donde se enzarzó varios minutos en una

discusión sobre temas eclesiásticos con un pinche ignorantísimo que confundía el Santo Sepulcro con el Arca de la Alianza.

Mañozga sólo vino a darse cuenta clara de la llegada del portugués cuando un prebendado, afligido por el estado de abandono físico en que lo veía, le susurró al oído:

—¿No piensa ponerse Su Señoría los trapitos de cristianar?

El Inquisidor lo fulminó con una mirada de loco.

—Métete en tus asuntos —lo dijo—, que yo en cueros me impongo mejor que tú con toga palmada.

Y se disparó escaleras abajo pura ir a dar de bruces con el gentío que, aglomerado en el patio, le cerraba completamente el acceso al sitio en donde Fernández de Amaya, carcajeado y tiplisonante, cambiaba al reo la corozca que traía por otra más crudamente pintarrajeada y ridícula.

—¡Abran calle! —gritó el vejestorio, a quien nadie reconocía en aquel atuendo zarrapastroso— que llega el que ¡os despelleja!

La gente no se movió. Nadie comprendía lo que quena decir aquel anciano vociferante. Si quería ver, que viera desde allí. Sólo cuando un alguacil las emprendió con todos a bastonazos y conminó: “Dejen pasar al Inquisidor Mañozga”, se apartaron un tanto boquiabiertos.

Mañozga cruzó entre la muchedumbre con el jubón que casi se le caía de un hombro, arrastrando las piernas y dando a su paso una sensación de desamparo y decrepitud. Se oyó un murmullo indefinible. Los que no lo conocían, interrogaban a los otros, intrigados por esta aparición fantasmal de un hombre a quien suponían en el apogeo de la sanguinaria majestad. Los atónitos espectadores —los que recordaban el brillo de los antiguos autos de fe, los tiempos en que Mañozga se enseñoreaba en sitial espléndido, rodeado de oficiales, arcabuceros y funcionarios civiles y eclesiásticos, entre el fragor de las trompetas y el agobio balsámico del incienso— no podían explicarse esta impensada, brusca decadencia en un hombre que llegó a pasmarlos con su vigor.

—Mañozga no es Mañozga —decían—. Es su caricatura.

El portugués Lorenzo Spinoza estaba en el centro de gravedad del escarnio cuando el Inquisidor, viéndolo como ve un buen conocedor a los toros que van a lidiarse, le preguntó su nombre y apellido, y si era súbdito lusitano, y si sabía por qué lo habían traído. El reo se limitó a decir que era de ascendencia española, que su familia procedía de Villarcuyo y había huido de Burgos casi cincuenta años atrás, que él había nacido en las estribaciones de las sierras de Louza, que su padre fue profesor de la Universidad de Coimbra, que habían sido protegidos de Juan Ribeiro —cuya amistad con la Duquesa de Bragatiza era bien conocida—, que tuvieron que huir finalmente a Holanda, de donde él embarcó para las Indias y que, aunque su apellido fuera sefardita, el lema de su casa no era religioso sino filosófico: *Deus sive natura*. Esta última revelación escandalizó a no pocos de los gazmoños presentes en el acto.

¡Lorenzo Spinoza, llora tu fortuna!

Mañozga, tratando de imponer a su rostro la expresión de crueldad que jamás tuvo y que ahora sus músculos faciales torcían en una suerte de rictus de miedo, inquirió qué clase de lema era aquél, qué género de horrible herejía, qué diabólica mistificación, inspirada por quién sabe qué pertinaz espíritu faccioso, qué índole de destrucción de la virtud sobrenatural de la fe se condensaba en aquellas malignas palabras eruditas. Lorenzo Spinoza se defendió diciendo que mal podía llamársele hereje ni apóstata ni cismático, cuando nunca perteneció a religión alguna, porque su familia buscaba la verdad en la filosofía y no en el dogma, razón por la cual los propios hebreos la habían perseguido; cuando jamás fue ebionita

ni gnóstico
ni adopcionista
ni montanista
ni donatista
ni maniqueo
ni arriano
ni nestoriano
ni monofisita
ni pelagiano
ni iconoclasta
ni valdense
ni albigense
ni luterano
ni calvinista
ni anglicano.

Al mismo Inquisidor lo sorprendió el dominio con que el réprobo se desenredaba en estos temas. Infieles sabihondos de tamaña estofa le revolvían la atrabilis. Fue por eso que, con el puño en alto en un ademán estudiado que no surtió, sin embargo, el efecto aniquilador que él deseaba, compendió su furia en una única y avinagrada expresión:

—¡Marrano! —expresión que, en labios suyos, perdió el vetusto poder del anatema *Maran atha* para sonar débil y revenida en los oídos de la muchedumbre. Lorenzo Spinoza la recibió con una sonrisa. Se dijera que el macizo y cuarentón fabricante de cristales para lentes cogía al vuelo la situación, la decadencia mañozguiana, el miserando espectáculo que los inquisidores deseaban restituir al deslumbramiento del pueblo.

—¡Marrano! —repitió Fernández de Amaya, devolviéndole a la palabra su tremenda acepción denigrante de persona maldita y descomulgada, su promesa de descenso de la venganza divina sobre el hipócrita bautizado, y por señas llamó a los esbirros que ya blandían los vergajos embreados, listos para el comienzo de la fiesta. El pronto inicio de las flagelaciones disipo por instantes la noria impresión dejada por

Mañozga. Restallaron los latigazos en el ámbito claustral y la multitud se agitó en una suerte de orgasmo prolongado y maleable, se contrajo y fue luego centrifugándose para ir pulsando una a una las dolorosas reacciones del fustigado, que finalmente cayó exhausto en medio de los verdugos.

El Alcaide arrojó sobre el cuerpo el clásico capotillo amarillo de tos penitentes en vía de reconciliación, con la Cruz de San Andrés estampada, y ordenó a los esbirros que se lo llevaran.

—Ahora —dijo— que aparatos, castigos y misericordias lo vuelvan al seno de la cristiandad, y que el espíritu de Manuel el Afortunado lo ampare si es relapso.

Los eclesiásticos cantaron un salmo y la multitud fue lentamente disgregada. Mañozga se paseó un rato entre los curiosos que todavía pretendían meter las narices en las intimidades inquisitoriales, como lo hubiera hecho un general victorioso entre el hedor de la cadaverina enemiga. Se sentía reivindicado. La verdad, su presencia — pese a la conmiseración que en cierto momento llegó a inspirar por su facha decrepita y andrajosa— seguía moviendo a tenor. No era fácil olvidar los viejos temores, los de aquellas cercanas épocas en que tres aldabonazos y el anuncio oficial: “Abrid en nombre del Santo Oficio”, eran suficientes para crispar de pánico al más resuelto y sembrar de rodillas en tierra al menos aprensivo. El Inquisidor había dejado hace tiempos de ser un ejecutor para convertirse en un arquetipo. Su traza rolliza y aparejada era ya simbólica y, si bien pasado el tiempo no parecía sino una broza de lo que fue, su decadencia tenía cierto viso de altanera locura que acentuaba ese simbolismo como si, en abstracto, el Santo Oficio se hubiese vuelto loco.

Un acre y penetrante olor de excrementos humanos, desperdicios, sangre y congoja amasados sorprendió a Mañozga cuando entró en las mazmorras. Los verdugos disponían los herrumbrosos instrumentos de suplicio y, en la confusión, se oía la risa de Fernández de Amaya, en soprano coloratura, salir diáfana y cantarina para ahuecarse después por los calabozos. Mañozga no se hubiera asombrado de hallar allí al rey de España como se asombró al tropezar a boca de jarro con la timorata de Dios, que había estado tratando de convencer a un verdugo con su historia del barbero prodigioso.

—¿Vos, vieja pedorra —e hizo una pedorreta con la boca—, aquí todavía? ¿No os dije que estaba dispuesto a incinerar beatas si me faltaban brujos? ¿O es que olvidáis que me llamo Juan de Mañozga, mujer, y cumplo lo que prometo?

—Brujos no os faltan —replicó la mujeruca, en cuyos ojos empezaba a vislumbrarse una luz fanática—. Yo he venido a entregaros a uno que dice haber sido Temístocles, Calígula y hasta el mismísimo Papa León IV, que derrotó en Ostia a los sarracenos.

—Marchaos con vuestros pedos a otra parte —refunfuñó el Inquisidor, y prosiguió su camino con la beata pisándole los zancajos.

Inquisidor, ¿de cuándo acá les tenéis miedo a los brujos? ¿De cuándo acá?

La fetidez de aquella clon se le adhería a las fosas nasales, le inundaba gaseosamente los pulmones y terminaba por fijársele en el corazón. Mañozga aceleró el paso.

—¿Desde el día en que Buziraco extendió su semilla por la comarca y secó las higueras como Cristo y mató a los bueyes de peste y no dejó sino pedmscos en el campo? ¿Desde entonces. Inquisidor? ¿O vos mismo sois un brujo que ha perdido los poderes?

Mañozga avanzaba sin rechistar. Una rasquiña empezaba a carcomerle el pecho. ¡Perdido los poderes! Tensaba en los brujos y pensaba también en el Adelantado. Crica de su madre, el desnarigado tuvo que vérselas con todas las artimañas brujescas de los nativos, antes de consolidar su poder. El desnarigado perdió muchos hombres antes de reducir, con arcabuces, escopetas, yeguas y caballos, a las flechas de los nativos. El desnarigado se vio en calzas prietas para devastar el imperio de los caciques de Codega, Bohaire, Mazaguapo, Turipana, Cospique, Tocana, Cocón y Maparapa. El desnarigado peleó a brazo partido, durante varios meses, con el cacique Carex de Codega, el cual vivía rodeado de una corte de brujos que sacaban música de los caracoles. Y finalmente, cuando hicieron las paces, Carex le ofreció un espectáculo digno del cornil de lo Pacheco, donde el brujo Carón (¡nombre de barquero de la Estigia!) comió brasas encendidas, anduvo sobre ellas como en las ordalías sin sufrir una quemadura y se dejó atravesar de parte a parte por una lanza que, cuando le fue sacada, no dejó ni un rasguño. El desnarigado tuvo que apelar al ojo de vidrio de uno de sus capitanes para impresionar a los indios, pero cuando el oficial se lo hubo quitado y metido varias veces, los indios le cogieron el truco y le

pidieron, cono, que hiciese ahora la prueba con el otro ojo, Y al desnarigado, que poco sabía de encantamientos, se lo tragó mis tarde la noche oceánica, ay, la noche oceánica, en desquite de su festines y malandanzas.

—Decid, ¿es eso, Inquisidor?

El juez eclesiástico se dio vuelta por fin, como un gato al que han tirado demasiado de la cola.

—Tened cuidado, pedorra —masculló—, que pajarracos arrendajos como vos los hace Dios a montones, pero a un ave de presa como Mañozga sólo la hace el diablo.

Y se internó rápidamente en los calabozos más profundos, donde la fetidez podía casi palpase y las risotadas de Fernández de Amaya retumbaban ahora como en una cripta.

Lorenzo Spinoza, entrapujado y sumido en un estupor doloroso, había sido asegurado de la garganta y las piernas en un cepo mal carpinteadado. El Alcaide le había colgado además en el pescuezo un letrero que era como su *Inri* y reproducía el lema familiar del *Deus sive natura*. A Mañozga le costó trabajo habituar los ojos a la oscuridad. La hedentina quería recalársele por los poros y ponerle en los huesos aquel estremecimiento que experimentaba al oír la helada carcajada de las brujas en las horas de maleficio. Tembló al pensar que, esa noche, tendría que verlas revolotear de nuevo sobre la ciudad desde el mirador del palacio, cuando los candiles se hubiesen encendido y aún después de haber sido apagados. Ahora, el áspero clima de las mazmorras volvía a traerle a la memoria sus días iniciales en la villa, cuando maldecía del calor y lo obsedía la idea de haberse labrado su propio infierno. ¡Andrea, Luis Andrea, feudatario del Tártaro, jeque maldito! Te recuerdo en este mismo cepo, con la espalda postillosa de llagas y granos como una bella clavellina de pluma, medio idiotizado por las torturas, sediento y hambreado de varias semanas, repitiendo que no era a ti sino a Buziraco al que habría que matar... ¡Ah, si les hubiera puesto orejas a tus decires, jeque maldito, réprobo de Dite! Y te veo gritando como un endemoniado en el momento en que los esbirros te molían a palos antes de arrojarte a la hoguera. Y recuerdo al frailuco bujarrón, a fray Alonso de la Cruz Paredes, con sus manos blancas de azafrán de primavera y sus modosos modales modorros y molondros, instalado en la silla de vaqueta, contándome la historia de su aparición, la mentirosa aparición de la *mater benedicta* que le había ordenado, en su celda santaferña, la erección de un templo en la cima de la Galera. Y oigo todavía tus tamtames, carne de gehena, perforando la noche con su rudo golpeteo —*cóngoro batuba, cóngoro bató*—, como un llamado a la fuga de los cimarrones, que olvidaban el lavado con agua y sal que los había cristianado y volaban a reunirse contigo en las faldas de la colina, para invocar al espíritu de Buziraco a través del abominable cabrón negro, Urí, hipóstasis de tu demonio, al cual besaban el trasero almizcoso y adoraban como a una divinidad. Entonces el agustino subió un amanecer a La Galera, muy bien defendido por un destacamento de arcabuceros proporcionado por el Obispo Juan de Ladrada, y abriéndose paso por entre los matorrales encontró el bohío

donde tú y tus seguidores, los cimarrones sediciosos y enamorados de la libertad, del *Non Serviam* luciferino, celebrábais vuestros hechizos y maleficios, y aguaitó por una rendija y vio cómo en el centro del recinto había una moya grande llena de agua y hojas de tabaco, y cómo indios y negros, mestizos y mulatos y zambos, a medida que desfilábais ante ella, arrojábais en su interior vuestros aderezos de oro y piedras preciosas, y cómo tú, Luis Andrea, feudatario del Tártaro, mohán de los adoradores de Buziraco, invocabas a tu demonio, que se manifestaba dentro de la tinaja con una especie de chapoleo y unos aullidos escalofriantes y unos conjuros en los que decía ser el dios de la libertad y el principal enemigo del rey de España, y tú le dabas gracias por haber acudido, y él las daba por lo fiel que le érais a él y a vuestra libertad, y luego tú devolvías las joyas, y todos os bañábais con el agua endiablada, y algunos la bebíais, que era igual que beber diablo líquido, y luego traíais al cabro Urí y bailábais a su alrededor una danza macabra, par de las que en los Sábats de mi tierra precedía a las posesiones de íncubos y súcubos, a cuyo término érais posesos y os revolcábais y le besábais el culo al animal y os lo besábais entre vosotros mismos, y soltabais cuantas procacidades se os venían en mientes, y las mujeres chupaban la polla a los hombres, y ellos les daban a ellas el beso negro, y decíais que érais libres y felices, lo cual me figuro era verdad, y entonces el agustino ordenó actuar a los arcabuceros, y los arcabuceros actuaron y vosotros os espantasteis de veros sorprendidos, y corristeis a proteger a Urí con vuestros cuerpos porque Buziraco os lo había dado para que lo cuidárais, y entonces el frailuco bujarrón, apoyado por los soldados, agarró al cabro por el rabo y lo arrastró hasta el precipicio y lo aventó al abismo y el cabro emitió un alarido infernal y casi humano antes de volverse masilla allá abajo, y vosotros salísteis despavoridos bajo el fuego de los arcabuces y os perdisteis en los matorrales, y fray Alonso anunció solemnemente, ante la tropilla de arcabuceros fatigados y faltos de hembra, la futura erección en aquel sitio de un templo consagrado a la nueva hiperdulía, la consecuente con su aparición santaferña, y soltó un *Sancta María et omnes sancti tui...*, y rompió la moya grande llena de agua y hojas de tabaco, y fue a darle parte al Obispo Ladrada.

Pero, cuando todos en la villa creían que la adoración de Buziraco había desaparecido para siempre, cuando fray Alonso recorría con falsa humildad las calles, casa por casa, pordioseando una limosna para la construcción del templo, entonces, una noche, el retumbo de los tantames volvió a alzarse como un cerco alrededor de la ciudad como un anticipo de terremoto, como una evocación de lemurias romanas, llevando el pavor a las almas sencillas, atrayendo con fuerza mágica a los esclavos, que rompían los establos y encierros domésticos para unirse en la oscuridad al culto libertario, disperso ahora por la punta de los Icacos, por la de Manzanillo, por la de los Periquitos, por la ciénaga del Ahorcado, por la de Tesca, por la isla de los Careyes, por los caminos bordeados de cadillos y matarratón, por Chambacú y los caños circunvecinos, por todo este derredor de plaza maldita sembrado de mojonas y brujos que besaban a Buziraco el salvahonor hediondo.

Fue por esos días, Luis Andrea, jeque maldito, que el frailuco agustino vino a verme a este palacio que ahora se derrumba y yo cedí a sus instancias, porque me hostigaban todavía mis aspiraciones, mis viejas aspiraciones purpurientas y la obsesión constante de haberme librado mi propio infierno...

Mañozga había comenzado a pensar en voz alta y sólo vino a volverlo a la realidad el estridente ji-ji-ji en soprano coloratura de Fernández de Amaya, que hacia mofa de las chocheces de su colega y mandaba a los esbirros arrojar agua fría sobre el rostro de Lorenzo Spinoza.

—Agárrate bien, viejo cabro, y déjate de soñar, que ahora viene lo bueno.

El chubasco despertó al portugués, que entreabrió sin conciencia los ojos grandes de azabache pulido y miró a uno y otro lado antes de ubicarse por completo en la realidad. Tenía la cara pringosa de verdugones y los brazos amojamados le colgaban en una crispatura de exasperación. Los surcos del rebenque eran como hendeduras de bermellón en su espalda. Fernández de Amaya le llamó la atención sobre el letrero que tenía colgado del Descuezo y le preguntó qué significaba.

—Fuisteis seminaristas y bien lo sabéis —contestó el judío—: Dios se identifica con la naturaleza.

—¿Es una frase del *Talmud*? —rugió Mañozga, quitándose el jubón de los hombros y arrojándolo lejos, como si se aprestara a librar una batalla, no contra el réprobo, sino contra la temperatura que parecía amazotarse en aquella atmósfera mefítica.

—No —dijo Lorenzo Spinoza.

—¿Niegas que sea una frase del *Talmud*? —insistió Fernández de Amaya, que si algo admiraba en Mañozga era la habilidad para interrogar.

—Digo que no es una frase del *Talmud* —respondió el reo.

—¿Ni del *Talmud* palestino ni del *Talmud* babilónico? —volvió Mañozga a la carga. Su voz sonaba cascada y biliosa.

—No —dijo Lorenzo Spinoza.

—¿No qué? —bramó el Inquisidor.

—Digo que no es del *Talmud* palestino ni del *Talmud* babilónico.

—¿De cuál *Talmud* entonces, coño de tu bisabuela?

—De ningún *Talmud* —contestó el penitente.

—¿Sabes lo que pienso, Lorenzo Spinoza? —dijo entonces Mañozga, que tenía como repujadas las venas en las sienes—. Que eres una mierda.

—Y que lo digan de ti y tu descendencia —rió el Alcaide—. Los Vargas y los Jaramillos.

—Eres una mierda —siguió Mañozga—, pero yo soy tres mierdas y vas a volar lengua así tenga que sacarte una por una las uñas. ¿Está en la *Tora* la frase, quiero decir, en el *Sepher Jodzirath* o en el *Zohar* o en vuestras biblias mentirosas?

—No está en ningún texto hebraico —repuso el interrogado.

Mañozga hizo una seña para que se reanudaran las flagelaciones.

—¿De dónde la has sacado, si no ha sido del *Talmud* o la *Tora*? ¿No ves que de todos modos es una frase impía de la que tendrás que arrepentirte si no quieres ir a dar con tus carnes en la hoguera?

El verdugo hizo chasquear el látigo sobre la espalda que se granuló de erupciones como volcanes rojizos.

—Te conozco, Mañozga —dijo de repente el réprobo, que batallaba consigo mismo para que no se le saltaran las lágrimas—. ¿Cuánto tengo que darte para salir vivo de aquí?

Trataba de sustraer su voz al tono lastimero que le arrancaban los azotes. Mañozga ensayó un gesto de desdén, que sus músculos atezados convirtieron en otra mueca de dolor. Entonces el Alcaide ordenó redoblar las flagelaciones.

—No pensé nunca —dijo dirigiéndose a Spinoza— que fuésemos tan íntimos amigos —y soltó otra de sus agudas risotadas.

—Vosotros no comprenderéis jamás —porfió el judío, con el cuerpo desmazelado bajo los azotes— el sentido del *Deus sive natura*. No adoráis a Dios por amor, sino por temor. Y acabaríais adorando al demonio si se os apareciera. Es inútil. No me sacaréis una palabra más. Decid pronto lo que queréis que no gasto mis argumentos ante tontos.

Fue a Fernández de Amaya al que más hirieron estas palabras. Nada lo irritaba tanto como la insolencia en boca de un cautivo. Agarró él mismo el látigo y lo descargó sobre el lomo del portugués con una energía insospechable en sus brazos sarmentosos como bejucos de chapolas. Lorenzo Spinoza inhaló una quejumbre prolongada.

—Dejaos de farsas —dijo, a sabiendas de que aquello no podía sino aumentar su suplicio—. ¿Cuánto tengo que darle a Mañozga para que me deje salir de aquí?

El Inquisidor se volvió de espaldas e incrustó la cabeza en las manos que había apoyado contra la pared.

—Estás haciendo lo posible para que te mate —dijo—, pero entérate de que yo no me resuelvo a matar a nadie sino cuando temo estar cobrándole simpatía.

Los azotes sólo cesaron cuando el reo volvió a desmayarse. Entonces Fernández de Amaya ordenó un nuevo tratamiento con agua fría, que pareció desanudar en la mente del fustigado una suerte de conciencia artificial, aunque tan lúcida como su propia conciencia.

—¿Tiene algo que ver el *Deus sive natura* con los diez atributos del *Sephiroth*? —pregunto Mañozga—. ¿No forman los diez *Sephiroth*, al juntarse por la corona en los extremos de la década, un círculo que es símbolo del infinito? ¿Es éste el sentido del *Deus sive natura*? Di.

—Pierdes el tiempo —dijo Spinoza.

—¿No se confunde con Luzbel vuestro Ángel Metratono de la vieja Qabbalah? ¿No sois hermanos diabólicos? ¿No adoráis a Samuel el Tentador y escupís las hostias consagradas?

—Se te ha envejecido hasta la imaginación —dijo el judío.

—¿Qué tuvo que ver tu familia —insistió Mañozga— con la Duquesa de Braganza? ¿Conspirabais desde Portugal contra la corona española?

El portugués alzó la cara y la torció en un gelasmo casi insultante.

—Nada tiene la Iglesia que ver con este asunto —dijo—. Sois vosotros, los clérigos, los primeros conspiradores de Portugal.

Mañozga le cruzó la cara de una bofetada.

—Aprende —le dijo— que cuando se está en el cepo la dignidad no es más que una bella historia. Si eres un conspirador, de poco te valdrán las riquezas que amasaste en la Calle del Estanco. Por tu cabeza me harán confesor de los reyes.

—Ya me habían dicho —contestó el portugués, de cuya nariz manaba ahora un hilito continuo de sangro que no eras más que un alguacil.

Mañozga sintió oprimírsele el pecho de una apremiante zozobra. Nadie mejor que él se sabía un guiñapo, pero en ningún corazón —también lo sabía— anidó con tal fiera vocación la soberbia como en el suyo. ¿Quién dijo que no hubiera llegado a ser Papa, de no venirse a estas tierras holladas por Lucifer? ¿Quién dijo que no fue Dios el que lo dirigió en su peregrinaje, para ahorrarle a la Iglesia el sanguinario esplendor de un papado mañozguiano? ¡Y qué tarde le llovía de lo alto este judigüelo traidor y blasfemo, el penado que tanto anheló para refregarle a las Corles en las narices su lealtad a la corona! Fue como un súbito reflujo de su antigua arrogancia lo que le dictó aquella respuesta que, pensándolo después, lamentó por figurársele una concesión a su prisionero.

—Todo español bien nacido —dijo— es alguacil del rey. Ahora dime ¿no conspiran Ana de Velazco y su marido, el Duque de Braganza, contra el rey Felipe, que es el legítimo sucesor de don Sebastián y no, como vosotros lo pretendíais, aquel iluso prior de Crato a quien barrimos a pesar de la ayuda inglesa? ¿Hay descendientes del cruzado don Sebastián, que se metió en la empresa idiota de Alcazarquivir contra los consejos del abuelo de nuestro monarca? ¿No se os ha garantizado a los portugueses, durante más de sesenta años, vuestra autonomía, cuño de tu abuela, para que vengáis ahora con ingratitudes y repudiéis la autoridad del rey de España?

El Inquisidor parecía transfigurado al ir soltando aquellas frases en las cuales no se había cuidado de poner el menor toque persuasivo. Por un momento, se dijera que deliraba con algún sueño heroico de su niñez, como si deseara restituirse a sí mismo la imagen de una España cristiana y protectora de la cristiandad, buena y salvaguarda ecuménica del Bien, que había perdido en sus copiosos ajetreos ejecutoriales y a todo lo largo de su experiencia on tierras de encomendadores, inquisidores, recaudadores, resguardos, mitas y tributos eclesiásticos.

—No seas majadero —se limitó a contestar el réprobo, a pesar de la amenaza de nuevas flagelaciones que empezaba a leer en la mirada de Fernández de Amaya—. A mi familia y a mí nos sacaron de Portugal y no hay lugar más aborrecido que la patria cuando allí ni se nos respeta ni se nos reconoce. Tanto da un Portugal español como

un Portugal portugués mientras ambos no signifiquen nada distinto. Déjate de pensar que tienes en el cepo a un conspirador y dime cuánto debo darte para que me dejes ir.

—¿No estás oliéndote, Fernández de Amaya —dijo entonces Mañozga, a quien una sobreexcitación enfermiza provocaba hasta la palidez—, que nos la estamos viendo con un redomado hideputa?

—Y que lo digan de él y su descendencia —coreó el Alcaide de mala gana—. Los Varones y Suescunes.

—Bien os está a los portugueses —añadió el Inquisidor— la rapiña con que os disputan ingleses y holandeses vuestras tierras. Bien os está cuando no sabéis llevar en alto la cabeza.

Pero lo había dicho sin ninguna convicción. Hacia tiempo que Mañozga sólo alzaba la cabeza porque creía ver brujas sobrevolándole la greña.

—¡Cómo se ve que a vosotros los españoles os gustaron siempre las actitudes arrogantes! —profirió Lorenzo Spinoza con un gesto sarcástico al que se entremezclaban el dolor y la fatiga, mientras trataba de aflojar la tensión de los músculos para que no le fueran a romper la piel—. Todavía no habéis comprendido lo fatigante de todo eso. No conozco peor augurio de derrumbe que vuestra inútil y permanente arrogancia. Desilusiónate, Mañozga, al hombre que tienes aquí no lo impresionan tus fanfarronadas. A ti lo único que te hace bailar es el dinero. Yo hubiera podido ser más fanfarrón que tu porque heredó el talento y la sabiduría. Pero te pido la gracia de la vida a cambio de un puñado de maravedises. No estoy interesado en una rebatiña de altiveces.

El Inquisidor disuadió a Fernández de Amaya, con un ademán fatigado, de reanudar los azotes. Empezaba a intrigarlo este fabricante de lentes, cuyo desprecio de lo convencional no convenía muy bien a los cálculos de una España que había ascendido al poder imperial sólo por guardar las apariencias.

—¿Por qué te viniste de Holanda, donde tú y los tuyos podían ser aceptarlos, a estas tierras de españoles que fueron inhóspitas a tu familia y donde sólo podías reencontrar el comienzo de tu desgracia?

—¿Es una pregunta que me diriges o que tú mismo te haces?

—Mierda —dijo Mañozga.

—En Holanda no me perseguía la Inquisición, pero me perseguía mi propia sangre, enrabiada en las venas. Fui sometido a público escarnio en la sinagoga. Se me llamó cristiano, con la misma arrogancia con que vosotros me llamáis judío.

—Coño —dijo Mañozga—. Esto si que es bueno. ¿De manera que no eres judío ni cristiano? ¿Estaremos, Fernández de Amaya, ante un musulmán?

Y ambos rieron estrepitosamente.

—¿A qué religión pertenece ese lema? —bromeó Fernández de Amaya, obsesionado todavía por el letrero colgado del pescuezo del réprobo—. ¿No sera, viejo cabro, que estamos entendiéndonos con el Anticristo?

Mañozga estaba acezante. Reír le hacía daño. Al dejar de hacerlo, su rostro volvió

a encogerse en una mueca de fatiga, como una esponja que, apretujada, hubiese regresado por si sola a su volumen y posición normales. Al Alcaide le dio, en cambio, la impresión de haberlo visto ponerse circunspecto de repente. Entonces hizo una seña al verdugo para que reanudara los azotes. Demasiado sabía que el inquisidor acabaría cediendo a la oferta de dinero —era lo que angustiosamente necesitaban—, pero creía conocer a su anciano cómplice y sabía también de sobra que pasarían semanas antes de que accediera a poner al reo en libertad, bajo promesa de reconciliación pública con la fe de Cristo.

Lorenzo Spinoza trató de parar los golpes con un grito.

—Ea, Mañozga —aulló—. Juguemos limpio.

El Inquisidor avanzaba ya hacia la puerta, en una actitud de desinterés terrenal que hubiera hecho dudar a otro que no fuera Fernández de Amaya. Al oír el grito se volvió:

—¿Qué llamas tú jugar limpio? —dijo.

—A mi —instó ya el réprobo, a punto de perder otra vez el sentido bajo el redoblamiento de las flagelaciones— no me seduce lo apasionado sino lo razonable. Soy un filósofo y no un religioso. No soy tan rico como crees, pero puedo darte una bonita suma por mi libertad.

—¿Es filosófica la cobardía? —preguntó mordazmente el Inquisidor.

—Sabes muy bien que no hay cobardía en esto. No voy a dejar que me mates por una fe de la que tú mismo dudas. Dime cuánto tengo que darte.

Mañozga siguió avanzando hacia la puerta.

—Como se ve que me desconoces —murmuró, haciendo un guiño al Alcaide—: Si de eso se tratara, no te pediría otra cosa que un avemaría en la hora de mi muerte.

La puerta se cerro pesadamente. Mañozga arrastraba los pies con desesperante lentitud y Fernández de Amaya lo seguía a corta distancia, envidioso de la habilidad de su cofrade. Marchaban por tus corredores lóbregos, frente a las celdas vacías y yuxtapuestas. De pronto, el inquisidor dio un alarido. De la sombra había saltado un bulto que el juez eclesiástico tomó por una aparición del diablo. El Alcaide tanteó la oscuridad con la espada. Una voz imploró piedad. Era la voz de la beata.

—¡Virgen del Perpetuo Socorro, que trato de ayudar al Santo Oficio y ahora quieren matarme! —vociferaba, verdinegra y cejivuelta. ¡Cuando digo que la ingratitud seca la fuente de la piedad!

Mañozga detuvo el brazo de su subalterno, al tiempo que inicia con la boca una pedorreta.

—Sigue tu camino, Alcaide —recomendó—, y haz como que no la ves, porque mientras más la miras más se crece.

La mujeruca se pegó a los zancajos de Mañozga, diminuta ante la figura casi monumental del Inquisidor, y corría dando saltitos para poder ser escuchada.

—Ese sacamuelas asegura haber sido Salomón y la reina de Saba y la Sulamíta: todo ello al mismo tiempo, ¿comprendéis?

Los hombres salieron al aire libre, pero seguían sintiendo la hedentina de las mazmorras como un tapón en las fosas nasales que les impedía respirar a su antojo.

—Y dice haber encarnado en la Papisa y en el obispo de mar.

—Callaos.

—Tenéis miedo, ¿no es cierto, Inquisidor? —La mujer se plantó frente a ellos, cerrándoles el paso—. Se os ve en la cara. Miedo. Os holgáis torturando a ese indefenso portugués, que es un alma de Dios, mientras los hechiceros, que son almas de Satanás, se os ríen en las barbas. Menudos inquisidores sois.

—Aparta, pedo ambulante.

—Sí, sí. Aparta Y que el diablo nos lleve. ¿No sabéis que es deber del Santo Oficio castigar ejemplarmente toda práctica contraria a la fe? ¿Es que no conocéis vuestros deberes?

Mañozga la retiró de un empellón.

-¡Bruto! ¡A una mujer!

—Así curo yo a los que quieren enseñar a joder a su padre.

La beata, vejada y colérica, vio cómo la pareja de dominicos (ninguno de los cuales vestía el hábito de la Orden) iniciaba el ascenso de las escaleras. La espalda desnuda de Mañozga parecía copiar, por quién sabe qué extraño designio, las flagelaciones recibidas por los réprobos. Entonces la mujeruca no pudo contenerse y gritó:

—¡Cómo estás de viejo, Juan de Mañozga! ¿Ya has hecho disposiciones para el día que te mueras? ¿Puede saberse lo que quieres?

—Sí —contestó el juez eclesiástico, volviéndose ya casi en el rellano—. Que decreten tres días de carnavales.

Justamente la tarde en que Catalina de Alcántara fue a visitarla, esto es, la tarde del día en que Lorenzo Spinoza fue prendido por el Santo Oficio, Rosaura García festejaba su centésimo sexto cumpleaños. Hacía, además, exactamente setecientos setenta y siete días que se abstenía de probar alimento, en observancia de una promesa que hizo la noche en que Celestino Tubará, fatigado y muerto de hambre, tocó a su puerta en demanda de bocado y ella le sirvió un plato tan succulento que el pobre hombre, impedido por la vergüenza, perdió el dominio de los músculos de la deglución y murió de gazusa con la totuma llena de comida en las manos. Esta prolongada abstinencia comenzó a volverla cuerpo glorioso aproximadamente al año y medio de iniciada, lo cual explica el que Rosaura García, a medida que pasaba el tiempo, fuera desembarazándose más y más de cierto impedimento que por entonces no estaba muy claro, ya que faltaban dos años todavía para el nacimiento de Isaac Newton en Woolsthorpe, pero que, con anterioridad a la fecha en que principió a volverse cuerpo glorioso, la mantenía relativamente sujeta a la superficie terrestre, sin que ella pudiera, explicarse por qué, habiendo heredado de su madre, Juana García, la condición de bruja y nigromante que a ambas hizo muy célebres, los pájaros podían volar y ella no. Este punzante despecho quedó abolido cuando, al año y medio de estar observando como una “gentil cigarra” la dieta de abstención absoluta, su cuerpo olvidó el contacto con la tierra y empezó a flotar, como una pelusa de algodón, casi a la altura del tocho de su casa.

Sus innumerables parientes resolvieron entonces amarrarla a una silla de vaqueta, para guardar las apariencias ante los vecinos que empezaban a hacer mofa del asunto y decían: “Por dar pan, que no por tintirintán”, pero era tal su desasimiento que con todo y silla se elevaba, de modo que fue preciso atar lastres de plomo a las patas. Sólo de esta manera lograron que Rosaura adquiriese de nuevo su apariencia real o, mejor, quedara inserta otra vez en la realidad, una realidad que, a decir verdad, ella había sabido penetrar y dilucidar como nadie.

De todas formas, la ingravidez de estos últimos meses no compensó jamás los resentimientos que la hija de Juana García rumió en su juventud (y hasta su segunda infancia más avanzada) por la circunstancia de haber sido una de las poquísimas brujas del mundo sin facultades levitatorias. Lo triste del caso es que, con el transcurso del tiempo, Rosaura comprendió que ya no la llamaban bruja en reconocimiento y admiración de sus poderes realmente sobrenaturales, sino que empleaban con ella la segunda acepción del término, no obstante haber sido, en sus años mozos, una mujer casi tan hermosa como Catalina de Alcántara. La anciana tenía que contentarse recordando cómo vio postrado a sus pies al mismo fundador de la ciudad y cómo hubiese cautivado con sus malos hechizos al Adelantado Alonso Luis de Lugo si una hermana de ella misma no lo espanta con sus zalamerías y amor desvergonzado al interior del Nuevo Reino.

Eso fue por los años en que Cartagena era apenas un emplazamiento provisorio de donde partían a menudo piquetes de conquistadores a la búsqueda de otro sitio mejor

dotado de agua potable para fundar el puerto marítimo. Poco a poco, sin embargo, todos acabaron convenciéndose de que no existía en la región fondeadero más seguro y se resignaron a soportar la escasez de agua y mitigar la sed con fantasías tales como la de construir un acueducto que se surtiera en el arroyo de Matute, proyecto tan costoso y disparatado que al rey de España le dio un síncope cardíaco cuando se lo propusieron. Aquella isla arenosa tenía, además, la rara virtud de retener a quienes allí sentaban sus reales, al punto de crearles alucinaciones como la de imaginar que, fuera de ella, el mundo estaba poblado de gentes pérfidas e hipócritas que guardaban puñales bajo las capas y saludaban con cierta cortesía a los demás solo con el avieso propósito de mortificados. Cuando Rosaura empezó a darse cuenta de las cosas, los primitivos bohíos indígenas —que habían utilizado hasta entonces los primeros colonizadores— estaban siendo reemplazados por casas de madera y palma, y el licenciado Juan de Vadillo recorría la ciudad, por ciertos delirios que el excesivo calor le producía, encareciendo a los más adinerados que se decidieran a construir uno que otro edificio de cantería. Pero daba la impresión de que, en aquella atmósfera constreñida por el resplandor del cielo y el verde-loro-loco del mar y los manglares, todos se hubieran vuelto refractarios al progreso. Los aguadores tenían que viajar como tres leguas para encontrar una quebrada y abastecer a la población sedienta que no contaba sino con unos pocos jagüeyes.

Fue también por aquel tiempo que el Fundador volvió a las andadas. Pedro de Heredia de todo tenía fama menos de hombre pacífico. De nadie eran desconocidos los motivos por los cuales se lanzó a la aventura en estas tierras que las noticias exageradas de los viajeros hacían suponer sólo comparables con los hechizados países de las *Mil y una Noches*. (Que sí aun no llegadas a la Corte del Rey Sol en virtud de los estudios eruditos del orientalista y protoamanuense Antoine Galland, ya circulaban en versión berebere por los países del África del Norte). La verdad era que Heredia, en sus años mozos, harto anduvo a estocadas por los Madriles y más de un pusilánime se santiguaba si lo veía venir. Una noche se lió con seis tipos y, en un estoqueo de puño, su nariz voló a cinco metros y la cara le quedó como cuba sin botana. Sesenta días estuvo a merced de los cirujanos, que por fin consiguieron restaurarle la ñata injertándole, por medio de una ciencia novísima y casi mágica de la que milagrosamente no se había ocupado aún el Santo Oficio y que ellos llamaban “rinoplastia heteroplástica”, parte del molledo de un brazo, con un éxito que ya habría de comprobar el desnarigado cuando su íntimo amigo Juan de Castellanos, un soldado sevillano cuya irritante manía consistía en hablar a rajatabla en endecasílabos, le expresara muchos años más tarde sus dudas sobre la veracidad de la historia.

De todas estas cosas hacía más de cien años y Rosaura recordaba cómo la grey las tenía ya por proverbiales por los días en que su madre la iniciaba en las suertes de la hechicería. El desnarigado, una vez restablecido por completo de la herida, buscó hasta por los más inescudriñables agujeros al autor de su desfiguración, y cuando

halló a Ludueña le horadó el corazón de una estocada. Esto le acarreó problemas con la justicia y lo resolvió a embarcarse para las Indias, ese refugio de desesperados de que solía hablarles a sus hilos cierto médico cirujano de Alcalá de llenares que participó en la remodelación de su nariz. Algún tiempo se consagró en la Española, una isla descubierta por Colón en cuyas terrazas litorales un tío suyo cultivaba la tierra, a la explotación de un ingenio de azúcar. Pero Heredia era hombre de juergas y buenos vinos, y el único licor de que se disponía en aquella soledad era cierto menjurje obtenido por destilación de una mezcla fermentada de melazas y zumo de caña, al cual agregaban caramelo los colonizadores para darle un color rojizo que lo emparentara con el mosto de dos orejas. Aquello le raspaba el gaxnate, de suerte que se aventuró hasta el continente y desembarcó en Santa Marta, donde hizo buenas migas con el gobernador interino Pedro Vadillo y consiguió de éste el nombramiento de teniente. El caos reinante en la gobernación —disputada a mordisco limpio entre Vadillo y un tal Palomino— lo condujo casi sin quererlo (y en momentos en que se decía échame pan y llámame tonto) a coger las riendas del gobierno y no soltarlas hasta ver llegado a García Lecuna, con su nombramiento en regla y firmado por el rey de España. Pero para entonces estaba podrido de peculoso dinero y volvió a los Madriles y sobornó a sus jueces y dilapidó la fortuna en noventa y dos noches de juerga consecutivas y violó a la hija de un zapatero y a la de un escribano y hasta a la de un comendador y con lo poco que le quedaba se puso a comprar funcionarios y en buenas manos estaba el pandero y lo nombraron gobernador de la Nueva Andalucía. Trayéndose consigo a su hermano Alonso, menos pendenciero pero tan bebedor como él mismo, zarpó de Sanlúcar de Barrameda en la nao capitana, seguida de dos carabelas y una fusta, y una mañana de enero lo encandilaron el fulgor de este cielo y el verde-loro-loco de estos manglares, cuando ya habían tenido que empezar a comerse los caballos a falta de viandas.

Muy bien lo recordaba Rosaura García. Pedro de Heredia intentaría más tarde una expedición al Mar del Sur y descubrirla la alucinante región de Cenúfana. Alonso de Heredia explotarla Tolú y marcharía luego a la fundación de Ayapel remontando un río arcilloso y turbio al que posteriormente llamarían Bredunco. Buscando el tesoro inexistente de Dabeiba, en tierras de dabaibes, Pedro de Heredia descubriría con Vasco Núñez de Balboa la escarpada serranía de Abibe y llegarla hasta las costas meridionales del Darién. Se pondría una papalina de órdago en el sitio denominado Barrancavieja y haría el mayor repartimiento de solares y tierras de pasto de la provincia. Eso era Pedro de Heredia.

Por eso ella hacía burla de las ideas de Juan de Vadillo, para quien el Adelantado estaba atravesando, cuando dio en la flor de cantar a medianoche canciones obscenas por las calles, por un período de locura, Rosaura sabía muy bien que no hacía otra cosa que volver a las andadas. Bastante le conocía desde la vez que forzó a plena luz la puerta de su casa e intentó violarla contra las tapias cuadrículadas de su patio. Heredia no podía contenerse cuando estaba en celo. Se abría la bragueta y sálvese

quien pueda. En aquella ocasión, ella tuvo que apelar a sus artes mágicas para que el obelisco que el Fundador se gastaba volviera a encogerse y se estuviera juicioso todo el tiempo que la mujer tardó en reforzar las fallebas, pestillos y cerrojos de su vivienda.

Por supuesto, Heredia no daba el brazo a torcer. Rosaura había dejado vivo al ofendido, esto es, al obelisco, y era de esperarse una venganza. Una mañana, quién sabe cómo, el desnarigado consiguió meterse en el escriño que entraban algunos caciques amigos a casa de la bruja y cuando -ella se despabiló lo tenía en la cocina, con su fuerza generadora al aire libre y tratando de someterla a besos. La mujer invocó a Buziraco y la polla de Pedro de Heredia quedó convertida de pronto en una polla de verdad, que cloqueaba a más no poder y realizaba esfuerzos desesperados por zafarse del entronque y le picoteaba las turmas imaginándolas gigantescos hollejos de habichuelas maduras. Enloquecido de la desesperación, el Adelantado salió dando gritos a la calle, sin poder cerrarse la bragueta; y cuántas preces no elevaría al cielo para que nadie comprendiera lo que ocurría, porque todos veían aquel avechucho de corral delante de sus entrepiernas y pensaban que el Fundador estaba cometiendo una bestialidad, pero ya por aquellos tiempos era cosa normal en la villa el juntarse con burras, perras y gallinas, costumbre inexplicable si se piensa en las formidables hembras que el clima hacía prosperar allí.

Tres meses duró Pedro de Heredia con aquello empollado y lo demás ampollado por los picotazos. A veces, cuando se reunía con el Alcalde Pedro Romero —que, ese sí, no tomaba caldo en caldereta— y se ponían a discutir las mejoras que era preciso hacer a la ciudad, la polla se le alborotaba y tenía que esfumarse para no quedar mal. Delante de las mujeres, el animalito se crecía indefectiblemente e iniciaba un impúdico e impúber cacareo de gallina joven, pero el Adelantado lo tenía muy bien sujeto dentro de los gregüescos y todos creían que era el pollo maligno que rondaba la casa. Por último Heredia se rebajó a implorarle a Rosaura y ésta, condolidada, le volvió la virilidad a su forma y desproporciones primitivas. Aún así, el desnarigado tenía fama de no ser de aquellos a quienes la Divina Providencia les da un huevo y se los da huero.

Antes de su tercera y última tentativa, acontecimientos inesperados sacudieron a la villa. Fue justamente por aquellos días en que el desnarigado le dio por cantar a medianoche canciones obscenas. Lo que incomodaba a don Juan de Vadillo no era, en rigor, el contenido de aquellas coplas, porque coplas y escándalos los había peores en este asilo de malandrines, sino los extremos a que había llegado quien, en su calidad de Fundador, estaba obligado a garantizar el orden y hacer valer la autoridad. Pedro Romero hacía lo imposible por frenar los desmanes, pero quién contenía a esta grey desatada, compuesta en su mayor parte de prófugos de la justicia o mujerzuelas que ostentaban títulos nobiliarios tan falsos como los de Dorotea Zequeira. El mando de la plaza estaba en manos de hombres capaces y temerarios, pero todos ellos —cuál más, cuál menos— en mora con la justicia peninsular:

Francisco César, llamado “el Cesáreo”;
el bachiller Soria o “cara-de-ají-picante”;
los hermanos Gonzalo y Cristóbal Cerón, ceros a la derecha;
el capitán Ñuño de Castro, castrador de colmenas y cirios, experto en castrametación;
Juan de Villegas, andariego de villas, villas espesas y villas estevas;
Pedro Martínez de Agramante, acre y montaraz;
Gonzalo Fernández, sosías de Femando González;
Martín Yáñez Tafur, tahúr de tafurerías, piloto de tafurea;
Alonso López de Avala, nombrado “el dacaquetedoy”;
Diego Maldonado, dado malamente a la Maldonosa;
Sebastián Heredia, primo del Adelantado;
Robles agalleros y Albadanes albahíos;
Pedro de Alcázar, no toledano pero si palaciego;
el portugués Héitor de Barrios;
Palomino, Riza, Victoria o “el trío de tronío”;
Sebastián Pérez, alférez, y don Bartolomé de Porras, que tenía cara de cerrojo;
Bautista Cimbón, lambón de Juan de Orita;
Hurones, duchos en cazar conejos;
Rivadeneiras;
Pinos jorobados o torcidos de intención;
Villaforias y Montemayores.

Rosaura recordaba muy bien todos estos nombres, apellidos y apelativos Incluso al recién llegado primer Obispo, fray Tomás del Toro, que sufría complejo de castración y no castraba ni cirios;

al primer deán, don Jerónimo de Vallestejos, nada jerónimo;

al primer arcediano, don Paco Díaz de los Santos, hombre de todos los diablos, y al primer chantre, don Antonio Verdugo, señor de horca y cuchillo.

Todo un elenco del gusto del Fundador, a quien ya tenían por hipócrita los que todavía no lo consideraban un sátrapa.

La Corte española había residenciado ya tres veces al desnarigado, cuando ocurrió el incidente que dio con los huesos de Heredia en el calabozo. Rosaura tendría diecisiete o dieciocho años y a sus poderes mágicos recurría ya por entonces media ciudad, de suerte que vivía al corriente de cuanto suceso espectacular turbara la muy precaria paz del puerto. Por lo demás, la villa se hacía lenguas de la forma como el Fundador extorsionó al cacique de Duhoa para sacarle algo así como el equivalente de sesenta mil ducados. Sesenta mil ducados que, como la fortuna amasada años atrás en Santa Marta, comenzó a despilfarrar a la vista de todo el mundo, jactándose de poder repetir la exacción con el primero que se pusiera guayuco en tres comarcas a la redonda. Pedro Romero lo tenía advertido de sobra:

-Vos, Adelantado, os figuráis que uso capirote como cualquier disciplinante de cuaresma, todo porque os guardo el respeto que se le debe a un fundador y porque os

tengo afecto y sé de vuestros méritos al servicio de la corona. Pero, por la holandilla del capirote vuestro que os enchirono sin derecho a pataleo si os pesco corriéndola como me dicen que la corréis en burlas ni en veras, os lo prevengo, después no digáis, os enchiquero como e un eral y ahí vais a armármela gorda porque así sois, os conozco.

A lo que Heredia:

—Recordad que soy el Gobernador, quedaréis vos vistiendo holandilla, eso sería sedición, desacato, sublevación, qué sé yo. Guardáos, tocayito, que las cosas no son más de cómo se toman, vos Alcalde, yo el que da las órdenes. A metros con otros, que los hay por celemines, a mí dejame que si fundé la ciudad fue por tener dónde hacer lo que me saliera de los...

Inútil todo. Cuando Heredia se abría la bragueta, a correr se dijo. Lo reconocieron, no por el capirote, sino por su birrete de terciopelo negro, semejante al de un magistrado.

—Os lo dije, Heredia, ahora no me echéis a mí la culpa.

(A Rosaura se lo habían contado, pero se le antojaba haberlo visto).

—Sigue tu camino, tocayo, y déjame continuar el mío. ¿No ves que soy el Gobernador?

—A fe mía —volviéndose a los suyos— que no hay mucha luz. Y no lo parece a estas horas.

—Guárdate de lo que haces, Pedro Romero. ¿No ves que ando de doñeo?

—A ambos los enchiquero.

—Te va a pesar.

Y el Fundador fue conducido a la prevención. (A Rosaura se lo habían contado, pero se le antojaba haberlo visto). Heredia se embozó todo lo que pudo y marchó dócilmente con los alguaciles, que veían subírsele a la cara el lodo de las cazcarrias, tanto los asustaba la ocurrencia. Conocían de sobra el carácter colérico del Adelantado, carácter capaz de hacer explosión cuando menos lo imaginaran a despecho de la mansedumbre con que se dejaba conducir, Y así hubiera sido, de no haberse interpuesto los inesperados acontecimientos de la mañana siguiente.

Heredia pasó la noche en un calabozo que, por su estrechez, más parecía un calabazo. Y sus juramentos estremecieron la casa. Y más de un alguacil presentó renuncia aterrorizado. Y más de un preso lo creyó loco al oírle decir que era el Gobernador. Al amanecer, Pedro Romero se sobrepuso al miedo que empezaba a crecerle y decidió afrontar la situación apelando a su vieja amistad con el desnarigado. Pero las circunstancias lo forzaron a ser portador de noticias tan desapacibles que todo quedó olvidado por ensalmo.

Rosaura creía haber oído decir que Heredia palideció. El Alcalde entró como un trueno y, anticipándose al estallido del Fundador, le espetó lo que sabía. Que habían llegado a la villa los muy ilustres y nobles caballeros don Diego Lujan, don Juan Guevara y un sujeto de apellido Ludueña, “a quien mucho debe conocer Vuestra

Señoría, si mi memoria no me traiciona”.

—Devuélveme la pretina, alcalderete de palo, y tente porque vienen a matarme —dijo Heredia—. Ese Ludueña es el retoño de mi desfigurador, que en paz descanse.

(A Rosaura se lo habían contado, pero se le antojaba haberlo visto). Pedro Romero se resistió a devolver las armas al cautivo e insistió en que el Adelantado permaneciera allí hasta cuando amainara la tempestad. Pero como la verdadera tempestad estaba en el temperamento de Heredia, las cosas debieron hacerse de muy distinta forma. De suerte que el Fundador, una vez afuera, desenvainó un sable oxidado y mohoso y se puso a lanzar desafíos y desafueros por todas las callejas y callejones de la villa, por la de Tripita y Media, la de las Chancletas, la de los Puntales, la de Tumbamuertos, sin que los forasteros se diesen por aludidos. Aquella tarde lo vieron en el estanco perfectamente trompa, como decía Vadillo, y Pedro Romero estuvo a punto de volverlo a incomunicar, lo que hubiera hecho de no haber mediada una picadura de zancudo que lo redujo a cama con escalofríos intensos y delirios hemoglobinúricos que le extendieron, en pocas semanas, salvoconducto para la ribera opuesta.

La muerte de Pedro Romero (como Rosaura muy bien lo sabía) fue la perdición de Heredia. ¿Acaso una villa como ésta —se preguntaba la bruja en momentos en que su levitación se aguzaba al punto de casi romper el techo de la casa— tolera que su progenitor, su héroe cuelgue los arreos y se abandone al disfrute de sus títulos en plena paz ciudadana y, como quien dice, a la faz pública? Precisamente la tarde que recibió la visita de la sirena de la Calle del Pozo, Rosaura recordaba la forma en que don Alonso de Saavedra, el tesorero municipal y peor enemigo del Adelantado, fraguó aquella perdición en la que Mañozga, casi un siglo después, vería algo así como el paradigma de la expiación humana.

¿No era diciente el que Luján, Guevara y Ludueña —los tres forasteros a quienes Heredia desafiaba en su cogorza de la tarde en que Romero sucumbió bajo una picadura— estuviesen hospedados en casa del tesorero? ¿Y no fue insolencia de su parte querer presentarle al sátrapa sus respetos, a sabiendas de que el sátrapa veía en ellos a los ejecutores de la venganza a que no podía sustraerse el vástago de los Ludueña? Así lo sostendría una y otra vez Rosaura, desde su incómoda posición levitada. Y ello explicaría el que Heredia, cuando el trío forastero fue a presentarle sus respetos, no sólo se comportara ásperamente, como gallo de pelea, sino que, al decir picante y tan sabroso de Vadillo, dijese cosas tales acerca de su desnarigador que dejó o su botón como chupa de dómine y avivó los rescoldos más secretos de un corazón tan traspasado por la ofensa como el otro por el estoque.

Los días subsiguientes fueron expectativos y tirantes para la villa. Heredia —en especial después de la muerte de su amigo Pedro Romero— asumió poderes omnímodos y estuvo a punto de establecer, en su beneficio, el derecho de pernada. Los bandos se sucedían unos tras otros, las exacciones se multiplicaban, las bacanales del Fundador se reproducían, sus exabruptos proliferaban; una tarde se valió de un

jeque indio para entrar en casa de Rosaura, hizo que el hechicero neutralizara los poderes de la hija de Juana García; entonces aguardó a que la bellísima muchacha se recogiera en el lecho, desnuda como solía hacerlo, y de un salto se le fue encima. Rosaura intentó defenderse con sus consabidas artimañas, pero los resultados fueron nulos. El obelisco del Fundador la penetró con fuerza y eficacia de taladro y la mujer acabó enroscándose desesperadamente a las piernas y al tronco del hombre al que, sin saberlo, amaba.

Allí no paró todo. Las violaciones de doncellas perpetradas por el Adelantado pasaron de la veintena. No quiso reemplazar al Alcalde fallecido y se hizo cargo él mismo de sus funciones para que nadie lo estorbara. Por aquellos días (que dejarían memoria en la ciudadela), Rosaura se dio a la fabricación de filtros de amor, utilizando las viejas fórmulas de Ingelburga para hechizar al rey Felipe Augusto, en un esfuerzo inútil par obligar a Heredia a regresar a su lado. Después de aquella noche, digna de una epopeya bárbara, en que el desnarigado la poseyó una vez tras otra hasta despuntar el día, la bruja no pudo ya retenerlo, a tal extremo había quedado saciado el insaciable.

El descontento cundió como pólvora inflamada. En todas partes se hablaba de conspirar. La oficialidad se sentía vejada. El tesorero Saavedra —acolitado por el trío de forasteros y por el trío de tronío y por dos graduados en cánones de nombres Jorge de Quintanilla y Rómulo Beltran— solicitó la intervención de la Audiencia de Santa Fe, la cual envió a un fiscal para que pusiera limite a los desmanes y residenciara una vez más a Heredia. A la sazón, el Adelantado volvió a montar en cólera y, acompañado sólo de un esbirro, violó a medianoche la residencia del tesorero, lo insultó en su propia casa y acabó golpeándolo en el cráneo con el enrejado de la celosía que había derribado para entrar.

(A Rosaura se lo habían contado, pero se le antojaba haberlo visto). Heredia y su esbirro, un tal Saucedo, sostuvieron aquella noche un duelo a estoque, nada singular, con todos los villanos que, indignados por el desafuero, fueron a retarlos ante la propia casa del Adelantado. Fue una noche digna de Toledo. El desnarigado se batió como un león hasta cuando —a la hora de nona, por tradición establecida en las Indias— vino la ronda en su auxilio. Tan pronto amaneció, el Fundador cruzó en un barquichuelo la bahía y exigió a su amigo el cacique Carex de Codega un contingente de mil indios para caer sobre la villa sediciosa. Allí fuera Troya si a Rosaura no se le hubiese ocurrido plantarse en el muelle, provista de filtros propicios, y aplacar la ira santa del sátrapa. Cuando los guerreros nativos hubieron regresado a su isla, la bruja condujo a Heredia a la alcoba donde meses antes tuvo lugar la epopeya bárbara, lo obligó a sorber un bebedizo amoroso, se desnudó lentamente ante su ojos y lo hizo sucumbir entre sus carnes morenas y en un éxtasis de plena delicia que fue el último arranque fogoso de su vida.

Justamente la tarde en que Catalina de Alcántara fue a visitarla, esto es, la tarde del día en que Rosaura García festejaba su centésimo sexto cumpleaños y en que Lorenzo Spinoza fue prendido por el Santo Oficio, la bruja levitante saboreaba aún el recuerdo de aquella gloriosa jornada de amor. La sirena de la Calle del Pozo llegó en su palanquín y se hizo conducir ante Rosaura, cuya levitación había de estar aplacada pues la halló metida en cama, muy sólidamente incrustada en el mullido de los colchones y pensando en voz alta en la cara que puso su amante Fundador cuando lo conminaron a viajar a España y presentarse ante el Real Consejo a responder por sus tropelías. ¡Ni cuando la formidable conjura del clérigo Andrés de Albis puso Heredia cara semejante! Esto exclamaba la hija de Juana García cuando reparó en la presencia de Catalina. Se incorporó y su testa de mulata quedó enmarcada en los dibujos floreados de la cabecera, que rodearon su ancianidad como una profusa mitra de florones. La recién llegada saludó con algo muy próximo a la veneración.

—Vengo a molestarte, ña Rosaura, pero ¿todavía puedes ver lo que pasa allende el océano, en tu lebrillo?

Desde la habitación exterior les llegaba el ruido que hacían respirando, acezando, comiendo, roncando, trajinando, los innumerables parientes de la anciana.

—Así vi —repuso ella— la muerte del Adelantado en altamar, y así veré lo que tú quieras.

Catalina le deslizó varias monedas de oro. Sabía cuán precioso era el trabajo de la anciana y su necesidad de alimentar aquellas incontables bocas.

Rosaura se inclinó a un lado de la cama y atrajo hacia sí la vasija de barro vidriado que heredó de la difunta Juana. Porque aquella en la que vieron los ojos espantados del tesorero Saavedra el épico naufragio de la nao capitana, a bordo de la cual iba Pedro de Heredia, se conservaba celosamente en algún lugar archisecreto, como si la concavidad que sirvió de pantalla lejana a los gestos finales del Adelantado ya no debiera reflejar nada más en este mundo.

La anciana pidió a Catalina que se la llenara de agua.

—¿Qué quieres ver? —le dijo.

—Desde la fuga de nuestro amado Obispo Ronquillo de Córdoba —se apresuró a exponer la bella—, no tengo modo de saber lo que ocurre en España. ¿Podrás tú, con tus poderes, suplir su falta? Todavía no entro en relaciones con Pérez de Lazarraga.

Se la advertía ansiosa y temerosa.

—Pregúntame lo que quieras saber —ofreció la nigromante, que se inclinaba sobre el lebrillo y recitaba contusos conjuros.

Catalina estaba turbada

—No lo sé a ciencia cabal —balbuceó—. Ayúdame.

Rosaura escandió algunas palabras rituales y sus ojos grises, que en otro tiempo fueron negros para que en su azabache se mirara redro de Heredia, escrutaron enigmáticamente el agua depositada en la vasija.

—Veo la muerte de una persona que te ha sido querida —dijo—. Pero no conozco

su nombre. Acércate, niña Cati, y podrás ver aquí su rostro.

Catalina se asomó al agua del lebrillo y prorrumpió en una exclamación.

—¡Pedro Pablo! —casi gritó—. No puedo creerlo.

La bruja la miró impassiblemente.

—Fue el hombre más extraordinario que conocí —siguió explicándose Catalina en su turbación—. No era español, ¿sabes?, pero tenía toda la galanura de un español. Me... deprime su muerte, créeme, era un pintor... famoso, ¿cómo te lo dijera?, el mis grande maestro, superior a Mantegna, a Domenchino... Sus bacanales, sus mitos, son un turbión de sangre donde hierve la vida, fermentan los paisajes y los cuerpos cobran una diabólica sensualidad. Yo...

—¿Lo amabas? —preguntó de improviso la vieja, con un guiño de coquetería. Ella pensaba en el Adelantado.

—No lo sé —dijo la sirena.

—¿Te apena mucho su muerte?

—Tenía sesenta y pico de años. Es todo tan borroso. Sus grandes proyectos, su alegría desbordante. Había reproducido en veintiún inmensos cuadros la vida de María de Médicis. No, quizá no lo amaba. Lo...

—Admirabas —sentenció Rosaura, y volvió a clavar en el agua su mirada gris. Para ella era una especie de desencanto comprobar que el amor hacia los hombres grandes y recios no es tan frecuente, y se dolía de su desvío inicial respecto de los reclamos del Fundador. Desde esa misma posición, setenta y seis años atrás, vio en el lebrillo el naufragio de la nao capitana. Saavedra se había introducido, muy de noche, en casa de la hija de Juana García. Quería obtener sus favores, a ignorandas de las travesuras que la bruja podía jugarle. Pero, en el instante que entró a la habitación de Rosaura, pintada toda de negro e iluminada sólo por un candil, su vista reparó obsesivamente en la vasija de barro colocada en la mesa de centro y en la escena heroica y espeluznante que allí se reproducía. Sin poder apartar los ojos del espectáculo pavoroso, vio cómo crujía y se desarbolaba el trinquete, a merced de sorda borrasca. Cómo las olas estremecían con violencia el galeón e iban a estrellarse sobre los focos, anegando la cubierta. Vio a la tripulación maniobrar desesperadamente el velamen latino. Vio romperse el timón al impacto de una ola gigantesca y vio, por último, a su enemigo, el desnarigado de Heredia, arrojar sobre la cresta amorfa y espumosa del oleaje en un intento de alcanzar a nado las no lejanas playas de la Española. Siguió con pasmo la proeza titánica hasta ver el cuerpo del Adelantado, como el de un pelele, hundirse en el vórtice nocturno y purpurino del mar. Luego se caló el chambergo y, sin decir palabra, salió de aquella casa. A oídos de Rosaura llegaron más tarde las versiones sobre su espantoso remordimiento, pero no les dio crédito. Juana García vislumbró también, en Santafé, el naufragio de la nao capitana e hizo fijar carteles murales con la noticia. Esto le valió un proceso por bujería ante el Santo Oficio y un encierro en el convento de los dominicos donde, los días de guardar, se la ponía en un tablado frente al atrio para que sufriera el escarnio

público, con un dogal al cuello y una vela de sebo prendida en la mano.

—¿Quieres ver lo que ocurre en las Españas? —preguntó la vieja, a quien el recuerdo fulminante del episodio había hecho contraer el rostro hasta asemejarlo a una pasa gorrón—. Concretamente, ¿te interesa la política?

Catalina dejó ver su ansiedad. Estaba pálida y toda su arrogancia parecía venirse abajo en presencia de la hechicera.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Rosaura una vez más, mientras le mostraba el personaje de gorguera en alto, almilla brocada, perilla arrancándole del labio inferior, bigote a la fernandina, larga melena negra y mirada dura y oficiosa que espejeaba en el agua, la mano en el puño de la espada de lazo.

—Lo conozco —dijo la de Alcántara—. Es Gaspar, el conde-duque de Olivares. ¿Qué le ocurre?

—Podría hablarte un día entero de él —murmuró la anciana—. Tiene un carácter y un poder que estremecen. Pero ¿tiene algo que ver contigo este personaje?

—Pudiera ser —dijo Catalina, consciente de que muy poco podría ocultarle a la hechicera.

La nigromante se inclinó aún más sobre el lebrillo. Su pelo blanco entiesado hacia ambos lados de la cara parecía de esparto. Recitó un nuevo conjuro antes de hablar. Entonces lo hizo como poseída de una vital lucidez histórica, como si el espíritu de los tiempos se manifestase a través suyo.

-Tu país está en guerra, lo sabes —dijo lenta y evocadoramente—, una guerra inútil y sangrienta a la que fue conducido por otra nación que es esencialmente guerrera, otra nación que ha arrastrado y arrastrará al mundo, muchas veces, al borde del precipicio: otra nación cruel y fanática. Este hombre audaz e irascible, intrigante y soberbio, que espejea en el agua ante mis ojos de bruja sabia, este hombre se ha negado a prorrogar no sé cuáles tratados de paz y ha sumido al rey en el dolor y la vergüenza. Este hombre procesa y asesina a los amigos del monarca, porque los considera sus rivales, y hará perder a las Españas numerosos territorios. El rey está cegado por sus palabras y, aunque pronto ha de caer ese velo y el personaje que espejea en mi lebrillo de bruja sabia morirá en muy breve plazo, y aunque el monarca restaurará su Imperio, veo aquí el comienzo de un lento pero seguro desmoronamiento. Porque dos guerras acechan en los flancos de España.

—¿Dos guerras?

—Veo a un país que lucha por separarse y lo conseguirá; y veo algo muy grave que ocurre en el nordeste de la península.

—¿El nordeste?

—Veo la ruina de un país de gentes dedicadas en su mayor parte al comercio, veo cómo achacan esa mina al monarca, veo a un canónigo de la Seo de Urgel proclamar la República y alzarse en armas y entregarse a un monarca extranjero.

—¡Ese hombre es Pablo Claris! —aulló Catalina al ver el rostro que se perfilaba en la vasija—. ¡Maldito sea!

—La línea de su mano, mírala —añadió la bruja—. No tiene un año de vida, pero sus ideas subsistirán algún tiempo.

—¿Y el rey? ¿El rey Felipe? —inquirió la de Alcántara, a punto de caer extenuada por el frío sudor que le salpicaba el rostro.

—Perderá dos guerras —dictaminó la hechicera con una risita—, pero tendrá una vejez amable.

Y, como si el esfuerzo en concentrarse la hubiese corroído:

—Ahora déjame, niña Cati. No es bueno anticiparse por estos medios a lo que, de todos modos, puede ser variable si el hombre se propone variarlo. Soy muy vieja. He perdido la cuenta de mis años. Pero he visto en más de una oportunidad al destino contradicho, Y por eso nada temo. El lebrillo anunció mi muerte hace muchos años, y aquí me tienes, con más de un centenar a cuestas y en espera del siguiente.

Catalina estaba crispada y llorosa.

—Dime, Doña Rosaura, ¿cómo te hiciste bruja?

—Vete en paz, hija —repuso ella—, que saber albardar te basta.

—¿Conoces alguna forma de lograr la felicidad?

—Sí. No desearla.

-Eres muy sabia, ña, pero ¿debo creer lo que dices?

La vieja no respondió. Se quedó mirándola un instante con fatiga intensa y cerró luego los párpados para caer en un sueño profundo. Catalina pasó a la habitación exterior, donde los innumerables parientes de Rosaura se entregaban a todo género de menesteres. Los había blancos, negros, mulatos, indios, mestizos, zambos y cuarterones. Unos dormían, otros comían, estos folgaban al aire libre en el patio, completamente desnudos y con los sexos en dirección a la casa. Se diría una madriguera de conejos. Allá, una mujer fregaba ropa. Aquí, un anciano se sumía en una especie de contemplación morosa. Había infinidad de niños, ombligudos y barrigones, jugueteando aquí y allá por el suelo de tierra apisonada. Y Catalina se resistía a creer que, en este lugar primitivo y caótico, pudieran por un momento confluír la realidad del mundo, su pasado y porvenir, en una vasija de barro llena de agua. Al subir al palanquín y partir los negros en dirección a la ciudadela rodeada de bastiones impregnados de sangre hermana, pudo ver a lo lejos el fermento rojizo de la tarde. Entonces sintió como un aguijón la lejanía de España, más lejana aún por el perfume de mangos y chaguaramos que le traía la brisa. Y, sin saberlo, coincidió con el pensamiento que, justo en aquel instante, surcaba la mente de fray Cristóbal Pérez de Lazarraga. Porque, a aquellas alturas, la noche entrándose y los velones puestos a alumbrar como marginando las calles toledanas, el nuevo prelado acababa de caer en cuenta de que esta ciudad, como ninguna otra, era propensa a despertar las nostalgias de otras ciudades y otros climas.

El nuevo prelado acababa de caer en cuenta de que esta ciudad, como ninguna otra, era propensa a despertar las nostalgias de otras ciudades y otros climas. ¿No era, por más señas, en esta lora crepuscular cuando más lacerantes se le volvían los recuerdos de España? ¿No era en esta hora, en la que se le antojaba irse desembarazando del excesivo agobio del día, cuando a la fiebre cromática de la temperatura parecía sobreponerse, desvaído en una embriaguez de colores tardeños, casi nocturnos, aquel sentimiento saudoso que parecía flotar como humo de quema y estratificarse en la atmósfera soñolienta? ¿No se extendía esa sensación a los soportes de hiladas de cantería que maldefendían aquella estructura a la que él por ante todo preservar su dignidad de jerarca, debía seguir denominando con todo género de nombres rumbosos? ¿Y a aquellas argamasas? ¿Y a aquellas desamparadas naves, cubiertas con armadura de cedro, con armadura de cedro con almizate? ¿No se extendía ese desvaimiento a las feas capillas colaterales, abovedadas bajo el gran arco toral? ¿Y al recuerdo del esplendor que lo encandiló con espejeos de agujas, volutas, tímpanos y maineles góticos en Santiago de Compostela, cuando peregrinó al sepulcro del *hijo del trueno*? ¿Al recuerdo del magnífico pórtico de la Gloria, en cuyas jambas y arquivoltas se enseñorean barbadas estatuas de apóstoles y en cuyo zócalo se agazapan endriagos goéticos de oscura significación, como si el diablo anduviera infiltrado en los monumentos de Dios? ¿O a su nítida memoranza de la arquivolta central, donde campean los veinticuatro ancianos del Apocalipsis? ¿O a la de la fachada de las Platerías y el claustro florido y la torre del reloj? ¿A la de su grito de *¡Santiago y cierra España!*, el grito más pagano de los gritos religiosos españoles?

Era un sentimiento opresivo, el deseo de no tener que viajar meses enteros en un galeón para alcanzar a aquella patria cargada de prez, en el colmo de la gloria a pesar de las frases pesimistas del abuelo del rey, q. e. p. d. Aquella patria a la que quisiera llegar en un rápido vuelo, con la misma celeridad de su imaginación. ¿Y no se explicaba así, mejor que con enredos de brujas y trotaconventos, la fuga de su antecesor? ¡Vaya al diablo para puto! Pero, qué me digo, es un santo. Soy un necio de pendón y caldera que ve a los otros sentir como siente. Si algo bueno le encuentro a esta hora es que casi refresca. Pero se hacía aire con el soplillo de esparto —el de avivar el fogón—, que en manos episcopales había de ser tan coqueto como la cola de un pavo real. ¡Calor de toda la mierda! Fray Antolín, a pocos pasos, intuía quizás su pensamiento; el diácono reía y movía el cuello como un ánade gracioso. Había nacido allí, el muy ladino; no imaginaba las magnificencias de Burgos, Toledo, Segovia o León. Era un asnito insignificante cuya sonrisa, sin embargo, redundaba siempre en deterioro de su autoridad jerárquica. Fue entonces cuando a fray Cristóbal Pérez de Lazarraga se lo iluminó la cabeza con el sueño de una capilla, una Capilla Mayor a semejanza de las que vio en sus peregrinaciones ibéricas, una Capilla que podría comprender parte de la que servía de bautisterio, un verdadero sueño dorado que daría realce a la Catedral pero, ante todo, le daría realce a él y haría perdurar su nombre por todos los siglos de los siglos amén. Más no faltaba. Buenos son mis

deseos; y de ellos, como diría la de Ávila, está empedrado el infierno.

Fray Antolín no hubiera podido asimilar, de haberlo querido, las suntuosas y munificentes creaciones que se arremolinaban en el cerebro de su superior. En poco hubiera tenido la sala capitular y el solemne pórtico que ya aleteaban en la imaginación del Obispo. Sus sonrisas tenían otro significado. Y sólo cuando oyó sonar abajo la campanilla (circunstancia que coincidió con la aparición de un muñidor para anunciar que estaba servida la comida), soltó rienda a sus carcajadas, que más parecían el cacareo cascado de una gallina clueca.

—¿Se habrá equivocado de hora el padre Montero? —preguntó fray Cristóbal.

Pero el diácono se limitó a cloquear tapándose la boca. Daba la sensación de que todo fuera un ardid suyo. El Obispo no comprendía y veía su autoridad lamentablemente resquebrajada.

—Recibiré en el comedor —dijo por último.

Una profusión desordenada de volutas y roleos se le alborotaba en el magín. Diablo de fray Antolín, ¿qué se traerá entre ceja y ceja? Y a medida que se va acercando la hora en que he de internarme con el padre Montero por los pasadizos, este escalofrío me sube, este escalofrío me sube, si no iré a terminar de pajote, si algún conventillo, entraña de abadesa, Cristo sacramentado, túneles sagrativos... Obispos y abriles, como quien dice. El Apocalipsis, Fray Antolín marchaba detrás suyo, contoneado y riente, como en acecho. Pafnucio ampárame. Jerónimo, Oseas, Osías, Joatam, Acaz, Ezequiel, Ezequías. Macario en Nitria. Quien presto se determina, dúrale el arrepentir. En su diócesis, el Obispo erige el trono y lleva el bastón pastoral, es decir, los calzones. Más no faltaba. Tronos - gradas - dosel - tabernáculo - Santísimo - Sacramento - espíritus - bienaventurados - fiesta - de - las - cabañuelas - *entréme - donde - no - supe - y - quédeme - no - sabiendo - todo - ciencia - trascendiendo - yo - no - supe - dónde - entraba - porque - cuando - allí - me - vi - sin - saber - dónde - me - estaba - grandes - cosas - entendí - no - diré - lo - que - sentí - que me - quedé - no - sabiendo - toda - ciencia - trascendiendo...* Los pasadizos, *auffer a nobis*, los pasadizos.

El refectorio,

—¿Piensa Su Ilustrísima recibir mientras come?

—El abad canta donde yanta. Oye...

—¿Ilustrísima?

—¿Tienes idea quién puede ser?

—El padre Montero quizás...

El frailetín parecía sacudido por espasmos.

—No —dijo el Obispo—, no es el padre Montero.

Estaba sobrecogido de miedo, como si el mismo demonio hubiese hecho sonar abajo la campanilla. Se instaló ante las fuentes de perdices, pavos y paujies aderezados con ensaladas y encurtidos que los muñidores le presentaban. Sin faltar la espolada de vino, de la bodega de fray Luis Ronquillo. Que no se me escurra nada, es

un santo. Tenía un muslo de paují (sabe a faisán, por los) entre las fauces cuando el visitante se proyectó fantasmalmente en el umbral. La salsa le chorreó mentón abajo. Era una figura temblorosa y casi esquelética la que avanzaba hacia él. Cuando estuvo frente a la aureola de luz que dimanaba el candil, vio a un hombre alto, huesoso, de ojos hundidos y surcos profundos arqueados sobre las cejas y a cada lado de la boca, que torcía un gesto despectivo. Vestía el hábito de la Compañía.

—En el nombre de Dios.

El recién llegado besó el anillo pastoral de aquel Obispo tan lejano y desconocido para él probablemente como un Obispo de anillo, como un ignoto prelado *in partibus infidelium*. Su faz demacrada se fantasmagorizaba en un claroscuro de netos contrastes a la lumbre vacilante de la bujía. Fray Cristóbal pareció espeluznado ante la aparición. Había llegado a convencerse de que se trataba de eso, de una mala visión, un espantajo, una apariencia quimérica que Dios ponía en su camino para frenar sus cada día más suculentos banquetes, dignos de los festines cardenalicios. Pero el aparecido se inclinaba ante fray Antolín, cuya guasonería era demasiado real, y éste le devolvía un saludo sencillo.

—¿Cómo estás, padre Claver?

Ahora se trataba de saber lo que querría este cura doró tico y enclenque, cuyo misterio de fijo no iría más allá de satisfacer la natural inclinación monopolista absorbente predicada en la *Monita Privata Societatis Iesu*. Con lo cual habría para rato. Cuerno, qué mal le hice al mundo. Ser Obispo no es sino convertirse en polo de intrigas. Y ni siquiera mi refrigerio, qué digo, mi consuelo nocturno me dejan terminar en paz. Pero los frailes comienzan por donde los otros acaban y cesan. Qué se le va a hacer. Así somos, del Papa para abajo. Qué digo, estoy blasfemando. A mucho monologar, mucho errar. Y, viéndolo bien, qué manso parece. Manso, ojalá menso fuera el condenillo.

—Hijo mío, estoy pronto a escucharte.

El padre Claver posó en el Obispo, suavemente, sus ojos claros que parecían negros en lo hondo de las cuencas sombrías. Emitió una tosecita muy débil, como si no supiera por dónde comenzar, y dijo finalmente:

—Soy Pedro Claver, monseñor. He obtenido permiso de mi prepósito provincial para hablaros. Y apelo con toda humildad a vuestra misericordia.

Asunto de faltriquera, por los dídimos del de Loyola. ¡Qué tres si fueran cuatro, para pies de un banco, estos prebendados del locutorio! Ocurrírseles dejar pasar a un jesuita.

—¿En qué puedo servirte?

—Es por lo del judío, monseñor.

—¿Judío? ¿Cuál judío?

—Su Ilustrísima no ignora -interrumpió fray Antolín con cierto meneo —que el Santo Oficio encarceló esta mañana a un judío, por más señas Lorenzo Spinoza, el que fabrica cristales para lentes en la Calle del Estanco.

—Lo sé y me agrada que el Santo Tribunal cumpla su deber.

Pedro Claver, a ojos vistas, tragó saliva. Parecía tímido y nervioso. No es ésta, cuerno, la estampa de un jesuita Pero a fe mía que saben disfrazarse como el mismo demonio.

—Lorenzo Spinoza —dijo el visitante— ha contribuido no pocas veces a la causa de los esclavos. —Se lo advertía vacilante e inseguro—. Es mi amigo. Un alma de Dios. Ni siquiera practica el judaísmo.

—¿La causa de los esclavos? —tronó la voz del prelado—. ¿Qué causa es ésa? ¿La causa de los esclavos? ¿Quieres aclarármelo?

Fray Antolín dejó escapar una risita.

—¿Pero es que no os han contado, Ilustrísima —bisbiseó taimadamente—, lo que hace el padre Claver por los esclavos?

—¿Hacer él por los esclavos? ¿Qué cosas haces tú por los esclavos, no sea que tenga que sacarte los malos espíritus? Anda, dime, no serás tú el jesuita catalán que convoca audiencias de negros en el patio de la congregación y se mete a cristianarlos en las barracas pútridas. Más te valiera si lo eres, cristianar perros o piojos de perros, que tienen más alma. Anda, dime.

El Obispo se había congestionado y la pechuga de perdiz árida de escabeche que empezaba a morder se le quedó a medio desgarrar entre los dientes. Pedro Claver inclinó la cabeza, abrumado por la fuerza de la obediencia, pero la alzó acto seguido, como si el orgullo de pronto le ganara la lucha y se le sobrepusiera a la disciplina.

—El Papa —dijo— ha condenado la trata de negros. Nada de lo que hago atenta, pues, contra la doctrina.

—¿Quién te metió en el magín esas ideas? —bramó fray Cristóbal; diablo, es de puro hueso y de duro hueso—. Deja al Papa Urbano en Roma y oye la voz de tu Obispo, que es la de la praxis. Ponte a vestir de verde a los negros, verás cómo te va. No to digo que no los bautices, continua gotera horada la piedra, pero ¿vestirlos de verde?, qué me digo, dirigirles sermones a esos brujos como si fueran hidalgos, anda hombre. Y todavía los negros. Pero ¿qué te traes con los asesinos de Cristo, estás buscándote una excomunión?

—Varios papas —aventuró Claver, como en lucha con su propia timidez— han protestado ya contra la persecución de judíos.

—Estás muy bien informado. Pero, dime, ¿cuántos reyes de España han seguido el ejemplo de esos papas?

—Lorenzo Spinoza es de raza judía, pero no practica el judaísmo.

—Practíquelo o no lo practique, es sangre atravesada y desvenada, todos son disimulos. Denlas de filósofos o rabinos, los hebreos son herejes natos desde el instante que crucificaron a Jesús. Ahí tienes a Maimónides diciendo que la inmortalidad es impersonal; a Levy Ben Gerson, comentando a su acomodo los textos sagrados; a Hasdai Grescas, refutando nuestros principios cardinales... ¿Qué quieres?

—Poco sé yo de filosofía —dijo Claver— y sólo pido vuestra misericordia,

monseñor, hacia un hombre bueno a quien la Inquisición quiere crucificar como a Cristo.

—Todos son disimulos. —El pastor había reanudado su labor trituradora y la salsa se le bitritetrafurcaba en hilos múltiples como finas telarañas por las comisuras —. ¿A quién comparas con Cristo, no te tome por un apóstata y te ganes ta excomuni3n? ¿A ese perro que Mañozga fríe en sus pailas? Qué va, hombre. Los marranos abundan y yo, qué me digo, Nos necesitamos —golpeó de pronto la mesa con mal oculta cólera— que el Santo Oficio tenga oficio o seremos enloquecidos por la jerarquía de orden, cuya indisciplina nos llega o, mejor, nos da par los coj... eh.

Fray Antolín se sobresaltó. La salida de tono, contenida a destiempo, no podía ser más chocante y abrupta. Daba la impresión de que el manso prelado estuviese desvariando, de que el hilo de sus procaces pensamientos repentinamente le hubiera ensartado las amígdalas y salido por la beata boca episcopal. El levita palideció visiblemente, Los ojos claros de Pedro Cía ver se tornaron penetrantes y se clavaron con fijeza hipnótica en el rostro, un poco convulso, del superior jerárquico. Su cara se torcía en piadoso asombro. A fray Cristóbal Pérez de Lazarraga se le atragantó la desgarrada pechuga. Qué he dicho, madre mía. Qué dije. Maldito vino verboso de fray Luis Ronquillo. Qué dije. Hostia consagrada. Qué dije. Santísimo Sacramento del Altar. Qué dije. Virgen del Perpetuo Socorro. Qué dije. Once Mil Vírgenes. Qué dije. Santos Euforbio y Panacea. Qué dije. Sagrado Corazón. Qué dije. Congregaciones romanos. Qué dije. Conminoración de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Qué dije. *Ordo ad divina officia peragenda*. Que dije. *Benedicamus Domino*. Qué dije. Preciosísima sangre. Qué dije. *Pax domini sit semper vobiscum*. Maitines de tres nocturnos. Qué cono dije.

Y los ojos, los ojos de Pedro Claver “qué dijiste, qué dijiste”.

Se - me - viene - el - mundo - encima - he - negado - a Cristo - Señor - Mío.

He - blasfemado - de - la - jerarquía - de - orden.

He - he - he - dicho - eso - lo

horrible

indecible

abominable.

Soy - un - pequeño - basilisco - blasfemo - (Estrella regia).

Pero - me - matan - con - la - vista - al - revés - de -la - fábula.

Se - me - viene - el - mundo - encima - he - negado - a Cristo - Señor - Mío - crucificado - si - San - Pedro - no - negara - como - a - Cristo - lo - negó - otro - gallo - le - cantara - aunque - bueno - le - cantó.

Y los ojos, los ojos de Pedro Claver “qué dijiste, qué dijiste”.

Al diablo todo, soy la autoridad, tengo institución divina, por mí se hacen oraciones en el oficio, al diablo vosotros, curitas rasos, vulgo, plebe, majaderos, sin mí no vais a ninguna parte, ni vuestros judíos se librarán de la hoguera. ¡Aticen el fuego, dominicos! ¡Aticen, borricos! Se me ha saltado la chispa. Y esta noche he de

correr una gran aventura con el padre Montero por los pasadizos. Y la cabeza se me ha encendido con el sueño de una Capilla que incrustará mi nombre, definitivamente, en la posteridad. Más no faltaba.

—El dar oficio ni Santo Oficio —dijo Pedro Claver, todavía con la ardiente mirada “qué dijiste, qué dijiste”— no excusa el torturar a un justo, monseñor. Lorenzo Spinoza es un justo.

—En justos y en verenjustos —fray Cristóbal tosía para hacer sus frases un poco confusas, como si así pudiera desconcertarlos acerca de su mismo exabrupto—, el Santo Oficio obrará con tacto y dictaminará lo que debe ser. No desconfíes de la justicia divina. Ni de Su misericordia. Anda y reza tres padrenuestros, que estás en mácula.

Ahora Pedro Claver callaba.

—Quiero decir, para eso está el tribunal. Y no es bueno que ande yo metiendo las narices e interfiriendo en su trabajo. ¿Lo ves, Claver? Quiero ser justo también.

—¿Justo? —replicó el otro, envalentonado quizás por las explicaciones excesivas del Obispo—. ¿Justo con el Santo Oficio, una institución abstracta, a costillas de Lorenzo Spinoza, un alma de Dios?

Y los ojos “qué dijiste, qué dijiste”.

—¿Abstracta la Santa Inquisición? —medio balbuceó Pérez de Lazarraga—. ¡Tan abstracta como podría serlo la Rota Sacra Romana! ¿Estamos desvariando? Un tribunal eclesiástico establecido para inquirir y castigar los delitos contra la fe no es una institución abstracta. Lo fundó un Papa, Gregorio IX, y es por tanto organismo pontificio que, en las Españas, por bula de Sixto IV, depende más de los reyes que de Roma. Compréndelo, Claver. El Santo Oficio es aquí independiente de la jurisdicción episcopal. Y métete en la cabeza que no pueden los judíos ser almas de Dios. No te hablo ya de Avicebrón ni de Maimónides. Te recuerdo tan sólo que fueron los responsables de la crucifixión de Jesús. Léete el *Fortalitium Fidei* de Alonso de Espina y verás cómo asesinan niños y envenenan el agua de los pozos. El judío y el nabo, malo. Ándate, hombre.

—¿Y Cristo, monseñor, no era judío? ¿Y no fue semita el arquitecto que levantó la primera edificación de la Compañía en esta villa, la que habitamos hasta el año de gracia de 1604, y cuyo nombre figura en caracteres hebraicos en la pared que da al norte de la casa? ¿Y hebreos no eran Pedro, Andrés, los dos Santiagos, Juan, Felipe, Mateo, Bartolomé, Tomás, Judas Tadeo y Simón? ¿No eran judíos, tan judíos como Maimónides y Lorenzo Spinoza?

—Si me permite, Ilustrísima —dijo fray Antolín, cuyos ojillos saltaban de extremo a extremo—. ¿No fue por intercesión del Obispo Ronquillo de Córdoba por lo que la Inquisición dejó en paz al esenio Mardoqueo Crisoberilo, quien se preciaba de haber cortado al Altísimo la uña del dedo gordo del pie?

—No me recuerdes esa historia, pencho de calóndrigo. ¿Qué es lo que quieres insinuar?

—Nada, Ilustrísima. Sólo que un deseo vuestro es arden para Juan de Mañozga.

—Estamos hablando las lenguas de Babel —dijo el Obispo—. Me parece haber dicho que, por bula del Papa Sixto IV, el Santo Oficio en las Españas no es de jurisdicción episcopal. Ni Miguel de Morillos ni Juan de San Martín ni el insigne Cigueros acataron a ningún Obispo, sino al rey. Y fray Tomás de Torquemada ni siquiera acató al rey. ¿Qué queréis?

—Fray Juan de Mañozga os acataría a vos, monseñor —encareció Pedro Claver.

Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga chupó por última vez el ala de paují que le engrasaba las manos y trató en vano de llenar los pulmones constreñidos por los gases. Entonces suspiró y dijo con aire de inasible sabiduría:

—No estoy interesado en averiguarlo. Que el veredicto quede en manos divinas.

Pedro Claver se apresuró a inclinarse y besar otra vez el anillo. Había comprendido que la lucha era estéril. Nada tenía, en verdad, que hacer allí. El Obispo suspiró con alivio.

—Entras en razón, Claver. No te allegues a los malos, no sean aumentados. Anda con Dios y reza los padrenuestros.

Y los ojos “qué dijiste, qué dijiste”.

—Con vuestro permiso, monseñor, me retiro.

Y salió aprisa.

Su sombra se proyectó gigantesca afuera, para desaparecer en un rápido escamoteo. Todavía era ágil a su edad aquel sacerdote que besaba las úlceras de los leprosos o de las más inmundas carroñas humanas devoradas por la elefancia filárca o de los árabes. Todavía era ágil el hijo de Ana Sabocana, el probable pariente de los condes de Benavente que abandonó casa y padres por el reino de Dios. Todavía ágil el padrecito que desafió al océano para venir a estas tierras sembradas de vicio, maldad y prostitución. Ágil todavía el duro catalán que remontó el río grande de la Magdalena para encontrarse con los cojines del diablo. Aun ágil el hombre que fue ungido sacerdote, veinticuatro años atrás, por el Obispo dominico fray Pedro de la Vega. Muy ágil el primer jesuita que recibió el sacerdocio en las tierras del Nuevo Reino. Agilísimo para sus sesenta bien cumplidos años el esquelético apóstol que del noviciado de Tunja vino a esta bubónica Cartagena de Indias, infestada de lazarinis, sifilíticos y cadáveres ambulantes de negros escocidos a látigo por los mercaderes españoles. Apóstol de esclavos, mitayos y prostitutas, Pedro Claver, hombre bueno, alma de florecilla silvestre, enemigo de Belcebú, que entre los muros lóbregos de Gimaní consuelas a la grey melancólica y cochambrosa de los sometidos, que en las barracas olientes a brea y sudor humano haces la señal de la cruz sobre la frente de los mandingas poseídos de histeria diabólica. Aun ágil.

—Vete con Dios, padre Claver.

Fray Antolín reanudó sus cacareos sordos, como era esperarse.

—Dicen —rió— que cuando el pelo enrasa y el raso e pala con mal anda la seda. Quiero decir, que cuando las personas se ven contrarias a lo que son, hay anuncio de

mina. ¿No lo piensa así Su Ilustrísima? Ese padrecito es un barril de pólvora. Quien lo ve. Y Vucencia lo sabe de mal augurio. Es de esos curas alborotadores y revolucionarios. Dios nos proteja, pero gorda puede armarla si sigue por donde va.

Frailtín de pipirijaina, de pipiripao, el Señor te perdone si algo tuviste que ver con las pretensiones de ese jesuita pecador. El Señor te lo perdone, porque tu Obispo, Nos tenemos el cráneo insuflado de grandes proyectos, esa Capilla, por los, esa Capilla nos colmará de gloria y alargará el nombre nuestro por los linderos más luminosos y lejanos de la posteridad. Muchos amenes lleguen al cielo. Dios oirá así más broncas y sonoras nuestras plegarias. Dios nos oirá mejor que al resto de los hombres, liaremos en su oído música de órgano, concento de órganum. Seremos sus favoritos, sus mayores agraciados. Tus hombres de confianza, ¡oh monarca celestial rodeado de una corte de ángeles! ¡Señor, cómo me has iluminado! Soy el recipiente y el ejecutor de tus designios inescrutables. Padre glorioso, haz que venga pronto el padre Montero.

Pero tuvo que esperar todavía unos minutos, mortificado y asediado por la risa gallinácea de fray Antolín, Cuando el padre Montero franqueó la puerta, empezaba a desesperar. Indicó el camino con un ademán ambiguo de mano. Era el camino de los pasadizos y al diácono le hacía mucha gracia el andar sigiloso de la pareja próxima a internarse por ellos. Fray Cristóbal Flórez de Lazarraga seguía enajenado por la visión de su propia gloria. Él, el llamado a restaurar la disciplina y alzar aquella capilla majestuosa. Él, el delegado de Cristo, ejecutor de sus deseos. El...

—¿No vais a llevar un arcabuz? -Preguntó zumbón fray Antolín, rompiendo el encanto.

El padre Montero tembló de pies a cogote.

—No, penco de calóndrigo —rugió el Obispo—. Y avísplate, que los grandes hombres y los grandes acontecimientos pasan ante nosotros sin que nos demos cuenta.

Pensaba en la sublime capilla. (En aquel momento Pedro Claver, silencioso y cabizbajo, cruzaba bajo los óculos y ventanas de las torres cúbicas de su monasterio). Pensaba en la sublime capilla y se sentía un cruzado medieval listo a entrar por las bocas mismas del lago de aguas negruzcas y mefíticas del Averno. Un cruzado resuelto a batirse en duelo de potencias espirituales con las legiones de ángeles rebeldes, 1.111 en la clasificación de Wier, compuestas por 72 príncipes y 7.405.926 diablos. Dispuesto a batirse con los demonios ígneos, que discurren por encima del aire y no tienen comercio con los brujos porque andan siempre a quince cortos de las más altas cimas; con los demonios aéreos, que vagan por el aire, perturban la atmósfera, promueven los huracanes y responden a las invocaciones brujescas; con los demonios terrestres, que habitan selvas y bosques, tienden trampas a los cazadores, confunden a los viandantes o se mezclan entre los hombres; con los demonios acuáticos, que levantan las grandes trombas marinas o tuercen el rumbo de los ríos, encaman en laidas, ninfas y nereidas, y son esencialmente femeninos; con los

demonios lucífugos, que huyen del sol y solo campan en la alta noche iridiscente; pero, en particular, dada la empresa que se proponía, con los demonios subterráneos, promotores de terremotos y derrumbamientos, burladores de guaqueros y guardianes celosos de tesoros salomónicos, habitantes de grutas, cavernas y pasadizos secretos. El padre Montero ni remotamente imaginaba la clase de aventura que debería correr en compañía de su Obispo. Lo recordaba aquel mediodía, repantigado en la silla de caderas con las manos en ademán nunca configurado de bendecir, y lo trastornaba un poco el cambio que creía advertir en aquellas facciones habitualmente serenas. O el Obispo estaba loco, o se había vuelto loco él mismo. No contaba, por supuesto, y en su condición de cura bonachón, con las efervescencias que el clima podía desatar en una mente llena de ideas exuberantes como la de fray Cristóbal. Al fin y al cabo, él se inclinaba a interpretarlo todo como reflejo de la voluntad divina o, al menos, así explicaba sus propias y frecuentes flaquezas; no se mueve la hoja de un árbol, etcétera, etc. Pérez de Lazarraga ni siquiera descendía a explicarle el propósito de la aventura. Estaba demasiado entretenido con el sueño de su Capilla del Sagrario, absorto en la idea de restaurar la disciplina y autoridad resquebrajadas por las chocheas de su antecesor.

Habían llegado a un entresuelo lleno de chécheres y cachivaches inservibles y la mariposa, sostenida líasla entonces por la mano firme de fray Antolín, pasó a la temblorosa del Obispo, con lo que sólo la voluntad del Altísimo impidió que se extinguiera la llama. El diácono se apresuró a batirse en retirada. No tenía intención de seguirlos.

—Allí está —dijo fray Cristóbal—. Espera un minuto.

La lumbre pasó a manos del padre Montero, mientras el prelado subía con maña más que agilidad a una mesita derrengada que estuvo a punto de desplomarse bajo su peso. Fray Antolín cloqueó inquisitivamente.

—Está bien, puedes retirarte —jadeó el Obispo—, pero recuérdalo: si en una hora no estamos de vuelta, ven a buscarnos.

El levita no se hizo repetir la orden. Fray Cristóbal exploró con las uñas el tablero superior de madera contrachapada hasta encontrar la veta revestida de cola. Clavó allí la garra de grifo y repasó las aristas de la lámina encolada a contraveta. Repitió varias veces la operación hasta dar con el borde falso y un gran boquete como jeta de lobo se abrió ante la luz parpadeante de la mariposa. Luego ordenó al padre Montero marchar adelante y lo ayudó él mismo a encaramarse por el parapeto desvencijado.

—Ahora sabremos —dijo en un susurro— adónde va a parar este pasadizo o que nos tuesten, ¿eh, padre Montero?

El otro se limitó a compendiar, en un quejido indescifrable, el pavor que lo atenaceaba. Tuvieron que avanzar a gatas, el padre Montero ayudándose con los codos para poder sostener la candelilla sin derramar el aceite, y el Obispo clavando la nariz en el trasero del que lo precedía para no tropezar con las paredes. Ayúdanos, Señor, todo sea por borrar las dudas. Aquellos ojos, Señor, “qué dijiste, qué dijiste”.

Y aquella ardiente mirada, Señor, ¿Cuándo borrarás de la tierra a los jesuitas pecadores? ¿Cuándo fulminarás a esos papistas fanáticos del oro? *Aufer a nobis*, los pasadizos, ¿qué nos depararán. Señor? ¿Un conventillo de monjas fornicadoras? ¿O las bocas mismas del Averno? ¿Por qué no habrían de estar en Cartagena, este infierno chiquito, las bocas mismas del Infierno Grande? Santa Ágata, *ora pro nobis*. Lo pensó canturreando, Santa Balbina, *ora pro nobis*. Infierno - Naraka - Yomo - Cheol - Hades - Tártaro - Gehena - Hel - Orco - Avernus,

lugar - de - suplicio - eterno

infierno - infierno

pica - el - diablo - con - el - cuerno

con - el - cuerno - sempiterno

infierno - infierno

Hel - Orco - Hades - Yomo - Avernus

Tártaro - Naraka - Infierno... ¡Quién me ha mandado. Dios mío, quién, quién! Ahora tendré que seguir, seguir... O este curita me tildará de cobarde. Y esta tierra que parece alhorre. ¿Por qué prohibiría Gregorio VII las filacterias?

El pasadizo, cuyos recovecos la lumbre pestañeante no alcanzaba a iluminar, parecía adentrarse horizontalmente, después de un declive pronunciado que ambos descendieron a trompicones, por un terreno de grava húmeda cuya lobreguez no era bastante para mitigar el calor casi asfixiante que se experimentaba bajo las sotanas de paño basto. Hundían los codos, las palmas de las manos y las rodillas en el sedimento granulado de pedruscos sueltos y adivinaban las gotitas de sangre perlado extremidades y coyunturas. El Obispo pensó con nostalgia en los páter de sangre o rosarios dotados de virtud contra las hemorragias. El aire, a medida que avanzaban, iba enrareciéndose y la temperatura se volvía más opresiva. Aquella galería de sección circular carecía por completo de ventilación. De repente, el padre Montero pegó un grito. Fray Cristóbal sintió acelerarse los latidos del corazón e hincó prácticamente las uñas en la superficie arcillosa. Un murciélago ventruado y gigantesco aleteó cerca a su rostro para perderse, de tumbo en tumbo, en dirección a la entrada. Había sido encandilado por la mariposa y padecía probablemente una locura momentánea.

Su aleteo y la confusión que sembró en la imaginación ya excitada del padre Montero, estuvieron en un tris de apagar la llama, cuya subsistencia no era más que fortuna, pues se diría que la falta de oxígeno empezaba a hacerla agonizante. Fray Cristóbal se incorporó y apremiaba al otro a proseguir la marcha. Ahora era fácil advertir que el subterráneo se dividía en cámaras más o menos discernibles, como si cada una estuviera dispuesta para servir de calabozo o nicho funerario. Lo improbable era que estos meandros secretos hubiesen encajado en los cálculos oficiales de los constructores. Aunque, por supuesto, de nada servirían las hipótesis antes de saber dónde terminaba la galería.

Ah, rabia, rabia. ¡Si no fuera por la perlesía, maldito calor tropical, volaría detrás de vosotras, brujas, granujas. Hasta enchiqueraros! Campos de Paurí, de Agutí y de Anayney, tierras resacas del Mohán, por donde vaga el espirita de Luis Andrea con su anal redondez al aire libre, tierras de solo chamizos y pedruscos, ¿cómo sois tan fértiles en odiosos engendros, en basiliscos y furias y arpías y escorpiones y erinnias y lamias y brujas y brujas y brujas? Pero la sangre de Luis Andrea, de Adan Edon, de Amaro Gómez, de Francisco Angola ha llovido sobre vosotras y os ha aridificado en dones y preñado de calamidades. Ah, ¡y ahora voláis sobre mi greña, jorguinas, sorguinas, brujas; brujas granujas, blandengues, blandujas, merengues, merujas, con dengues y agujas, perrengues, magrujas, papujas, mamujas, gandujas, sangujas, feas y papandujas! ¿Qué se hicieron

la matricaria,
la chuva,
las ollas de mono,
el guásimo cimarrón,
los chagualitos,
los chaguaramos,
la belladama,
la palma de sebo o corozo colorado,
el palmiche sará,
la maraja,
la caña de víbora,
el chirrinchao,
la grosella,
el mamón,
las cabezonas carrasposas,
el ehupabuevos,
el chagualo,

el trupillo y el palo de vaca? Ahora tan sólo el aroma opresivo de los palos de bálsamo, que han perdido sus virtudes contra el catarro, maldito calor tropical, inunda los aires apestados de olor de sobaco de diablo y crica de mojana. Ahora tan solo, porque allí prosperáis, reventáis como flores malditas, medráis; de allí partís, brujas granujas, noche tras noche, a sobrevolar la comarca infecunda y áspera, insolada como las vivas escaldaduras de la arena, inhóspita como roca descamada.

Y pensar que, de no haber sido porque yo os exprimí la sangre, jamás hubierais proliferado de esta condenilla manera. Yo, Juan de Mañozga, Inquisidor del Santo Oficio, de la *Inquisitio hereticae pravitatis*, os doté de alas, corujas, somormujas, magrujas brujas de las cabezas de las agujas y del crujido de las cujas. Yo, Juan de Mañozga, por haber prestado oídos al frailuco bujarrón y agustino, a fray Alonso de la Cruz Paredes, q. e. p. d., porque cuando todos en la villa creían que el culto de Buziraco había desaparecido para siempre, cuando fray Alonso recorría con hipócrita

humildad las calles, casa por casa, pordioseando una limosna para el templo de la nueva hiperdulía, entonces, una noche, el retumbo de los tamtames volvió a alzarse como un cingulo alrededor de la ciudad, como un anticipo de terremoto, como una evocación de lemurias romanas, como repetición de las orfeotelestes para las bodas de Sabasio, llevando el pavor a las almas sencillas, atrayendo con fuerza mágica a los esclavos, que rompían los establos y cepos domésticos para unirse en la oscuridad a la voz de su mohán, dispersa ahora por la punta de los Icacos, por la de los Periquitos, por la de Manzanillo, por la ciénaga del Ahorcado, por la de Tesca, por la isla de los Careyes, por los caminos bordeados de granadillos, cocoteros, cadillos, matarratón, palmitos, y jiras zanconas, por Chambacú y los caños circunvecinos, por todo este derredor de plaza maldita sembrado de mejanas y jeques que besaban a Buziraco el salvohonor hediondo.

Fue por esos días, Luis Andrea, jeque maldito, que el frailuco relamido vino a verme a este palacio desde cuyo mirador columbro ahora el aleteo de tu cohorte, y yo cedí a sus instancias, porque me hostigaban todavía mis viejas aspiraciones purpurientas y la obsesión constante de haberme labrado mi propio infierno. Cedí a sus instancias porque me aseguró que la brujería precisaba un escarmiento y que, por falla de ese escarmiento, la grey estaba perdiéndose y pudriéndose y pagan izándose y, a la vuelta de algunos años, nada tendrían que hacer aquí nuestras sotanas. Porque atizó en mí la soberbia que alguna vez, joven si es que lo fui un día, en un cerro próximo a la sierra de Atalaya, junto a las ruinas de los muros almenados, los paredones y las bóvedas del templo, me hizo creer que llegaría a Papa o quier a confesor de los reyes si sabía agrandar a sus ojos mis merecimientos al servicio de la corona. Y cátrate que tú y tu séquito, Luis Andrea, renegábais de Dios en nuestras narices, blasfegábais, adorabais a esa hipóstasis del diablo cristiano que es vuestro dios Buziraco, le consagrábais vuestros hijos desde el vientre de la madre, os los sacrificabais a veces, le prometíais atraer a todos los que pudiéseis a su servicio, jurábais por su nombre y hacíais de ello un honor, no respetabais ya ninguna ley y cometíais hasta incestos, matábais a las personas, las hacíais hervir y os las comíais, os alimentábais con carne humana e incluso de ahorcados, hacíais morir a la gente mediante venenos y sortilegios, hacíais morir al ganado, secábais los frutos y causábais la esterilidad, y os hacíais en todo esclavos de vuestro demonio. Mis primeros esbirros poco pudieron contra vosotros. Los paralizabais empleando el maleficio de la mano de gloria. Era ésta una mano de ahorcado que envolvíais en una tela blanca, estrujándola bien para sacarle toda la sangre, la metíais quince días en un puchero y la adobábais con salitre y pimentón; la caldeábais en un horno con verbena y helecho y colocábais por último en ella, como en un candelero, una vela hecha de grasa de ahorcado, cera virgen y sésamo. Ello os hacía casi inmunes y, así, fue necesaria la intervención de casi toda la guarnición de la plaza para sacaros, insurrectos, de vuestros últimos reductos. Ahora en la villa se han erigido bastiones, terraplenes, cuarteles y murallas, y a mí me correspondió ver a los cimarrones

transformados en paladines de leyenda, como tal vez no volverá a ocurrir en estas tierras que holló la pata de Sausina. Yo escuchó los tamtames y oí las invocaciones. Vi temblar a españoles y criollos al conjuro de aquellos sonos lejanos, venidos del África, inextricables en ni rudo golpeteo, altos en la soledad nocturna... *Cóngoro batuba, cóngoro bato...* Vi a los fugitivos luchar como fieras, aferrarse a la libertad como el náufrago a la tabla de salvación. Vi cómo los entraban a empellones y vergajazos por todos los costados de la ciudad, y a los más estólidos los devolvían a sus amos españoles, y a los más rebeldes los fustigaban hasta el tercer desvanecimiento en la Plaza Mayor, y los marcaban por segunda vez en su vida con hierros candentes, como si repitieran así la fórmula officiosa y degradante de su traspaso: *Este negro vendemos con todas sus tachas, malas o buenas, alma en boca, costal de huesos, con todas sus enfermedades ocultas o manifiestas, exceptuando solamente gota coral o, por otro término, mal de corazón...* Y a ti, Luis Andrea, feudatario del Tártaro, réprobo de Dite, te pusieron a mi disposición para hacer contigo el primer auto de fe de mi abominable y sanguinario reinado.

Ah, yo sabía, Juan de Mañozga, que el poder es la máxima voluptuosidad. Lo supe desde chico, cuando jugaba a ser Dios con las hormigas y las encerraba inundando zanjas hechas con mi mano a su alrededor. Cómo disfrutaba atormentándolas y enloqueciéndolas, estrechándoles el cerco húmedo hasta el momento en que, desesperadas, intentaban romperlo a nado y perecían ahogadas agitando sus antenas y patitas en un último y supremo orgasmo de muerte. Qué éxtasis entonces. Imaginaba pueblos enteros fulminados por el dedo caprichoso de un Dios vengativo y vesánico, Gomorras, Sodomias, Seboímes y Adamas sucumbidas bajo el fuego divino. Gomorras de hormigas, Sodomias de hormigas, Seboímes de hormigas, Adamas de hormigas... ¡Ah no! El poder es un halo de locura que debe ejercerse sobre los hombres. Poder de aniquilamiento y de resurrección. Máxima aberración y extravagancia. Y esta villa se asemejaba tanto a Toledo, y yo iba a imprimirle el rango. Y tú, maldito jeque, paria de los infiernos, habías caído en mis zarpas en el justo momento. Habrías de oír traquetear tus huesos en las máquinas de tortura hasta cuando toda la ciudadela reconociera en mí el vuelo y el poderío de una majestad. Serías el chivo expiatorio de mi grandeza. Ah rabia, rabia. Tus sordas quejumbres eran música en mis oídos de ave altanera. Tu relajamiento al brazo secular, cuestión de honor entre tú y yo. Porque el brazo secular era mi propio brazo férreo de verdugo. Mancuerdas, garruchas, cepos y verdugos de mimbre te eran suaves en comparación con mi presencia. Jornadas enteras, en las que a ratos creí ser yo mismo el supliciado, vi enrojecer, amararse, verdecer y amarillear tu pellejo cobrizo de nativo. Y siempre tu bordón vicioso y monótono de jeque endiablado: *No es a mi, Mañozga, sino a Buziraco al que tendrías que matar...* ¡Andrea, feudatario del Tártaro, metimos varas por tu culo hediondo, hostigamos tus conductos urinarios, entramos sondas por tus fosas nasales, sujetamos con pinzas tu lengua y la dejamos horas enteras al sol! Todo para merecer la jácara mentirosa: ¡Zúrrale al jeque que ya

voló lengua! ¡Lenguas de fuego tendrán su cabeza! ¡Ora el que quiera andarse con plantas se verá en trapos de cucarachaaa...! Y tú: *No es a mí, Mañozga, sino a Buziraco al que tendrías que matar...* Procedimos a la emasculación. Chillaste, pataleaste, te resististe, pero te dejamos como para la capilla de la iglesia. Jeque capón. Es como si viera cuando presionaron tus testículos hacia abajo, lucieron el corte, sacaron la carga y retorcieron los cordones, igual que con Jos puercos. Y, al final, a mi majestad y a la tuya sólo quedaba un camino: el de la hoguera.

—¡Brujo villano, llegó tu hora! ¡Si ojos abiertos, lengua chitona!

—¡Ora el que quiera andarse con plantas se verá en trapos de cucarachaaa...!

—¡De tus criadillas fiarán sahumo para las misas de los difuntos!

Juan de Mañozga, óyelo, jeque capón, no perdía el tiempo ni la saliva. Si bahía fracasado en el propósito soberbio de tu conversión pública no ocurriría así con el espectáculo magnificante que montaría para tu supremo y postrer escarmiento. Tu ejecución coincidiría, para mayor brillo y gloria de las Españas, con la entrada triunfal en la rada espumosa y cerúlea de los galeones de Su Majestad, de la carrera de las Indias. El auto se pregonaría por callejones y escondrijos. Iríamos en corceles de crines entrenzadas y bien engualdrapados de seda y lana, a notificarlo al poder civil. Se tocaría a muerto desde las espadañas de lodos los conventos y, tras las cuadrillas de músicos de verde librea que sacarían sonos marciales de sus trompetas, clarines y chirimías, la caballería del Santo Oficio llevaría liada abajo, en señal de duelo, las bocas y puntas de las armas. Yo mismo iría con los frailes, junto a la gran cruz de plata y los incensarios y navetas de oro, ante los estandartes de las cofradías, presidiendo el cortejo triunfal que habría de ser como cohetería irruída hacia el cielo, glorificando la presencia de Dios en las Indias. Subiría al estrado enjoyado de tafetanes batidos, grímpolas eclesiásticas y guarniciones de ataujía, a verte salir del palacio encorozado, llevando en la diestra la vela penitencial y meado y cagado, por ende, en las bragas.

—¡Dios Buziraco, dios patuleco, abogado mueras en el estero! ¡De tus criadillas harán sahumo para las misas de los difuntos!

—¡Dios Buziraco, dios chiribico, quemado mueras en el hornillo!

Frailucos y monaguillos bisbisarían rezos impetratorios. El párroco menearía con mentirosa humildad el hisopo de mango de plata. La muchedumbre hirsuta presionaría sobre los alguaciles, algunos de los cuales arremeterían contra ella en sus pencos desgarbados. No por previsto, el espectáculo resultaría menos alucinante. Los niños se asfixiarían pegados a las faldas de las matronas y a las abrochaduras de las polainas de la oficialidad, fulgente en sus uniformes negros con gala de oro. La canícula haría fantasear todas aquellas sienes enfebrecidas y entonces, entonces me percataría de que eras tú y no yo el héroe de aquel gran entremés a lo vivo, de que eras tú la figura central y radiosa de aquella corrida de toros, tú, con tu rostro perlado de sudor y tu facha greñuda de cimarrón, frente a mi estampa un tanto provinciana a despecho de los espléndidos arreos, que fingía mis la de un tranquilo abate glotón que

la de un juez eclesiástico.

—¡Brujo villano, llegó tu hora! ¡Si ojos abiertos, lengua chitona!

¡Andrea, Andrea, me espino de estar elevándote una plegaria! Y es de ver cómo ha fecundado tu sangre, en brujas, los campos antes fértiles en corozos y mandarinas y grosellas. Y es de verse cómo zumban ahora, cachidiablos, cornudas, espolonas, recorridas por las malditas candelillas! Aquella me ríe y se mofa desde una nube. Ésta, *sine motu interno*, se alza el ropón, estática en el viento, y evacúa un huevo de Ave Roc. Cuál se posa suavemente sobre la techumbre y me muestra la tentación encarnada. Esotra, grávida de peludos, panitas, ícubos y clusios, trata en vano de parir al Anticristo ante mis ojos. Una suelta el regüeldo que la impele en sentido contrario, hacia el infinito. Aquesta t con pico de gavián, cata catara en catarata sin catarral catarsis de cátar. Cata, catire, catara en catimarón por cántaro. Las más afelpa su vuelo y huyen, sonreídas.

Oh insensati Galate quis vos festinacit... Te veo, Luis Andrea, parado ante la hoguera, bañado —como ahora yo— en frío sudor que es hielo de la Caína. Ahora ibas a morir y la proximidad de la ejecución te arrancaba aullidos de pavor. Eras empujado a la hoguera y la multitud retrocedía en una larga exclamación atónita. Yo juntaría las manos y alzaría la vista al firmamento, surcado apenas por nubes blanquísimas. Y aquella noche permanecería largo rato contemplando las estrellas, interrogándolas. Y, al recordar lo que algún abate erudito me había contado de ciertos héroes antiguos, creería ver tu greña, Luís Andrea, dibujada allá arriba, en las constelaciones...

¡Andrea, Luis Andrea, me espino de estar elevándote una plegaria!

—Mañozga, viejo cabro.

La figura larga y sombría de Fernández de Amaya daba, en la oscuridad, una impresión desmirriada frente a la monumental y decrepita del Inquisidor. Mañozga alzó todavía el puño al vacío, tras la trayectoria de alguna bruja. Los hábitos y capuchas del Santo Oficio permanecían adentro, expectantes. El juez eclesiástico semejaba un animal gigantesco, impotente entre los bejucos que le impiden avanzar. Sudaba a chorros y su espalda desnuda florecía en pústulas y tumorcillos como grandes verrugas.

—Deja eso y baja. Te esperan los médicos.

—¿Los médicos? ¿Tantos se necesitan para un ave de presa como yo? Anda, estropajo de alguacil, y diles que las malas hierbas como Mañozga no mueren nunca.

El Alcaide hizo una seña a los legos.

—No estoy para juegos, Mañozga, te necesito bueno y sano mañana para que liquidemos el asunto del judigüelo.

Mañozga se dio vuelta con un gesto terrible y perplejo.

—¿*Me necesitas?* ¿Eso has dicho? ¿Debo entender que he pasado a ser un subalterno tuyo? Pues, sábelo alguacil, que me cago en tu madre. Y en la que parió a tu madre. Vístete de ajeno, cabrón, y te desnudaré en la calle. ¿Yo, Juan de Mañozga,

sirviendo a tus intereses?

A una orden de Fernández de Amaya, los capuchones avanzaron.

—No estoy para esperas —se limitó a decir.

Mañozga se debatió entre hombres membrudos y resuellos.

—¡Parad, hideputas! ¡Os haré colgar de una garrucha! Fernández de Amaya, ¿es una sedición esto?

—Tómalo como quieras —rezongó el otro.

—No te ha dado Dios tanto bien como para que me desconozcas —vociferó el anciano.

—En casa del gaitero, todos son danzantes.

Lo llevaron en vilo escaleras abajo. Se necesitabais cuatro hombres, fornidos, para alzar al Inquisidor. Era como llevar las andas del santo de otra devoción. Esta vez, Mañozga resistió todo lo que pudo. Aplicó tal puntapié a uno de los legos que casi lo descuelga de la azotea, Pero el número salió airoso. Los gritos del anciano retumbara por el santo edificio.

Cuando las manos ya largo rato reptantes del Obispo palparon aquella materia esponjosa que quería como deshacerse en su misma dureza, hacia ya cerca de veinte minutos que se arrastraban por el pasadizo. Les parecía que llevaban no menos de una hora sin poder erguirse. El padre Montero empezaba a lloriquear de dolor y cansancio sin el menor respeto por su condición. A fray Cristóbal se le antojaba que su autoridad estaba llegando al colmo del deterioro. ¡Quién, quién! ¡Si aun le fuera permitido poseer un poco de unguento vulnerario! Pero se sentía impotente, *Agnus Dei*, para volverse atrás. Agarró de un manotazo el trozo aquel de maldito objeto que a quien lo precedía pasara inadvertido y lo acercó al resplandor aureolado de la lumbre. Daba una impresión viscosa de cartílago podrido. El Obispo lo dejó caer con repugnancia, mas cayó en la cuenta entonces de que estaba rodeado de despojos y despedazaduras similares.

—Estamos en un cementerio —dijo, sin poder ocultar el terror.

Vio a su acompañante estremecerse como si, en vez de aquel calor Infernal, un frío de ultratumba le calara los huesos. El padre Montero agachó la vista y desorbitó los ojos frente al espectáculo de aquellas momias desmenuzadas en un osario común y profano que parecía extenderse varios metros más allá. Miró al Obispo con mirada enrojecida y lagrimeante.

—Un cementerio de hijos y fetos de monjas —imploró.

—Las muy desgraciadas, las muy putas —rabió el prelado, debatido en la vergüenza; pero recordó su dignidad de jerarca y, venciendo el impulso de revolcarse entre tocia esa carroña, añadió mientras daba empujones al otro: —Adelante y no volveremos hasta dar con la otra salida. Ninguno de los dos es cojo, aunque hubiera preferido... ¡Muévete que te excomulgo!

Por vida de Agrajes, haber abandonado mi querido refugio cisterciense, mi aula salmantina, para venir a confundirme aquí en el oprobio. No haber intuido, demonio, que la tierra ajena quema, que es de cardillos y lapa. ¿Qué oficio tiene implantar la disciplina on tierras que han sido holladas y esterilizadas por la pezuña del Malo? Las tierras han de sor como cono de doncella, limpias de toda hierba y vicio. Pero, cuerno, fermentan aquí los bodrios de las bacanales eclesiásticas. Dios me perdone. Y yo que pensaba glorificarlas con una Capilla digna de los esplendores santiaguinos. El infierno está empedrado de buenos propósitos. Qué asco. Es como haber metido la cabeza por una letrina. Y mi conciencia tendrá que volverse ceniza para desodorar estos gigantescos cagajones. Más no faltaba. *Suaviter in modo, fortiter in re*. ¡Al diablo con todo eso! Los despellejaré uno a tiro, como cualquier Mañozga. Les sacaré las uñas, como en cualquier suplicio chino. Los someteré a la tortura de la gola continua, como el peor de los hideputas de todas las Españas, Eso haré. Y que me digan: inquisidor, alguacil, eres un redomado hijo de la grandísima puta. Les torceré el pescuezo. Follones. Y el maldito de fray Antolín muy bien sabía lo que me aguardaba. El maldito. Quería echarme lodo a la cara, decirme: ved lo que venís a hacer aquí vosotros, los súbditos del rey. Sois eso, unos chirriones de basura. Eso

quería decirme. Sí, los desbullare, como el peor verdugo que hayan parido bis Españas. Seré implacable y cruel.

Fue entonces cuando se apago la mariposa.

Fue entonces y, por unos segundos, creyeron haber sido engullidos por la enorme y tenebrosa boca de Satanás. Y hasta creyeron sentir, junto al sayo, su aliento hediondo y sulfuroso. Habían avanzado un buen trecho desde el hallazgo macabro y se hallaban ahora en una cámara un poco más holgada, que venía a ser como la antesala de otra, entrevista tan sólo cuando los ojos se habituaron a la oscuridad, y la cual, tenuemente alumbrada en sus aristas y cantos por un resquicio de luz que llegaba del fondo, podía evocar algo así como la alcoba nupcial de un troglobionte.

—Volvamos, monseñor, os lo niego —gimió el padre Montero.

El Obispo no hizo caso. Lo intrigaba la procedencia de aquellas piltrafas de luz proyectadas sobre la cámara. Si de algún conventillo, por los. Ahora podían perfectamente incorporarse; lo hicieron y el traquido de los huesos desparpajados repercutió por las galerías. A fray Cristóbal le daba la sensación de que aquellos inexplicables resquicios luminosos iban a abrirse de pronto en un desaforado torrente de luz, y esto le recordaba borrosamente algo que —podía jurarlo— le había ocurrido siendo muy pequeño. Los rayos oblicuos iban a posarse, no tan anchos como él lo quisiera, en las eflorescencias blancas de salitre que salpicaban el muro. El espectáculo era digno de verse, aunque la escasa luminosidad no permitiera vislumbrar solida al guau. A medida que la vista se acostumbraba, pudo discernir otras manchas, negras y colgantes, en el tedio de la cámara. De pronto se agitaron, con aleteo de felpudo, y se desperdigaron en vuelo raudo, ciego, por el recinto lóbrego. Tuvieron que cubrirse los rostros, pero los vampiros evolucionaron sin rozarlos hasta internarse por las galerías iniciales.

—Por algún lado han de tener salida —dijo fray Cristóbal.

Entonces reparó en el bulto que, rodeado de sombras, se perfilaba en el centro mismo de la cavidad. Su acompañante pareció haberlo notado primero. Se interrogaron con los ojos en la penumbra. Haciendo un esfuerzo, podía pensarse en una persona amordazada y atada a una silla. El miedo creció dentro del Obispo. Avanzaron con sigilo hasta comprobar que trataba de una mujer que, de espaldas a ellos, permanecía rígida bajo las fuertes ligaduras.

—Dios mío —barbotó el padre Montero—, ¿qué hemos encontrado?

—Dale vuelta —urgió el prelado.

Lo hizo, en un esfuerzo por desatarla lo más pronto posible, mas al buscar ávidamente el rostro dolorido, sólo se halló con el de una peluda calavera. Fray Cristóbal no pudo evitar un chillido.

—¿Qué es esto, Montero? ¡Explícamelo!

El padre Montero retiró un pergamino, especie de letrero colgado del cuello de la muerta, lo acercó al inexplicable resquicio de luz que chocaba contra la formación salitrosa y, moviéndolo letra por letra, fue descifrando:

—No. No quiero que sólo seas amigo mío en el dolor. Sélo también en la alegría. Especialmente en la alegría. —Y, en caracteres más amplios: —Yo soy Thais, amiga de Alejandro y esposa de Ptolomeo Sóter, maldita por Dante y por los siglos.

-Explícamelo, Montero —insistía el Obispo.

En aquel instante, algún fenómeno acústico —¿el viento que se colaba por los resquicios luminosos?— dejó oír como el eco lejano de un coro litúrgico, cuya cadencia hirió la fantasía de fray Cristóbal y le trajo a la mente las palabras del repertorio gregoriano; *Domine, exaudi orationem meam...*

—Me temo —dijo lentamente el otro— que no se trata más que de una monja emparedada. Este letrero es una terrible ironía.

—¿Una ironía? —tembló el superior—. ¡Un escarnio, una befa audaz, increíble en estas dulces hijas de...! No me hagas desvariar, maldito cura. Estoy a punto, soy capaz de...

—Monseñor —recabó el padre Montero—, estáis perdiendo la serenidad. Tened en cuenta que es costumbre vieja en las comunidades, de monjas emparedar y dejar morir de hambre y asfixia a la profesa que viola el reglamento, especialmente el voto de castidad.

—¿Y quién arroja la primera piedra? ¿Has olvidado el cementerio infantil que hay un poco más allá?

Montero hizo un gesto de perplejidad.

—En esto ni vos ni yo tenemos culpa. Imaginad los años que lleva aquí este cadáver. Lo mejor es volver y olvidarlo todo.

—¿Y dejar aquí estos huesos? ¿Y resignamos a no saber nunca de dónde procede esa luz?

Más no faltaba. Yo, el Obispo, conviniendo a mi conciencia en ceniza encubridora de la mierda dispersa. Voy a reventar. ¿Por qué no lo dejé todo y me envenené en los perfumes de verano de mi adelfa Azucena? ¿Qué era lo que buscaba en el claustro? ¿Por qué me vine a estas tierras de brujas? Ah, una Thais de conventillo. ¿Y qué decir de las pequeñas momias? ¿Y este pasadizo?, una salida debe tener. No me digan que lo construyeron sólo para emparedar a esta pecadora. El esqueleto seguía ante ellos, ceñido el hábito de las penitentes y torcida la calavera en una mueca de dolor y angustia.

—Es lo único cuerdo que podemos hacer. Lo demás sería poner sobre alerta al poder civil, que harto quiere encontramos el lado flaco. Como podéis vedó, este pasadizo ha sido cegado, probablemente desde cuando emparedaron a esta mujer, y necesitaríamos un inconveniente piquete de hombres para derribar los tabiques y buscar la salida. ¿Lo vi is? Será mejor que olvidemos esta pesadilla.

—Quizá tengas razón. Montero —convino por último el prelado—. Perdona a tu Obispo todo este desvarío. Pero ten en cuenta que hay tres pasillos más que parten de la Obispalía.

—Lo más probable es que hayan tenido algún valor estratégico —sin saber por

qué. Montero susurraba—. Recuerde que hace muchos años el pirata Francis Drake, que tenía patente de corso de la reina Isabel, nos atacó y es muy posible que el Obispo de entonces tratara de asegurar la fuga en caso necesario. Entrad en razón, monseñor. Todo esfuerzo por aclarar este misterio no hará sino sumimos cada vez más en la vergüenza y la incertidumbre.

Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga buscó con los ojos el punto, sobre su cabeza, de donde provenía el fino hilo de luz; que estaba a punto de hipnotizarlo. En verdad, aquella cámara —que obviamente debía conducir a alguna parte— estaba tapiada. Era inútil todo intento de seguir adelante. Crispó las manos de impotencia. Comprendía que la vida del hombre es sólo una cadena de fracasos y que el espejismo del éxito no es sino el alivio de haber tropezado con un fracaso más pequeño. Dejó caer la cabeza, humilde, resignada, laxamente.

—Está bien —dijo—, regresemos.

Pero no contaba con las bromas del destino.

Emprendieron la vuelta tal y como habían venido, sólo que esta vez el prelado iba adelante y era el padre Montero quien prácticamente incrustaba la nariz en el trasero de su superior jerárquico. Apenas se habían arrastrado un tramo cuando se enredaron literalmente con el ejército de murciélagos que, de regreso de su alarmada fuga, irrumpió chillón sobre la pareja. Los animales venían iracundos. El Obispo trató de desembarazarse del más gordo, que aleteaba colérico en su regazo, y buscó apoyo instantáneo en una saliente de la pared. Entonces la piedra cedió y fray Cristóbal se precipitó al piso mientras los vampiros huían. Un torrente de pedruscos acarició la calva tonsurada. El padre Montero tuvo el tiempo justo para atraer al prelado de un tirón. Adobes de gran magnitud se desprendían del techo, tras la piedra saliente, y el derrumbe no se hizo esperar.

Estaban atrapados.

Los médicos echaban suertes con lebroncillos en la pieza penumbrosa y rectangular que servía de antecámara o despacho a la alcoba. Eran tres y alzaron todos la vista con íntima satisfacción al llegar los legos que traían al vociferante juez eclesiástico. “Aquí nos pagas más de un sofoco”, parecían querer dar a entender con sus ojillos saltarines. Demasiado sabían que las artes de Esculapio jamás fueron bien vistas por el Santo Tribunal. Mañozga, pataleante y aun en vilo, los fulminó con la mirada de loco que se le disparaba de entre una mata de cejas mal peinadas, untes de gritar:

—He amado la vida por el solo deseo de huir de vosotros, Asclepios de pandorga, y ahora me nacéis en la frente.

—*Honora medicum propter necessitatem...* —ironizó Fernández de Amaya, mientras arreglaba el lecho, que más parecía una crespa de hechicera.

Depositaron sin miramientos al Inquisidor y el trío de curanderos se aprestó, para dar comienzo a la función, a un despliegue purgativo que daría prestancia a su ciencia espagírica. La cáscara sagrada, el sen, la jalapa, el ruibarbo, el salvado, el áloe y la zaragatona se unieron en un único y concéntrico fármaco que debería, para principiar, tomar abundantes y acuosas las deposiciones del ilustre paciente.

—Así te podrás cagar mejor en mi madre —decía el Alcaide, yendo de un lado para otro.

—Qué digo en la frente; me nacéis en el culo —aullaba Mañozga.

Esto coincidió con las lavativas.

—Id a dar un emenagogo de matricaria a vuestras queridas —protestaba el Inquisidor—, pero dejad a mi culo en paz.

—*Honora medicum propter necessitatem...*

—Mátenme cuerdos y no me den vida necios.

-Inquisidor, que hemos estudiado en Padua con Fabricio de Aquapendente.

—Aunque lo hiciérais con el arcángel San Gabriel.

—Que trajimos a las Indias el principio verdadero de la circulación de la sangre, enunciado por Harvey y Miguel Servet.

—Herejía.

Vinieron luego los emplastos vejigatorios, hechos de elemí, aceite de oliva, cera amarilla, unguento basilicón y polvo de cantáridas, que le aplicaron sobre las pápulas, líquenes, estróbilos y prurigos de la espalda. Desnudo, Mañozga era todo él una ampollada adiposis tembleque. Su virilidad diminuta y encogida, como una oruga de tabaco, contrastaba con su corpachón decrepito. Los médicos examinaron su prostatauxia y sonrieron. Aquello era la ruina de un ser humano.

—Está bien —dijo uno de ellos—. Dejadlo que descanse.

—¿Qué hago para quitarle el mal aliento? —preguntó Fernández de Amaya.

Los hombres se miraron con sorna.

—Si no se le quita rezándole a San Juan de Sahagún —ironizó el más guasón—, te sugerimos que lo pongas a oler sus propios excrementos para que la masa

pestilente atraiga sus átomos fétidos. Claro que un dará resultado, pero no convencerá de que el mal aliento es el amigo más tercamente fiel que tenemos.

Cerraron la celda y Mañozga oyó claramente cómo una bruja luchaba con la rejilla del tragaluz, bregando por entrar al palacio. Ah, cuánto amargáis mi vejez. Y pensar que todas desfilasteis por la polla de Fernández de Amaya, que no por la mía, como lo aseguran las malas lenguas. Yo prefería a las ricas doninas que aspiraban a unirse a algún encomendero. Fernández de Amaya era menos ambicioso. Se entraba en los calabozos y saltaba, con un grito salvaje, sobre las zambas y mulatas acurrucadas en pequeños grupos, que se resistían como diablitas a abrir las piernas. Luego se paseaba, con la polla erecta, por todas las celdas viendo qué bruja, de esas que se ganaban la vida echando suertes de habas y maíz, de esas que así se ganaban la muerte, se la miraba con cierta codicia de mujer falta de macho, para entonces pisársela suavemente por el rostro y negársela con una carcajada. Por supuesto, varios vientres crecieron de meses en ese amasijo y yo tuve que dar cualquier explicación, la primera que se me vino a la cabeza. Era Buziraco que las fecundaba misteriosamente. Los hijos jamás nacerían.

Esos fueron los tiempos en que las buenas corrientes me depositaron, en el golfo de Paria, a aquel inglés que se decía comprador de tabaco y había venido en una goleta despachada de Cumaná. Allí mismo imaginé el espectáculo de macabrista experto que ofrecería a la villa. Adan Edon era antipapista y se negaba a besar las imágenes de Nuestra Señora. En este compatriota de Raleigh el Depredador cebaría la venganza española. Pero no contaba yo con que su lindo palmito fuera a ablandar de amor y caridad hasta a las matronas más copetudas e indiferentes. Porque era altivo, coño, como este Lorenzo Spinoza de quien pienso hacerme besar los pies. Altivo y con una hermosa cabeza de Apolo nórdico. Creo que allí empezó mi desprestigio. Porque Edon se revistió de la máxima gallardía anglicana para lanzarse él mismo, serenamente, a la hoguera, musitando salmos bíblicos y alzando la blonda testa sin un quejido. La gente de la villa llegó al extremo de compararlo a él con un santo y a mí con un demonio. Desgraciado episodio al que tenía que seguir uno peor. Y ése fue el del suicidio de Francisco Angola. Ocurrió a la mañana siguiente y el propio Fernández de Amaya, que ya llevaba la polla en alto y ni aire libre para su diana orgia, lo halló ahorcado de la rejilla de la ventana con el cordel con que suspendía el grillo echado por debajo de la harba a modo de barboquejo y metida la cabeza por el hueco que hacía. Era un mulato al que las bubas se le irritaron al punto de enloquecerlo. Entonces la grey novelera se alborotó y empezaron a desbarrar del Santo Oficio y tuvieron el cinismo de aseverar que los amuletos del suicida para el mal de ojo y sus rícepes contra las gusaneras de las vacas eran realmente útiles. Ah, otros tiempos fueron los tiempos de Luis Andrea. Su ejecución fue celebrada con jácara. Yo veía crecerse mi propia majestad y escrutaba el futuro con ojo optimista que me auguraba cardenalatos y papados. Para ver que, por los hechizos malos de ese pianche, héteme baldado y carraco, hostigado por la porquería de Buziraco y el olor

de su sobaco, de su sobaco de macaco caco y su caca de bellaco y su aliento de verraco, su alma de monicaco, de arrejaco, su demoníaco arrumaco de genetliaco, de simoníaco, su guateque de sanjaco y su vocinglería de urraco. ¿Cómo no comprender que tu espíritu quedó flotando sobre estancias, tejares, pesquerías y otras haciendas, y que saturará todo aliento, toda angustia cartageneros hasta el día en que San Juan agache el dedo u otros huéspedes vengan y señores se hagan? ¡Andrea, te maldigo! Bien me viene a la cabeza y me la reviene, revejida, la imagen de aquel santo de pajares, el frailuco agustino y relamido, fray Alonso de la Cruz Paredes, con su entusiasta hiperdulía y su apremio por cumplir lo más pronto posible las fantasiosas órdenes de la *mater benedicta*. Levantó para comenzar una capilla paupérrima, hecha de madera y palma de iraca, pero obligó a los peregrinos que asistían a las primeras celebraciones a llevar, uno por uno y conseguidos como diera lugar, los cientos de millares de adobes que se necesitarían para erigir todo un monasterio y una capilla espléndida. Hizo que los propios feligreses trabajasen los días de guardar para alzar, junto al precipicio por el cual Buziraco se precipitó en forma de morueco negro, el convento de la Santa Cruz de la Popa de la Galera, que hoy domina la villa. ¡Tozudo y marrullero frailuco! A la vuelta de pocos meses, los mismos fieles encalaban las paredes y carpinteaban bancas, reclinatorios y confesonarios. Entonces Buziraco entró en acción.

Buziraco, daimón, demonche demonolátrico, cuán real abatiste tu poder sobre la flamante construcción. Rayos y centellas, lluvias y vendavales fustigaron sin piedad el convento. Al abrirse en surcos por el firmamento, la luz de los relámpagos dibujaba tu carátula de cuernos esquinados, nudosos y vueltos hacia atrás. Un hedor de azufre cargaba el aire y tu carcajada retumbaba con la risa bronca del trueno. Demonio hesiódico y homérico, daimón socrático, diablo de Heráclito, Demócrito y Empédocles, demonomante de demonistas babilónicos, demonche de pianche y demonólogos y demonómanos. Gran Buziraco, concreción indiana de los demonios bíblicos.

Satán,

Lucifer el Emperador,

Belial, ídolo de sidonitas y sodomitas,

Belzebuth del Nuevo Testamento, dios de las moscas de Ekrón,

Lilith de las leyendas paradisiacas,

Asmodeo que dio muerte a los siete maridos de Sara,

Abaddón de las sagradas Escrituras,

Mammón, príncipe de la concupiscencia y la riqueza, monstruos Leviatán y Behemoth,

Astaroth, el de la Venus siria, gran duque de lo profundo, de los demonios extranjeros,

Set, dios egipcio de la aridez y la sequía,

Angramainyú de Zarathustra, imbécil lleno de muerte, Mrtyu y Mara, tentadores

de Buda,

Tifón destronador de Zeus,

Eurynomo, símbolo griego de putrefacción,

Iblis que no se prosternó ante Adán.

Samuel de los rabinos,

Dagón filisteo, medio hombre, medio pez como el caldeo Oannes,

Chamos, el dios de Moab,

Abraxas, dios sirio con testa de gallo y piernas de... culebra,

Adrameleck asirio engullidor de niños,

Moloch, salamandra amonita del luego, de los demonios de los grimorios medievales,

Bael, de tres cabezas, primer rey del Infierno,

Maltas, gran cuervo, presidente mayor de las legiones satánicas,

Pursán, de cabeza de león, infernal omnisapiente,

Leonardo, gran maestro de los *Hircus Nocturnus*,

Byleth, el del caballo blanco,

Scox, burlador de exorcistas,

Paymón, de rostro de mujer,

Ganga-Gamma, demonio hembra de cuatro brazos,

Sausina, primera mujer de Satanás,

Asmoday de pies de oca, sexto rey de lo profundo,

András, de cabeza de lechuza, gran marqués,

Zapán, toro alado, que trueca sangre por aceite.

Alocer, gran duque y caballero,

Plutón, príncipe del fuego,

Baalberith, Maestro de las Alianzas,

Proserpina, archidiabla, soberana de los malos espíritus,

Nergal, jefe de la policía secreta,

Baal, gran cruz de la Orden de la Mosca,

Succor-Benoth, capitán de eunucos.

Melchom, tesorero pagador,

Nisroch, gran cocinero,

Kabal, director de espectáculos macabristas,

Verdelet, maestro de ceremonias,

Antechrist, escamoteador y nigromante, y

Thaiuuz, que nos honra con su embajada en España, concreción de todos los demonios, gran Buziraco, más poderoso que Agaliarept.

Bajo todas las formas concebibles trataste de entrar al templo de Dios. La primera vez, te posesionaste de una mujer virgen que, en el momento de consagrar, fue atacada de espasmos y comenzó a aullar en la capilla sin que por ello fray Bartolomé de los Ángeles, que oficiaba, suspendiera la misa ni accediera a mirar. La muchacha

intentó desnudarse, pero los feligreses se lo impidieron. Conducida al Santo Tribunal, fue exorcizada y se le encontró una aguja, signo de lujuria buziráquica, clavada en el muslo izquierdo. Otras personas marcadas por el aquelarre fueron vistas, por aquellos días, en los contornos de La Galera. Una de ellas, una vieja que daba de mamar sangre de su dedo meñique a un diablo familiar, obtenido mediante infiltración sanguínea en un huevo de gallina y empolladura de quince días bajo la axila. La segunda vez, asumiste la forma de un aguador mulato y trataste de entrar al templo la moya grande llena de agua con que solía invocársete. Fray Miguel Santamaría, allí presente, te identificó por los colmillos, te arrojó agua bendita y saliste a espetaperro, dando tumbos y gritos de dolor. En veces sucesivas te incorporaste en todo género de animales, desde gatos negros hasta aves churrumbas y cabrones barbudos, pero fuiste reconocido. Por último, una negra con el cuerpo erizado de agujas, como un puercoespín, penetró desnuda a medianoche a la celda de fray Alonso y lo tentó a poseerla. El frailuco era bujarrón y allí estuvo tu error. Te le hubieras aparecido como un efebo negro y otro gallo cantara. Así lo hiciste, si mal no recuerdo, para tentar al rey Saúl.

Frustradas las tentativas, no diste el cuerno a torcer. Hasta en el ánimo de su propia Católica Majestad el Rey de España y las Indias llegaste a filtrarte, sutil. ¿Cómo explicar, si no, aquella orden súbita de demolición del convento, salida del capricho real so pretexto de no habersele solicitado previamente la merced para la construcción? ¡Dios Buziraco, dios chiribico, quemado mueras en el hornillo! A fray Alonso se le uno el mundo encima. Escribió largos memoriales y bajó y subió, de rodillas, varias veces el cerro. Sostenía, alma ingenua, que una orden del cielo no necesitaba ser refrendada por una Real Cédula. Cinco largos años anduvo de aquí para allá implorando y gimoteando, y cinco largos años, por lo visto, duró el rey Felipe poseído del espíritu de Buziraco. Hasta que, a la postre, cedió y extendió el permiso. Aunque, por supuesto, a nadie, como no fuera el propio Buziraco, se le hubiera ocurrido tocar una sola piedra de aquel bendito convento. ¡Dios Buziraco, dios patuleco, ahogado mueras en el estero! En qué forma horrible y maldita habrías de vengar, muchos años más tarde, los desalojos y exorcismos de que el frailuco descalzo te hiciera objeto. En qué forma horrible y maldita. Aunque no cabe, bueno es decirlo, sevicia mayor que la por ti empleada conmigo, no cabe, porque fray Alonso de la Cruz Paredes ha tiempos duerme el sueño de los justos, mientras yo, echado en este catre, llagado de costras, postrado de llagas, postillas y granos, aquejado de males dignos de un patricio de Roma, debo acudir noche tras noche a la cita con tu cohorte, con tu séquito de brujas que se multiplican y crecen como orugas en los palos de bálsamo, y a cuyos sortilegios soy inmune, pero cuya risa se me clava en lo hondo del alma como la púa de un escorpión.

De una verde espira de humo surge. De una verde espira ese rostro. ¡Madre, estoy en trance de muerte! Surge así, lento, de una espira verde que ya amarillea, amarillea el rostro, no, no el tuyo, Buziraco, el rostro de. De una verde, amarilleante espira

surge. De una espiral curva que ya blanquea. Surge el rostro, el rostro de. ¿El rostro de la muerte? ¡Oh Dios, Dios, Dios, el rostro! El rostro de.

Escorpión un de púa la como alma del hondo lo en clava me se risa cuya pero, inmune soy sortilegios cuyos a y, bálsamo de palos los en orugas como crecen y multiplican se que brujas de séquito tu con, cohorte tu con cita la a noche tras noche acudir debo, Roma de patricio un de dignos males de aquejado, granos y postillas, llagas de postrado, costras de llagado, catre este en echado, yo mientras, justos los de sueño el duerme tiempos ha Paredes Cruz la de Alonso fray porque, cabe no, conmigo empleada ti por la que mayor sevicia, decirlo es bueno, cabe no aunque...

¡Dios mío! ¡Estoy recorriendo los pasos! De una verde espira de humo surge. No se me da nada. De una verde espira. Que muriéndome yo. Que ya amarillea. Todo se acaba. El rostro de. De. De. El rostro de Fernández de Amaya.

—¡Eh, viejo cabro, el susto que me has dado! Creí que estabas muerto. Je, Je.

—No se está nunca tan bien que no se pueda estar mejor —dijo Mañozga irguiéndose de improviso, con una desconcertante serenidad, y plantándose sobre sus dos pies frente al Alcaide en actitud de desafío— ni tan mal que no se pueda estar peor.

—Je, je, viejo cabro.

—¿Qué horas son? —preguntó el Inquisidor.

Estaban a solas en la celda infecta. Los ojos de Mañozga temen ahora un brillo fosforescente, casi luciferino.

—Irán a ser las tres de la madrugada —contestó Fernández de Amaya, a quien asombraban estos repentinos arranques de energía y quien, de todos modos, no podía evitar la gran admiración que sentía por su compinche.

—Buena hora -dijo el anciano-. ¿Estás listo? Me parece que Lorenzo Spinoza necesita que lo despierten.

—Pero, viejo cabro, vine no más por saber de tu salud, tú necesitas descansar...

—Ya tendré para descansar los siglos de los siglos —dijo Mañozga—, si en el infierno me deparan una buena paila.

Y se puso en marcha.

Su andar era vacilante, pero trataba de mantenerse erguido para parecerse más a su propia imagen. El Alcaide lo seguía con ciertos rasgos de devoción. Cuando se internaron por los calabozos y el olor amazotado les irritó las fosas nasales, el juez eclesiástico rió socarronamente.

—Estos eran —dijo— los campos de tus lides. Ahora tu polla tendrá que contentarse con un buen masaje de tiempo en tiempo, ¿eh?

Y, como en un arrebato de nostalgia:

—¿En qué exacto momento, Fernández de Amaya, comienza nuestra decadencia? Qué fortuna sí pudiéramos saberlo. Pero uno va habituándose, como si fuera lo normal, y después no hay remedio.

En el palacio imperaba a aquella hora un silencio espectral, de mausoleo.

Llegaron a los calabozos más profundos en el instante en que algún gallo lejano equivocaba su clarín al resplandor de alguna bujía. No llevaban lumbre, se conocían de memoria estos recodos. El Alcaide zafó las trancas y descorrió los cerrojos. La oscuridad era tan espesa que casi podía palpase pero, al ser abierto el portón, fue despejada por la luz de una tea prendida sobre una ménsula en un rincón de la celda. Lorenzo Spinoza dormitaba, más en un soponcio que en una modorra, sobre el frío suelo de piedra.

Fernández de Amaya le arrojó el único balde de agua de que se disponía allí a esa hora.

-Despábilate, *deus-sive-natura*, que llegaron los que te cascan las liendres.

El réprobo fue encandilado por la tea que ahora Mañozga esgrimía en la mano derecha. El ambiente era gaseoso y deletéreo.

—Hideputas —fue lo único que atinó a decir antes de que el Inquisidor le rompiera la boca de un puntapiés.

—Yo no tengo razones como tú —dijo Mañozga—, pero sí muchas patas. Y lo que eres, marrano profanador de hostias, vas a volar lengua ya mismo o escucharás música celestial antes de que el gallo cante una vez.

—¿Qué queréis de mí, por vuestro Cristo?

Fernández de Amaya tenía listo el vergajo embreado. Los ojos todavía soñolientos del reo recorrían la escena como si, de súbito, hubiesen hallado en ella algo fuera de lugar, algo que repugnase a todas las leyes de la mecánica cósmica, algo como no se vuelve a dar en la vida. Por eso tal vez, para ganar tiempo y cerciorarse de que no lo engañaba la vista, soltó una frase tan estúpida como:

—Ah, ya sé. Venís a que os lamba las posaderas.

Mañozga emitió un grito de triunfo.

—Las posaderas y la sarna de las pezuñas. Esta vez no me contentaré con el látigo y, ya que te dejaron fuera del cepo, acercaré más bien a tu cara esta antorcha, si no vuelas lengua Dime. ¿Eres tú Ashaverus, el follón ante cuya casa Cristo quiso reposar camino del Calvario y tú lo obligaste a seguir caminando, hideputa? Dime.

El Alcaide celebraba la humorada de su compinche, pero se quedó hecho una pieza al oír:

—Si, es probable... Oye, Mañozga.

—¿Probable? —tronó la voz del Inquisidor, cuyo brazo derecho se acercaba demasiado al rostro del judío—. Hideputa. Aquí no se trata de probabilidades. ¿Tienes alguna señal en el hombro? Habla, maricón, que quiero oír una confesión positiva y valedera.

—Oye esta confesión —dijo Spinoza—. Positiva y valedera. —Su mirada seguía disparándose en otra dirección, más allá de la figura colosal pero irremediamente bonachona del juez eclesiástico, como si algún prodigio estuviera realizándose a pocos palmes de la espalda de Mañozga—. Si tomas la idea de sustancia, *lo que es en sí mismo y por sí mismo se concibe*, convendrás en que la única factible es Dios, el

ser absoluto e infinito y necesario, aquel que todo lo comprende y hace que en Él todo quepa, porque si una individualidad existiera, ella estaría basada en la determinación, y *toda determinación, Mañozga, es una negación*. He allí una verdad positiva y valedera. Méteela en la cabeza.

—¿Qué diablos estás galimatizando? —tartamudeó el Inquisidor. Miraba de hito en hito al Alcaide—. Por menos que todo eso quemamos vivo hace cuarenta años a Giordano Bruno, ese hereje italiano que, siendo dominico como yo, se empeñó en sostener que toda realidad era una por su sustancia. Majadería semejante. Soy teólogo, cabrón, y a fe mía que eres el hereje más hideputa de cuantos —acercaba peligrosamente la antorcha— ha parido este canijo mundo donde...

Sintió de pronto el rostro incendiársele. La tea estuvo a punto de quemarle la nariz y la luz y el calor intenso lo cegaron. Se fue de espaldas sin comprender. Lorenzo Spinoza había rechazado la llama y salido a escape por la puerta, abierta de par en par, que hacía rato vigilaba con ojos estupefactos. Se incorporaba apenas cuando vio a Fernández de Amaya salir como loco en persecución del réprobo, cuyos pasos ya resonaban por los pasillos exteriores. ¡El primer prófugo de la Inquisición!, se repetía Mañozga en el embrollo mental que ya se había formado. Anduvo trastabillando hasta la puerta de la celda y vio, recortada contra el quicio final, muy distante de él, la silueta del judío que se daba topetones con los muros, y la de Fernández de Amaya que trataba de darle alcance.

—¡No dejes que escape el hideputa, por los bofes de tu madre! ¡Qué imbécil he sido!

Qué imbécil he sido. Dejar todo eso abierto. Una vida entera haciendo de alguacil y resultar al fin tan cándido como una amapola. Si el hereje consigue llegar a la azotea, huirá por los tejados. Es la única forma, pero estos judíos tienen pacto con el diablo. Lo invocan desmenuzando un gato negro y después. ¡Córrele, Fernández de Amaya, que yo no puedo seguirte! Maldita perlesía, maldita próstata, malditos prurigos. ¡Madre, qué calor! ¡*Mueren los bueyes de tanta peste!* Maldito cuerpo mío baldado.

Mañozga buscaba apoyo en la lobreguez de las paredes. La tea había quedado tirada en la celda y ahora sólo aquel medio círculo de luz que proyectaba las siluetas era el punto hipnótico que lo embaía, hasta marearlo en un vértigo de medios círculos de luz concéntrica, céntrica, excéntrica. Por último se oyó un gran estropicio y el Inquisidor apresuró como pudo el paso. Algo ha pasado allá, torpe de mí, que un día me vi en sueños confesor de sus cristianísimas majestades. Algo ha pasado y ni siquiera distingo en esa confusión de sombras invisibles. ¿Cómo es que estos gotosos verdugos e inquisidores colegas míos no advirtieron que debían dejarlo toda la noche en el cepo? Esto es un Palacio Inquisitorial, no una cofradía de socorro a las viudas. Para algo hay aquí cadenas, pernos y chavetas. Y yo, maldita mi estampa, que dejé lodo eso abierto. Y de cretino de Fernández de Amaya...

Había llegado por último al semicírculo, pero sólo con un gran esfuerzo de sus

ojos sangrantes logró darse cuenta plena de lo que ocurría. Sin duda, Lorenzo Spinoza había encontrado algún pequeño obstáculo en su desafortunada carrera. Se había enredado en algo que lo hizo rodar por el suelo. Lo único que Mañozga podía ver era el brillo de la espada del Alcaide suavemente depositada, en son de conminación sobre el pecho del réprobo. Fernández de Amaya reía nerviosamente y no quitaba los ojos del bulto tembloroso que se había interpuesto, segundos antes, entre el judío y el patio interior del palacio. El bulto se fue desovillando y desentumeciendo a la vista de todos, hasta quedar de pie ante ellos. Era la timorata de Dios.

—Coño, si en lo que se enredó fue en un pedo —pedorreó el juez eclesiástico que saludaba casi que con júbilo a la beata de Gimaní—. No dirás, pedorra, que Juan de Mañozga no te quiere bien.

—¡Aay, ay! —se dolía la magullada—. ¡Me ha caído la muerte del cielo!

—Ahora —mascullaba Fernández de Amaya dirigiéndose al portugués— vas a saber de lo que soy capaz. Mañozga, has de saber que la jerarquía de orden ha estado pidiendo tu relevo. Y que tu torpeza de esta noche me obliga a adherir a la solicitud.

Al Inquisidor se le incendiaron los ojos. Tanteó el muro en un arrebató colérico hasta afianzar la empuñadura de la fusta que colgaba a la entrada y descargar la trencilla de correa sobre el rostro del Alcaide. Éste retrocedió con un alarido, pero no retiró la espada del pecho del procesado.

—Hideputa —bramó Mañozga—, entérate de que yo mando aquí hasta la muerte y, cuando ella ocurra, vendrá mi espectro a recordarte quién soy. Te ordeno que conduzcas al réprobo al calabozo y le hagas cargo de él hasta nueva orden. Obedece.

Fernández de Amaya comprendió en aquel instante que el poder de Mañozga, como el de ciertos dioses paganos, no era un acontecimiento inserto en las dimensiones temporales conocidas ni mensurable con ellas, sino una inmanencia aterradorante que fluía del Gran Tiempo. De su estampa, habitualmente bonachona como la de un abate, dimanaba en veces (y ésta era una de ellos) cierto pavórico poderío, de abolengo luciferino, capaz de abolir cualquier fuerza contraria. El hombre, a medida que más envejecía, más apariencia de inmortalidad iba adquiriendo, y se dijera que un buen día iniciaría un extraño rejuvenecimiento, hasta recuperar su viejo aspecto de majestad sanguinaria. De suerte que, sin chistar, se internó por la galería acicateando con la punta de la espada al fabricante de cristales para lentes. El juez eclesiástico los vio perderse en las sombras con la mirada del gavilán hastiado de la insolencia del cirirí. Pero, en el fondo, Mañozga no estaba segura de haber ganado la batalla.

—No es buen año cuando el pollo pica al gallo —rezongaba a su lado la beata, todavía erizada de miedo ante las imprevistas ocurrencias.

—Sí. Es como acocear a la gata después de haberla metido en la cama —dijo Mañozga—. Y bien, pedo ambulante, hablemos de negocios.

—¿Negocios? —gorjeó la mujer.

Estaban en el patio donde, la mañana anterior, ella recibiera del Inquisidor los

peores tratos. Mañozga extrajo un nocturnal del bolsillo de la braga, lo centró en la Estrella Polar e hizo girar el brazo hasta colocarlo en línea con la Osa Mayor.

—Las cuatro —murmuró en un suspiro.

Las cuatro, coño. Y tengo sueño por primera vez en muchos meses. No, No. Dormir a estas alturas de mi vida sería una necesidad. Dormir, cuando rondan los chacales. Ahora tendrán que recordar quién es Juan de Mañozga.

-¿Estás dispuesta todavía —dijo— a denunciar a ese tal Carestes Oriñena que dice haber sido el mismo diablo? Dilo.

—Orestes Cariñena —rectificó la beata— es el mismo diablo.

El inquisidor tosió una carcajada.

—No olvides —advirtió— que nada podrás hacer ya en secreto. La punta de intonsos tonsurados que vino a desearme salud y peste esta madrugada tiene la lengua más brava de la región. Piénsalo bien.

Y echó a andar hacia la escalera.

—No —urgió la timorata—. Dame la mitad de la paga y correré el riesgo.

Mañozga la fulminó con la mirada.

—Está bien —dijo, antes de apresurar el paso todo lo que podía—. Hoy mismo ordenaré la requisitoria.

¡Broma pesada!, ¡tártago! ¡Tarasca, tarasques, suena la taramba, tarambana, dale a la tarantela, a la taranta, tarantulado, atarantado, en tarantismo, picado de tarántula! El negro parecía picado de tarántula, tal era el frenesí con que se contoneaba haciendo del bongo un bongó, del tambor un tambo, una merienda de negros rítmica, eurítmica, casi nunca logarítmica, mientras los otros, los negros bozales, bajaban por la pasarela, en fila, ante el brazo en alto con el rebenque y la vista encendida del tratante. ¡Broma pesada, tártago!

¡Broma pesada, tártago! ¡Los rumbos rumban rumbosamente en rumbantela, rumban rumberos y rumbáticos, zurumbáticos zumban por las zanjas en las zancas los zancudos! En la hedentina de las sentinas, por cuyos costados se filtraba el agua podrida de verdolagas de agua, los rezagados esperaban su turno con agua en los ojos vidriados, vidriosos, vitrificables, y todavía algún *unzurna* a flor de labios pero más pronta la mano de lo imaginable para el santiguo, que se haría en un santiguo. ¡Broma pesada, tártago!

La pestilencia de las bodegas, al ser abiertas, se desparramaba por el muelle crujiente con el mismo vaivén e intermitencia de la brisa y de la marea glauca y chapoleante. ¡Broma, broma pesada! Y la soldadesca, en el hornabeque, frente a la Alhóndiga de Pescadores, tapaba las narices con bastos pañuelos y hojas medicinales, al tiempo que un cónsul, de pie en la plataforma, advertía a grito herido que algunos esclavos venían con la peste y sería preciso sacrificarlos allí mismo. ¡Pesada broma, azoma! ¡Broma de sarcoma, de carcoma y coma!

El muelle era, a esa hora primeriza todavía enfundada en una opacidad de relente calentano, un hormiguero de catadura muy diversa, pringoso de oficialidad y uno que otro gentilhomme criollo, y espeso de plebe greñuda, negra y cobriza. Los palos del bajel oscilaban a la inversa allá arriba y las velas en cruz, templadas por el viento, parecían grandes estandartes sin causa bajo las banderas imperiales desplegadas contra la gloria fatua del cielo. Un alcatraz rasaba el agua, daba la instantánea sensación de periclitarse, engullía y batía de nuevo las alas torpes. Broma, broma pesada.

Cuando Pedro Cía ver pasó entre la muchedumbre en dirección al galeón, el sol empezaba a convalecer. En breve estaría radioso y amarillo. Aun sin quererlo, todos advertían su presencia. La presencia de Pedro Clavel, más que la de aquel sol diariamente monótono cuya monótona modorra crecería con la mañana. Más allá de su aire deliberadamente humilde, el jesuita conservaba —a despecho de los cilicios con que, según la grey piadosa, maceraba sus carnes— el gesto altanero de los Sabocana y el andar desenfadado de los religiosos formados en y por la Compañía. El negro tarantulado del bongo-bongó paró su vértigo al verlo y lo miró con reverencia. Claver era huesudo pero macizo. Al caminar, daba la impresión de saber adónde y a qué iba.

Cruzó frente al Cónsul como si no existiera. El funcionario se limitó a observarlo de hito en hito y aspirar su rapé. A la entrada de la bodega, apartó casi de un

empellón al guardia provisto de rebenque, cuyo legalismo hubiese quedado satisfecho con sólo un miserable salvoconducto. No lo detuvo ta hediondez, que a otros hubiera puesto a regurgitar. No lo detuvo la visión macabra de los negros hacinados en purulentos enjambres como racimos de frutas podridas, pegados unos a otros en oración empavorecida, revueltos en un amasijo de sangre y sudor comunes. No lo detuvo el miedo del contagio. No lo detuvo el contagio del miedo.

Los hidalgüeños que habían contemplado la escena desde el muelle, sonreían ahora con aire condescendiente. En el fondo aspiraban a ser absueltos por este varón. ¿No decían las comadres y comadronas que Pedro Claver sacó de una barraca, cierta vez, al propio diablo en forma de esclavo africano y rano a reconocerlo por los filudos colmillos sólo cuando llegaban al convento de la Compañía, donde solía lavarles las pústulas a los apestosos, y lo aventó con tal fuerza al empedrado que los colmillos quedaron clavados en una piedra (Pedro, tú eres piedra) y el Maligno salió aullando y arrojando sangre por las encías tras aquella extracción inusitada y nunca volvió a tentar al varón? (Pedro, tú eres piedra. ¡Vaya si la diste!)

Había cerca de treinta negros en la barraca. Claver los bendijo en conjunto, con rápido ademán, y se inclinó para ayudar a buenamente mal morir al más grave. Era un adolescente, casi un niño, pero el semblante del jesuita, más que conmovido, parecía severo en aquellos momentos, como si en vez de una compasiva misericordia estuviese prodigándole y comunicándole la comunión misma de su vida. Aunque con el ceño adusto, tal vez quisiera poner de relieve lo convencido que estaba de la inutilidad de todo esto, el cuerpo se le estremeció casi en un espasmo orgástico, orgiástico, al inclinarse aún más y besar las llagas supurantes. A todos los presentes (esclavos, guardias y una intérprete) aquello les dio la impresión nebulosa de un ritual: un ritual como solo Luis Andrea y este varón hubiesen podido officiar en estas tierras hostigadas por la gran dualidad de la luz y las tinieblas frente a frente.

El muchacho, del delirio en que se debatía, pasó a una suerte de sudoroso letargo. Agonizaba. Pedro Claver interrogó a los guardias con los ojos Aquellos hombres, de aspecto superficialmente rudo, estaban cubiertos de todo género de sustancias vegetales, etéreas y volátiles, de toda índole de muestras de tocador, con lo que creían poder librarse del contagio. Un aroma dulzón de esencias de

clavo,
cidronela,
citronela,
manzana,
mostaza,
pachulí,
quenopodio,
alcaravea,
cedro,
alhucema,

membrillo,
bergamota,
canela,
rosas,
piña,
verbena,
melisa,
enebro,
champaca,
limoncillo,
ananás,
cayeputi,
azahar,
anís,
almendras amargas,
lima,
casia

y eucalipto se entremezclaba en el ambiente, a la vez perfumado y hediondo. Dijeron que no con un movimiento de cabeza.

—Nos han ordenado sacrificar sin más tardanza a estos hombres —cabeceó el oficial.

Pedro Claver se incorporó y crispó los puños, mirando sucesivamente a lado y lado de la bodega. Comprendía cuán estúpida era su presencia. Recorrió con desesperación la armazón inversamente abovedada y fue depositando sus labios, en angustiada carrera, sobre una y otra llaga, hasta quedar acezante y exhausto. Los guardias lo observaban impacientes. La intérprete —una negra vieja que fumaba con la candela dentro de la boca— iba traduciendo las frases incoherentes que pronunciaban el sacerdote y los bozales. Aquello todo, revestía una prosopopeya de pieza de teatro. Se dijera que Claver había olvidado lo que lo rodeaba y sólo eran reales para él estas descarnaduras purulentas, estas úlceras entreabiertas como corolas, estas postillas rojizas como seros ofrecidos.

—Será preciso cristianarlos —dijo de pronto, en reto al oficial.

Éste hizo un gesto de fastidio.

—Padre —masculló—, yo sé muy bien cuál es mi deber. Bautice a los sanos, que estos morirán en la inocencia.

La mirada de Pedro Claver —aquellos ojos “qué dijiste, qué dijiste”— se le hundió en el corazón. Pero impartió de una vez las órdenes para el sacrificio. El religioso no luchó: odiaba hacerlo en balde. Echó una última bendición sobre el racimo purulento, lamió unas últimas llagas con avidez casi buziráquica y se detuvo un instante en el centro mismo de la barraca, indeciso. Sus ojos —qué dijiste— tropezaron otra vez con el muchacho agonizante. ¿Salvar una, una sola vida?

¿Salvarla para el cautiverio y la esclavitud? ¿Salvarla para el Señor? ¿Echárselo al hombro como a tantos y tantos otros, conducirlo al convento —so peligro de ver de nuevo aquellos filudos colmillos (Pedro, tú eres piedra)—, curarlo acaso y...?

Fue aquélla la primera vez que Pedro Claver salió de un barco negrero con las manos vacías.

A su espalda oyó la detonación seca de los arcabuces. Cruzó sin un pestañeo frente al cónsul y tan sólo cuando alcanzaba el hornabeque se detuvo de súbito, como galvanizado. Más allá de la fortificación, cuatro negros depositaban en tierra un palanquín. Apresuró el paso. Catalina de Alcántara lo vio venir como una extraña proyección que se desplazara, no de futuro a pasado, sino de pasado a futuro, en una suerte de dinamismo mágico capaz de trastornar el mecanismo desgastado y herrumbroso del tiempo. Lo vio venir con la misma calidad fantasmagórica que el Obispo Pérez de Lazarraga la noche anterior. Ella lo había observado multitud de veces entre la negredumbre del puerto, haciendo la señal de la cruz sobre los pútridos cuerpos erradicados. Bajo las arcadas de la comunidad o en el sórdido Gimaní, presidiendo audiencias de esclavos que se embelesan en su parla meliflua y de ese embeleso iban a precipitarse al embeleco del que el mismo Claver estaba lactado, desde su infancia, en su infinita ingenuidad. Vías nunca soñó que él llegase a dirigirle la palabra, y esto fue lo que ocurrió cuando el religioso estuvo frente al palanquín y la miró de frente, con una humilde altanería, con una altanera humildad diferente de todo lo que pudiera conjeturarse en un jesuita.

—*In nomine Dei*, señora...

(*No entregarás a su señor el siervo que se huyere a ti de su amo...*)

—Vengo a hablaros de un siervo.

(*Morará contigo, en medio de ti, en el lugar que escogiere en alguna de tus ciudades, donde a bien tuviere; no lo oprimirás...*)

—... un siervo del Señor mi Dios que mora entre nosotros...

(*Si hubiere pleito entre algunos, y acudieren al tribunal para que los jueces los juzguen, éstos absolverán al justo y condenarán al culpable...*)

—Un justo a quien se ha acusado vanamente de judaísmo...

(*Y si el delincuente mereciera ser azotado, entonces el juez lo hará echar en tierra, y lo hará azotar en su presencia...*)

—... vanamente, porque no es culpable de delito alguno...

(*Según su delito será el número de azotes...*)

—... y está siendo azotado y escarnecido sin justicia...

(*No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano...*)

... y tengo entendido que vos habéis incoado contra él este proceso...

(*Maldito el que recibiera soborno para quitar la vida al inocente...*)

—... así que si vos quisiérais venir conmigo al convento...

(*No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa de Jehová tu Dios por ningún voto...*)

—... si quisiérais venir a la Compañía...

(*Porque abominación es a Jehová tu Dios tanto lo uno como lo otro...*)

—... os pudiera persuadir quizás de lo que digo.

—Padre Claver —dijo Catalina—, no entiendo una palabra de lo que me dices. Haz el favor de explicarte con claridad.

Había bajado del palanquín y ahora el varón la veía en su belleza magnífica bajo el sol, cubierta de sederías talares como una vieja romana.

Claver clavó los ojos en el suelo. A ratos se dijera que toda la gravitación mágica de su cuerpo, su elación especial, provenía de esos ojos claros, misteriosamente negros entre las cuencas sombrías. Parecía avergonzado de su trato, de su tozuda ignorancia de los ademanes cortesianos. La soledad lo había hecho hosco e ininteligible. Las mortificaciones corporales obraban sobre él como un bebedizo de hierbas desvariantes. A los sesenta bien cumplidos años, no era menos ingenuo y tímido que un adolescente.

La mujer que tenía delante era, por lo demás, un misterio, una paradoja viva: una sirena (¿con busto de mujer y cuerpo de ave como la esfinge edípica pero sin sus garras de león o con ellas, félica, pero jamás con esa impropia, masticable cola de pez que algunos artistas pudieran atribuirle?), hija de Arqueloo, ninfa de esa extensión pulida y vítrea, lustros y mareante, fluida y zigzagueante, casi demoniaca o buziráquica... ¡*Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca...* Esa voz: dulzura, ternura, locura. Inquietud, congoja, angustia, desasosiego, ansiedad, zozobra, naufragio. ¡Odiseo a pique! ¡Los rumbos rumban rumbosamente en rumbantela, rumban rumberos y rumbáticos, zurumbáticos zumban por las zanjas en las zancas los zancudos!

El religioso se sobrepuso con tenacidad al temblor que le acometía brazos y piernas. Alzó la vista y pareció dispuesto a lo peor.

—Señora, quiero hablaros acerca de Lorenzo Spinoza.

Y, venciendo todavía la especie de calambre que le electrizaba las rodillas:

—Quiero interceder por él ante vos.

Catalina lo observó un instante, medio divertida y medio despectiva, con una sonrisa de ojos y dentadura, dentadura láctea y cegante en el gesto casi impúdico.

—Tendrás que esperar —dijo— a que baya hecho lo que vine a hacer.

Y extendió la mirada casi, casi imperial sobre la gleba tuerta

y manca

y malnacida

y espoleada

y escoliótica. Gleba

impura,

cambada,

pestífera,

chocarrera,
soez y
contusa. Ella era una hija del sol. Los demás una gleba:
húmeda,
húmida,
humecta,
humectativa,
humedecida,
humectaiile,
humifusa,
humienta,
húmica,
húmil,
humilde,
humildosa,
humiliante,
humillada,
humílima,
humillosa,
humana.

Pedro Clavel dejó los ojos clavados en el suelo. Había decidido esperar con paciencia pero, ante todo, con humildad. Aquí estaba en juego una vida y era una humildad que, como a fórceps, debía extraer de su propia soberbia.

El cónsul español había divisado a Catalina y se dirigía hacia ellos, abiertos los brazos en cuyas muñecas se agitaba la espumazón del encaje. Al ver al jesuita, preguntó con los ojos si no importunaba. Cuando la mujer lo animó a seguir adelante, no pudo evitar una mirada de desprecio hacia el profeso de cabeza gacha que parecía morderse los labios frente a ellos. Por algo Juan de Mañozga pensaba que España había cultivado el poderío imperial sólo para vencer un sentimiento de inferioridad — señora— dijo con una venia.

Catalina le alargó la mano para que la besara. —¿Qué noticias traéis de España? ¿Es verdad que Pablo Claris encabeza una insurrección contra el rey?

—¿Cómo os habéis enterado? —se asombró el funcionario, ignorante de las habilidades extraordinarias de Rosaura García—. Anclé en Cádiz, a mi regreso de Biafra^[3]. Tuve que hacerme a la mar a las pocas horas porque algunos negros venían apestados, pero recogí información.

—Os to agradezco altamente —dijo Catalina. En el óvalo de su rostro se insinuaba una ligera palidez.

—Traigo también para vos, en la galera, algunos presentes —añadió el hombre, como si las noticias pudieran esperar. Pero la mujer lo contuvo.

—Habladme de España, os lo ruego. Las informaciones de que dispongo son

fragmentarias y alarmantes.

—No quisiera tener que hacerlo —se lamentó el cónsul—. Pablo Clarís ha proclamado la República Catalana bajo la protección de Francia y reconocido la soberanía de Luis XIII. El movimiento *dels segadors* persigue el nuevo auge del comercio catalán, cuya decadencia es verdaderamente lamentable. Nada hay que hacer, a menos que a todas nuestras desgracias queramos sumar la de otra guerra con Francia. Y, como si esto fuera poco, los portugueses han declarado una lucha separatista bajo el mando del duque de Braganza. El derrumbamiento ronda a España. Los poetas madrileños hablan ya de las ruinas de la patria. La Guerra de Flandes está para perderse desde cuando, como bien lo sabéis, el Conde-Duque se negó a prorrogar la tregua.

Una sombra cruzó por el rostro de la mujer.

—La verdad —dijo—, Guzmán y Pimentel ha labrado la ruina del rey.

El cónsul agachó la cabeza en una actitud muy parecida a la de Pedro Claver, pero así lo comprendió muy pronto y volvió la vista, otra vez altanera, a la nave, de donde un grupo de soldados descendía ahora con los presentes para Catalina. Estos consistían especialmente en sedas joyantes, objetos de porcelana y miniaturas. Las malas lenguas dirían mucho más tarde que, a bordo de este galeón, le había traído el yelmo de Mambrino.

—Lo único por lo que ruego a Dios —dijo la bella mientras examinaba los regalos—, es porque acabe pronto este año bisiesto.

El funcionario dijo que sí con ademán fatigado. El sudor le corría a chorros y el pañuelo de tafetán estaba empapado.

—Y porque vuelvan los buenos tiempos —agregó sin mucha convicción. Su mirada se había cruzado con la del negro en tarantismo y éste le había pelado unos dientes de coco, lo único blanco (porque sus ojos eran una conjuntivitis bermeja) en su rostro perlado de sudor. Entonces el negro inició una tonadilla exasperante que el funcionario se decidió, agobiado por la canícula creciente, a ignorar. *Mi señora no me quiere, mi amo no me puede vé; y la señora chiquita dice que me la a vendé por un plátano maduro y una totumita e mié...*

¡Broma, broma pesada!

—¿Creéis posible —insistió Catalina, acariciando con algún entusiasmo una figurilla de porcelana que representaba a Mummu mesopotámica con una argolla en la nariz y una cadena remachada en la argolla— que los Braganza se salgan con la suya? ¿Cómo podrían ser más fuertes que España?

El cónsul se limitó a dar vueltas a los ojos, enigmáticamente, en las órbitas. La tonadilla del negro lo tenía medio hipnotizado.

—¿Cómo Pedro Claris podría ser más fuerte que España? ¿No somos los depositarios y mayores defensores de la fe de Cristo?

—Quizá —se atrevió a decir por fin el funcionario—, pero cuando algo está podrido en el organismo, si no se lo corta a tiempo, acaba devorándolo todo. No lo sé,

pero algo tiene España podrido hace mucho tiempo.

Y, como si el calor estuviera sacándolo de quicio:

—Lo que nunca he podido entender, señora, es vuestro interés obsesivo por la política. ¿Qué puede a vos interesaros la política?

La mujer alejó la mirada hacia la superficie suda y metálica de la balda.

—No es propiamente la política lo que me interesa No sabría explicároslo, cónsul.

—Sois muy bella.

-Ya lo me lo habíais dicho en vuestro viaje anterior.

-Entonces érais también muy bella.

Catalina esbozó una levísima sonrisa, que él no pudo recoger en toda su impalpable sublevación porque el negro cantó en aquel momento: *Zaranga musinga mató a una mujé con un cuchillito der tamaño d'é...* Y, cuando la tonada se hubo amazacotado en el ambiente, ella le tendía la mano para despedirse, sin que mediara agradecimiento por los regalos, de cuya procedencia no se habló y de los cuales el cónsul no podía ser más que un intermediario.

—Ya lo sabéis —murmuró mientras besaba otra vez aquella mano lejana—: servidor vuestro *usque ad mortem*.

Pero los tonos afectados no impresionaban a Catalina.

Subió al palanquín y dio a los esclavos orden de marcha, sin dignarse mirar a la caravana de soldados que se disponía a seguirla con los presentes ni al cónsul deprimido que se hostigaba con el rapé las membranas pituitarias. Sólo cuando el exótico vehículo anduvo casi diez metros reparó de nuevo en Pedro Claver, clavado y con la vista gacha en el sitio en que se lo ordenara, adormilado en el colmo de la obediencia, h́umil, humilde, humildoso, huḿilimo, entre las cadenas de sus circunstancias, dispuesto a esperarla allí toda la vida si fuera preciso.

El palanquín dio media vuelta y fue a detenerse frente al religioso.

—Padre Claver —dijo Catalina— ¿tienes algún interés todavía en conversar conmigo?

Fue como si le hubiera dado una contraorden hipnótica. Claver alzó la vista y la posó suavemente —“qué dijiste, qué dijiste”— en la de la mujer^[4].

—Si vos quisierais —repitió maquinalmente— venir conmigo al convento...

(*No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa de Jehová tu Dios por ningún voto...*)

—... si quisierais venir a la Compañía...

(*Porque abominación es a Jehová tu Dios tanto lo uno como lo otro...*)

—... os pudiera persuadir quizás de lo que digo.

—¿Persuadirme de que Lorenzo Spinoza es una inocente paloma? —preguntó ella, de nuevo con aquella sonrisa impúdica.

La mirada de Pedro Claver era una dura súplica.

—¿Ignoras —siguió ella— que Spinoza fue protegido de los Braganza y que esos

hijos de mala madre acaban de alzarse en armas contra nuestro rey Felipe? ¿A esa ralea quieres proteger?

—Lorenzo Spinoza ora un niño cuando su padre fue protegido de los Braganza.

—Pero los judíos están expulsados de las Españas. La protección de los Braganza no era sino un desafío a la corona española.

—Además, se trataba de un hombre de letras, no de un guerrero ni de un conspirador. Os encarezco que me escuchéis.

—En ese caso -dijo Catalina—, acompáñame tú, padre Claver, a casa. Puedo muy bien darte unas cuantas sorpresas y quién sabe si termines de mi parte.

El profeso titubeó antes de subir al palanquín. No ero lo mismo un convento que un conventillo.

Los cartageneros que a esa hora iban a mercar, los que volvían de la plaza con las cestas repletas de gallinas, pavos, piñas gigantescas y papayas dulces, se sorprendieron de ver aquel cuadro extraño que unía lo sagrado y lo profano en una masilla de buen material chismográfico. Los negros corrían con el palanquín; en el palanquín iban la sirena de lo Calle del Poro, con un aire soñador y preocupado, y el jesuita todo abnegación que lamia las heridas de los esclavos; y tras el palanquín el séquito de soldados portando los ricos obsequios... En todo podía pensarse, hasta en una boda repentina, menos en tina escena sagrada. Nadie dejó de evocar, por supuesto, al desdichado Obispo Ronquillo de Córdova, tan santo ciertamente como este jesuita.

—¿Debo pensar —dijo de pronto Claver— que lo que os ha llevado a incoar este proceso contra Lorenzo Spinoza ha sido más la política que la defensa de la fe cristiana?

En el palanquín sus cuerpos saltaban incómoda y rítmicamente y las palabras salían barbotadas de la boca.

—La defensa de España y la de la fe cristiana son una sola cosa —contestó la otra con cierto mohín altivo.

—Me duele creer —perseveró el religioso— que pueda Confundirse una causa espiritual con otra temporal.

—Convéncete, padre Claver —dijo Catalina—, de que la humanidad, todos nosotros, andamos metidos en un galeón que hace agua... Tengo la impresión de que este año bisiesto coincide con la fecha prevista de la muerte de Dios.

Pedro Claver se sintió fuera de lugar. No estaba habituado a oír estas expresiones.

—Aun creo poder convenceros, señora.

Pero permaneció silencioso hasta llegar a la famosa mansión. No podía dejar de pensar en el privilegio (¿sacrilegio?) que para un humilde (¿soberbio?) varón como él significaba el ser recibido en el palacete de esta dama (¿damisela?) de alto coturno, pero comprendía que era un honor similar al de visitar a Cleopatra en su viejo camarín del infierno. E imaginó el segundo círculo y a Minos examinando las culpas a la entrada y señalando a cada alma el lagar de su suplicio y el círculo de lujuriosos

donde empieza la serio de los siete pecados capitales y “la infernal borrasca” y el “negro confín del torbellino” y los lamentos y sollozos de quienes “negaron la virtud del don divino” y “el poder luciferino” y Semíramis que “dio de mamar a Nino” y la que fue “infidel a las cenizas de Siqueo” y a la helénica Helena y a Isolda la de Tristán, también llamada Iseo, y a Francesca de Rímini y, por último, a la propia Catalina, alta en su lujuriosa majestad, presidiendo los sulfúricos anillos de fuego. Sin embargo, la mansión tenía aquella mañana un aspecto apacible y tranquilizador.

Una negra vino a abrir y atravesaron la puerta cochera. Los esclavos colocaron el palanquín en el suelo con suavidad y Catalina hizo señas a Pedro Claver de que la siguiera. Por un pequeño zaguán llegaron a la sala, no tan espaciosa como él la imaginara, pero armoniosamente decorada con armas, porcelanas y mil costosas chucherías. La sirena lo invitó a adentrarse en un raro saloncito oculto al fondo por pesadas cortinas, esas cortinas rígidas y rojas que parecen condensar en ellas la inmovilidad del tiempo, desdoblado en transcurso sólo dentro de nuestra mente efímera, pero salvajemente monolítico en su última e inaccesible verdad. Era una salita de relojes. Los había de todas las épocas, formas y tamaños. La Muerte parecía campar en aquel conceso de sonidos rítmicos e isócronos. Un enorme reloj medieval de pesas asentaba su complejo y macizo mecanismo frente a una sencilla regla egipcia para medir el tiempo. Relojes poliédricos de Nicholas Kratzer competían con macabras figuraciones relojerías cuyas leyendas erizaban la piel. En un reloj alemán del siglo anterior una irradiante calavera presidía la inquietante divisa: *Mors certa sed hora incerta*. En un astrolabio inglés: *Redibo, tu nunquam*. Relojes irlandeses de agua en forma de cuenco. Clepsidras chinas. Relojes chinos de hora llenos de mármol pulverizado y hervido en vino. Relojes de aceite capaces de indicar la hora por el nivel descendente de la llama. Relojes de mercurio con discos y ruedas dentados y accionados con balancines como los de los ejercicios gimnásticos. El reloj diseñado por Galileo. Relojes con los signos zodiacales y las fases de la luna. Relojes con escenas pastoriles. Relojes ingleses de plata, en forma de calavera, cuyas esferas representaban escenas del Juicio Final. Y sobre ellos una trompeta de pistones... Claver fue invitado a sentarse en una silla de inquietante aire sacrílego, en cuyo asiento se dibujaba un diablote con la lengua afuera.

Catalina se ocupó de los regalos traídos en el galeón y, entretanto, una negra ofreció a Claver un suculento desayuno. Traía el cabello al rape en una forma que hizo sospechar al santo varón que pudiera tratarse de Dido en persona, esto es, la que fue infidel a las cenizas de Siqueo (Delenda est Carthago!, Delenda est Cartagena!), Dido-sirena amante de Eneas, Dido dada a su ínsita lascivia, Dido-duda, Dido didodecaedro de veinticuatro faces y veinticuatro fauces lujuriosas! *¿No precipitas la fuga mientras puedes hacerlo? Pronto verás la mar cubrirse de naves y brillar amenazadoras teas; pronto verás hervir en llamas toda la ribera si te coge la aurora detenido en estas tierras. ¡Ea, ve!, ¡no más dilación! La mujer es siempre voluble.*

¡Pesada broma, azoma!

Sólo al irse Dido, Pedro Claver comprendió que el succulento desayuno era para él. Y comprendió también que, si resolvía aceptarlo, si lo ingería, no tardarían el sudor frío y los retortijones que acompañaban indefectiblemente, desde su niñez, cualquier conato de satisfacción de la propia gula. De modo que dijo aquellas palabras, y su voz le sonó forastera en el ámbito profano:

—Señora, haced como si lo hubiera aceptado, pero hace tiempos que mi pobre estómago se resiente con los manjares y sólo acepta pedazos de pan duro, hostias y vino de consagrar.

Catalina estaba divertidísima. Ahora se convencía de que Pedro Claver no era un ser existente, de la manera que lo son los otros, sino una proyección, en tránsito a cuerpo glorioso. Retiró la bandeja y se puso a picar aquí y allá.

El sol entraba de lleno por la ventana embalaustrada de madera y el perfume de mangos, grosellas y mandarinas del patio, ponía un matiz afrodisíaco en el ambiente.

—Decías, padre Claver, que ibas a persuadirme de la inocencia de Lorenzo Spinoza. Y yo te decía que no puede ser inocente quien disfrutó del favoritismo de los Braganza. ¿Hemos llegado a alguna parte? ¿No será mejor disponer unas horas para la charla amena, lejos de hebreos y confabulados? A decirte verdad, has despertado desde siempre mi interés. Debes tener ideas muy extrañas y podría apostar a que riñes con tus superiores.

Los labios crispados de Claver dibujaron una sonrisa melancólica.

-Os equivocáis, señora. Soy, sobre todas las cosas, obediente. —E inclinando la cabeza—: Menos, claro está, cuando se trata de injusticias.

—Y... ¿qué entiendes por injusticia?

—El trato desigual, quiero decir, la mala distribución de las cosas.

—¿Las mismas por sobre las que eres obediente?

Claver se limitó a alzar las cejas sin comprender.

—¿No piensas que el interés del Estado está también por sobre el interés individual?

-No por sobre la justicia. Quiero decir, la justicia es más importante que ambos.

Catalina estaba a punto de echarse a reír.

—Pero ¿qué es la justicia?

—Pues... la buena distribución, la equitativa.

—O sea, que si la vecina tiene cinco esclavos, igual número debo yo tener, ¿no es así?

—No, por Dios, señora.

Ella simuló perplejidad.

-¿No?

El religioso estaba un poco desconcertado.

—Pues no entiendo.

—No es justo... para los negros —balbuceó él con una sonrisa tímida y medio estupefacta que en nada recordaba al hombre enérgico que entró aquella madrugada

en las barracas.

—No irás a decirme —bromeó Catalina, fingiendo un tono grave— que tu ideal son cinco esclavos negros para un blanco y cinco blancos para un negro. ¿Habría equidad de esta manera?

-No, no —a Claver empezaban a temblarle las manos y los ojos le daban saltitos de un lado a otro—. Lo que os quiero decir es que la esclavitud debe ser abolida.

—¿Abolida...? —ella estalló en carcajadas, vibrantes y finas carcajadas—. ¡Pero esto es herejía, amigo mío! La Iglesia tolera la esclavitud porque los negocios y la sociedad están edificados sobre esa institución y suprimirla acarrearía los más graves daños aún a los mismos esclavos.

Claver tuvo una tos convulsa. La sola vista de una comida opípara y los movimientos y ruidos isócronos de la relojería parecían haberlo turbado en exceso. Se sobrepuso y dijo:

—En otros tiempos los negocios y la sociedad estuvieron edificados sobre las instituciones paganas e, incluso, sobre el culto a los demonios. No, señora. Ningún daño es más grave que la indignidad. Señora, os suplico que no os burléis de mí.

Lo había dicho en un tono quejumbroso, pero en el fondo de aquellas palabras parecía hervir, a fuego lento, una convicción profunda. Catalina recobró la compostura y se puso, por unos instantes, a observar a aquel anciano flaco y tembloroso. ¿Era éste el curita legendario que sacaba esclavos a hombros de las barracas para restañar sus heridas en el convento?

Una brisa cálida desparramaba por la habitación aromas de huertos cercanos.

—Padre Claver, eres más pícaro de lo que suponía —dijo adelantando hacia él el índice en alto y dejándolo caer—. Pero también más inteligente. Ojalá pudiera entenderos a los revolucionarios. Sois la gente más extraña del mundo.

—Por Dios, señora, yo sólo me atengo a la razón natural...

—No lo digo sólo por ti. También por otros, los Braganza, Clarís. Pero ¿la razón natural, dices? ¿Y dónde me dejas la doctrina? ¿Te sublevas contra ella?

—Cristo nunca predicó la esclavitud ni la disculpó.

—Y por eso, quizás, los judíos lo mataron. En cambio, tú parece defender a los judíos.

—Ay, señora. —Pedro Claver inclinó la cabeza y dio la impresión de hallarse tremendamente compungido. Lo horrorizaba perder el tiempo y ya conocía de viejo los recursos sofisticados de la sirena de la Calle del Pozo, cuyas lucubraciones siempre tenían algo que ver con la oratoria de San Gregorio Niceno, la historiografía de Eusebio y Procopio y los dulces versos de Romano el Melódico, o incluso, cuando la conversación apretaba, con la magnificente crisoglia cucusiana de San Juan Pico-de-oro y los discursos imaginarios de Dión, su colega bitinio. Por eso hizo el ademán de levantarse y, de hecho, se hubiera levantado a no ser porque Catalina manipuló en aquel instante el mecanismo de un relojito cercano y sobre la salita comenzaron a verterse notas de recóndita dulzura, melodías de ultracielo que

narraban historias de amor y sacrificios de santos patriarcas.

El ámbito quedó inserto en la magia.

La música contrapunteó, divagó *punctus contra punctum* enfrentando historias de doncellas cautivas por dragones a leyendas de espectros de parejas enamoradas que aullaban en derruidos castillos; narró las tribulaciones de un santo monje tentado por Satanachia; ilustró el viejo romance, tema socorrido de literatos tudescos, de Marcel el pechero y la reina Herzeloyde, viuda virginal de Kastis, hija del rey del Grial y soberana de Kanvotéis, y ya no contrapunteó, sino contrapuzó con los dos bellos versos: “*Plaisir d’amour ne dure qu’un moment, chagrin d’amour dure toute la vie*”. Y del contrapunto pasó a la síncopa, a la sincopada música del síncope, a una sincopada música inoída por oídos de entonces, de sonidos inoídos de instrumentos insospechados, de síncopa y modulación, en compás de 4/4, con profanas improvisaciones sobre las cuatro partes obligadas del bajo y los acordes a que daban lugar, con verdaderos alaridos de metales, banjo, percusión, portamento, música demoníaca o buziráquica. Y Claver quedó clavado en su silla sacrílega. Y la mujer inició una danza frenética por la salita llena de relojes, de tictaques, de movimientos perpetuos, de macabros recordatorios; danza de bayadera o bayana extremadamente lasciva; contonea ardiente, ritmo fulminante del caderamen, cifra de los dedos brahmánicos enfrentados, signo del rostro elusivo, delusivo... Era el rito secreto de las huríes, de las valquirias, de las náyades y nereidas.

Era el sacrificio perpetrado fuera del tiempo, el sacrificio inmóvil y vertiginoso, la santidad desincrustada del transcurso, el ritual sereno, la milenaria danza de lo eterno.

¡Era la revolución atemporal de Catalina de Alcántara! Algo que llenaba una borrosa necesidad, una especie de venganza de lo inmanente; una equivalencia abstracta de las bacanales adónicas, dionisiacas o diabólicas. El fiel que venía a equilibrar la balanza corrompida.

Y la música, entre elegiaca, angustiada, lúbrica y díscola, lo pedía. Pedía que Catalina, cuyas evoluciones poseían aéreas gracilidad, facilidad, fragilidad, agilidad, se fuese paulatinamente despojando de las talaes sederías, de sus pendientes y arracadas, de sus sencillos escaarpines, hasta quedar desnuda por completo en el centro de la sala sonora de relojes como de enjambres de abejas antiguas, colmenar de relojes susurrantes, premonitorios, con su sexo oscuro y poderoso fulgurando como el mismo Santo Grial de las delicias ante los ojos estupefactos y desmesurados del varón.

Y todo aquello poseía una lógica simplicidad, una tatuaria determinación, como si las mismas circunstancias lo hubieran impuesto y la misma razón natural lo autorizara como la suma catarsis de la sinceridad, como el ritual de las antiguas místicas, como si el ser humano precisara de la total desnudez, en oposición a los disfraces de las carnestolendas mágicas y futuras, de los futuros mágicos oncesdenoviembre, para reintegrarse a su primitiva esencia salvaje, colindante con el

más salvaje ascetismo, el ascetismo de los monjes flagelados en sus celdas nocturnas, cubiertos de ásperos cilicios, espiritualmente aulladores en el eterno miserere aullante y seráfico del gran rey teocrático, en el salmo desgarrador y purificador: *Miserere mei, Deus, secundum magnum misericordiam tuam!*...

Ahora las notas eran un único alarido universal y la cegadora desnudez de Catalina seguía evolucionando por el recinto ante los ojos perplejos y el cuerpo rígido de Pedro Claver. Por un momento, el religioso estuvo a punto de comprender el significado total y profundo del desnudo humano, su necesaria afirmación sobre la hojarasca hipócrita de la tela; estuvo a punto de comprender que el pecado de Adán no estuvo en devorar la manzana, sino en haber ocultado su cuerpo. Se sintió penetrado por aquella decantación de la forma que se reproducía, en posturas de danza, ante su mirada. Pero pudieron más los años pasados en la Compañía, Pudieron más que el grave sacrificio ritual de Catalina de Alcántara, que su artero montaje inspirado por la desesperación, y Pedro Claver logro ponerse de pie.

Se puso de pie y empezó a retroceder ante la nueva ofensiva de la mujer, que ahora, con el torso hacia adelante y la cabeza colgándole como el follaje de un sauce de Babilonia en milenaria penitencia, avanzaba hacia él con un gesto de éxtasis que hizo pensar al profeso que estaba poseyéndose a si misma.

Claver gritó: *Vade retro, vade retro...* Y con un alarido de pavor se precipitó hacia la salida.

Catalina cayó de rodillas, exhausta y avergonzada.

Sólo al rato vino a darse cuenta de que el jesuita, en su huida, había echado al suelo y quebrado en dos la trompeta del Juicio Final.

Para Rosaura García no era un secreto el modo como a estas tierras en que ella vio la luz y la vieron de siglos y decenas de siglos atrás muchos de sus antepasados, llegaron las primeras vacas.

Justamente la mañana en que Pedro Claver salió despavorido de casa de Catalina de Alcántara, quebrando en dos de pasada la trompeta del juicio Final y obsesionado sin remedio por la desnudez maravillosa de la viuda, la hija de Juana García, desde su incómoda posición levitada, pensaba en la necesidad de abrir a los ojos del populacho el mundo asombroso de su presciencia y relacionaba directamente esta necesidad con la llegada de las primeras vacas al Nuevo Reino. Era como si la misma urgencia que impulsaba a Catalina a mostrarse en el milagro vivo de su desnudez, la moviera a ella a hacer, de una vez para siempre, la revelación pública de su don futurible, la desnudez total de su mente abierta a los vericuetos del porvenir pero nutrida de pasado como de un sedimento suave y musgoso sobre el cual corriesen las aguas cristalinas del tiempo.

Suspendida casi al nivel del techo, Rosaura se maravillaba ella misma del valor con que supo sortear, en su juventud, las azarosas situaciones que su condición de bruja y nigromante le planteaba a cada paso. Recordaba el coraje que necesitó para convertir en una polla de verdad la polla del desnarigado y la serenidad de que hizo alarde una vez visto, en su lebrillo lleno de agua, el trágico fin del Fundador en aguas de la Española. Reconocía, no obstante, en su fuero más íntimo, el temor que siempre le infundió la Inquisición y, en particular, el que experimentó toda su vida ante la majestad sanguinaria y vesánica de Juan de Mañozga.

Todo esto, a la postre, daba un aire heroico a la decisión que estaba a punto de tomar. Después de todo, la prédica pública no era permitida por aquellos días y, aunque disfrutara de su respeto, estaba segura de no contar con la protección de Catalina de Alcántara, como sí contó el charlatán de Mardoqueo Crisoberilo, q. e. p. d., cuyos poderes no podían compararse a los de ella.

En los tiempos en que a estas tierras llegaron las primeras vacas, otro gallo cantaba. No existía la Inquisición y sus facultades nigrománticas eran admiración y respeto de toda la villa. Los caciques le rendían inusitado homenaje y cada semana llevaban puntualmente a su casa escriños repletos de aguacates, guanábanas, legumbres, verduras y aves de corral, en prueba de sumisión y fervor a sus altas dotes de hechicera. Uno de aquellos escriños utilizó alguna vez Pedro de Heredia para colarse en su vivienda.

En la incomodidad de su levitación, Rosaura buscaba en su memoria el vaho estercolizo de aquellas vacas que a todos se les antojaron sobrenaturales, De allí quizás que más tarde las consagraran como vacas del aguardiente. La primera reacción de los naturales fue querer convertirlas en vacas sagradas. Si lo hicieron o no, Rosaura no recordaba. De todos modos, no ignoraba ella que en el antiguo Egipto tuvieron ese carácter. Lo bueno del asunto fue que los animales fueron traídos por el Adelantado Alonso Luis de Lugo, quien, para venderlos a mil pesos de oro cabeza,

debió valerse de los poderes de la hija de Juana García.

Tocando casi el techo, la anciana experimentaba aun un estremecimiento de placer y despecho entremezclados al evocar la estampa del Adelantado Alonso Luis de Lugo. Ah, cómo lo hubiese cautivado con sus malos hechizos si una hermana de ella^[5] misma no lo hubiera espantado con sus zalamerías y amor desvergonzado, y forzado a huir al interior del Nuevo Reino. Pero, a decir verdad, Rosaura García sólo interrogó una vez al lebrillo para conocer su propio futuro, y esto ocurrió siendo ya muy anciana, y el lebrillo mintió pues le anunció una muerte próxima que, pasados los años, ella, desde su aéreo suspenso de pelusa, había llegado inclusive a desear rabiosamente.

Aquel santo temor de indagar en el lebrillo sobre su propia persona le impidió prevenir a tiempo algunas desventuras que le estaban deparadas. Entre ellas, el fracaso de su amor hacia el Adelantado Alonso Luis de Lugo, amor con mucho más fuerte del que sintió hacia Pedro de Heredia. Y amor que, dicho sea de paso, nació, creció y alentó entre el aliento vahoso de las vacas y la desparpajada pereza de los sementales, entre el transporte de forrajes, de cebada, remolacha, mijo, sorgo y festuca, y la búsqueda misma de tubérculos y rizomas que el apuesto señor pagaba en proximidades de la villa.

Alonso Luis de Lugo era, por así decirlo, una versión menos pasable de Pedro de Heredia. Se le parecía en lo juerguista, lo despótico, lo desvergonzado, etc^[6]., con el simpático aditamento de saber muy bien lo que quería y no apartarse de aquel deseo hasta obtenerlo. La cuestión de las vacas fue sólo una muestra. Desde su impalpable nicho en el aire, Rosaura García debía reconocer que estuvo magnífico el día que compareció en su casa, con sus tufillos de falso aristócrata, y le ordenó convertir en leche de vaca todo el agua legamosa de la Ciénaga del Ahorcado.

Para Rosaura aquello era juego de niños, así que, sin poder rehusar la petición de alguien que representaba en persona a la bizarría, decidió realizar un prodigio que asombrara más al solicitante y contraviniera los dictados de la naturaleza aun en terreno tan delicado como el de las fuentes mismas de la vida. Fue así como la Ciénaga del Ahorcado amaneció transformada un buen día en un considerable charco de semen.

Inicialmente el Adelantado, ignorante del escamoteo de su propósito, logró lo que quería, esto era, hacer creer a los posibles compradores que debía arrojar en la ciénaga las enormes cantidades de leche que producían sus vacas. Se trataba de un legítimo truco publicitario absolutamente de vanguardia en aquellos tiempos. Al fin y al cabo, la lecho en cuestión no ora aprovechable, dado su carácter mágico e ilusorio. Pero lo que ignoraba Alonso Luis de Lugo era que los trucos de Rosaura provenían de peligrosas distorsiones espaciales y tenían, por tanto, una amenazadora aproximación a la realidad.

Al filo de la medianoche siguiente y con el cambio de dirección del viento, un aura afrodisíaca sobresaturó la ciudad del aroma de pescaderías de la esperma densa y

activa. Rosaura, desde su anormal suspensión de motita, sentía una especie de opresora melancolía al evocar el episodio. Los hechos demostraron que, exactos nueve meses después, los nacimientos llegaron a quintuplicarse en la villa. El propio Alonso Luis de Lugo poseyó a siete hembras distintas aquella noche, pero ninguna de ellas —¡ay!— fue Rosaura, quien, en cambio, sufrió espantosas pesadillas en el lecho en que, meses antes, fuera a su vez poseída por el fundador Pedro de Heredia. El peor de todos aquellos sueños fue el de una colosal vagina que, cernida sobre la ciudadela, unía su óvulo a la inmensa masa de fluido seminal para engendrar an gigantesco bebé que se alimentaba de vacas crudas y enteras. Al despertar, invocó a Buziraco para que anulara el prodigio, pero no pudo apartar de su cabeza la idea de que aquel enorme charco de semen representaba en cierta forma al hombre por cuya solicitud indirecta fue creado. Y anheló estrechar a Alonso Luis de Lugo entre sus brazos de bruja sabia.

Ahora, pasado tanto tiempo, comprendía que la idea de dar consistencia de esperma a la leche pedida por el Adelantado, poseía un significado más hondo: era su necesidad de dar a la brujería un sentido procreador de alcances casi divinos, el sentido exacto de su proyección poliédrica en contraste con el maniqueísmo español; el sentido que le daría si se resolvía de una vez a poner en práctica los pensamientos que, desde su levitación legendaria, se le revolvían en el magín.

En los años en, que el Adelantado Alonso Luis de Lugo pasó por Cartagena, ella carecía aún de esta conciencia plena de la dinámica universal y humanista de sus artes brujescas. Más todavía: sus sentimientos eran inmaduros y se dejaba arrastrar a todo trance por la pasión. A todo dio contribuía, por supuesto, el ambiente que se respiraba en la ciudad, aquella tufarada de aventura esparcida en la atmósfera, la dimensión hechizada que a un tranquilo poblado de indios caribes imprimió la llegada de esta punta de españoles ambiciosos de oro, cuyas barbas doradas arrebatában el corazón de las nativas, al punto de hacerles tragar la leyenda no tan dorada de la Fundación y el Descubrimiento: no tan dorada, pues los nativos hacía siglos que^[7] habían descubierto estas tierras e incluso a sí mismos y, en cuanto a la Fundación, Rosaura no ignoraba que la ciudad existía de siglos atrás con otro nombre y que los propios hombres de Heredia, al desembarcar, tuvieron que usar por mucho tiempo, para abrigarse, las chozas de los indígenas.

Rosaura anduvo de arriba para abajo con el Adelantado todo el tiempo que éste gastó en asegurar la provisión de forrajes y colocar bien sus vacas o, al menos, parte de ellas, pues otras las llevó consigo al interior del Nuevo Reino cuando la hija segunda de Juana García lo hizo víctima de sus chantajes infames. Mas sus aspiraciones amorosas, ¿cómo no recordarlo desde su fermentada elevación de mística?, fueron a estrellarse siempre contra el fino cinismo de Lugo, para quien sólo contaba, en punto a lances de amor, la conquista difícil y lenta. De nada le sirvieron los hechizos. Y, por lo demás, su propio estado de ánimo la indujo a cometer errores garrafales, como aquél cuya consumación convirtió a Alonso Luis, por varios días, en una hirsuta pelambre ambulante. Todo se debió a haber Rosaura confundido el filtro

de amor que proyectaba dar de beber a su amigo, con una vieja receta de Cleopatra contra la calvicie de Julio César. La bruja mezcló ratones domésticos quemados, grasa de oso traída de España, médula de gamo, hollejo de vid quemado y corteza de junco; machacó todo aquello, lo mezcló con abundante miel y lo guardó en una vasija de latón. Lo normal, con esta receta, hubiera sido aplicarla a modo de pomada sobre las partes de un calvo afectadas por la atriquia o alopecia; pero Rosaura la dio a beber al pobre hombre y éste se llenó de pelo por dentro y por fuera como una oruga vellosa y debió recluirse varios días agobiado por la desesperación. Por fortuna, las fórmulas contra la calvicie han estado proverbialmente condenadas al fracaso y, a la vuelta de una semana, el Adelantado recobró su aspecto habitual. Rosaura lloró desconsolada todo el tiempo que duró el daño hecho, pero Buziraco se abstuvo de acceder a sus megos piadosos: una bruja no debe equivocarse nunca.

Desde luego, Lugo jamás supo que todo había sido resultas de los hechizos de su poderosa conocida y arguyo para su capote que si se había cubierto de pelos era porque le iría muy bien en el negocio vacuno, y que de los pelos salidos ninguno era de tonto, y prensó también que sus aventuras podrían tener algunos pelos y llegó a decirse que, de allí en adelante, sería capaz de contarle los pelos al diablo y todo, por lo demás, le saldría al pelo, a lo cual se añadía el saber íntimamente que había tenido pelos en el corazón y le habían relucido, hasta cuando, de tanto pensarlo, quedó hasta los pelos de aquel asunto. Fue por aquellos días que la hermana de Rosaura, menos discreta, penetró a medianoche en forma de gato negro a casa del Adelantado y sin otro recato, adoptando de nuevo figura humana, intentó forzarlo al acto sexual después de haber convertido su miembro viril en una brujilla que, movida en cualquier dirección, volvía a quedar siempre derecha. Alonso Luis, que no toleraba el amor impuesto, se libró de la acometida arrojando baldes de agua a la hija segunda de Juana García, la cual, recién metamorfoseada de gato, conservaba ciertas reacciones del animal y huyó sin insistir, pero también sin volver a la naturalidad el sexo del Adelantado.

Cuando éste fue a pedirle que deshiciera el maleficio, la malévola mujer lo extorsionó sexualmente y Lugo tuvo que complacerla. Rosaura rabiaba a tres metros del suelo cada vez que le venía a la memoria el *rostro descarado* de su sinvergüenza hermana. Y ocurrió que, no saciada esta última, Alonso Luis de Lugo no pudo conciliar el sueño nunca más, mientras no abandonó la viña, pues los maullidos de los gatos nocturnos le ponían los pelos de punta y la carne de gallina, con lo que imaginaba haberse transformado otra vez en un churrusquín.

Los apetitos sexuales de la hija segunda de Juana García no se acallaban, sin embargo, con sólo huir su víctima de la ciudad. Rosaura recordaba muy bien, en su desasimiento de vellosilla, cómo su madre y su hermana (que eran inseparables) siguieron a Lugo hasta el interior del país, donde el perseguido, bajo tremendas amenazas, tuvo que instalarlas de su faltriquera en una modesta casita de la altiplanicie santafereña.

Lo demás lo vio Rosaura en su lebrillo de bruja sabia. No bien llegado a Santa Fe^[8], Alonso Luis de Lugo, ávido de dinero, intentó remover la confirmación del repartimiento de las encomiendas del Reino, hecha por don Jerónimo Lebrón; los conquistadores montaron en cólera y uno de ellos, el capitán Gonzalo Suárez Rendón, le puso demanda ante el Consejo de Indias. Lugo hizo bien poco caso de todo aquello: con la misma desfachatez con que pretendió haber fundada a Mompox a su piso para el altiplano, adujo luego haber fundado a Tocaima y descubierto el valle de Ibugué. Regó a sus hombres:

los Montero,
los Manrique de Velandia,
los Riquelme,
los Sandoval,
los Vargas,
los Sosa,
los Fernández,
los Velazco,
los Penagos^[9],
los Álvarez,
los Mayorga,
los Vergara

y los Mejía por todo el derredor santaferño, en especial Tocaimá, Tunja, Vélez y otras aldeas próximas. Se hizo famoso por su despotismo, crueldad e inmoralidad. Violó doncellas y robó a los caciques. Cuando la situación apretó, tomó en rehenes al propio Suárez Rendón, lo llevó cautivo a Santa Marta y de allí, a despecho de las órdenes en contrario de España, al Cabo de la Vela, donde el prisionero, a la única oportunidad, tomó soleta y fue a dar a los Madriles, donde presionó a las Cortes y obtuvo la captura de Lugo y su destierro a Mallorca. Alonso Luis, sin embargo, pudo sobornar a las autoridades con el inmenso botín que llevaba de las Indias, se hizo reintegrar a sus títulos, obtuvo mando de tropas en Italia y, gracias a su lebrillo de bruja sabia, Rosaura pudo verlo morir remordido y desesperado en la vieja Milán de los Visconti y los Sforza.

Justamente la mañana en que Pedro Claver salió despavorido de cosa de Catalina de Alcántara, quebrando en dos de pasada la trompeta del Juicio Final y obsedido sin remedio por la desnudez maravillosa de la viuda, la hija de Juana García, desde su incómoda posición levitada, pensaba en la necesidad de abrir a los ojos del populacho el mundo asombroso de su presciencia y relacionaba directamente esta necesidad con las nefandas proezas de su madre en el altiplano santaferño, donde desacreditó a la buena brujería y se hizo endilgar vela penitencial y echar dogal al cuello.

Todo esto lo vio Rosaura en su lebrillo lleno de agua. Primero fue el asunto de los papeles murales pegados en el Cabildo, que hablaban de la pérdida de la nao capitana y la muerte de Heredia y los oidores Góngora y Galarza. Recién habían llegado los dominicos al Nuevo Reino y Juana García los alborotaba de esta forma, a sabiendas de que andaban a la caza de brujas para desacreditar la profesión en estas tierras y justificar su presencia en las Indias. Luego fue la cuestión de la manga de grana.

Y todo porque Juana García se hizo comadre de Julia Ortegón y el marido de esta última decidió ir a Sevilla en viaje de negocios y Julia Ortegón resolvió ponerle los cuernos y la barriga le creció de meses. Y ella se consternó porque el marido venía ya de vuelta y nadie quiso hacerla abortar. Y apeló entonces a las artes de Juana García y ésta acudió a su lebrillo y le preguntó a Julia Ortegón qué veía en él. Y la preñada le dijo que veía a su marido y a una mujer y a un sastre tijera en mano. Y que el sastre iba a cortar un vestido que su cónyuge regalaba a la muy^[10]. Y que ya había cortado una manga. Y Juana García le preguntó si quería tener la manga y Julia Ortegón dijo que si. Y la bruja la sacó del mismo lebrillo y se la dio y le advirtió que su marido estaba en la isla Española de Santo Domingo y que tardaría en llegar mucho más que ella en tener el bastardo y otro si así le apetecía y que se despreocupara. Y Julia Ortegón echó la manga en un baúl y esperó alegremente y cuando su marido regresó ya el bastardo corría por la casa so pretexto de ser huérfano recogido. Y a Julia Ortegón le dio por pedir ropa y más ropa a su marido. Y éste la complacía y ella pedía más. Y por último el hombre estalló en cólera y le negó el faldellín de paño verde que le exigía. Y Julia Ortegón lo increpó que si fuera para la putica de la Española no pondría tantas excusas. Y el hombre se amoscó de veras y sospechó que sus amigos lo hubieran denunciado y negó en redondo la historia de Santo Domingo. Y Julia Ortegón sacó entonces la manga del baúl y él quedó de una pieza como la misma manga y zalamería va o viene le hizo desembuchar a la mujer la historia de Juana García. Y con la historia marchó donde el señor Obispo que era a la vez Inquisidor y el Santo Oficio tomó cartas con Juana García y salió a relucir la historia de los papeles murales y se sustanció la causa y el Obispo la sentenció y la pusieron en el tablado con el dogal al cuello y la vela penitencial en la mano y luego la desterraron y confesó que cuando fue a Bermuda alzó el vuelo desde el cerro que está detrás de Nuestra Señora de las Nieves y pasó mucho tiempo sin que quitaran al promontorio el nombre clásico de Juana García.

Así lo vio Rosaura en su lebrillo. Y así lo recordaría suspendida casi al nivel del

techo, la mañana en que Pedro Claver salió despavorido ante la incomparable desnudez de Catalina de Alcántara, como José ante los reclamos acuciosos de la esposa de Putifar.

Por eso pensaba en ilustrar al mundo sobre la importancia y necesidad de la brujería. En expandir a los cuatro vientos, antes de su muerte inevitable, la voz de su clarividencia. Soltar su premonición sobre las pjaras colmadas de

guerreros.
doctores en cánones,
hombres de letras,
cultores de la gaya ciencia,
médicos ilustres,
marinos hábiles,
altas damas,
doncellas de encendido rubor,
donceles tímidos,
clérigos mendicantes,
gente desharrapada^[11],
gente de la laya,
pendangas,
perendecas,
bagasas,
hetairas,
suripantas,
buscones,
pícaros,
pecheros,
esclavos,
encomenderos
y mitayos...
Difundir su palabra.

Quizá lo hubiera hecho mucho antes si el fantasmón de Joan de Mañozga no se hubiera interpuesto entre sus deseos y su instinto de conservación. Si su amor a la vida no hubiese prevalecido sobre su amor a la verdad. Por eso esperó tanto tiempo, carcomida por sus aspiraciones humanitarias, a que la larga paciencia terminase por borrar todo miedo de su pecho, a que el anhelo rumiado por años se sobrepusiera finalmente al temor que las insignias del Santo Oficio le suscitaban. Ahora, desde su ingrávida posición aerostática, comprendía que el amor a la vida había muerto por fin en su corazón e intuía llegado el momento de proyectarse, sin tasas, hacia la plenitud cósmica, de la que sólo nos separa el apego a nosotros mismos.

Quizá lo hubiera hecho mucho antes. Quizá cuando su culto, el culto de Buziraco, fue perseguido como estigma inmundo, como úlcera viciosa por los esbirros de

Mañozga. Quizás cuando Luis Andrea, su amado discípulo, padeció el tormento, pues ella mejor que nadie sabía cuáles fueron el ideal de Luis Andrea y las auténticas aspiraciones que se movieron en torno al culto del cabrón negro. Pues conoció a Luis Andrea y bien sabía que él vislumbró en la magia el principio elemental de la dinámica humana, el más activo motor de multitudes y, por tanto, el medio más directo de afirmar la libertad individual y gregaria: el *Non Serviam* buziráquico.

Andrea, a quien evocaba en su greñado talante de cimarrón, en su imponente aspecto de superhombre, supermulato, al oficiar frente a la moya repleta de agua como su lebrillo, pues Buziraco era un negro de agua, un dios de agua y sus hierofantes orugas que dormían el día en los palos de bálsamo y la noche abandonaban la crisálida y remontaban el vuelo como mariposas negras y felpudas^[12].

A quien evocaba en su carácter encogido, tímido, retraído, cuando ella lo adiestraba en los secretos buziráquicos; en su natural bondadoso cuando no lo encendía la llamarada sacerdotal, la llama mórbida de su culto. Ella lo vio nacer y esa noche, noche de aquelarre, se vieron grandes señales en el cielo, como en la del nacimiento de Abenámar. La carátula de cuernos esquinados, nudosos y vueltos hacia atrás se dibujó en el firmamento nocturno y la risa de Buziraco conmovió al universo. Había nacido el Cristo de las Indias, que moriría en la hoguera treinta y tres años más tarde sin redimir a nadie con su sacrificio. Sus primeros vagidos fueron los de una fierecilla a la cual el nacer encadena a la esclavitud de la vida. La zamba, su madre, era uno de los innumerables parientes de Rosaura y estaba iniciada, por supuesto, en la magia negra. Su PA (tasdecabra) DRE se confunde en los fines latréutico y soteriológico de la brujería. (Sin embargo, se dijo, para despistar, que era un jurisconsulto bolonio que, de viaje por las Indias, poseyó a la nativa en un rasgo de flaqueza del que se arrepintió más tarde y trató de purgar escribiendo, a su regreso a Italia, un grueso tratado *De sponsalibus et matrimonibus*.) A los cinco meses, Luis Andrea realizó su primer prodigio: demostró públicamente saber expresarse, a la perfección, en

calamarí,
español,
sánscrito,
hitita,
chibcha,
quechua^[13],
aimará,
maya de Yucatán,
lacandón de Chiapas,
pácrito,
zendo.
jónico,

cólico,
koiné,
gótico,
provenzal,
gallegoportugués,
moabita,
asirio,
cananeo,
arameo,
sardo,
lético,
copto,
serviocroata,
gaélico,
británico,
libiobereber,
vascuence,
etrusco,
argot parisino,
dálmata,
rumano,
latín culto,
italiano,
chuj,
mam,
urdú,
bantú,
revesino

y otros tres mil doscientos cuarenta y cinco dialectos. A los ocho meses, Luis Andrea realizó su primer milagro: sobrevoló la ciudad en una noche de luna llena y desató, a su capricho, una gran tempestad. Pero esto era lo que los innumerables parientes de Rosaura afirmaban y, valga la verdad, desde su insólito nicho en el aire ella sabía lo imaginativo que solían ser, al punto de no estar segura ni siquiera de la autenticidad de su aérea ubicación de pelusa.

Nadie, sin embargo, dudó jamás de la predestinación de Luis Andrea. Era un niño hirsuto y retraído que, a los pocos años, fabricaba con elementos rudimentarios unas diabólicas máquinas y artilugios de fantasía con los cuales conseguía sembrar el miedo en los contornos. Entre sus invenciones estuvo la del pararrayos, que más de un siglo después detentaría Benjamín Franklin con un criterio imperialista de la propiedad intelectual. Los numerosos parientes de Rosaura le atribuyeron también el descubrimiento del sistema cuádruplex, el indicador de cotizaciones, el sistema de la

corriente alterna y el kinetoscopio, pero Rousaura sabía muy bien que eran payasadas. Ella lo inició, en cambio, en los altos secretos de la magia buziráquica: lo cual no fue óbice para que derramara lágrimas agoreras al saber que su discípulo había decidido hacerse cimarrón y emprender, desde los manglares que formaban cingulo en tomo a la villa, la lucha por la libertad de los esclavos, lucha que, librada a partir de la brujería, perseguiría más un ideal de libertad espiritual que el de un vulgar libertinaje físico. Andrea apeló al rito primario de la vida, el que Moisés y Aarón practicaron en el desierto, para convocar a su alrededor una fuerza de llama mística, de llama-de-amor-viva, enderezada contra el imperio de España, contra la jactancia ibérica y la venenosa rancidez de una nación que sólo nos había traído vejeces.

Si fracasó, no fue por falta de consagración ni esfuerzo. Desde su anomalía levitante, Rosaura creía escuchar todavía el golpeteo de los tamtames que desafiaban la engolada amazón española y llamaban a los esclavos y a los mitayos a la cita con el gran dios Buziraco, con el cabrón negro cuyo apestoso culo, cuyo ano hediondo y oscuro sería el anillo de alianza, el talismán constelado, el anillo del pescador y aun la sortija de la pihuela que sellaría el vínculo perfecto y cuyo beso serviría, como la piedra engastada en la alhaja salomónica, para ver cuanto se deseara conocer. Para instituirse en mohán, Andrea celebró su horrible boda nocturna con una mojana de la Ciénaga del Ahorcado, cuyo ulular le ponía a él mismo la greña de punta.

Flotando a tres metros del suelo, la hija de Juana García se preguntaba si realmente todo fue inútil. Y convenía en que no del todo, porque el espíritu de Luis Andrea aún vagaba por las noches de Anayney, por las tardes vaharosas de Agud, por las opalinas mañanas de Paurí. Y lo que en Cartagena fue un fracaso, florecía como un milagro en la milenaria Tolú de las viejas hechicerías, en la magna universidad del embrujo, cuya comarca era ahora una vasta llanura estéril, surcada en las horas de maleficio por las ávidas parejas de chivatos que regaban por la extensión la leche disecante de Buziraco y la aridecían para la explotación del español. Al quemarlos vivos, Mañozga acicateó esta proliferación increíble de brujos y condenó a perpetua sequía la región. Y de nada valían las constantes imploraciones a San Emigdio, San Roque y Santa Rosalía, y ni siquiera la diligente intercesión de San Isidro Labrador, a cuya leal mujer se dirigían coplillas (*venga la lluvia tras el estío, verdeen los montes y crezca el río*), coplillas ingenuas y cristianas. No. La venganza de Luis Andrea agrietaba la tierra polvorienta y enrojecía de bochorno las tardes acezantes del encomendero. Los cántaros de los esclavos, al ser sumergidos en las antiguas quebradas, sólo recogían la sangre de Ana Beltrán, otra de las máximas oficiantes escarnecidas y escarmentadas por Mañozga. Ni bajar aguas, ni segar maleza, ni ventear semillas... Los bueyes morían de peste junto a las cisternas reseca.

Era como si el polvo de la tierra se hubiese convertido en piojos, como en los tiempos de Aarón.

De suerte que Mañozga y toda su bola de secuaces comprendían por modo cabal ahora lo difícil que era someter unas tierras cuyo dios no era el mismo de España y

enviaba plagas y males contra los enemigos de su pueblo. Suspensa en el aire, Rosaura fraguaba planes en consecuencia con esta idea, planes que efervescían en su cabeza de bruja sabia. Habría que alzar la voz contra quienes en forma vil asesinaron al inquieto y greñudo muchacho que a los ocho meses de edad sobrevoló la ciudad y abrió las compuertas^[14] del rayo. Porque eran los mismos asesinos de Cristo. Los asesinos del Cristo de las Indias. Fueron todos estos recuerdos, agolpados en su cerebro senil, los que rompieron aquella mañana el encanto levitatorio y volvieron la gravitación de la bruja a su antigua normalidad, para pasmo y lección de sus innumerables parientes.

Algún día una vieja fumando calilla dirá, por los barrios de la Cartagena moderna, por los vericuetos llenos de avispas e iguanas y de hombres chismosos y mujeres chillonas, por las calles anegadas de agua podrida y los comercios de turcos y polacos, por las oficinas públicas donde se ha entronizado el serrucho, por las mansiones presuntuosas de la antigua punta de los Icacos, por los denegridos fortines que alcaldes imbéciles ordenan demoler, por las casas de putas de Tesca y el Bosque, por los corrillos cotilleros del Camellón y el Polo Norte, por los patios de las casas de los ricos donde se confina a los bobos de la familia, por las playas colmadas de turistas aburridos, por los clubes nocturnos atestados de carajetes ociosos, por los antros del chisme y la maledicencia, por los estrados del racismo y la falsa cultura, por los tarimas y entablados de la politiquería canalla, algún día, digo, una vieja fumando calilla dirá por la Cartagena moderna, con voz transida de tabaco y ron blanco, la extraña luz que atravesó como flecha aquella mañana colonial en el instante en que Rosaura García dejó su amarga suspensión de pelusa y se dispuso a cumplir el designio que en su mente incubaba el espíritu del Cristo de las Indias.

Fue como si la historia quisiera partirse en dos por voluntad propia, como si las tierras del Mohán quisieran bañarse de su propio fulgor, como si la ciudad rechazara su mismo destino. Rosaura evolucionó lentamente en el aire, hasta quedar en posición vertical y fue descendiendo con infinita parsimonia y se posó con levedad de pluma en el suelo de tierra apisonada de su alcoba. Estaba nimbada de aquella luz seráfica, atravesarla de divina iluminación. A su paso, la tierra se volvía piltrafas de algodón de nube. Un relámpago buziráquico alertó a los elementos. Y alertó también a los innúmeros parientes de la bruja, los cuales, distraídos en sus diversos menesteres, fueron volviendo la vista a la puerta de aquella habitación, sabedores de que por allí saldría sin aviso previo la anciana para congregarlos y derramar sobre ellos el licor de su vieja y sustanciosa sabiduría.

Cuando los tuvo congregados en el patio, Rosaura trepó a un taburete e impuso el silencio con un ademán sacado de la negra hondura de los tiempos. Estaba imponente en su ancianidad de ilustre mochuelo, su pelo blanco de esparto contrastaba con sus facciones de mulata y su cuerpo delgadísimo se mantenía erecto como el herrón de un trompo sobre cuyo eje girase ahora el torbellino de la historia, un sucio torbellino que al girar se decantaba y moldeaba con su traslación vertiginosa el cuerpo famélico de

la bruja.

Los parientes, que en otras circunstancias la hubiesen obligado a recluirse de nuevo, escucharon devotamente cuando ella dejó flotar aquella única frase que de una misteriosa forma compendia su querer y su imposición, enérgica.

—Vamos a marchar sobre la Plaza Mayor, para que vean que a los brujos todavía no nos han clavado una estaca en el pecho.

Y treparon todos en una gran carreta tirada por mulos y hacían gran algarabía y sacaban música de los caracoles, los rondadores y los pífanos y utilizaban cuernos de bueyes para ir pregonando su paso y folgaban dentro de la carreta e inventaron la canción del carro charro y asombraron al mundo y se dirigieron, sobre las ruedas chirriantes y desequilibradas, a la Plaza Mayor de la muy ilustre villa.

Más no faltaba. Cuánto tiempo llevamos atrapados, por la muerte de Agrajes, y le dije a fray Antolín que, si no estábamos de regreso en una hora, viniera a buscarnos. Maldito diácono de pipirijaina, tú, como todos los que vieron la luz en estas tierras, eres una mentirosa araña que será preciso despachurrar con la inquina que ha de caracterizarme en adelante como el más grande de los malparidos de España y las Indias. Y pensar que, viéndolo bien, estoy solo, solo, porque a este infeliz padre Montero en el fondo se le ha dado un pito de nuestra tragedia y, como todo lo interpreta, diablo, como un designio del Altísimo, helo allí, tirado a la bartola, roncando como un bendito, el maldito, y soñando probablemente con las once mil vírgenes. Y a mí me infunde pánico sólo pensar que hay un esqueleto a pocos pasos (el esqueleto de una monja asesinada por su insigne parecido a Thaís o a Lais de Corinto o a Lais ele Sicilia), voto a mis dídimos, y que ese esqueleto pueda de pronto cobrar vida o algo así y aparecérseme con uno vela en la mano, ¿qué horas serán?, salimos poco después de las ocho, hace una eternidad que estoy aquí atrapado, por los, y el muy maldito de fray Antolín, han de ser ya las... las... me da lo mismo que hayan pasado una o diez horas... no lo sé... a veces me parece que el derrumbe ocurrió hace un minuto o no ha ocurrido nunca... es un sueño... despertaré en Salamanca, en el Císter... hace años averiguaba si soñaba porque soñando podía volar siempre que lo quisiera... ensayemos... ensayemos... qué diablos... ay... ha de ser ya de día... los sueños de vejez son sueños sin ilusión... sueños de anquilosis... ha de ser ya de día, yo qué sé, y soy capaz de jurar que falta aquí el aire. Eso sí, debo agradecerle a este curita Montero el que las piedras no me aplastaran, él me apartó a tiempo, y todo por los condenillos murciélagos que, aunque sean mamíferos, yo los considero aves de mal agüero, no cantan la gloria de Dios, maldita sea, no son más que ratones con alas, ¿por qué se le ocurrió al Creador crear murciélagos?, ¿qué necesidad había?, ¿no le bastaba con el hombre? Ay, cuánto blasfemo. Qué paila mocha me estará esperando en el infierno. Pero es mi culpa, por haber abandonado mi calentito refugio cisterciense para venirme a este mundo que por nuevo, precisamente por nuevo, nos está diciendo que nada tiene que ver con el nuestro, que es mundo aparte, que aquí los malos triunfan no sólo cuando son más que los buenos, que aquí se le cortan a Dios las uñas y se toleran más de cuatro cosas porque estos territorios están impregnados del paganismo que los habitó por siglos, ay, en el cual viven todavía (y lo digo incluso por los curitas estos que arman tanto aspaviento). Ahora tendré que esperar la muerte atrapado en este túnel y ni modo de morir en olor de santidad pero ni siquiera de implorar el perdón de los pecados porque con esta cólera quién llega a Dios y a quien se le aplaca la cólera pensando que pude muy bien no haberme entrado en este pasadizo, que pude muy bien pasar la noche en cama leyendo los Evangelios o batiéndomela o cualquier barrabasada mejor que estar aquí, que es como haberse metido en el culo del diablo. Más no faltaba, no. Era lo último que me faltaba. Estar metido en el mismísimo culo del diablo. Y ojalá así fuera, porque habría la esperanza de que soltara un expelible y nos expulsara Pero ni modo,

ni modo, lo único que puedo esperar es la muerte aunque no quiero, no quiero pensar en ella, debo confesar que le tengo un intenso pavor, ¿quién coño no?, le tengo un miedo hideputísima a la muerte, ojalá pudiera gritarlo a voz en cuello para que me oyeran en todas partes, qué diablo. Ay, y cómo nos hemos burlado de los versitos del Emperador Adriano...

*Animula, vagula, blandula,
Hospes, comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca?
Pallidula, rigida, nudula,*

Nec, ut soles, dabis jocos. Ay, cómo nos hemos burlado. ¿Y ahora, almita mía...? Yo que andaba pensando en construir una capilla, pero qué digo, si salgo de aquí, Dios mío, construiré esa capilla así tenga que hacer de albañil... y de albañil, qué cuerno, es lo mismo, ya soy ese albañal, esa cloaca, ese depósito de todas las bazofias e inmundicias que almacenan estas tierras. La imbécil obsesión de todos los españoles... venimos a las Indias... que estuve en las Indias... que el indiano... que Eldorado... que esto y aquello... y a uno termina padeciéndole que si no viene a las Indias no es persona decente. Bueno. Bueno. Que me nombraron Obispo, ¿eh? ¡Linda estampa, este Obispo cautivo y a nadie en la obispalía se le ocurre preguntar dónde andará metido, en el culo de qué demonio! Maldito fray Antolín. Ahora resulta que estoy tan emparedado como una monja y cuando, ay, dentro de muchos siglos remuevan estas paredes, dirán que aquí emparedaban también a los obispos e inventarán de fijo alguna leyenda para explicar la anomalía y soy capaz de jurar que dirán que se trataba de un Obispo bujarrón, ay, y que este idiota de Montero era seguramente mi paloma torcaz. Joder. Más no faltaba. Juro por Agrajes que si alguien llega a afirmar semejante infamia lo perseguirá mi espectro hasta la consumación de los siglos. Peto, ay, voy a morir. ¿Cómo imaginé siempre mi muerte? Nunca pude soñarla sino en un lecho obispal, rodeado de gentes compungidas, recitando con lentitud mis últimas palabras, mi legado postrero de sosiego y sabiduría a la grey inepta y tarda. Entre grandes cortinones dorados, con la mano en ademán de bendición, con luces celestiales descendiendo del techo. Y, en el alma, una especie de indiferencia, de tranquilo desprecio por el mundo de los vivos. ¿Y ahora, *animula, vagula, blandula*? Debí comprender que en estas tierras no gobierna Dios sino el diablo. Pero qué ideas se me ocurren, por Cristo, tengo que ponerle freno a la imaginación o voy a acabar podrido de cabeza. Esto ha de ser un castigo, un castigo par quién sabe cuál yerro mió, Dios mío, desentúrbame la inteligencia, no me dejes desvariar, Señor, yo siempre, pero no puedo evitarlo, compréndelo, comprende que no es mi culpa si blasfemo, y son además inocentadas, yo sé que el de Aquino no tuvo dídimos, qué digo, no los usaba pero tenerlos los tenía, muy bien puestos, ay diablo, socórreme, no, no, tú no me socorras, estoy al borde de la locura, algún yerro, algún yerro mío, Dios mío, ilumíname cuál fue y te juro que he de corregirlo así tenga que deshollar a estos curas pecadores. Ay, bórrame

los pensamientos. Si pudiera recordar algunos versos... *Como dijo Aristóteles...* No, no, esos no. Unos versos píos, eso es, o mejor, ¿cómo no se me había ocurrido?, una oración. Pero de tanto masticarlas les perdí el sabor. *Pater noster...* Nada me dice. Si pudiera recordar algo de Santa Teresa, algo así como *pocas cosas que me ha mandado la obediencia...* Algo así como *he notado mucho...* Nada. Dios mío, en la hora de la muerte nos gusta la verdad y no las fórmulas. Y, sin embargo, ¿qué almacenamos a lo largo de la vida sino fórmulas, vacuas y tediosas fórmulas? Ah, si aún nos dieran un poco de sosiego, ¿Sosiego? Él que tenía en mi viejo convento del Císter. A pesar de la disciplina tan dura, y del relajo tan duro, qué diablo. La verdad, fue hace unos dieciocho años, cuando canonizaron a Teresa de Ávila, se puso de moda hablar de la disciplina, porque Teresa fundó el abulense reformado de San José y fue además procesada por el Santo Oficio, se puso de moda hablar de la disciplina y nosotros los cistercienses tenemos todo un rosario de reformas, por el de Claraval, todo un rosario, así que el superior dio en la flor de convocar reuniones los jueves con el único propósito de que los soplones acusaran a los otros monjes y los monjes a los otros soplones y aquello se convirtiera en una alguacilía o una oficialidad de justicia. ¿Por qué cuando se llega a obispo no se recuerdan las propias travesuras en los tiempos de las primeras órdenes? Bien merecido me tengo todo esto. Porque fui, como quien dice, un cisterciense picarón en aquellos días en que se puso de moda hablar de la disciplina porque acababan de canonizar a Teresa de Ávila. Sí, señor, ay, si, Señor. Incluso el abogado del diablo pasó por nuestro convento. Creo que fue él el de la idea de aquellas reuniones de los jueves. Lo cierto es que se me inflamó la rebeldía. Qué diablo, en principio la vocación monacal es una forma de rebelarse. El sometimiento viene después, es decir, cuando ya no es necesario. La conciencia nunca nos hace puros: sólo nos estropea el disfrute pleno del pecado. Y esto me ocurría por mucho que el superior convocase reuniones jueves o sábados, como reuniones de brujos. Fray Cines se ingenio toda la pillería. Nos escabullíamos a medianoche atando sábanas a las ventanas de las celdas y caíamos en el bosquecillo inmediato. Tomábamos el sendero de un pozo y salíamos al poblado. En las afueras nos aguardaban las muchachas de la casita, con las cuales me hubiera divertido a más no poder, si no es porque me enamoré perdidamente de una de ellas. Azucena era una azucenita del monte o, mejor, una adelfa venenosa que se complacía en alzarme la sotana por ver si tenía sexo de mujer. Aquel juego me encalabrínaba, en la simulación está la más alta delicia del juego amoroso. Y yo me dejaba hacer, rendido a sus mimos en una actitud de entrega que luego, cuando los remordimientos me rondaban en la celda, atribuía a mi excesiva energía mística, digna de causas más nobles. Ay, qué tiempos. Las imágenes sensuales me asediaban como avispas inclementes. Hasta la noche que hallamos al superior en la salita de Azucena y creímos haberlo sorprendido *in fraganti* cuando era él, la verdad, quien había ido a sorprendernos, con lo que, pasado el sobresalto inicial, echamos a correr sin dirección por el bosquecillo, fray Ginés con la sotana alzada hasta el muslo y yo enredándome en el ruedo y en las

zarzas, y corrimos hasta quedar jadeantes y nos sentamos por último al borde del senderito, interrogándonos con los ojos sin saber qué hacer. Allí nos sorprendió la madrugada y entonces decidimos pedir perdón y confesamos. Pero nos dijeron que el superior había salido y más tarde averiguamos que no había vuelto en toda la noche y eso nos hizo fraguar una extorsión que, por supuesto, nunca llevamos a la práctica. Más no faltaba. Y, sin embargo, no me atreví a volver donde Azucena a pesar de las instancias de fray Ginés. Es lo que he sido toda la vida: un miedoso. Y reconozco que algo de eso hubo también en mi vocación eclesiástica. Pero creo que no se trata ante todo de la actitud sentimental que uno asuma ante la vida, sino de la misma actitud vital. No es lo mismo ser miedoso que cobarde. Miedo sentimos todos alguna vez. Miedo es lo que ahora tengo y miedo lo que sumió al padre Montero en este letargo. El maldito. Me pide serenidad y él anda caguetas bajo la sotana. Porque una cosa es ser miedoso y otra cobarde. Yo soy miedoso, pero no cobarde. Montero ambas cosas, con lo que quiero decir: la última de ellas. Vergüenza debería sentir, durmiendo allí a la bartola mientras su Obispo, su jerarca, se debate en la desesperación. Oh, Dios mío, revélame qué falta cometí, dame un hilo de luz de tu revelación, como el hilito de luz de la cámara donde está la monja, la que me inspira un pavor insensato porque pienso que puede animarse y venir a pedirme cuentas a mí, el Obispo. Tengo ganas de hacer del cuerpo. Y allí están las momias, las momias de los niños frustrados, dulces hijas de la gran pendona, quién las imaginara, si salgo de aquí, yo les pediré cuentas, pero qué digo, las madres de estas momias hace cuánto habrán muerto. ¿Por qué tuve que meterme por estos pasadizos? ¿Y no sería totalmente indigno alzarme la sotana para hacer del cuerpo aquí, sin contar con que Montero podría despertar y hallarme en esas, y que no soporto ver mis propios cagajones? ¡Más no faltaba! Oh, Dios mío, qué yerro cometí. Pienso que no estarías muy complacido cuando el asunto de Azucena, pero yerros de juventud eres más inclinado a perdonarlas que yerros de obispado. Iñigo de Loyola, al fin y al cabo, era bastante más arriscado que yo en aquellas lides y lo canonizaron el mismo año que a Teresa de Ávila. Quién quita que, salido de este infierno, me convierta en el santo varón que quise ser y termine muriendo muy anciano, en olor de santidad. Los Papas son dados a canonizar españoles, qué me digo, los españoles tenemos madera de santos. Ay, pero qué santo puede florecer en estas tierras lejanas. No se puede ser santo en este calor. No. *Vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam*. Y juraría que aquí se acaba el aire. Moriré sin remedio y sin absolución. Con las veces que he comulgado en pecado. Con las tantas que fui sacrílego y blasfemo. Pero debo resignarme. Es la justicia divina. Ah sí, la justicia divina, y qué lindo be de verme en el cuartel de los porquerones al lado de Pilatos. Nadie vive la vida que escogió. Ni la muerte. Oh, no, no, yo debí saber que con estas materias no se jugaba. No se jugaba con la salvación, obispuelo idiota, ni ahora ni en los tiempos de las primeras órdenes cuando fray Ginés me acicateaba para que repitiéramos la aventura nocturna. ¿Por qué somos tan condescendientes con nuestros vicios? Ah no, yo no volví, por supuesto, donde

Azucena, Pero Azucena decidió venir a mí y hétela una buena noche susurrándome desde el bosquecillo que le tirara una sábana para subir a mí celda. Más no faltaba, le dije que aquello era locura, irrespeto al monasterio, que se fuera al diablo. Pero ella insistía, qué mala pécora, y yo me retorció las manos y sudaba de deseo, y terminé tirando la sábana. Metí al diablo, sí, quién lo duda, metí al diablo en mi celda de Císter. Ah sí, mi flaqueza no era quebradiza, sino plegadiza. Azucena se desnudó lentamente y la poseí sobre la cuja de mis santas meditaciones. Y ella acezaba tanto que temí fuera a derrumbarse el viejo convento. A la alborada, se vistió y sacó la sábana húmeda para descolgarse por ella. Nunca lo hubiera permitido. Si bien sabía que los monjes estarían apenas congregándose para ir al oratorio, debí suponer que por el bosquecillo habría a esa hora leñadores. Eso fue lo que ocurrió y Azucena cayó, de la sábana, en manos de uno de ellos. Era un hombre tosco y risueño. Alzó la vista y vio mi rostro enmarcado en la ventana. Debí parecerle un babiecas. La mirada que le dirigí fue implorante. La olisqueó, como perro a perra, y la dejó ir. Pero yo viví varios días de zozobra, sin poder quitarme el episodio de la cabeza, y por último fui a buscar al leñador. Éste se limitó a amenazarme con el hacha y ordenarme que me retirara si no quería ver desgajada mi cabeza. Odiaba a los curas libidinosos, decía que eran la rémora de la Iglesia y cuánta razón tenía, Dios mío, cuánta razón. Ahora que lo pienso, los leñadores comparten en cierto modo con nosotros la misión de glorificar a Dios. Al menos con un leñador estaría yo mejor acompañado en este trance que con este curita dormilón a quien nada inquieta lo que pueda sucedemos. En paz con Dios ha de estar. Yo no, coño. Y me crispa de furia pensar en fray Antolín, durmiendo también el muy desvergonzado sin pensar en su Obispo corriendo la peor aventura de su vida, incluido el percance de Azucena. He de volverme, si salgo de aquí, el Obispo Malparido, el atroz acechante, el más temible Inquisidor del mundo. Pero qué digo, si lo que he de hacer es un acto de enmienda, de humildad, para que el Señor se apiade de Nos y nos saque con vida de este subterráneo. ¡Ay, San Francisco de Asis!, ¿tú amaste a los murciélagos?, ¿conversaste con ellos? Yo escribiría un poema sobre tu vida, sobre tu santidad, si no pensara que la poesía es algo demasiado inútil. Pero quién habla de escribir versos en estas circunstancias. *Suaviter in modo, fortiter in re*, qué ironía. Soy Jonás en el vientre de la ballena. Y qué ballena. Y al diablo con las ballenas, hasta hace poco las creíamos más fieras de lo que son, qué digo más fieras, monstruosas, más grandes que barcos, con enormes colmillos y anclas de naves devoradas emergiendo entre las fauces, monstruosas, monstruosas como la serpiente de mar y el sátiro marino, monstruosas, y ahora nos vienen con que tienen la sangre caliente y apenas se defienden. Qué diablo. Jonás estaba muy bien instalado en el vientre de la ballena y yo, en cambio, ni hacer del cuerpo puedo en esta cueva de vampiros. ¡En esta tumba! Ay, no es la muerte a la que temo, sino a esta horrible manera de morir. A esta^[15] espera fatal, peor que la muerte misma. ¡Y morir sin comprender aún el significado mismo de la muerte! La muerte, esa hermana menor de la vida. La muerte. *Quand on est mort*,

c'est pour longtemps. Y el peruétano de fray Antolín, durmiendo a pierna suelta, eso es, sin limitarse a cruzar las manos como lo aconsejaba Salomón, sino despernancado en el lecho pecador como un pazguato. Y yo que fui siempre madrugador y en otros tiempos tuve que simular que el sueño me cogía, porque a raíz de la visita de Azucena llegué tarde aquella mañana a la capilla y fui reprendido y alegué que padecía insomnio y sólo a la madrugada me adormecía. Entonces ordenaron a un hermano ir todas las mañanas y tirarme de las sábanas, que yo empezaba a empanar inocuamente deseando que Azucena volviera. Y volvió. Y le tiré la sábana y le rogué irse antes del amanecer. Aquella vez la poseí con una fuerza de aluvión, ejercí sobre su carne la misma acción erosiva del agua en las marmitas de gigantes, ladré sobre su rostro torcido en una mueca de delirio, infamé su cuerpo descoyuntado en rabia hidrófoba y estremecí para la eternidad su sexo abierto de par en par como la puerta de un santuario profanado. Y, al irse, ella perdió el equilibrio al descolgarse por la sábana y se golpeó la cabeza contra las piedras de abajo. Nunca sentí peor desesperación, salvo en esta coyuntura actual que me saca las corajinas y me hace maldecir, qué digo, me hace sentirme arrepentido de mis pasados errores. Abrí con tiento la puerta y volé, lo más quedo posible, a la celda de fray Ginés. Juntos bajamos por la sábana y acudimos a la muchacha. Yo pensaba sepultarla entre los alerces frondosos del bosque y luego suicidarme, pero Azucena vivía y con una rápida cura la despachamos para casa. No murió, por fortuna, mas cuál no sería nuestro susto al intentar subir a la celda y no ver la dichosa sábana. Alguno de los soplonos de los jueves nos había estado espiando y debió retirarla para damos un escarmiento, hijo de la grandísima. O bien el hermano que solía tirarme de las sábanas resolvió hacerlo no importa que éstas se hallaran colgadas de la ventana. Nunca lo supe. Tuvimos que entrar por el locutorio y confesar nuestra falta. La penitencia fue tan dura (!éramos cistercienses, válgame Dios;), que no quedaron ganas de repetir la proeza. Pero a Azucena sí le quedaron ganas y fue necesario que me mudaran a una celda ciega, sin ventilación, en el extremo opuesto, donde aún me masturbé muchos años recordando la piel suave y blanca de la muchacha, sus íntimos madores y su respiración acezante en el instante supremo. Ah, el pecado justifica en sí mismo la vida, pero qué digo, estoy delirando, la justifica sí, pero en su aspecto material y vulgar, oh Señor, dame fuerzas para tomarla siempre en su lado noble y espiritual. Fuerzas para vencer al Bajísimo y aún, si fuese posible, fuerzas para apartar estas piedras que nos cierran el paso. Fuerzas... ¿Qué es aquello? ¿Qué fue ese ruido? ¿El esqueleto de la monja que vendrá a pedirme cuentas, *auffer a nobis*? ¡Oh no! Estoy oyendo ruidos inexistentes, enloquezco... Ruidos... Dios mío. Alguien está apartando las piedras del otro lado, se necesitaría la fuerza de un gigante para lograrlo, ¿fray Antolín?, oh bendito fray Antolín, ¿eres tú?, no, no, deliro, él no podría, es un frailetín de engañifa, quizás vio el derrumbe y llamó gente (¿gente, Dios mío, nos anegaremos en la vergüenza?), pero sea quien sea alguien está haciéndolo y por vida de Agrajes que voy a ayudarlo, sí señor, trataré, pero uf, uf, cuán débil soy, flaco de mí, Señor, pecador de mí. Y el

padre Montero ronca como un puerco y no me rebajaré a despertarlo: ese alguien progresa, progresa, gracias Dios mío, ya veo, ya veo su rostro por el boquete, esos ojos “qué dijiste, qué dijiste”...

Pedro Claver apartó la última piedra del boquete, con la misma fuerza extrahumana con que alzaba a los esclavos apestados de los galeones. Una lumbre mística devoraba sus ojos claros, negros entre las cuencas sombrías. Fray Cristóbal no pudo expresar su júbilo sino en un jadear cansino y prolongado. Cuando lo vio de cuerpo entero, comprendió que Claver había penetrado sin compañía al subterráneo. Aquel jesuita excepcional tendría que haber calibrado al rompe la situación y comprendido lo inconveniente de traer un piquete de hombres para separar las piedras. No obstante, una sombra tímida se movía tras él. Alguien que ahora, superado el problema, se decidía por fin a entrar al lugar de los acontecimientos.

—Claver, no tendré con qué pagarte

“Sí, tendrás”, parecían decir los ojos del varón.

El Obispo traspuso con paso vacilante el tramo cubierto de pedruscos y atrincherado entre grandes bloques. Ahora el padre Montero había despertado y desperezándose, quitaba las gruesas lagañas de sus ojos incrédulos.

—¿Qué horas son? —preguntó fray Cristóbal.

—Casi las diez de la mañana —dijo Claver.

—Y tú, penco de calóndrigo, ¿dormías mientras tu Obispo creía llegada su hora en este calabozo oscuro y subterráneo?

—Dios me libre, Ilustrísima. —Dijo fray Antolín—. Cuando comprendí lo que había pasado, juzgué indispensable la ayuda de alguien cuya discreción fuera la de una tumba. Esa persona no era otra que el padre Claver. Él es hombre bueno y respetuoso de la jerarquía. Otro fraile nos habría puesto en aprietos con sus murmuraciones.

—Pero ¿por qué demorásteis tanto? Creo que lo que durmió a Montero fue la falta de aire. Se precisa una fortaleza como la mía para no desfallecer en doce horas de encierro. (¡Virgen, y yo hubiera jurado que no transcurrieron tres!)

Fray Antolín desvió los ojos miopes y escurridizos.

—Reconozco, ilustrísima, que dormí toda la noche, sin acordarme de vosotros. ¿A quién se le hubiera pasado por la cabeza la idea de un derrumbe? Pero esta madrugada comprendí que algo pasaba. Estoy viejo y falto de músculos, Ilustrísima. Conque al ver lo que ocurría, volé en busca del padre Claver que, aunque me lleva unos años y parece estar en los huesos, es hombre fuerte que se echa al hombre a un esclavo tres y hasta cuatro cuabras. Pero recién había andado una galera y él andaba cristianando negros. Allá fui y me dijeron que se había ido poco antes en el palanquín de Catalina de Alcántara...

—Tendrás —reprochó el prelado, cuya alegría de verse libre lo inclinaba al perdón—, tendrás que cumplir penitencia de insomnio tres noches sucesivas. Y tú, Claver, ¿qué hacías con la diabla, quiero decir, con la viuda de Alcántara?

—Imploraba piedad para Lorenzo Spinoza —se limitó a contestar el jesuita, en cuyos ojos aún vagaba la desnudez espléndida de ta sirena—, como os lo imploro a vos todavía.

—Ahora lo comprendo —dijo ambiguamente fray Cristóbal.

Habían salido finalmente del pasadizo y se dirigían al despacho episcopal. Fray Cristóbal se disculpó unos segundos y entró al retrete. Cuando estuvo de vuelta, volvió a decir, esta vez con un dejo melancólico:

—Ahora lo comprendo, Claver, ¿has leído a San Agustín?

La humildad del jesuita, sacada como a fórceps de su soberbia, no llegaba al extremo de pasar por alto una insolencia tan desmedida. Se limitó a mirar al Obispo como quien reclama una reparación. Pero el trapense estaba hundido en sí mismo y murmuraba entre dientes:

—*Humanum...*

—... *fuit errare* —coronó Claver.

—*Diabolicum...*

—... *per animositatem...*

—... *in errore...*

—... *perseverare.*

-Claver —dijo el Obispo—, iremos en persona al Santo Tribunal y ordenaremos la libertad incondicional de tu amigo. Todo sea por Dios.

Y, como sacándose un aguijón venenoso del alma:

—A veces creo que Dios debía dejarse de hablar en parábolas.

Fray Antolín cloqueó con una risita incomprensible. El padre Montero estaba pálido y atolondrado por la certidumbre de haber dormido como un gandul en circunstancias tan graves.

—Gracias, monseñor —dijo Pedro Claver, pero esta vez había en su acento cierta fervorosa admiración hacia el jerarca.

El grupo atravesó diagonalmente la Plaza Mayor y traspuso en silencio los portalones del Santo Oficio. Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga, embebido en la idea de conocer al Torquemada de las Indias, no advirtió el revuelo de requisitoria recién ordenada que se transpiraba en el caserón, surcado de un extremo a otro por alborotados dominicos. Un recuerdo erudito le aleteaba hacía rato en el magín: el de los reyes católicos, al publicar frente a Granada su controvertido edicto contra los judíos. De esto hacía casi siglo y medio, y el del edicto fue el año del descubrimiento de las Indias. De entonces acá, la persecución arreció o mermó según los tiempos y las opiniones. Pero antes de zarpar para estas tierras vio en Florencia un retablo gótico debido al pincel inflamado de Paolo Uccello, pintor altamente apreciado en las Cortes. La obra pretendía reproducir un milagro ocurrido en París varios siglos antes, en el medioevo, y sus protagonistas eran judíos. Mostraba a un mercader semita a quien una mujer de su misma raza entregaba hostia consagrada robada en la iglesia vecina bajo pretexto de comunión. El mercader arrojaba el sagrado pan al fuego y el cuerpo de Nuestro Señor se ponía a sangrar profusamente, hasta conducir el río de sangre más allá de la puerta, a la calzada donde, visto por piadosos transeúntes, sembraba el honor y motivaba la llegada de la autoridad. La ciudad organizaría

después una procesión expiatoria a la cual concurriría en persona el Sumo Pontífice. La ladrona sacrílega sería ahorcada. El mercader quemado vivo con su familia. Ángeles y demonios se disputarían sus despojos. La obra, con todas las pretensiones de un émulo de Brunelleschi, desataba la controversia y atizaba la llamada fanática. De suerte que el propio fray Cristóbal se preguntaba ahora si estaría obrando con rectitud o, al menos, con prudencia. Sin duda, las doce horas de encierro en los pasadizos de la obispalía habían terminado por levantar los mismos cimientos de su conducta. ¿Pero debía llamar *iluminación* a estos pensamientos que ahora zaherían su mente, menos rígida que convencional? Pensaba, desde luego, en aquella fabulosa odisea iniciada el año en que el Emperador Tito destruyó el templo y arrasó la ciudad de Jerusalén. ¡Urusalim!, ¡levus! ¿No estabas condenada en la divina profecía? Más de una vez, vio, en sus peregrinaciones, cerrarse al ponerse el sol las pesadas puertas de los ghettos. Y no podía apartar de su imaginación la historia de los reyes católicos y el ardor puesto por el Santo Oficio en obtener la expulsión. Los sefarditas acudieron a un recurso ordinario para recalar la protección de los reyes e hicieron un donativo de treinta mil ducados para los gastos de la guerra contra los moros. Entonces Torquemada, el temible, se apersonó en palacio, en momentos en que los monarcas recibían en audiencia al comisionado judío, y presentando un crucifijo dijo: —*Judas Iscariote vendió a tu Maestro por treinta dineros de plata; vuestras Altezas lo van a vender por treinta mil; aquí está: tomadle y vendedle*. Y, dicho esto, depositó el crucifijo sobre una mesa y se largó. Los reyes promulgaron el edicto.

Los habitantes del santo edificio echaban de ver la impaciencia y el desasosiego que la presencia del Obispo les inspiraba. Algunos de ellos se habían puesto a saltar, otros le besaban el anillo y los más desaparecían por lugares misteriosos con rapidez de ratones escurridizos. Fernández de Amaya no tardó en hacerse presente. Venía sobándose las manos y su venia ante el prelado fue obscena y plebeya. Fray Cristóbal no lo sabía, pero era la primera vez que un Obispo pisaba el caserón desde el día en que Juan de Mañozga sentó allí sus reales.

—Quiero ver al Inquisidor Mañozga —dijo.

El Alcaide tragó saliva.

—Fray Juan está un poco enfermo —respondió—, pero hay otros jueces eclesiásticos deseosos de servir a Vuestra Señoría.

—Debo hablar con Mañozga —insistió el prelado.

—No hay caso, monseñor, y lo lamento —dijo Fernández de Amaya—. Arde de fiebre en el lecho.

A fray Cristóbal le hubiera sido muy fácil impartir la orden de libertad para Lorenzo Spinoza y volverse por donde vino, pero él ardía en otra fiebre y era la de conocer al Torquemada de las Indias.

—Insisto en ver a fray Juan de Mañozga. —Declaró.

Fernández de Amaya lo invitó a seguirlo con un ademán de mano. El Obispo, erguido a pesar de la noche en blanco y reafirmado ahora en las cavilaciones de sus

horas de terror, marchó con talante alegre y pidió a los otros que lo acompañaran.

—Vamos a conocer a la fiera en su cubil —dijo.

Pero, de sólo percibir la fetidez de aquel cubil, justificó los escrúpulos del Alcaide. Se detuvieron desconcertados ante la puerta claveteada. Adentro, Mañozga rugía en estertores de agonía y sus quejumbres semejaban las de un milenario dragón herido de muerte. El Obispo abrió la marcha hacia el interior de las habitaciones malolientes y oscuras.

—Fray Juan —musitó falsamente Fernández de Amaya—, Su Señoría Ilustrísima el Obispo de Cartagena quiere hablarte.

El Inquisidor bramó de impotencia en el catre. Las imágenes se le difumaban en oleadas de verde y magenta. Pero el poder legendario de Juan de Mañozga, como el de ciertos dioses paganos, no era un acontecimiento inserto en las dimensiones temporales conocidas, ni mensurable con ellas, sino una inmanencia aterrizante que fluía del Gran Tiempo. De modo que, realizando un esfuerzo literalmente sobrenatural, se incorporó del lecho, con el vómito chorreante por las comisuras, y fue a postrarse con toda la majestad de un coloso humillado ante el superior jerárquico que lo honraba con su presencia.

—Monseñor —dijo—. Os agradezco este honor.

Pedro Claver, fray Antolín y el padre Montero contenían su emoción, pero todos comprendían el privilegio inasible de aquellos instantes, la fortuna de ver, en una parábola de magia, al propio Lucifer prosternado humildemente ante el Vicario de Dios.

—Fray Juan —murmuró Pérez de Lazarraga—, volveos al lecho, os veo delicado de salud.

—No —dijo Mañozga irguiendo su figura monumental—. No hay peor muerto que el que no quiere vivir. Y yo no soy de esos. ¿En qué puedo servir, monseñor?

Fray Cristóbal titubeó antes de decirlo.

—Tengo informes de primera mano sobre Lorenzo Spinoza —moduló con lentitud suave—. Las acusaciones en su contra son calumniosas. Vengo a ordenar su libertad y ya os enviaré el pertinente documento cuando el tiempo no sea apremiante y hayamos conjurado el peligro de muerte de un inocente.

La mirada del juez eclesiástico se hizo aquilina en su turbiedad, pero volvió a inclinarse y declaró:

—Vuestra palabra es orden. Yo mismo sacaré del cepo a ese portugués amigo de los Braganza y lo echaré a la calle a que siga predicando que Dios se identifica con la naturaleza.

Y añadió con voz alterada por la ronquera, arrastrando las palabras:

—Me quedará el consuelo de haber siempre acatado a la Iglesia por encima de cualquier otro poder.

Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga sintió conmiseración por aquel guiñapo humano, pero sostuvo la mirada altanera y autoritaria. Juan de Mañozga, que pudo

ser Papa de no haber venido a estas tierras que holló la pezuña de Belcebú, salió de la habitación con andar vacilante y se encaminó, sin otra palabra, a la entrada de los calabozos. Estaba desnudo de la cintura para arriba y en su espalda se reproducían, por quien sabe qué extraña venganza del tiempo, las bubas de los réprobos. Su colosal decrepitud era un espectáculo conmovedor. Pedro Claver no pudo retirar la vista de la figura agonizante que se alejaba sacando energías de la nada para cumplir, quizá por última vez en ni vida, las órdenes de la jerarquía eclesiástica.

—Está sobreviviéndose a sí mismo —dijo el Obispo con piedad que tenía mezcla de admiración profunda.

—No lleva los hábitos de la Orden —anotó fray Antolín.

—Lo vi la última vez ayer por la madrugada —comentó el padre Montero—, pero estas veinticuatro horas han sido como un siglo para él.

—Que Dios lo guardo —se limitó a balbucear Pedro Claver.

Entonces vieron correrle, a Fernández de Amaya, una lágrima por la mejilla. Estaban ya en el patio interior del palacio y se oían los gritos de la muchedumbre que coreaba la detención de Orestes Cariñena, el barbero prodigioso. Un resol de trópico centelleaba en la atmósfera con parpadeos casi incandescentes. Era la misma reverberación que secaba y aridecía las tierras invadidas del Mohán. Ella apareció como una alucinación de la temperatura y todos la vieron, pálida en sus vestiduras talares, con un poco de temor.

—Monseñor —dijo—, veo que habéis cedido a las súplicas de la ignorancia. Pero aún os tiempo de evitar un error.

Fray Cristóbal titubeó y consultó con los ojos a los compañeros. Era la primera vez que la veía y su aparición fue tan súbita e inesperada, que más parecía un ensueño flotante en el rebrillo del aire caldeado.

—Ilustrísima —intervino fray Antolín—, tenéis ante vos a Catalina de Alcántara, la viuda de quien os hemos hablado.

La mujer besó el anillo pastoral.

—Talvez os dijeron locuras sobre mi persona —se apresuró a agregar—, pero confío en vuestra prudencia y vuestra cordura. Humildemente me permito advertiros sobre el grave error que cometéis al ordenar la libertad del judío Lorenzo Spinoza.

—¿Se puede saber por que? —preguntó el Obispo, todavía desconcertado y con un comienzo de disgusto en la mirada.

—Por varios razones —arguyó ella—. Las principales, porque Spinoza es enemigo del rey de España y practica una filosofía herética en todo reñida con nuestra religión.

—Pero esa filosofía no es hebraica —adujo el prelado—. Me considero uno de los más fieles ejecutores de la expulsión de los hebreos —sentía la hipocresía hervirle en el corazón—. Sin embargo, nada puedo hacer ante un... filósofo.

—Más que un filósofo —dijo Catalina— es un hereje.

—No es hereje ni apóstata quien jamás perteneció al seno de nuestra religión.

—¿Perdonaríais entonces —casi vociferó ella— a un infiel?

—Señora —dijo tristemente Pérez de Lazarraga—. Esta madrugada he pasado por una grave experiencia espiritual. Y os suplico comprenderme si os digo que la libertad de Lorenzo Spinoza es conveniente, en estos momentos, para los buenos designios de nuestra grey. Es una norma de renunciamiento que nos hemos impuesto y estamos decididos a perseverar en ella.

Comprendía que estaba empleando el mismo lenguaje undoso y ambiguo de los documentos papales. Razón de más para que extendiera la mano, en ademán de dejarse otra vez besar el anillo y, aunque la mujer seguía erguida en el lugar que eligió para hablarle, encaminara sus pasos con fingido porte airoso, hacia la salida. Había andado un corto trecho cuando oyó el timbre claro y penetrante:

—Un momento, monseñor. Aún no os he dicho la última de las razones.

De espaldas, él repuso:

—La dijísteis. Y es sumamente improbable. Dijísteis que, a vuestro parecer, Spinoza es enemigo del rey de España. Yo no lo creo así.

—No se trata sólo de que sea enemigo del rey de España —dijo ella.

—¿Algo más? —inquirió el prelado, visiblemente molesto.

—Se trata además de que soy hija del rey de España...

Todos los presentes palidieron.

—... y debo hacer respetar la soberanía de mi padre.

El Obispo enmudeció. ¡Una bastarda del rey Felipe! ¡El trono sin sucesor y los retoños ilegítimos del rey retozando por las Españas! ¡Vaya al diablo para...! ¡Conque era éste el secreto de fray Luis Ronquillo, el pobre hombre! Ya lo sabía, ya lo sabía. El mundo en crisis, la guerra devastándonos y el monarca entregado a los placeres. ¡Y el Conde-Duque es otro Rodrigo Calderón! Pero, al menos, Felipe III se preocupaba de la canonización de santos españoles. Éste... Ahora quedaba aclarado todo: su llegada, los catorce esclavos negros, las costosas chucherías de la mansión de la Calle del Pozo, los fabulosos presentes, lady Godiva, el Santo Grial, Mardoqueo Crisoberilo... Una bastarda. ¿Cómo no lo supuso? En su monasterio del Císter, cuando el verano hacia recrudescer sus nostalgias eróticas, no pocas veces oyó las historias de viajeros sobre la hija ilegítima de Su Majestad, cuya vocación (hereditaria) por el arte y la vida fácil la impulsara a fugarse de España con Rubens. El rey, iracundo, castigó sus caprichos enviándola a las Indias para que, en secreto, hiciera penitencia... ¡penitencia en un mundo embrujado de árboles ciclópeos y bestias mitológicas, antiguos conjuros y enfermedades exóticas, riquezas fabulosas y nativos desnudos que las despreciaban! ¡Una bastarda! ¡Era posible! Emitió una tos larga, como la queja de un buey inmemorial. Su vieja tos de cura libidinoso. Acezó como perro sitibundo y paseó la mirada por los rostros petrificados de Claver, Montero y fray Antolín. Se había hecho uno de esos silencios que se atribuyen al paso de un ángel y misteriosamente el palacio y la plaza callaban como si, en una reducción al absurdo, la multitud que coreaba la captura del barbero prodigioso y los

clérigos que corrían de un punto a otro comprendieran la magnitud de la conversación que se sucedía entre este grupo de personas. Entonces Fray Cristóbal Pérez de Lazarraga, consciente del deber de acatar en el rey a la cabeza visible de la Iglesia española, se encomendó al Altísimo en el primer acto sincero de su vida, comprendió que la fatuidad del poder terrenal empezaba a dar a Dios Padre la palma del martirio y, en actitud de supremo renunciamiento, prosiguió su marcha lenta, de espaldas a la aristócrata que lo observaba con ojos encendidos de irrecusabilidad y cuya presencia compendiaba allí todo el poderío del Imperio, y afirmó por primera vez la prepotencia moral del hombre sobre la vanidad de las potestades establecidas, en una puja de heroísmo que no cabría jamás en cronicones políticos ni en anales de validos.

—La Iglesia ha empeñado su palabra. Todo sea por Dios —dijo.

Y buscó en algún sitio de su corazón la imagen blanca y tierna de Azucena, la adelfa del bosquecillo de su viejo monasterio del Cister.

Lorenzo Spinoza fue escoltado y puesto en libertad frente a las puertas de su almacén. ¿Aún escrutará el romancerista su destino, en la bruma del tiempo tenebroso? ¿A qué negar que el hombre lloró un poco, cuando estuvo de nuevo ante sus instrumentos de óptica. Sus anteojos y máquinas paralácticas? De todos modos, llorar o reír no en su destino. Allí estaba sobre la mesa, único en las Indias, el antejo de Galileo, con su lente objetiva convergente y acromática, y su lente ocular divergente; el antejo de Galileo con su aumento determinado, igual que en el antejo astronómico, por la relación entre la distancia focal del objetivo y la del ocular. La máquina hidráulica y la geometría de Cavalieri, el *Oculus sive fundamentum opticum* de Cristóbal Scheiner y todas las novedades de la época se amontonaban aquí y allá en el recinto estrecho, en cuya mesita de centro destacaba el microscopio primitivo de Zacarías Janssen. Allí estaban, fieles y mudos, aquellos objetos de la sabiduría inmunes a la pasión, al sentimentalismo rastrero del hombre. Las lentes convexas y bicilíndricas, bicóncavas y apocromáticas. Los tomos gruesos y carcomidos.

Spinoza apuró varias copas de vino tónico, se enjugó varias veces el sudor antes de sentarse al escritorio y consignar aquellas palabras, que poco después tendrían sus gemelas y coincidentes en el tiempo y el espacio:

“En el espíritu no existe voluntad alguna absoluta o libre, sino que el espíritu es determinado a querer esto o lo otro por una causa que a su vez es determinada por otra y ésta por otra y así indefinidamente... Me he aplicado cuidadosamente no a reírme, ni a llorar, ni a indignarme por las acciones humanas, sino a comprenderlas; y con este fin he considerado las pasiones, no como vicios de la naturaleza humana, sino como a propiedades que le pertenecen, lo mismo que a la naturaleza de la atmósfera pertenecen el calor, el frío, la tempestad, el trueno...”

Cuando Catalina de Alcántara quiso hablarte a Mañozga, éste, tan desconcertante como siempre en su decrepitud que crecía por segundos, se encontraba ya en la tarima de las requisitorias, frente al barbero encorizado que pronto, según los cálculos del Inquisidor, iría a ocupar el cepo que Lorenzo Spinoza acababa de abandonar.

La multitud prorrumpió en una exclamación de asombro al ver cómo, a la vuelta de veinticuatro horas, el anciano juez eclesiástico, del cadáver ambulante que era ayer, había pasado a convertirse en la encarnadura chocante de un ánima del purgatorio. Su labios estaban crispados en una sonrisa beatífica, pero su mirada seguía irradiando el antiguo poder malévolos que inclinó a los ojos más altaneros. Jamás vio nadie escombros humano tan grandioso, tan obcecado en conservar su imagen piramidal de monumento clásico, su mosaica envergadura de antiguo tirano. Frente a él, Orestes Cariñena era un tipejo encogido de aspecto pacífico, la imagen proverbial del barbero y sacamuelas provinciano.

Fernández de Anta ya no perdía de vista a su cofrade. Lo inquietaba saber que Spinoza había sido liberado, que el prestigio de la Inquisición se hundía en forma casi inexorable y que la bella Catalina merodeaba por allí, en pos de Mañozga. Las palabras y ademanes del juez eclesiástico eran los de un sonámbulo, los de alguien que gruñe en la realidad lo que cree estar diciendo en sueños.

—¿Te llamas Carestes Oríñena?

—No.

—¿Cómo no?

—Orestes Cariñena.

—Se te acusa de brujería y de creer en la metempsicosis, herejía contenida en doctrinas tan paganas como el brahmanismo, el budismo, el hinduismo y el karma. Se trata de un error pitagórico, compartido por Platón e introducido a la religión de los asesinos de Cristo a través de la Cabala. ¿A cuál de estas sectas perteneces? ¿Eres hildeputa como pienso?

Mañozga trataba de guardar el equilibrio y la lucidez. Su erudición teológica daba una impresión maquina, sin embargo, a la muchedumbre. Era como si el anciano estuviera repitiendo de memoria fórmulas en las cuales tiempo atrás hubiese dejado de creer. El barbero le respondió con una sonrisa franca.

—Soy cristiano —dijo—, como tú o más todavía. Si no estás delirando, Mañozga, haz el favor de concretar tus cargos y explicar a qué se deben estas suposiciones y esta detención que me perjudica.

—¿Suposiciones? —bramó el juez eclesiástico, desenmascarándose en su inestabilidad senil y en su revejido modo de hilar los pensamientos—. ¿No has afirmado tú mismo, cabrón, que encarnaste alguna vez en Alejandro el Grande, Pilatos, Julio César, Nerón, Temístocles y Calígula? ¿No aseguras haber volado en escobas, sacada agua de las piedras y arrojado llamas por la boca? Dilo, cabrón.

Cariñena^[16] hizo más amplia su sonrisa.

—Todo ello es cierto y no tengo de qué arrepentirme —dijo.

Sobre la multitud cruzó un presentimiento de carne achicharrada.

—¿Lo veis? —rió Mañozga entre toses—. ¿Qué otra prueba necesitamos para freírte en la hoguera si no te retractas?

La gente no podía evitar el hallar en aquella escena un aire burlesco de comedia, de farsa montada para revivir los esplendores inquisitoriales.

—Puedes aumentar aun el expediente —agregó el sacamuelas sin abandonar el gesto bonachón y confiado—. Pón allí que afirmo haber sido también el Papa de Roma, el rey de España, Salomón, Sulamita y la reina de Saba. Y haber sido también, ahora que lo recuerdo, San Agustín, el obispo de mar, mi propio abuelo y Nuestro Señor Jesucristo.

—Eres —dijo Mañozga— el hideputa más desvergonzado que he conocido. ¿No ves, follón, que estás ante el Tribunal del Santo Oficio?

—Lo veo perfectamente —rió Cariñena, cuyo cuerpo regordete destilaba salud frente a la ruina del juez eclesiástico—. Y no veo qué haya de malo en todo eso ni qué velas tiene en ello el Santo Oficio.

—He aquí —sermoneó el Inquisidor a la muchedumbre— la estampa más depurada del hijo de la gran puta, del hereje que se jacta de sus apostasías y prácticas diabólicas. La hoguera será poco castigo para él.

Fernández de Amaya se frotaba las manos al otro extremo de la tarima.

—Que empiecen los azotes —ordeñó Mañozga.

Los verdugos acudieron con los vergajos embreados. Orestes Cariñena los observó sin mosquearse y, a punto de soltar la carcajada, dijo:

—Esperen. Paremos esta comedia.

Los ojos de Mañozga casi desbordaron las cuencas.

—¿Comedia? Óyeme, maldito apóstata, estoy viejo y enfermo. ¿Pretendes burlarte de alguien que hubiera sido Papa de Roma de no venir a estas tierras calcinadas por la pezuña de Satanás?

La gente no pudo contener una risa ondulante y desconcertada.

—Has sido tú, Mañozga —se mofó Cariñena—, quien se lo ha buscado. En el fondo, lo que he dicho es cierto, pero no más allá de la certeza que puedes tener de tu propia importancia. ¿Comprendes?

—Látigo con él —gritó Fernández de Amaya exasperado.

Pero Mañozga detuvo a los verdugos.

—No, dijo. —No comprendo una sílaba.

—Peor para ti —siguió mofándose el barbero—. Peor para ti si no comprendes que todo esto lo fui, Alejandro, César, el rey de España, pero en un sentido distinto del que quiere darle tu mente revenida.

—¿En qué sentido, coño de tu madre?

—Lo he sido en las tablas.

—¿Las tablas?

—Si, hombre, en las tablas. Fui hace tiempos actor de teatro y representé todos aquellos papeles.

Los hombros de Mañozga se contrajeron en un espasmo, como si de repente el mundo entero se le hubiese venido encima. La multitud estalló en una gruesa y humillante carcajada. Pero el espectáculo bufo no siguió adelante. En aquel momento, una gran algarabía atronó desde el otro extremo de la plaza y la carreta de Rosaura García, con sus innumerables parientes, hizo irrupción con chirrido de melodrama, con grotesco aticismo de farsa megariana, con contoneo burlesco de final de entremés clásico, y el juez eclesiástico comprendió que era aquél el funeral carnavalesco de su vida pública, de sus años de cruel magisterio, y soltó una vibrante carcajada que se sobrepuso al estruendo de los recién llegados y se dispersó en notas de clarín por el ámbito, y se apoltronó en su vieja silla inquisitorial de peluche para gozar por primera vez el privilegio de ser un espectador y no la eterna marioneta de sí mismo.

Rosaura García venía junto al pescante, gobernado por uno de sus innumerables parientes. Traía los ojos entornados, en gesto de sibila. Tras ella, el grupo entusiasta y ahora pintarrajeado en púrpura y grana y carmesí seguía sacando música fiestera de rondadores, pífanos y caracoles y amedrentando a los perros callejeros con el mugido estridente del cuerno de buey. Cuando estuvieron en el centro de la plaza, la bruja apagó con un ademán el rumor de la muchedumbre, se alzó sobre su misma estatura e inició, frente al legendario Juan de Mañozga, un discurso que a todos dio la impresión de estarle siendo dictado por una voz perdida en la bruma temporal, por la memoria de un ancestro enrollado como culebra del Edén en los palos de bálsamo, en las encinas cubiertas del adhesivo polvo de los años.

Habló de pueblos patriarcales y santos que poblaron las Indias en tiempos remotos;

evocó los antiquísimos volcanes del Nuevo Mundo y los altísimos nudos de las cordilleras

y las punas verdecidas

y Ins selvas y pampas y llanos y contrafuertes batidos por los duros vientos,

y los vastos océanos cálidos y los claros archipiélagos erizados de vegetación mágica,

y los ríos majestuosos y lentos, capaces de arrastrar árboles centenarios,

y los caños umbríos y frescos donde se bañaban desnudas las princesas,

y las secuoias y araucarias que se inclinaban para indagar sus sexos vegetales,

y las llamas y las vicuñas que venían a olfatear el bulbo de sus vulvas como valvas o valvátidas prodigiosas,

y los finos ñandúes soñolientos dispuestos a picotear sus senos como si sus pezones fueran ciruelas de pernigón,

y el huecocho de bronco mugido,

y los fantasmagóricos monos platirrinos,

y las alpacas y tortugas y cascabeles y verrugosas y mapanás y boas y pumas y jaguares,
y la quena de tibia humana.
y las lenguas misteriosas del záparo, el mocoa y el huitoto.
y las cantingas y cactus manglares verde-loro-loco,
y las lluvias incesantes del Chocó,
y el frío de los páramos guarnecidos de frailejones,
y los loros y guacamayas y guacharacas,
y el viejo idioma del cauqui,
y sus propios dialectos caribes de tamanaque, purucotó, calina, yecuaná, ojana y chaima,
y los chibchas cercanos de dabaibe, arhuaco, quimbaya y tairona,
y los guaraníes lejanos de mundurucú, parentintín, tapirapé, guajajará y tipiniquín,
y el fabuloso imperio del Gran Jaguar, tres veces rey,
y la increíble cultura olmeca de Tehuantepec,
y el maravilloso calendario maya,
y el palacio de Sayil y los monolitos de Quiligua y el castillo de Chichén Itzá,
y las ruinas del juego de la pelota y el templo de los Guerreros y el del Hombre Barbado y el de los Tigres,
y el Chinchanehob y el cenote de la iguana y las Mil Columnas,
y las brillantes y frescas cerámicas de Tiahuanaco,
y las portentosas terrazas abandonadas de Machu Picchu, sólo frecuentadas por el cóndor,
y la monarquía teocrática de los muiscas,
y el chicahuaztli precortesiano de sonido milagroso,
y el chirimoyo
y la chirimoya
y el chirigüe
y el chiriguare
y el chiriguano.

Cuando todos se sentían engolosinados por las palabras sonoras y cadenciosas, Rosaura dio un viraje a su discurso y habló del asta de unicornio, neutralizadora de venenos, que reposaba siempre sobre la mesa de la celda del Inquisidor Torquemada. Y dijo que Torquemada, como Mañozga aquí presente, habían sido más brujos que los mismos brujos, pero éste era quizá su lado respetable. Evocó los nombres de fray Alonso de Ojeda y Diego de Merlo, gestores del Santo Oficio en España, y situó en el martirologio cristiano al condestable Miguel Lucas de Iranzo, muerto por la chusma española cuando quiso poner talanquera a los desmanes cometidos contra los judíos. Acusó a los reyes católicos de debilidad ante el clero y dijo que los procesados por el solo Inquisidor Torquemada, que actualmente se debatía desesperado en tos altos

hornos de Buziraco, pasaron de cien mil. Tildó al Papa de Roma de tirano por omisión y aseguró que, al morir, sería traído a las Indias en alas de diablos y expuesto a los goleros en Tolú para escarmiento de los siglos, Predijo que un sucesor de estos Papas vendría, pasado mucho tiempo, al Nuevo Reino, so pretexto de una reunión ecuménica, y trasladaría otra vez a Roma los restos de su antecesor. Lloró al enumerar en largo prontuario las depredaciones cometidas en las Indias por los conquistadores españoles y maldijo los nombres de Pizarro el Viracocha, Gonzalo de Sandoval, Hernán Cortés, Sebastián de Belalcázar y Gonzalo Jiménez de Quesada, entre otros. Recordó con un finísimo canturreo de bruja la nobleza de los primitivos emperadores precolombinos y exaltó el hecho de que en nuestras tierras no existiera, antes de la llegada del español, el amor desordenado por el oro. Entonces alargó su voz en trémolo de armonio y despejó la bruma que velaba el futuro del continente. Se refirió a las gestas libertadoras y las juzgó casi inútiles mientras la fiebre del oro, contagiada de España, no fuese extirpada y no se espantara de una vez para siempre a los extranjeros rapaces que veían en estas tierras una alacena con la cual abastecer sus apestosas cocinas y sazonar sus guisos de sangre humana. Habló de asesinatos, persecuciones, racismos y nuevas inquisiciones que, bajo diversos nombres, prosperarían aquí antes de que el dios Buziraco, redivivo y más poderoso que nunca, barrierá toda aquella inmundicia y formara con ella un arco gigantesco que, como el arcoiris tras el Diluvio Universal, fuese la garantía de su paz y alianza. Por último, lanzó su maldición sobre Mañozga; y a la punta de inquisidores gotosos que lo acolitaban les anunció el suplicio eterno, entre mordeduras de alacranes y asedio permanente de jejenes. Los jueces eclesiásticos, que hasta el momento oían con mezcla de risa, estupefacción y gravedad, reaccionaron entonces y fueron poniéndose lentamente de pies. Todos esperaban que fuera Mañozga quien tomara una decisión, pero al mirar hacia la silla de peluche vieron con sorpresa que el Torquemada de las ludías dormía profundamente.

Fernández de Amaya fue el primero en alarmarse. De estar dormido y no muerto, sería la primera vez que el anciano inquisidor lo hacía en varios meses. Luego todos los jueces fueron a congregarse en torno de la silla de peluche, la misma en la cual, muchos años atrás, Mañozga presidiera el auto de fe del jeque Luis Andrea, *cambion* y mohán de los adoradores de Buziraco.

—¡Mañozga! —gritó el Alcaide.

Y ante el asombro de todos, el viejo Inquisidor abrió lentamente los párpados, uno primero y otro después, y poniéndose de pie con su falsa energía habitual, ordenó a los esbirros que trajeran a Rosaura García para procesarla. Fernández de Amaya llegó a dudar de que su colega hubiese estado durmiendo de veras, y prefirió creer que lo habían arrullado las frases mágicas y cadenciosas de la bruja. Pero no podía sacarse de la cabeza la idea de que Mañozga era un ser sobrenatural, proyección del Gran Tiempo sobre el tiempo limitado de los hombres, cuyo comportamiento para nada se sujetaba a las leyes conocidas por la grey humana.

—¿Estás bien, viejo cabro? ¿Esperas procesar a esta mujer?

—Bastante mejor que tú —dijo Mañozga. Hoy he perdido dos piezas, pero la tercera sólo me la podrá arrebatarse la muerte.

Era como si, de súbito, el anciano juez eclesiástico hubiese olvidado su reciente temor a los brujos y, tras el doble fracaso de su gestión de hoy, se irguiera aun más feroz y sanguinario en la lucha que, para él, significara el sentido mismo de su existencia, más allá de las aspiraciones ilusas y las pasajeras amarguras.

Los alguaciles obedecieron su orden y se acercaban con cautela a la carreta atestada de gente. Entonces Rosaura García, cuyos poderes acababan de ser sustraídos por el esfuerzo visionario, cayó dulcemente en brazos de sus innumerables parientes, invocó a Buziraco e inició una muerte lenta y cautivadora, a los ojos de lo muchedumbre embebida. Todo ocurrió dentro de una dulzura y una luminosidad que Cagnacci, de haberlo presenciado, habría buscado allí inspiración y no en la muerte de Cleopatra para su cuadro agónico y lascivo. Parecía aquella una defunción mitológica, meramente simbólica. La cobijaba el cielo azul y glorioso. Los alguaciles retrocedieron conmovidos por la ternura de la escena. Y, consumada la inmolación, se abstuvieron de tocar el cadáver, que los ocupantes de la carreta besaban y estrujaban. La muchedumbre fue disolviéndose en silencio. Mañozga aullaba colérico en el estrado. Fernández de Amaya repartía golpes a sus propios alguaciles. La carreta empezó a moverse suavemente, con su preciosa carga. Ya en aquel momento se comprendió que los funerales de la hija de Juana García, como los de toda bruja sabia, habrían de durar tres meses durante los cuales se cantarían, bailarían, comerían, beberían y folgarían a raudales, a cataratas, en vértigo de velorio de pianche. La carreta abandonaba lentamente la plaza, con chirridos dulces y extraña música fúnebre cuyo instrumento solista era el cuerno de buey. Sobre la multitud que se alejaba gravitó un raro peso, un singular estado de desencanto que contagió también a Fernández de Amaya.

Mañozga permanecía en el estrado, crispados los puños y atónito ante el espectáculo que volvía a disolverse en visos de verde y magenta.

—¡Dios ya no nos provee! -Gritó de pronto en el acceso de ira.

Pero la plaza estaba desierta y solo alguaciles e inquisidores permanecían allí, como los barrenderos después de un ceremonial tumultuario.

Mañozga sólo recuperó la serenidad cuando advirtió que alguien, a unos pasos del estrado, emitía unos sollozos cortos y convulsos. Era la beata de Gimán y el Inquisidor se sintió movido a lástima por vez primera desde el día que, ante la facha greñuda y maloliente de Luis Andrea, sintió que la compasión roía su espíritu. Aquella vez era un aviso de Dios; ahora se trataba tan sólo de compartir un fracaso.

Se le acercó paternalmente y le dijo:

—Ah, pedo de mis entretelas. Ya lo ves, el diablo no está siempre donde uno quiere hallarlo.

La timorata lloró ahora profusamente. En aquel instante, Mañozga comprendió

que no lo hacía por sus cinco castellanos ni por la defensa de la fe, sino porque esta mujer, en tan corto tiempo, había llegado a amarlo con un extraño amor, con el amor melancólico que se siente hacia un monstruo doméstico o el que se siente hacia la aventura. No pudo evitar una sonrisa. Y echó a andar hacia el palacio, junto con los alguaciles que volvían cabizbajos y las bandadas de palomas que ahora iban a situarse en la cornisa.

Dios ya no nos provee y antes nos arrebató a esta bruja maléfica y famélica con la cual de todos modos poco habiéramos engordado. Todo sea por Él, divinidad abstracta e incomprensible. ¡Yo que tan buenas ordalías celebré por Su causa! ¡Así le paga y pega a quien bien le sirve! Otros eran los tiempos en que ejecuté a Luis Andrea. Nadie osaba reírse en mi presencia: porque lo hubiera escalpado, porque lo hubiera freído en una sartén en medio de la plaza. Ah, ¿en qué corazón anidó la soberbia con tan fiera vocación como en el mío? Buenos tiempos aquellos en que hasta el frailuco bujarrón pelechó como un beato en aquel río de aguas revueltas. Pues cuando la altura hizo que escasearan las peregrinaciones al convento erigido en el cerro, supo arreglárselas para atraer más fieles y mejores óbolos. ¿Que a la Calle de las Damas sólo acudían los huérfanos de amor? ¡Él la santificó con la nueva mentira que tejió sutilmente, para embauco y gloria de la posteridad! Sus manos compasivas y blancas urdieron una otra aparición de la *mater gloriosa et benedicta*. Qué bien hilaba sus leyendas. Y eran mucho más verosímiles que las de esta bruja famélica y maléfica que hablaba de gestas libertadoras y hace unos instantes se fugó al otro mundo en las ñatas imbéciles del Santo Oficio. La flamante historia tenía de aparición y de milagro. ¡Tuve con ella para reír semanas enteras! Yo reía por esos tiempos. Fray Alonso iba por la Calle de las Damas, inconsolable de no hallar aquí un artista del talento necesario para reproducir, con seráfica exactitud y conforme a su propia descripción, la imagen por él entrevista entre mordisco y otro de su bocadillo en la antigua reclusión santafereña. Entonces una dama lo llama desde un balcón, lo invita o entrar a una honrada casa que tiene mucho de palacete y lo recibe en el esplendor de su belleza celeste para ofrecerle, si vuelve allí a exacta hora del día siguiente, la obra de arte que anhela, la fiel reproducción de su visión benedicta. A la hora señalada, y dispuesta la escena, fray Alonso se hace acompañar de sus cofrades fray Bartolomé de los Ángeles y fray Miguel Santamaría y, llegados al caserón de marras, finge espanto al comprobar que es un edificio deshabitado, casi derruido y lleno de cucarachas y telarañas. Sus acompañantes piensan, por supuesto, que es otra mala pasada de Buziraco, mas, al llegar a la salita donde el agustino fue recibido la tarde anterior por la dama enigmática, se maravillan ante la obra maestra de pintura infusa que ahora es venerada en la cima del cerro de la Galera. El frailuco sale a la calle gritando: ¡Milagro!, ¡Milagro!, y asegura de allí en adelante que la calzada toma su nombre, no de las suripantas que en racimos la habitan, sino como premonición de esta epifanía maravillosa de la que me río y me río, pues conocí muy bien las artimañas de aquel hombrecillo, que sus méritos tuvo y no mereció la muerte horrible

que le estaba deparada^[17] estaba le que horrible muerte la mereció no y tuvo méritos...

Mañozga sintió el desvanecimiento, con la sensación de empezar a recorrer los pasos, pero dos brazos lo recibieron antes de caer.

—Mañozga, viejo cabro, ¿qué te pasa?

El Inquisidor estaba desgonzado. Fernández de Amaya lo ayudó a andar hasta sus habitaciones. Cuando estuvieron solos, Mañozga expulsó el vómito de bilis que había estado conteniendo.

—Viejo cabro —dijo el Alcaide—, no debieras andar por ahí derrochando energías en el estado en que te encuentras...

—Déjame estropajo de alguacil; déjame morir en mi ley, si es que muero. Las bestias como yo no deben tener siesta invierno.

El olor pestilente de la pieza estaba redoblado. A Fernández de Amaya le parecía que la pestilencia provenía del cuerpo de su colega y pensó si no estarla pudriéndose en vida, o mejor, si no estaría muerto desde la madrugada y animado sólo de su proverbial terquedad.

Pero palpó los calzones del anciano y comprobó que estaba sucio.

—Mañozga, te has ensuciado en las bragas.

El viejo hizo un gesto de desdén.

—Ocurrió cuando creíste que estaba adormilado en la tarima.

—Pero, por Dios, viejo cabro...

—Buh —dijo Mañozga—. A esta edad uno comprende que no debe confiar nunca en el pedo.

El Alcaide lo cambió cuidadosamente. Comprendía que Mañozga estaba en las ultimas y pensaba que aquel palacio sería una gran tontería arquitectónica sin el viejo cabro. ¿Cómo olvidar sus bromas cuando las brujas le contagiaron a Fernández de Amaya su primera blenorragia? ¿O su furia cuando la hija de aquel encomendero le negó el derecho de pernada? Ah, he aquí un matiz que nadie sospechaba en su colega. Su afición por el amor impuesto. Le gustaba ver entregarse a las muchachas como quien paga una alcabala. Mañozga no disfrutó jamás a una mujer a menos que fuera contra la voluntad de ella, por medio de la extorsión o como un porcentaje de comisionista. El Alcaide sabía que el único goce real del viejo cabro estaba en infligir aquella grande humillación, aquel excelso vejamen. Conseguía buenos maridos, gordos contrabandistas, a las hijas de los encomenderos, a cambio de su virginidad. Aparte esto, jamás consideró a mujer alguna lo bastante digna para inspirarle amor y, cuando le convenía, se escudaba tras su voto de castidad, el muy cabro.

Pero hacía muchos años que Mañozga era impotente. Sus erecciones seniles y pasajeras lo torturaban con la visión de brujas desnudas.

—Estás limpio otra vez, colega. Espero que me avises si vuelve a antojársete algo por el estilo. Las lavativas de los médicos están haciendo efecto.

Antes de salir, oyó al anciano respirar con dificultad y se sobresaltó a sí mismo

pensando en su vejez ya próxima. Pensó que Catalina de Alcántara estaría aún recorriendo el palacio en busca de Mañozga y notó con alarma que esto no le despertaba apetito íntimo alguno. Entonces cerró la puerta.

Tumbado en el camastro, Mañozga oía sus propios estertores sibilantes y volvía a pensar en la muerte horrible que le estuvo deparada a fray Alonso de la Cruz Paredes. ¿Por qué, por qué volvía su memoria con tanta lucidez sobre estos sucesos? Crica de tu madre, porque lo ocurrido al frailuco bujarrón fue también obra de Buziraco, cuy, mierda me persigue. Porque fray Alonso padeció la venganza del cabrón negro peor que yo mismo. Porque crió cuervos y le sacaron los ojos. Porque fue asesinado por el nativo a quien el muy bujarrón quiso apartar de la poligamia. Él había recibido despachos de propaganda fide del Papa Urbano y estaba empeñado en cristianar a todos los indios de la región. Quizá por eso se cebó peor en él la venganza de Buziraco. Mi método era más eficaz: no los cristianaba, los extirpaba. Pero aquello no fue todo. El indio fue a la iglesita de aquel poblado de Santa Ana, donde el frailuco pasajeraamente se había residenciado en compañía de sus inseparables fray Bartolomé y fray Miguel, y le disparó la flecha envenenada. ¿Qué ocurrencias habría intentado con él el muy bujarrón? Entonces el pueblo se amotinó y los cercaron en la iglesia y prendieron fuego al edificio. Murieron como Luis Andrea, achicharrados. Y los agustinos sólo pudieron rescatar más tarde la cabeza de fray Alonso, su cabeza de santo de pajares que ahora tienen allá en el cerro y yo me negué a ver porque no resistiría el gesto petrificado de un hombre que era todo mímica y persuasión. De todos modos, fray Alonso aportó un trofeo más a la curiosidad de los peregrinos. Allá él. No me vengan a mí con el cuento del martirio, que bien conozco lo fácil que es morir cuando no se ama la vida. Y aún amándola: morir es infinitamente más fácil que vivir. Pero esto, valga la verdad, ya me importa muy poco. Y es raro, a medida que crece este día, noto que todo va importándome menos...

—Mañozga —dijo Fernández de Amaya, que acababa de regresar—. Catalina de Alcántara está afuera y quiere hablarte.

El Inquisidor respondió con un gruñido.

—¿La hago entrar?

—No, No estoy para chismes.

El Alcaide salió unos segundos y volvió a aparecer en el dintel.

—Dice que no permitirá que Lorenzo Spinoza siga en libertad.

—Así no lo permita ella, ¿quién va a impedirlo?

Y Mañozga rió como años atrás no lo hacía.

—Mañozga —dijo muy serio Fernández de Amaya—. Ella asegura ser hija del rey de España.

El Inquisidor se volvió de cara a la pared.

—Dile que aunque fuera hija del Papa —gruñó—. Dentro de cien años todos estaremos calvos.

Tantos, tantos nombres de brujos brujuleados en mi cerebro, apañuscados, felpudos como murciélagos de convento, y yo, Mañozga, trepado en este mirador, escrutando la noche oceánica, ay, la noche oceánica que se tragó al Adelantado, en desquite de sus orgías y malandanzas, y sabedor, sí, sabedor de que, al mover la vista, encontraré la pululante bandada baladora, baladrante, con las malditas candelillas recorriendo los cuerpos macerados por ungüentos de tripa de sapo. Es la vejez, Mañozga, es la vejez, ¡el infierno!, y es de verse cómo zumban ahora, las muy ladinas, aprovechadas de mis impedimentos, carcajeadas como mazorca sin farfolla, brujas granujas, salidas de los palos de bálsamo, brujas vegetales, animales y minerales, enseñoreadas de la comarca, cuya capital es ahora Tolú; enseñoreadas, haciendo mofa del Santo Oficio, de mí, de mis canonjías, sueltas —ay— de madrina, espolonas, cornudas, cachidiabras, las brujas, las brujas, las brujas!

¡Y es de verse cómo ha fecundado en brujas, la sangre de Luis Andrea, los campos antes fértiles en piñas, mandarinas y corozos! Y cómo llegan a mi oído las jácaras y coplillas con que implora toda la comarca, que ve en mí al causante de esta increíble sequía, porque fui yo quien coció a los brujos en su misma salsa: *¡María Toribia, María Cabeza, dile a tu Isidro nos favorezca! ¡Venga la lluvia tras el estío, verdeen los montes y crezca el río! ¡Mueren los bueyes de tanta peste, no hay en el campo sino pedruscos! ¡María Toribia por el puchero, dile a tu Isidro que ya es el tiempo de bajar aguas, segar maleza, ventear semillas, María Cabeza!...*

Y, ¿qué hará, Juan de Mañozga, Dios del cielo, sino interrogar a su propia conciencia, ya que tú. Dios tirano, no le respondes? ¿Tengo culpa alguna en haber soñado con servirte, como te sirvieron fray Alonso de Ojeda y fray Tomás de Torquemada, con un rabioso amor y un celo sólo comparables a los de un amante? ¿Había algo enfermizo en mi vocación? ¿Es enfermiza la vocación de servir al Señor? ¿Es malsano este celo por defender de los buitres a la verdadera religión? ¿Me he equivocado? ¿Cuál fue, Dios mío, cuál fue mi equivocación?

Ah, yo comprendo que fui demasiado ambicioso. Pero, si aspiraba a la púrpura cardenalicia, si soñé alguna vez con llegar a ser Papa, ¿no fue también por llevar más alto los designios que te me inspirabas? ¿Puedes haber cambiado y dejado de ser el Dios vengativo de Moisés, el Dios rencoroso que vio al hombre corromper su camino sobre la tierra en tiempos en que aún la habitaban gigantes, el Dios de Adama y Seboím, el Dios de David que reprendía en su enojo y castigaba en su ira, el Dios de los Salmos airado todos los días contra el impío, el Dios que a través tic Jeremías anunció el mal sobre su pueblo porque no escuchó sus palabras y aborreció su ley?

¿Has dejado de ser el Dios que secaba las higueras y aliara permites que impunemente las sequen los oficiantes de Buziraco el Negro, manifestación del espíritu del mal, avatar de Lucifer?

¿Es que no crees en Buziraco como él no cree en Ti? ¿O imita el Padre al Hijo en ser “cauto como la serpiente y sencillo como la paloma”?

¡Oh, Dios!, ¿qué hará el hombre para comprenderte? ¡Quién despeja tus oscuros

designios! ¿De qué me vale gritarte?, ¡perdón! ¿Desde este mirador? ¿Cómo sabré si me has perdonado? ¿Cómo no dudar ahora de la verdad de mi religión, si por servirla me convertí en piltrafa ambulante? ¿Es que me has puesto a prueba como a Job? ¿Es que debo aullar el miserere como un mezquino perro cuya dignidad es nula ante tu cólera? ¿Es que debo aullar? ¡*Auditui meo dabis gaudium et laetitiam: et exultabunt ossa humiliata!*...

Hazme oír, Señor, gozo y alegría y exultarán los huesos que has humillado.

Pero no. Ali rabia, rabia. Tu única respuesta será siempre el balido de las brujas, carcajeadas allá en lo alto, volando con candelillas diabólicas en las manos para diseminar sobre el haz de la tierra el semen helado de Buziraco. ¡Fue lo que me gané por venirme a las Indias, esta Iglesia de alzados y de follones! ¡Fue lo que mi codicia me deparó, zopenco de mí, que un día me vi en sueños confesor de sus cristianísimas majestades! *Confiteor! Meo culpa! Accusatio! Confessio! Mea maxima culpa! Indulgentia! Indulgenciaaaa...!*

Ya sé que nunca podré librarme de su helada carcajada en las noches de maleficio. Sé que jamás dejaré de escuchar su sofión cuando los velones se encienden y aún cuando se han apagado. Sé muy bien que es éste el infierno que me labré a mi gusto, y que todo infierno dura una eternidad. Allá están, sobrevolando la ciudad en parejas, mostrándome sus sexos decrepitos, catando catara en catarata, cantándome como las sirenas a Odiseo.

Es hora de que Juan de Mañozga se reconcilie con algún dios.

Y las brujas bajaron y alzaron el cuerpo monumental del Inquisidor por los aires impregnados de azufre, para conducirlo a Tolú, tierra del bálsamo, donde por toda la eternidad habría de besar a Buziraco —el espíritu de Luis Andrea— su salvohonor negro y hediondo.

Y lo asegura el romancerista: aún se oye en las noches cartageneras el último grito de Mañozga al perderse entre las nubes.

—¡Zopenco de mí, que un día me vi en sueños Papa de Roma! ¡Bien merecido lo tenía! ¡Güevón de mí...!

Bogotá, octubre de 1967, septiembre de 1968



GERMÁN ESPINOSA (Cartagena de Indias, Colombia, 30 de abril de 1938 - Bogotá, 17 de octubre de 2007). Novelista, cuentista, ensayista, poeta y periodista. Publicó su primer libro de poemas, *Letanías del crepúsculo*, en 1954...

En 1965 escribió su primer libro de cuentos, *La noche de la trampa*, seguido de la farsa dramática *El Basileus*.

Nota del editor digital

Los cortejos del diablo: balada de tiempos de brujas de Germán Espinosa fue publicada originalmente en 1970 en Editorial Alfa de Montevideo, con una reimpresión (¡qué no edición!) en 1971, y una tercera en 1977 por Editorial Pluma de Bogotá (sobre la que se hizo la revisión de esta novela), luego hicieron reimpresiones Editorial Pluma, 1985, Ediciones Altamir, 1992 y en el 2003, Editorial El Tiempo de Bogotá (sobre que se contrastó la vieja edición de esta obra).

Por supuesto, la novela no tiene ningún tipo de notas, pero la revisión entre la primera de 1977 de Editorial Pluma y la Edición de El Tiempo, se ha realizado para establecer los cambios y correcciones que tiene una versión sobre la otra, pero la base de la revisión ha sido sobre la edición de 1977, y se ha corregido lo pertinente a lo que tiene que ver con la de 2003.

Notas

[1] Editorial El Tiempo, 2003, dice: “desuellen”, mientras que la de Ediciones Pluma, 1977, dice “deshuellen”. <<

[2] Editorial El Tiempo, 2003, dice: “su estampa diminuta” mientras que la de Ediciones Pluma, 1977, dice “estampa chiquitina”. <<

[3] En el libro de Ediciones Pluma, 1977: aparece Biafra, región de Nigeria que se convirtió en una nación debido a una guerra cesionista, pero que sólo duró como tal de 1967 a 1970 cuando nuevamente fue reintegrado a aquel país. Mientras que en la versión de Editorial El Tiempo, 2003, aparece Dahomey: reino que se encontraba en el actual país de Benin, esa región en el siglo XVII fue la plaza principal de la trata de esclavos africanos. <<

[4] En el libro de Ediciones Pluma, 1977: “en la de la mujer”, mientras que en la versión Editorial El Tiempo, 2003, se le suprime de la, quedando así “en la mujer” .

<<

[5] En el libro de Ediciones Pluma, 1977: “de ella misma”, mientras que en la versión Editorial El Tiempo, 2002, dice lo siguiente: “suya (de ella)”. <<

[6] En la versión Editorial El Tiempo, 2002, hay una ligera corrección: “etcétera”. <<

[7] En el libro de Ediciones Pluma, 1977: están intercambiadas la paginas 194 y 204, respectivamente. <<

[8] En la versión Editorial El Tiempo, 2002, dice: “Santafé”. <<

[9] En la versión Editorial El Tiempo, 2002: no aparece este apellido. <<

[10] En la versión Editorial El Tiempo, 2002 y Ediciones Pluma, 1977, ambos párrafos termina en la palabra muy, pero a todas luces parece que la palabra correcta de acuerdo con el contexto es: “mujer”. <<

[11] En la versión Editorial El Tiempo, 2002, dice: “desarrapada”. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, acepta ambos términos, y de manera igual manera el *Diccionario de Uso de la Lengua Española* de María Moliner. <<

[12] En el libro de Ediciones Pluma, 1977, no se encuentre este salto de párrafo, pero en la de Editorial El Tiempo, 2002, si. <<

[13] En el libro de Ediciones Pluma, 1977, aparece quetchua, pero en la de Editorial El Tiempo, 2002, se corrige la t intermedia a quechua. <<

[14] En el libro de Ediciones Pluma, 1977, aparece “espuertas”, pero en la de Editorial El Tiempo, 2002, “compuertas”, se ha corregido a compuertas debido a que «espuerta» es un recipiente hecho de esparto o de algún material entretejido, utilizado para transportar objetos, mientras que el sentido de «compuerta» es de un obstáculo movable que cierra o deja pasar agua en canales, presas, etc. Véase María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos, 1998. <<

[15] Editorial El Tiempo, 2002: “Esta espera”, suprimiendo la a inicial de “A esta espera”. <<

[16] En el libro de Ediciones Pluma, 1977, dice “Oriñena”. <<

[17] En la versión Editorial El Tiempo, 2002 y Ediciones Pluma, 1977, aparece a partir de aquí hasta finalizar el párrafo el mismo texto esta construcción sintáctica, pero da la impresión de estar de demás debido a que ya esta dicho previamente y esto no tiene sentido. <<